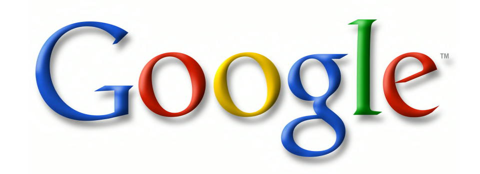
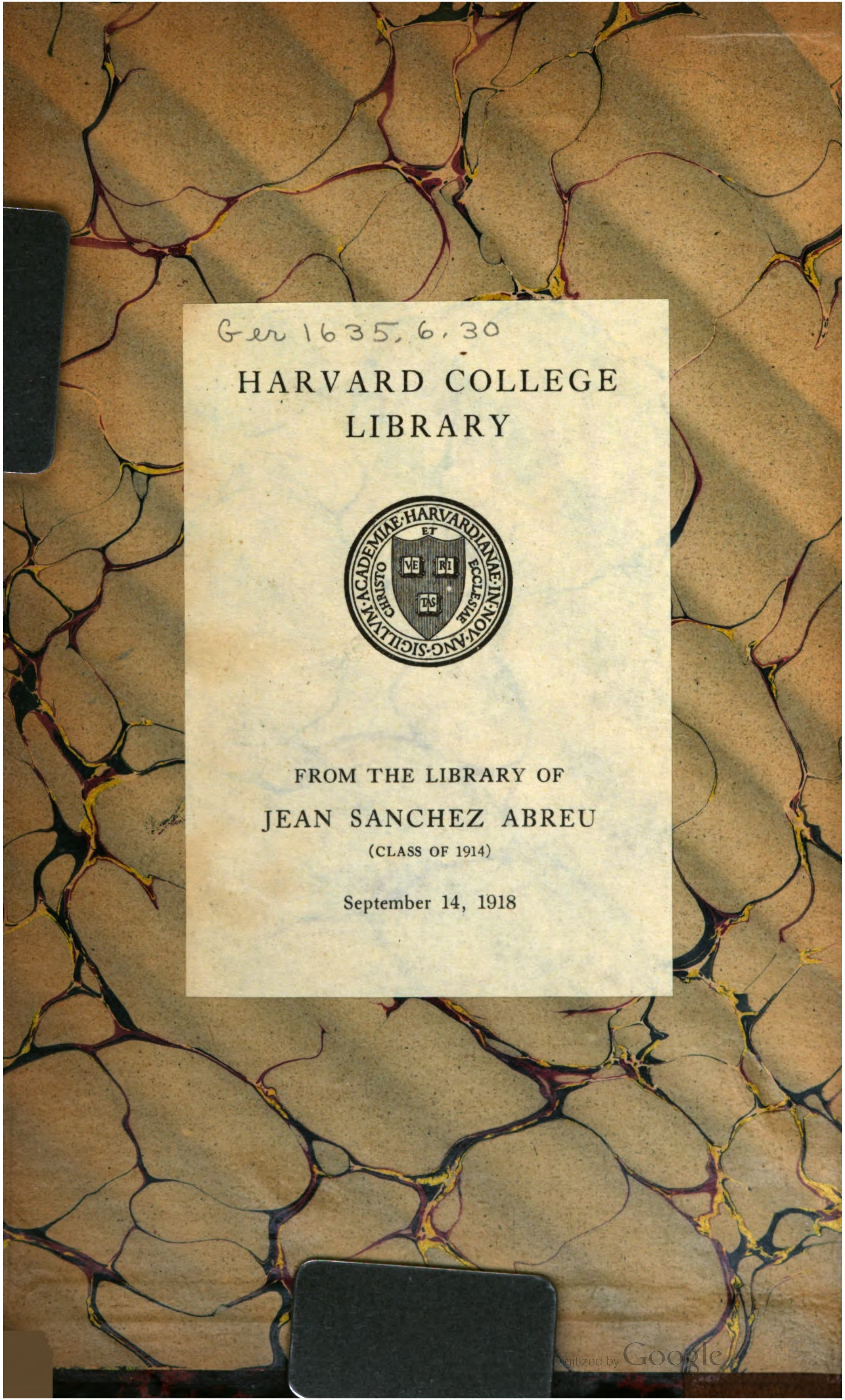








HISTORIA

DE

CARLOS QUINTO.

IV.

Esta traduccion es propiedad del infrascrito. Todos los ejemplares irán señalados y firmados por el mismo. Los que no tengan este requisito se tendrán por contraechos.



IMPRENTA DE J. OLIVERES,
CALLE DE ESCUDELLERS, NÚM.° 53.

HISTORIA

DEL REINADO DEL

EMPERADOR CARLOS V,

PRECEDIDA

DE UNA DESCRIPCION DE LOS PROGRESOS DE LA SOCIEDAD EN EUROPA, DESDE LA RUINA DEL IMPERIO ROMANO HASTA PRINCIPIOS DEL SIGLO XVI.

POR

W. ROBERTSON,

Segunda edicion nuevamente corregida y adornada con láminas.

TOMO IV.

BARCELONA:

LIBRERIA DE JUAN OLIVERES,

CALLE DE ESCUDELLERS, N.° 53.

1841.

HISTORIA

DEL

REINADO DEL EMPERADOR

CARLOS V.

LIBRO NOVENO.

No se fundaba en imaginarias y frívolas sospechas el temor que inspiraban al emperador las disposiciones de guerra del papa y del rey de Francia; Pablo habíale ya dado pruebas inequívocas de su emulacion y de su odio, y bien podia pensar Carlos que sus victorias contra los protestantes confederados no dejarian de hacer renacer en el corazon de Francisco la antigua enemistad que por tanto tiempo les trajéra divididos. Los sucesos justificaron estas conjeturas. Francisco vió con pesar los rápidos progresos de las armas imperiales, á las que no pudo hasta entonces oponerse, impedido por las circunstancias ya mencionadas; pero conoció en fin que, si no hacia algun esfuerzo estraordinario, adquiriria su rival tanta pujanza, que le pondria en estado de dictar la ley al resto de la Europa. A consecuencia de esta idea, que no dimanaba solamente de los zelos de la rivalidad, sino que era la de los mas hábiles

Año 1547. El poder y victorias del emperador ponen zeloso á Francisco.

Año 1547. políticos de aquel siglo, buscó diferentes medios para atajar el curso de las victorias del emperador y para formar poco á poco una liga capaz de detenerle en su carrera.

Entabla negociaciones con los protestantes.

A este fin, encargó Francisco á sus emisarios en Alemania que pusiesen todo su conato en reanimar el valor de los confederados, y en impedir que se sometiesen al emperador. Al paso que ofreció grandes socorros, entabló una seguida correspondencia con el elector y el landgrave, que eran los dos príncipes mas celosos y fuertes de todo el cuerpo; y alegó todas las razones y ventajas que podian confirmarlos en el temor que los proyectos del emperador les infundian, ó determinarlos á no imitar la credulidad de sus asociados, entregando á la discrecion de Carlos su religion y su libertad.

Con Soliman.

Mientras echaba mano de este arbitrio para prolongar la guerra civil que dividia á la Alemania, procuraba por otra parte suscitar contra el emperador enemigos estrangeros. Solicitó á Soliman á que se valiese de esta favorable ocasion para invadir la Hungría, privada entonces de todas las tropas que hubiesén podido defenderla, pues habian sido llamadas para reunir un ejército contra los confederados de Smalkalde; y al mismo tiempo exortó al papa á que aprovechase semejante coyuntura para reparar por medio de un vigoroso esfuerzo la falta que cometiéra al contribuir la elevacion del emperador á tan formidable grado de pujanza. Pablo, que comprendia á fondo la gravedad de esa falta y cuyas consecuencias temia, acogió con placer semejantes disposiciones, y Francisco se apoyó en las favorables disposiciones del papa para decidir á los venecianos. Procuró persuadirles de que el único medio de libertar á la Italia y á la misma Europa de

Con el papa y con los venecianos.

la opresion y servidumbre, era unirse al papa y á él para formar una confederacion general, que llevaria por objeto abatir el poder de un príncipe ambicioso á quien todos debian temer con iguales motivos. Año 1547.

Entabladas estas negociaciones con los gabinetes del mediodía de la Europa, dirigió sus miras á los del norte. Teniendo el rey de Dinamarca razones particulares para estar quejoso del emperador, no dudó Francisco que aquel príncipe aprobaria la proyectada liga; y para oponer un contrapeso á todas las consideraciones dictadas por la prudencia que tal vez le estorbasen el unirse á ella, ofrecióse á su hijo la mano de la jóven reina de Escocia (1). Por otra parte, como los ministros que en nombre de Eduardo VI gobernaban á la Inglaterra abiertamente se declararon á favor de las opiniones de los reformistas, desde que con la muerte de Enrique pudieron arrojar la máscara con que les forzára á cubrirse su desapiadado fanatismo, lisongeóse de que su zelo no les permitiria permanecer tranquilos espectadores de la ruina total de los que profesaban la misma religion que ellos; y esperó que apesar de los movimientos de faccion que lleva consigo una menor edad, y apesar de la apariencia de un cercano rompimiento con la Escocia, determinaria á los ministros ingleses á tomar parte en la causa comun (2). Con los reyes de Dinamarca y de Inglaterra.

Mientras recurria á estos medios, y se esforzaba con tan estraordinaria actividad en escitar los zelos de los diferentes estados de la Europa contra su rival, no descuidaba ninguno de los que estaban en su mano. Levantó tropas en todo su reino; le proveyó de municiones de guerra; trató con los cantones suizos para tener

(1) *Mém. de* Ribier, *tom. I, p.* 600, 606.
(2) *Mém. de* Ribier, *tom. I, p.* 635.

Año 1547. un numeroso cuerpo de soldados; estableció un órden admirable en su hacienda; remitió al elector y al landgrave sumas considerables; finalmente tomó todas las medidas necesarias para hallarse pronto á romper las hostilidades luego que le pareciesen favorables las circunstancias (1).

Temores del emperador.

No podian mantenerse ocultas al emperador operaciones tan complicadas que exigian el concurso de tantos instrumentos diversos; y pronto supo las intrigas de Francisco en los varios gabinetes, y sus preparativos interiores. Convencido de que una guerra estrangera echaria á perder la ejecucion de sus proyectos en Alemania, la idea de semejante acontecimiento le hizo temblar. Sin embargo el peligro le parecia tan inevitable cuanto le era temible, pues conocia la insaciable pero previsora ambicion de Soliman, y sabia que este hábil sultan siempre escogia el momento de principiar sus operaciones militares con una prudencia igual al valor con que las dirigia. No le faltaban motivos para creer que el papa no dejaria de hallar pretestos para justificar un rompimiento, y ningun escrúpulo tendria en empezar las hostilidades. Efectivamente, al demostrar Pablo una alegría no muy decorosa é impropia de la cabeza de la iglesia cuando recibió la noticia de la victoria que el elector de Sajonia alcanzára contra Alberto de Brandeburgo, habia dejado traslucir cuáles eran sus sentimientos; y creyéndose entonces seguro de encontrar en el rey de Francia un aliado bastante poderoso para apoyarle, ni siquiera se dió la pena de ocultar la violencia y estension de su odio (2). Sabia ademas Carlos que tiempo hacia que los venecianos miraban el acrecentamiento de su poder con cierta inquietud

(1) *Mém. de* Ribier, *tom. 1, p.* 595.
(2) *Mém. de* Ribier, *tom. 1, p.* 637.

que añadia nueva fuerza á las solicitaciones y promesas de la Francia; y temia que, apesar de la lentitud y circunspeccion con que ordinariamente procedian en sus resoluciones, al fin tomarian aquellos republicanos un partido decisivo. Érale evidente que dinamarqueses é ingleses tenian tambien sus razones particulares de estar descontentos, y muy poderosos motivos para coaliarse contra él; pero sobre todo temia la activa envidia del mismo Francisco, á quien miraba como el alma y el móvil de la confederacion. Y como este monarca habia dispensado su proteccion á Verrina, que se embarcára para Marsella en el mismo momento en que se descubrió la conspiracion de Fieschi, á cada instante esperaba Carlos ver principiar en Italia hostilidades de las cuales no era en su concepto mas que un preludio la rebelion de Génova. Año 1547.

En semejante estado de inquietud y perplejidad, vislumbraba sin embargo una circunstancia que le dejaba alguna esperanza de evitar el riesgo que le amenazaba. Comenzaba á descaecer la salud del rey de Francia, cuya complexion iba sordamente destruyendo una enfermedad, fruto de la intemperancia y del inmoderado uso de los placeres. Los preparativos de guerra y las negociaciones entabladas con varias cortes caían en la languidez, como el espíritu del monarca que era su móvil. Entretanto, los genoveses rindieron Montobbio, hicieron prisionero á Gerónimo de Fieschi, y condenándole á muerte junto con sus principales cómplices, estinguieron los restos de la conspiracion. Desesperando muchas ciudades imperiales de Alemania de recibir á tiempo socorro de la Francia, sometiéronse al emperador, y hasta el landgrave pareció dispuesto á abandonar al elector y á entrar en com-

Esperanza que Carlos concibe por el descaecimiento de la salud del rey.

Marzo.

Año 1547. posicion bajo las condiciones que pudiese obtener. Por su parte esperaba Carlos con impaciencia el fin de una enfermedad que debia decidir si tendria que desistir de todos sus demas proyectos para prepararse á combatir contra una confederacion de la mayor parte de los príncipes de la Europa, ó si deberia seguir el plan que formára de entrar en Sajonia, sin que le detuviese ninguna consideracion ni le intimidase peligro alguno.

Muerte de Francisco; reflexiones acerca de su carácter y de su rivalidad con Carlos.

No se desmintió en esta ocasion esa fortuna singular y constante, que ha distinguido á Carlos y á su familia de un modo tan estraordinario, que muchos historiadores la han apellidado *la estrella de la casa de Austria*. El último dia de marzo murió en Rambouillet Francisco I, á los cincuenta y tres años de su edad y á los treinta y tres de su reinado. Por espacio de veinte y ocho de estos separóle del emperador una animosidad declarada, que envolvió no solo á sus propios estados, sino aun á la mayor parte de la Europa en guerras sostenidas con encarnizamiento mas violento y durable que ninguna de las que se hiciéran en los tiempos pasados. Muchas fueron las circunstancias que á ello contribuyeron: la rivalidad de estos príncipes fundábase en una oposicion de intereses escitada por la envidia personal y enconada por recíprocos insultos. Al mismo tiempo, si uno de los dos al parecer tenia alguna ventaja propia para darle la superioridad, esta misma ventaja hallábase contrabalanceada por alguna circunstancia favorable al otro. Los dominios del emperador eran mas estensos; los del rey de Francia mas unidos. Francisco gobernaba su reino con autoridad absoluta: Carlos solo gozaba de poder limitado, pero suplíalo con su esperiencia y saber. Si las tropas del primero eran

mas audaces é impetuosas, las del segundo mas sufridas y mejor disciplinadas. Diferenciábanse los talentos de ambos monarcas tanto como las respectivas ventajas de que disfrutaban: diferencia que no poco contribuyó á la prolongacion de sus querellas. Tomaba Francisco una resolucion con celeridad; sosteníala al principio con calor y proseguíala con actividad y osadía; pero carecia de la perseverancia necesaria para vencer las dificultades, y á menudo abandonaba sus proyectos ó aflojaba en su ejecucion, ya por impaciencia, ya por ligereza. Carlos deliberaba con calma y decidíase con lentitud; mas cuando habia resuelto su plan, seguíalo con obstinacion inflexible, y, ni peligros ni obstáculos podian retraerle de llevarlo á cabo. De consiguiente el influjo que sus caractéres ejercieron en sus empresas debió de diferenciar de un modo análogo sus triunfos. Con su impetuosa actividad desconcertó muchas veces Francisco los planes mejor combinados del emperador, quien, siguiendo sus miras con mas sangre fria pero con constancia, detuvo frecuentemente á su rival en su rápida carrera y rechazó sus mas vigorosos esfuerzos. Aquel, al principiar una guerra ó una campaña, caía sobre su enemigo con la violencia de un torrente, arrastrando cuanto á su frente encontraba; este, aguardando para obrar á que empezasen á disminuir las fuerzas de su rival, recobraba al fin cuanto perdiéra, y raras veces dejaba de hacer nuevas adquisiciones. Formó el rey de Francia varios proyectos de conquistas, pero por brillantes que hubiesen sido los principios de sus espediciones, pocas acabaron con buen éxito; al paso que el mas feliz coronó muchas empresas del emperador que se miraban como imposibles y desesperadas. Dejábase Francisco fascinar por el esplendor de Año 1547.

Año 1547. un proyecto, y á Carlos solo le seducia la perspectiva de las ventajas que pudiese acarrearle. Sin embargo todavía no se ha fijado el grado de su mérito y de su reputacion respectiva, ni por medio de un escrupuloso exámen de sus talentos en gobernar, ni por medio de la imparcial consideracion de la grandeza y del éxito de sus intentos; Francisco es uno de esos príncipes cuya fama escede á su genio y á sus acciones, y muchas son las circunstancias, cuyo concurso ha producido esta preferencia. Era tan manifiesta la superioridad que dió á Carlos la victoria de Pavía y que conservó hasta al fin de su reinado, que la mayor parte de los demas estados miraron los esfuerzos de Francisco para debilitar el poder enorme y siempre creciente de su rival, no solo con la ventajosa prevencion que naturalmente inspiran los que con valor sostienen un desigual combate, sino tambien con el favor que merecia el que atacaba un enemigo comun y procuraba reprimir el poder de un soberano tambien formidable para todos los demas. Por otra parte la reputacion de los príncipes, mayormente á los ojos de sus contemporáneos, depende tanto de sus calidades personales como de su talento para el gobierno. Graves y repetidas faltas cometió Francisco, ya en su conducta política, ya en su administracion interior; pero fué humano, benéfico y generoso; tenia dignidad sin orgullo, era afable sin bajeza y cortesano sin falsedad; amábanlo y respetábanlo cuantos se acercaban á su persona, y todo hombre de mérito en él encontraba favorable acogida. Fascinados por las calidades del hombre, olvidaron sus vasallos los defectos del monarca; y como admiraban en él al mas cumplido cortesano de su reino, sometiéronse sin murmurar á unos actos de rigurosa admi-

nistracion, que no hubiéran perdonado á un príncipe Año 1547.
menos acusable. Parece sin embargo que semejante admiracion no debiéra pasar de momentánea y fenecer con los cortesanos del monarca; ya debió de desvanecerse la ilusion que producian sus virtudes privadas, y la posteridad hubiese de haber juzgado su conducta pública con su acostumbrada imparcialidad; pero otra circunstancia ha contrabalanceado este efecto natural, y el nombre de Francisco ha pasado á la posteridad lleno de una gloria, á que el tiempo ha dado nuevo esplendor. Pocos progresos antes de su reinado hiciéran en Francia las ciencias y las artes, que apenas empezaban á salvar los límites de la Italia, donde acababan de renacer y que hasta entonces fuéra su única mansion. Tomólas bajo su proteccion, y quiso igualar á Leon X en el ardor y magnificencia con que alentó á las letras, llamando los sabios á su corte, conversando familiarmente con ellos, empleándolos en los negocios, elevándolos á las dignidades y honrándolos con su confianza. Como los literatos se envanecen de verse tratados con la distincion á que se creen acreedores tanto como están dispuestos á querellarse cuando se les niegan las debidas consideraciones, creyeron que nunca seria demasiada la gratitud que profesasen á tan generoso protector, y á porfía celebraron sus virtudes y sus talentos: elogios que adoptaron, si ya no los aumentaron, los escritores de los posteriores tiempos. El título de *padre de las letras*, que dieron á Francisco, ha consagrado su memoria entre los historiadores, que parece han mirado como cierta impiedad revelar sus debilidades y censurar sus defectos. Así con menos talento y fortuna que Carlos, goza Francisco tal vez de mas brillante reputacion, habiéndole acarreado sus prendas personales mas

Año 1547. admiracion y alabanzas que las que ha inspirado el vasto genio y los felices cálculos de un rival mas hábil, pero no tan amable.

Efectos de la muerte de Francisco. La muerte del rey de Francia cambió notablemente el estado de la Europa. El emperador, que envejeciéra en el arte de reinar, solo tenia por rivales, jóvenes monarcas indignos de luchar con el que habia combatido con príncipes tales como Enrique VIII y Francisco I; y disipando esta muerte todas sus inquietudes, gozoso vió que podia comenzar contra el elector de Sajonia las operaciones que habia tenido que suspender. Ademas sabiendo cuán inferior á su padre era en talentos Enrique II, que acababa de subir al trono de Francia, previó que mucho tiempo estaria ocupado aquel nuevo monarca en despedir los antiguos ministros, que aborrecia, y en satisfacer los ambiciosos deseos de sus favoritos paraque pudiesen inspirar temor ya sus esfuerzos personales, ya alguna confederacion formada por tan inesperto príncipe.

Carlos marcha contra el elector de Sajonia. Siendo dificil adivinar cuanto duraria semejante intérvalo de seguridad, resolvió Carlos aprovecharlo al punto. Luego que tuvo noticia del fallecimiento de Fran-
13 abril. cisco púsose en camino desde Egra, en las fronteras de Bohemia; pero con la partida de las tropas del papa, y la retirada de los flamencos habíase de tal manera disminuido su ejército, que solo pudo reunir diez y seis mil hombres. Con tan escasas fuerzas emprendió una espedicion de cuyo éxito dependia el grado de autoridad que gozaria en adelante en Alemania. Sin embargo componiéndose su corto ejército particularmente de tercios veteranos españoles é italianos, sin aventurar mucho podia confiar en su valor y hasta lisongearse con la esperanza del triunfo. Aunque el elector habia

puesto en pie un ejército muy superior en número, con todo no podia compararse con el del emperador ni por la esperiencia y disciplina de los soldados, ni por la instruccion de los oficiales. Ademas aquel príncipe ya cometiéra una falta grave, que por sí sola hubiéra podido ocasionar su ruina, privándole de toda la ventaja que le daba la superioridad numérica. En vez de mantener reunidas sus fuerzas, destacó un cuerpo considerable hácia las fronteras de Bohemia para facilitar su reunion con los malcontentos de aquel reino, y acantonó buena parte de los restantes en diferentes ciudades de Sajonia, contra las cuales creía que se dirigiesen los primeros ataques del emperador, teniendo la debilidad de presumir que aquellas plazas abiertas y custodiadas por cortas guarniciones podrian sostenerse contra semejante enemigo. Año 1547.

Entró el emperador en Sajonia por la frontera meridional, y atacó Altorf junto al Elster. Pronto se echó de ver cuán insensata era la maniobra del elector, pues las tropas que guarnecian aquella ciudad rindiéronse sin resistencia, cuyo ejemplo siguieron ó huyeron al acercarse los imperiales las que se habian enviado á las demas plazas situadas entre Altorf y el Elba. No dió Carlos á los sajones tiempo para reponerse del pánico terror que parecia haberles sobrecogido, y avanzó sin perder un instante. En su cuartel general de Meissen fluctuaba el elector en la indecision é incertidumbre que le era natural, y mostrábase tanto mas indeciso cuanto mas urgente se hacia el peligro y mas prontas eran las resoluciones que reclamaba. Unas veces parecia que estaba resuelto á defender las márgenes del Elba y á probar la suerte de una batalla, luego que estuviesen á punto de reunírsele los Progresos de sus armas.

Año 1547. destacamentos que llamára; otras reputando temerario y demasiado peligroso este partido, inclinábase á tomar medidas mas prudentes y á procurar la prolongacion de la guerra, retirándose al pie de las fortificaciones de Wittemberg, donde no podrian los imperiales atacarle sin evidente desventaja, mientras allí aguardaria seguro los socorros que debian venirle de Meklemburgo, de la Pomerania y de las ciudades protestantes del Báltico. Sin adoptar decididamente uno ú otro de estos dos planes, rompió el puente de Meissen, y marchó siguiendo la orilla oriental del Elba hasta Muhlberg. Allí deliberó otra vez, y despues de haber vacilado por mucho tiempo, tomó uno de esos partidos medios que agradan á los espíritus débiles, incapaces de resolucion y de energía. Dejó en Muhlberg un destacamento paraque se opusiese á los imperiales, si intentasen pasar por aquel parage el rio; y separándose con su ejército á algunas millas, sentó allí su campamento esperando el suceso por el cual proponíase arreglar sus acciones ulteriores.

Pasa el Elba. Entretanto Carlos, que caminaba con rapidez, llegó el 23 de abril por la tarde á las márgenes del Elba, frente de Muhlberg. En aquel parage tenia el rio treinta pasos de ancho y mas de cuatro pies de profundidad; era rápida su corriente, y la orilla que ocupaban los sajones mas elevada que la en que él se hallaba. Pero no detuvieron al emperador semejantes obstáculos; reunió sus generales, y sin preguntarles su opinion, comunicóles su resolucion de probar al dia siguiente el paso del rio y de atacar al enemigo donde quiera que le encontrase. No pudieron todos dejar de espresarle la sorpresa que les causaba tan osado intento; el duque de Alba y Mauricio de Sajonia,

aunque naturalmente atrevido y ardiente aquel é impaciente este por acabar con el elector su rival, hicieron vivas objeciones contra semejante partido; pero Carlos, fiándose mas en su propio juicio ó en su fortuna, ningun caso hizo de sus razones y dió las órdenes precisas para la ejecucion de su plan. Año 1546.

Al despuntar el dia un cuerpo de infantería española é italiana se dirigió hácia el rio y rompió un vivo y bien sostenido fuego contra el enemigo. Mucho estrago hacian en la opuesta orilla los largos y pesados mosquetes que entonces se usaban; muchos soldados imperiales, llevados de ardor guerrero, y queriendo aproximarse mas al enemigo, metiéronse en el rio, e internándose en él hasta llegarles el agua al pecho, tiraban con mejor efecto y con mas certera puntería. Al amparo de este fuego de mosquetería empezóse á establecer un puente de barcas para los infantes; púsose en movimiento la caballería, despues que un paisano prometió que la haria pasar por un vado que conocia; los sajones apostados en Muhlberg quisiéran estorbar estas operaciones con el fuego bastante nutrido de una batería que habian levantado; mas, como una espesa niebla cubria las partes bajas de las márgenes del Elba, no podian ajustar la direccion de sus disparos, y así poco daño causaron á los imperiales. Los sajones, al contrario, sufriendo mucho por el fuego de los españoles é italianos, incendiaron algunas barcas que se habian juntado cerca de la aldea, y prepararon su retirada. Echando de ver los imperiales este intento, al punto desnudáronse diez soldados españoles, y, cogiendo con sus dientes sus espadas, echáronse al agua, atravesaron el rio á nado, pusieron en fuga á algunos sajones que quisieron oponérseles, y salvaron de las lla-

Año 1547. mas tantas barcas como necesitaban para acabar el puente; accion en estremo atrevida y feliz, que añadió nuevo aliento á sus compañeros y lanzó el espanto entre los enemigos.

Al mismo tiempo, tomando cada ginete un infante á la grupa, empezaron todos á meterse en el agua; marchaba á la cabeza la caballería ligera, siguiéndola los hombres de armas que conducia el emperador en persona, montado en un hermoso caballo, vestido en trage magnífico y empuñando una javalina. Interesante y magnífico era el espectáculo que á los compañeros que dejaban en la orilla presentaba aquella numerosa division de caballería moviéndose en medio de un gran rio, en el cual, segun la direccion de su guia, veíanse obligados á hacer diversos rodeos, caminando á veces sobre un terreno sólido, y otras echándose á nado (1). El valor de aquella tropa venció en fin todos los obstáculos, pues nadie osaba manifestar temor, cuando el emperador participaba de los mismos peligros que el último soldado. Así que puso el pie Carlos en la opuesta orilla, sin aguardar el resto de su infantería, avanzó contra los sajones á la cabeza de las tropas que pasaron el rio con él, las cuales, alentadas por el buen éxito de su tentativa y despreciando á un enemigo que no se atrevió á atacarles cuando podia verificarlo tan ventajosamente, no se amedrentaron en vista de la superioridad numérica, y marcharon al combate como á una segura victoria.

Errado proceder del elector. Durante todas estas operaciones, que necesariamente debieron de durar mucho espacio, permaneció el elector en su campo sin hacer movimiento alguno, y ni

(1) Avila, 115. A.

siquiera queria creer que el emperador hubiese pasado el rio y que se hallaba tan cerca (1); ceguedad tan estraordinaria, que los historiadores mejor instruidos la atribuyen á la perfidia de sus generales, que le engañaron con falsos avisos. Cuando en fin le hubieron convencido de su fatal descuido los reunidos testimonios de muchos que lo presenciaron, dió sus órdenes para retirarse hácia Wittemberg; pero un ejército aleman no podia ponerse en movimiento con mucha celeridad, embarazado como de costumbre por sus bagages y artillería; así es que apenas comensára á ponerse en marcha, descubriéronse las tropas ligeras del enemigo, y el elector vió que no podia evitar una batalla. Dotado de tanto valor en el obrar como de indecision en el resolver, ordenó sus disposiciones para el combate con la mayor presencia de ánimo y mucha prudencia; aprovechóse de un gran bosque para cubrir sus alas de modo que no tuviese que temer verse envuelto por la caballería enemiga, mucho mas numerosa que la suya. Por su parte, el emperador formaba sus tropas en batalla á medida que iban avansando, y recorriendo las filas á caballo, exortaba á sus soldados con breves pero enérgicas palabras á que hiciesen su deber. Muy distintos eran los sentimientos que animaban á uno y otro ejército. Serenándose de repente el cielo, que hasta entonces estuviéra sombrío y cubierto de nubes, produjo esta circunstancia en las dos partes contrarias una impresion análoga á la disposicion de los ánimos. Los sajones, sorprendidos y desalentados, sintieron verse espuestos á las miradas de sus enemigos; los imperiales, seguros de que las tropas

Año 1547.

Batalla de Mulhaussen.

(1) Camerar. *ap. Frecher. t, III, p.* 493. Struv. *Corp. Hist. Germ.*. 1047, 1049.

Año 1547. protestantes no podian escapárseles, regocijáronse de la reaparicion del sol como un presagio cierto de la victoria. Breve y no dudoso hubiéra sido el combate si no hubiese reanimado y sostenido el valor de los sajones la intrepidez personal del elector y la actividad que desplegó desde que la aproximacion del enemigo le hizo considerar como inevitable una accion general. Rechazaron al principio la caballería ligera húngara, que rompió el ataque, y recibieron con mucha firmeza á los hombres de armas que en seguida avanzaron á la carga; pero, siendo estos la flor del ejército imperial y combatiendo á la vista y mando del emperador, tuvieron que cejar los sajones; y volviéndose á formar al mismo tiempo las tropas ligeras de los imperiales, pronto se hizo general la derrota. Continuaba aun defendiéndose una pequeña division de soldados escogidos, que el elector mandaba en persona, y procuraba salvar á su soberano retirándose hácia el bosque; pero arrollada por todos lados, el elector herido en el rostro, estenuado de fatiga, y convencido de que era inútil la resistencia, se dió á prision. Condujéronle luego delante del emperador que, regresando entonces dèl alcance que se diéra á los fugitivos, gozaba en medio del campo de batalla del espectáculo de su triunfo, y recibia los parabienes de sus oficiales por la completa victoria que acababa de alcanzar. Reducido á tan desgraciada y humillante situacion, el elector conservó sin embargo una postura á la par noble y decorosa. Al paso que se presentó á su vencedor sin afectar un aire de orgullo ó de rencor, que ciertamente fuéra inoportuno en un prisionero, no se abatió á darle ninguna muestra de sumision indigna del alto rango que ocupaba entre los príncipes de Alemania.—«El azar de la

El elector es derrotado y hecho prisionero.

«guerra, dijo, me ha hecho vuestro prisionero, muy «gracioso emperador; y espero se me tratará...» — «Ah! «¿con que al fin se me reconoce por emperador? inter«rumpióle Carlos bruscamente; Carlos de Gante era el «solo título que hasta el presente me habiais dado. Se «os tratará como mereceis.» Y volviendo la espalda al elector con firmeza, le dejó. A tan severo trato, añadió el rey de romanos en su própio nombre reprensiones mezcladas con palabras aun menos generosas y mas insultantes; pero el elector no dió respuesta alguna, y con sosegado y tranquilo aspecto, sin manifestar ni abatimiento ni sorpresa, siguió á los soldados españoles designados para su custodia (1). Año 1547.

Progresos de Carlos despues de su victoria.

Solo cincuenta hombres costó á los imperiales esta victoria decisiva, perdiendo la vida en el combate mil doscientos sajones, cuya mayor parte perecieron en la derrota, y siendo mucho mayor el número de prisioneros. Pudo con todo escaparse una division de cuatrocientos hombres, y llegó á Wittemberg con el príncipe electoral, que fué herido en la accion.

Dos dias permaneció el emperador en el campo de batalla, ya para abastecer á su ejército, ya para recibir los diputados de las ciudades vecinas, que acudieron solícitos á reclamar su proteccion sometiéndose á su voluntad; y despues se puso en marcha para Wittemberg, resuelto á terminar la guerra de una vez apoderándose de aquella ciudad. El desventurado elector fué conducido como en triunfo y espuesto en todâs partes á los ojos de sus mismos vasallos en su estado de cautivo; y aunque aquel espectáculo afligió á todos

(1) Sleid. *Hist.* 426. Thuan. 136. Hortensius, *de Bello Germ. ap. Scard. vol. II*, 498. *Descrip. pugnæ Mulberg. ibid. p* 509. P. Heuter. *Rer. Austr lib. XII, c.* 13, *p.* 298.

Año 1547. los que le estimaban y honraban, no pudo tan cruel ultrage abatir la grandeza de su alma, y ni siquiera turbar su acostumbrada sangre fria y tranquilidad.

Pone cerco á Wittemberg.

Era entonces Wittemberg la mansion de la línea electoral de la familia de Sajonia, y una de las mas fuertes ciudades de Alemania, muy difícil de tomar, si fuese proporcionada la defensa. A ella marchó el emperador con la mayor celeridad, confiando que con la consternacion que hubiese tal vez promovido la noticia de su victoria decidiríanse los habitantes á seguir el ejemplo de sus compatriotas, y á someterse á sus armas luego que se presentase delante de sus murallas. Pero Sibila de Cleves, esposa del elector, que hermanaba felizmente pura virtud y gran talento, en lugar de entregarse á la desesperacion y al llanto por la desgracia de su esposo, procuró con su ejemplo y exortaciones animar á los ciudadanos, y supo inspirarles tanta confianza é intrepidez que, cuando se les intimó la rendicion, respondieron con altivez, advirtiendo al emperador que tuviese con su soberano todas las consideraciones debidas á su rango, pues estaban resueltos á tratar á Alberto de Brandeburgo, que continuaba siendo su prisionero, de la misma manera que trataria al elector. Así pues, pareció que la decision de los habitantes y lo fuerte de la plaza hacian indispensable un sitio en regla. Tras tan ruidosa y célebre victoria, hubiéra sido una mengua para el emperador dejar de emprenderlo; pero al mismo tiempo carecia de todo lo necesario para semejante espedicion. Mauricio hizo desaparecer todas estas dificultades comprometiéndose á proveerles de víveres, de artillería, de municiones, de gastadores y de cuanto pudiese necesitarse. Bajo esta promesa, mandó Carlos abrir la

trinchera delante de la plaza; pero Mauricio habíase dejado llevar de la impaciencia en que ardia de ver la rendicion de la capital de aquellos mismos estados, cuya posesion debia ser su recompensa, de haber tomado las armas contra su pariente y desertado de la causa protestante. En efecto, poco tardóse en conocer que habia prometido mas de lo que en realidad podia cumplir. Es verdad que sin obstáculo alguno se transportó un tren de artillería por el Elba, desde Dresde á Wittemberg; mas no teniendo Mauricio fuerzas bastantes para asegurar las comunicaciones de sus dominios con el campo de los sitiadores, el conde de Mansfeldt, que mandaba un destacamento de tropas electorales, se apoderó de un convoy de víveres y municiones de guerra, y dispersó una partida de gastadores destinados al servicio de los imperiales. Esta desgracia detuvo los progresos del sitio, y no pudiendo ya el emperador contar con las ofertas de Mauricio, conoció que debia echar mano de cualquier medio mas pronto y eficaz para apoderarse de la plaza. Año 1547.

En su poder tenia al infeliz elector, y fué bastante cruel y poco generoso para sacar partido de esta circunstancia, probando si podria llevar á cabo su intento poniendo en juego la ternura de la esposa para con su marido, y el afecto de los hijos para con su padre. A este fin por segunda vez intimó á Sibila que abriese las puertas de la ciudad, participándole que, si se negaba á obedecerle, el elector pagaria su obstinacion con su cabeza; y para convencerla de que no se reducia aquello á simple amenaza, al punto mandó formar causa al prisionero. Fué el proceso tan irregular como bárbara era la estratagema. En vez de consultar á los estados del imperio, ó de remitir la causa á algun

Trata al elector con poca generosidad.

Año 1547. tribunal que, segun la constitucion germánica, pudiese legalmente conocer en el delito, sometió Carlos al mayor príncipe del imperio á la jurisdiccion de un consejo de guerra compuesto de oficiales españoles é italianos y presidido por el duque de Alba, instrumento siempre pronto á servir para un acto de violencia. Fundaba aquel estraño tribunal su acusacion en el decreto de destierro del imperio contra un prisionero, sentencia pronunciada por la sola autoridad del emperador, y destituida de todas las formalidades legales que podian hacerla válida; mas el consejo de guerra, considerando por aquella reo convicto de traicion y rebeldía al elector, le condenó á ser decapitado. Notificósele este fallo miemtras estaba jugando al ajedrez con Ernesto de Brunswick, tambien prisionero. Guardó silencio por un rato, sin dejar traslucir movimiento alguno de turbacion ni de terror; luego, observando cuán irregular é injusto era el proceder del emperador; «Fácil es, «dijo, adivinar su plan; es preciso que yo mue«ra porque Wittemberg no quiere rendirse; yo da«ré, pues, mi vida gustoso, si con este sacrificio «puedo conservar la dignidad de mi casa y transmitir «á mis descendientes la herencia que les pertenece. «¡Quiera Dios que esta sentencia aflija á mi esposa y «á mis hijos tan poco como á mí me intimida, y que «no renuncien los títulos y posesiones á que les desti«nó su nacimiento, llevados de la esperanza de añadir «algunos dias á una vida ya demasiado larga (1)!» Dirigiéndose entonces al príncipe de Brunswick, propúsole que continuasen la partida. Jugó con la misma atencion é interés, y habiéndola ganado, mostró la mis-

Grandeza de alma del elector.

(1) Thuan, *t. I, p.* 142.

na satisfaccion que habiese podido caberle en diferente coyuntura, retirándose luego á su aposento para dedicar sus últimos instantes á los piadosos ejercicios que exigia su situacion (1).

Año 1547.

Desconsuelo de la familia del elector.

No se recibió con igual tranquilidad en Wittemberg la noticia del peligro del elector. Sibila, que con inalterable firmeza habia sobrellevado la desgracia de su marido, mientras solo hubo que temer una disminucion de su poder y de sus dominios, perdió todo su valor al saber que estaba amenazada su vida. Resuelta á salvarle, cerró los oidos á todas las consideraciones, y no hubo sacrificio que no estuviese pronta á hacer para aplacar á un vencedor irritado. Al mismo tiempo el duque de Cleves y el elector de Brandeburgo y Mauricio, á quienes ocultára Cárlos los verdaderos motivos de su rigurosa resolucion contra el elector, intercedian con ardor para obtener que se le concediese la vida; animaba al primero pura compasion á su hermana y á su cuñado; los dos últimos temblaban al considerar el oprobio de que se llenarian si, despues de haber ponderado tanto la promesa que Carlos les hiciéra de entera seguridad por lo tocante á su religion, el primer fruto de su union con el emperador era la pública sentencia de un príncipe justamente respetado como el mas zeloso protector de la causa protestante. Mauricio en particular preveía que seria objeto de horror para los sajones, y que en vano esperaria jamas gobernarlos con seguridad, si llegáran á concebir sospechas de que hubiese tenido parte en la muerte de su próximo pariente para alzarse con sus estados.

Mientras aquellos príncipes, impulsados por moti-

(1) Struvius, *Corp.* 1050.

Año 1547. La familia del elector trata con Carlos y le cede el electorado.

vos diferentes, solicitaban del emperador con la mas viva importunidad que no hiciese ejecutar el fallo del consejo de guerra; Sibila y sus hijos le escribian, enviándole repetidos mensages para conjurarle á que pusiese término á las inquietudes que les causaba el peligro de un esposo y de un padre, y á que fijase el precio que quisiese á la libertad y á la vida de aquel desventurado príncipe. Gozoso el emperador del buen éxito del arbitrio que imaginára, aflojó poco á poco en su primera severidad, manifestó disposiciones á la clemencia, y prometió el perdon del elector si queria hacerse digno él, consintiendo en razonables condiciones. Este príncipe, que viéra sin inmutarse la proximidad de una muerte ignominiosa, enternecióse al llanto de una esposa querida, y no pudo resistir á las instancias de su familia: vencido por sus reiteradas súplicas, con-

19 de mayo.

vino en una composicion, que en cualquier otro momento hubiéra desechado con orgullo. Estipulaba aquel tratado que en su nombre y en el de su posteridad, renunciria la dignidad electoral en manos del emperador, que seria dueño de disponer de ella á su voluntad; que las ciudades de Wittemberg y de Gotha al punto se entregarian á las tropas del emperador; que Alberto de Brandeburgo seria puesto en libertad sin exigirle ningun rescate; que el elector se someteria al decreto de la cámara imperial y se conformaria con todos los cambios que el emperador juzgase á propósito verificar en la constitucion de aquel tribunal; que renunciaria á toda coalicion contra el emperador ó el rey de romanos, y no formaria en lo sucesivo alianza alguna de que no formasen parte estos dos príncipes. En cambio de tan importantes concesiones, prometia el emperador no solo dejarle la vida, sino aun cederle,

para él y sus descendientes, la ciudad y el territorio de Gotha, con una pension anual de 50.000 florines, pagaderos sobre las rentas del electorado, y una suma de dinero contante para el pago de sus deudas. Pero amargaba todos estos actos de gracia la cruel condicion impuesta al elector de permanecer prisionero del emperador para toda su vida (1). Habia Carlos querido exigir tambien que el elector se sometiese á los decretos del papa y del concilio respecto á los puntos de religion que entonces se controvertian, mas ni las súplicas ni las amenazas pudieron obligar á este desgraciado príncipe, que habia consentido en sacrificar lo que los hombres miran comunmente como lo mas querido y precioso, á renunciar á lo que le parecia ser la verdad, ni decidirle á una accion contraria á las inspiraciones de su conciencia. Año 1547.

Luego que hubo salido de Wittemberg la guarnicion sajona, desquitóse el emperador de sus obligaciones para con Mauricio, y, para recompensarle el haber desertado de la causa protestante y contribuido tan prósperamente á la disolucion de la liga de Smalkalde, dióle la posesion de aquella plaza y de todas las demas ciudades del electorado. No sin repugnancia, con todo, consentia Carlos en tan gran sacrificio; pues la estraordinaira fortuna de sus armas ya empezaba, como siempre suele acontecer, á inspirar á su ánimo ambicioso mas altas miras, sugiriéndole nuevos y vastos proyectos de engrandecimiento, para cuya ejecucion hubiérale sido muy útil conservar en su poder la Sajonia. Mas no llegando todávía su plan al estado de madurez necesaria paraque pensase poner-

Mauricio entra en posesion del electorado.

(1) Sleid. 427. Thuan, *lib. I*, 142. Dumont, *Corps. diplom. IV*, *p.* 11, 332.

Año 1547. lo en práctica, temió dejarlo traslucir; y por otra parte hubiéra sido algo arriesgado é imprudente ofender á Mauricio en tal ocasion, faltando descaradamente á todas las promesas por las cuales este príncipe habia abandonado sus naturales aliados.

Negociacion con el landgrave.

El landgrave, suegro de Mauricio, permanecia siempre sobre las armas; y, aunque era entonces el único defensor que quedaba de la causa protestante, no era débil ni despreciable tal enemigo. Poseía dilatados dominios, y estaban sus súbditos animados del mas vivo zelo de la reforma. Si hubiese podido imponer por algun tiempo á los imperiales, mucho habia que esperar de un partido cuya fuerza no estaba aun desunida, que podia recobrar su union á la par que su vigor, y que tenia poderosas razones para contar con eficaces socorros por parte del rey de Francia. Pero no formaba el landgrave planes tan atrevidos y arriesgados; sino que, lleno de la misma consternacion que se apoderára de todos los confederados, era su único objeto obtener condiciones favorables del emperador, que consideraba como un conquistador á cuya voluntad la necesidad le obligaba á someterse. Alentaba Mauricio estas tímidas y pacíficas disposiciones, encareciendo por un lado la pujanza del emperador, ponderando por otro su crédito personal con aquel victorioso aliado, y haciendo valer las ventajosas condiciones que por precision debia obtener á favor de un amigo y suegro, cuya salvacion tanto deseaba. En ciertos momentos manifestaba el landgrave tanta confianza en las promesas de Mauricio, que parecia arder en impaciencia de concluir un tratado definitivo; pero cuando consideraba la desenfrenada ambicion del emperador, á quien no contenian ni escrúpulos del de-

ooro ni derechos de la justicia, y cuando traía á la memoria el modo cruel y tiránico con que habia tratado al elector de Sajonia, causábanle estas ideas tan viva impresion, que rompia bruscamente las negociaciones empezadas, pareciendo que creía mas prudente buscar su seguridad en sus propias fuerzas que confiar en la generosidad de Carlos. Mas no podia durar esta osada resolucion, que la desesperacion inspiraba á un espíritu impaciente é irritado por las contradicciones. Al reflexionar con mas calma acerca del poder de su enemigo y de su propia debilidad, sentia renacer su incertidumbre y sus recelos, y con ellos el fastidio de la negociacion y el deseo de un tratado. Año 1547.

Condiciones prescritas por el emperador.

Hiciéronse mediadores entre el emperador y el landgrave Mauricio y el elector de Brandeburgo; pero apesar de todo el crédito de que aquel se habia envanecido, muy duras fueron las condiciones que Carlos exigió: obligóse al landgrave á renunciar á la liga de Smalkalde, á reconocer la autoridad del emperador, y á someterse á los decretos de la cámara imperial. Ademas de estas condiciones, que tambien se habian impuesto al elector de Sajonia, el landgrave debia poner su persona y estados á disposicion del emperador; implorar su perdon de rodillas; pagar ciento cincuenta mil coronas por indemnizacion de los gastos de la guerra; demoler las fortificaciones de todas sus ciudades, escepto una; mandar prestar juramento de fidelidad al emperador á la guarnicion que pusiese en esta; dar libre paso á través de sus estados á las tropas imperiales siempre que se le requiriéra; entregar al emperador todas sus municiones de guerra y su artillería; poner en libertad, sin exigir rescate, á Enrique de Brunswick y á los demas prisioneros que habia cogi-

Año 1547. do durante la guerra; finalmente obligarse á no tomar jamas las armas y á no permitir que ninguno de sus vasallos sirviese contra el emperador ó sus aliados (1).

Sométese el landgrave á estas condiciones.

Ratificó el landgrave los artículos de este tratado, pero con estremada repugnancia, pues no veía en ellos ninguna estipulacion acerca del modo con que se procederia con él, siéndole forzoso abandonarse enteramente á la clemencia del emperador. Solo la necesidad le precisó á dar su consentimiento. Carlos, que desde la sujecion de la Sajonia tomára el tono imperioso y altivo de un conquistador, insistió en exigir una sumision sin reserva; y no permitió que á las condiciones que habia impuesto se añadiéra alguna modificacion que limitase la plenitud de su poder ó le estrechase acerca del modo con que juzgaria conveniente tratar á un príncipe que se hallaba enteramente á su disposicion. Mas, aunque no se dignó negociar con el landgrave como de igual á igual, ni permitir que se insertase en el tratado que dictára ninguna cláusula que pudiese mirarse como una estipulacion formal para la seguridad y libertad de aquel príncipe; no obstante el elector de Brandeburgo y Mauricio obtuvieron de él ó de sus ministros, en su nombre, las mas positivas y seguras promesas tocante á este punto; de manera que aseguraron al landgrave que se le trataria como el duque de Wittemberg, y que despues de haberse sometido al emperador tendria la libertad de regresar á sus estados. Mas abrigando siempre el landgrave su primera desconfianza de las intenciones del emperador, y no queriendo atenerse á declaraciones

(1) Sleid. 430. Thuan, *lib. IV*, *p.* 148.

verbales y equívocas en tan importante asunto como era el de su libertad, remitiéronle un acta firmada por su propia mano, por la cual se obligaban del modo mas solemne, en caso de que sufriese alguna violencia cuando su entrevista con el emperador, á ponerse al punto ambos en poder de sus hijos, para recibir de estos el mismo trato que su padre recibiria del emperador (1). Año 1547.

Pasa á la corte imperial.

Esta promesa, unida á la obligacion indispensable de ejecutar lo que contenian los artículos que ya aceptára, triunfó de todos sus temores y escrúpulos. Pasó al campo imperial, en Halle en Sajonia, donde una inesperada circunstancia vino á despertar de nuevo sus sospechas y á redoblar sus temores. Al ir á entrar en la cámara de audiencia donde debia verificar su sumision, presentáronle una copia de los artículos que habia aprobado paraque otra vez los ratificase. Leyéndolos vió que los ministros imperiales habian añadido dos cláusulas, de las cuales la una contenia que, si se suscitaba alguna cuestion sobre el sentido de los primeros artículos, seria del emperador el derecho de darles la interpretacion que mas razonable juzgase, y en la otra se obligaba al landgrave á someterse á ciegas á las decisiones del concilio de Trento. Tan indigno artificio, cuyo objeto era arrancar al landgrave por sorpresa su consentimiento á unas condiciones que estaba muy lejos de aceptar, presentándoselas en un momento y circunstancia en que estaba lleno de agitacion y turbado su espíritu con motivo de la humillante ceremonia que iba á sufrir, le encendió en viva indignacion, que estalló con todas las espresiones de furor que le sugirió

1) Dumont, *Corps diplom. t. IV, part. II, p.* 336.

Año 1547. la violencia de su carácter. Mucho les costó al elector de Brandeburgo y á Mauricio lograr de los ministros del emperador que se suprimiéra como injusto el primer artículo, y que el segundo se esplanase de modo que el landgrave pudiese adherirse á él sin abjurar abiertamente de la religion protestante.

Modo con que le recibe el emperador. Superado este obstáculo, quisiéra en su impaciencia el elector ver ya terminada una ceremonia que, por mortificante que le pareciéra, era indispensable para obtener su perdon. Estaba el emperador sentado en un trono magnífico, revestido con todas las insignias de su dignidad y rodeado de un numeroso séquito de príncipes del imperio, entre los cuales hallábase Enrique de Brunswick, que en aquella circunstancia por un estraño y frecuente cambio de fortuna era espectador de la humillacion de un príncipe, cuyo prisionero fué pocos dias antes. Introdujeron con mucho aparato en la sala al landgrave, que se dirigió al trono y se arrodilló. Su canciller, que le seguia, leyó entonces por órden de su amo un papel en que aquel príncipe confesaba humildemente el crímen de que se habia hecho culpable, y para cuya espiacion reconocia era merecedor del mas severo castigo; poníase con sus estados á la entera disposicion del emperador; imploraba sumisamente el perdon, que solo esperaba de la clemencia del emperador; y acababa prometiendo portarse en lo sucesivo como vasallo cuyos principios de fidelidad y obediencia se robustecerian aun mas con la gratitud que conservaria en el fondo de su corazon. Mientras leía el canciller tan humillante declaracion, el desdichado landgrave era el blanco de las miradas de todos los espectadores; pues al ver abatido á pedir perdon en la actitud de un suplicante á un príncipe tan altivo y po-

deroso, difícil era no sentirse conmovido y no entregarse á tristes reflexiones acerca de la instabilidad y vanidad de las humanas grandezas. Miró el emperador todo aquel espectáculo con fiero continente y sin dar muestra alguna de sensibilidad; guardó profundo silencio, y únicamente hizo señal á uno de sus secretarios paraque leyese su respuesta, que en sustancia decia: que si bien pudiéra con justicia imponer al landgrave la rigurosa pena que habia merecido, sin embargo, cediendo á un sentimiento de generosidad, vencido por las súplicas de algunos príncipes en favor del culpable, y conmovido por su confesion y su arrepentimiento, no le trataria con el rigor de la justicia, ni lo sujetaria á castigo alguno que no estuviese especificado en los artículos del tratado. Al terminar su lectura el secretario, levantóse Carlos bruscamente, se alejó del infeliz suplicante sin manifestarle piedad ni reconciliacion, y dejóle de rodillas sin dignarse hacerlo poner en pie. Abandonando el landgrave por sí solo tan humillante postura, acercóse al emperador para besarle la mano, lisongeándose de que habiendo plenamente espiado su crímen, podia permitírsele semejante libertad; mas detúvolo el elector de Brandeburgo, temeroso de que tal familiaridad no ofendiese al emperador, y le invitó á que con Mauricio y él pasase á la habitacion del duque de Alba en el castillo. Año 1547.

Fué recibido con la cortesanía y miramientos debidos á su rango; pero despues de cenar, mientras estaba empeñado en una partida de juego, llamó el duque aparte al elector y á Mauricio, y comunicóles las órdenes del emperador, segun las cuales el landgrave debia quedar prisionero allí mismo, custodiado por un destacamento de soldados españoles. No habiendo aque- Queda prisionero.

Año 1547. llos príncipes hasta entonces tenido desconfianza alguna de la sinceridad y rectitud de las intenciones del emperador, estremadas fueron su indignacion y su sorpresa, al ver el engaño de que eran víctimas y la infame traicion por cuyo medio se les habia hecho servir de instrumento del oprobio y de la ruina de su amigo. Recurrieron á las quejas, á las razones, á las súplicas para librarse de la ignominia de que iban á cubrirse y sacar al landgrave del abismo en que su confianza en ellos le habia precipitado; pero mantúvose inflexible el duque de Alba, alegando la necesidad de ejecutar las órdenes del emperador. Cerraba la noche: el landgrave, que nada sabia de cuanto habia pasado y que ninguna sospecha tenia de la pérfida red que le envolvia, ya disponíase para partir, cuando le participaron la órden fatal. Embargóle al principio la sorpresa el uso de la voz; pero, tras algunos momentos de silencio, prorumpió fuera de sí en las mas violentas espresiones que le dictó el horror que le inspiraba tamaño esceso de injusticia y mala fé. Quejóse, suplicó, se enfureció, ya clamando contra los artificios del emperador como indignos de un príncipe poderoso y magnánimo; ya reprimiendo la credulidad con que se fiaron sus amigos de las insidiosas promesas de Carlos, ó acusándoles de cobardes y de que prestaban su apoyo á la ejecucion de tan vergonzosa perfidia; y recordándoles por fin las obligaciones que contrajéran con sus hijos, les intimó que las cumpliesen al instante. Dejando que se calmasen los primeros transportes de su cólera, el elector y Mauricio con la mayor solemnidad protestaron de su inocencia y de la pureza de sus intentos en todo aquel asunto, y le hicieron esperar que, así que pudiesen hablar al emperador, ob-

tendrian satisfaccion de una injusticia en que tan interesado estaba el honor de los dos como su libertad. Al mismo tiempo, para procurar aplacar su furor é impaciencia, quedóse á su lado Mauricio toda la noche en el aposento donde estaba encerrado (1). Año 1547.

Por la mañana del dia siguiente el elector y Mauricio dirigiéronse juntos al emperador, y le representaron de cuanta infamia se cubririan en toda la Alemania si el landgrave quedaba prisionero; y añadieron que nunca le hubiéran aconsejado una entrevista, y que tampoco él hubiese consentido en ella, á haber podido sospechar que la pérdida de su libertad seria el fruto de su sumision; que se habia obligado á procurarle aquella, pues habian dado su palabra y empeñado sus propias personas paraque sirviéran de garante de la suya. Escuchó Carlos sus esposiciones con la mayor sangre fria; conocia que ya no necesitaba de sus servicios, y así vieron con dolor que se habia echado en olvido su antigua lealtad, y cuán poco caso hacia de su intercesion. Díjoles que ignoraba las obligaciones particulares que hubiesen contraido con el landgrave; que no era esto lo que debia reglar su conducta; que ya sabia lo que habia prometido, y que no era la absoluta libertad del landgrave, sino que no quedaria preso por toda su vida (2). Despues de pronunciar esta resolucion con tono firme y absoluto, puso

El elector de Brandeburgo y Mauricio piden en vano su libertad.

(1) Sleid 433. Thuan. *lib. IV, p.* 147. Struv. *Corp. Hist. Germ. tom. II, p.* 1052.

(2) Segun varios historiadores que gozan de mucha reputacion, en su tratado con el landgrave el emperador estipuló que no le detendria en prision alguna. Mas al copiar el acta, que se escribió en aleman, los ministros imperiales sustituyeron la palabra EWIGER á la de EINIGER; así, en vez de una promesa de que no se detendria al landgrave en *ninguna* prision, hallóse en el tratado que no se le de-

Año 1547. fin á la conferencia; y no viendo el elector y Mauricio esperanza alguna de ablandar al emperador, que parecia habia tomado su partido con reflexion y estaba muy resuelto á sostenerlo, tuvieron que participar al desgraciado preso el poco efecto de sus esfuerzos á su favor. A esta noticia entregóse á nuevos arrebatos de corage aun mas violentos que los primeros; de manera que, para impedir que cometiese algun esceso de desesperacion, los dos príncipes le prometieron que no se apartarian del lado del emperador hasta que instando é importunando repetidas veces le arrancasen su consentimiento para poner en libertad al landgrave. De consiguiente pocos dias despues volvieron á las súplicas; pero hallaron á Carlos mas fiero aun é inflexible, y hasta se les indicó que: si continuaban insistiendo en asunto tan desagradable y del cual no queria que se le hablase, mandaria al punto trasladar al preso á España. Temieron pues perjudicar al landgrave con un zelo escesivo ó inoportuno, y no solo desistieron de su demanda, sino que tambien resolvieron dejar la corte; y como no quisieron esponerse á los primeros movimientos del furor que arrebataria al landgrave, al saber el motivo de su partida, se lo no-

tendria en una prision perpetua. Pero autores muy versados en la historia y escelentes críticos han puesto en duda la verdad de esta anécdota popular, y corrobora mucho á esta opinion el silencio de Sleidan tocante á este hecho, que por otra parte este historiador no ha citado en ninguna de las varias memorias que acerca de la prision del landgrave ha publicado Sin embargo, como muchas obras que contienen las instrucciones necesarias para discutir con exactitud este hecho se escribieron en idioma aleman, que yo no entiendo, no puedo tratar este punto de controversia con la misma precision con que procuré aclarar otros asuntos contestados de que se ha hablado en el curso de esta historia. *Véase* Struv. *Corp. Hist. Germ.* 105, *y* Mosheim, *Hist. ecles vol. II, p.* 161, 162 de la traduccion inglesa.

tificaron por medio de una carta, en que le exortaban á ejecutar todo lo que habia prometido al emperador, como el mas seguro medio de alcanzar pronto la libertad. Año 1547.

Por mucha que fuese la violencia de la desesperacion del landgrave al verse de este modo abandonado por aquellos dos príncipes, se decidió á seguir sus consejos movido de la impaciencia que le aquejaba por recobrar su libertad. Pagó la suma que se le habia impuesto, espidió sus órdenes para hacer demoler sus fortificaciones, y renunció á todas las alianzas que podian infundir recelos. Pero ningun efecto produjo esta pronta deferencia á la voluntad del vencedor; pues se continuó custodiándole con la misma vigilancia y severidad, y así le condujeron, como al desventurado elector de Sajonia, donde quiera que iba el emperador, renovándose de este modo cada dia el oprobio de ellos y el triunfo de este. La grandeza de alma y la firmeza con que sufria el elector repetidos ultrages, no eran menos dignos de atencion que el furor é impaciencia del landgrave, cuyo carácter ardiente é impetuoso apenas podia contenerse: cuando traía á la memoria los ignominiosos artificios con que le habian arrastrado al estado en que se hallaba y la injusticia con que le detenian en prision, aumentaba su enojo y frecuentemente precipitábalo á cometer los mas estravagantes escesos de rabia.

Rigurosas exacciones del emperador en Alemania.

Los habitantes de las varias ciudades donde Carlos así esponia en espectáculo á esos ilustres presos sentian vivamente el insulto que hacia al cuerpo germánico una crueldad tan arbitraria, y murmuraban altamente de ver tratados de un modo tan indecoroso á dos de los principales príncipes del imperio. Mas poco tardaron

Año 1547. en tener otros motivos de queja sobre asuntos que les interesaban mas de cerca. El emperador, añadiendo la opresion al ultrage, se arrogó todos los derechos de un conquistador, y los ejerció con rigor estremado. Mandó á sus tropas que se apoderasen de la artillería y de las municiones de guerra pertenecientes á los individuos de la liga de Smalkalde. Reuniendo de esta manera quinientos cañones, cosa muy considerable para aquel tiempo, envió parte á los Paises Bajos, parte á Italia, y parte á España, á fin de esperar por todas partes la fama de sus victorias, y paraque aquellos trofeos fuesen monumentos y pruebas que atestiguasen su triunfo contra una nacion tenida hasta entonces por invencible. En seguida, por su sola autoridad, recaudó sumas considerables, que impuso así á los que le habian fielmente servido en la guerra como á los que tomaron las armas contra él: á los primeros, como contribucion para los gastos de una guerra que habiéndose, segun él, hecho para el bien comun de todos los miembros del imperio, debia sostenerse en comun á costas de todos; y á los últimos, como una especie de multa para espiar su rebelion. Produjeron estas exácciones mas de un millon seiscientas mil coronas, cantidad prodigiosa en el siglo décimo sexto. Tan general era la consternacion que habian hecho cundir entre los alemanes los rápidos triunfos de Carlos y el terror que les inspiraban sus tropas vencedoras; que todos obedecieron sus órdenes sin la menor resistencia; mas al mismo tiempo estos nuevos actos de poder arbitrario por precision debian alarmar á un pueblo zeloso de sus privilegios, y acostumbrado siglos habia á considerar la autoridad imperial como limitada y poco temible. Por mucho que se procurase ocultarlos, el descontento y el

resentimiento pronto se hicieron universales, y estas pasiones comprimidas por entonces, debian por esta misma razon estallar en breve con mas violencia. Año 1547.

Mientras dictaba Carlos la ley á los alemanes como á un pueblo vencido, en Bohemia Fernando usaba aun de mas rigor para con sus vasallos. Gozaba aquel reino inmunidades y privilegios tan latos como ninguno de los estados en que hubiese regido el gobierno feudal, pues eran muy limitadas las prerogativas de los reyes y electiva la corona. Cuando Fernando fué llamado al trono, reconoció y confirmó los derechos de los bohemios con todas las ceremonias que estableciéra su estremado zelo por el sostenimiento de una constitucion gubernativa á que tenian tan fuerte adhesion. Pronto con todo se cansó de una autoridad tan limitada, y empezó á mirar con desprecio un cetro que no podia transmitir á sus hijos. Hollando todos sus juramentos, acometió la empresa de derribar la constitucion desde sus cimientos y de hacer hereditaria la corona; mas no parecieron estar dispuestos los bohemios á dejarse tranquilamente despojar de privilegios que de tan antiguo gozaban. Y como muchos hubiesen abrazado la doctrina de los reformistas, cuyas semillas habian esparcido por aquel pais á principios del siglo pasado Juan Hus y Gerónimo de Praga, á su zelo por la defensa de su libertad civil agregóse el deseo de adquirir la libertad de conciencia; y cobrando mútuamente con su reunion mas calor y energía estos dos sentimientos análogos, inspiraron á los bohemios violentas resoluciones. No solo se habian negado á servir á su soberano contra los confederados de Smalkalde, sino que hasta formaron íntima alianza con el elector de Sajonia, y por medio de una asociacion solemne se ha-

Ataca Fernando la libertad de sus vasallos de Bohemia.

Año 1547. bian obligado á defender su antigua constitucion, resueltos á insistir en este designio, hasta obtener nuevas concesiones, que juzgaban necesarias para dar mas perfeccion ó solidez á la forma de su gobierno. Eligieron por su general á Gaspar Phlug, gentil hombre de conocido mérito y distinguido nacimiento, y reunieron un ejército de treinta mil hombres para apoyar sus pretensiones; pero, ó por la debilidad de su gefe, ó por las disensiones que se suscitaron en cuerpo tan vasto y pesado, cuyas partes reunidas aprisa no tenian union perfecta, las operaciones militares de aquellos descontentos no correspondieron al zelo y al ardor que brillára en sus primeras revoluciones. Dejáronse entretener mucho tiempo con varias negociaciones y proposiciones, de manera que antes que pudiéran entrar en Sajonia ya se habia perdido la batalla de Muhlberg, despojado al elector de su dignidad y de sus estados, arrestado al landgrave en rigurosa prision, y disuelto enteramente la liga de Smalkalde. Sobrecogióles tambien entonces el temor que inspiraba á toda la Alemania el poder del emperador. Así que vieron que se acercaba su soberano á la cabeza de una division de tropas imperiales, dispersáronse al punto, no pensando mas que en espiar su pasado crímen y en procurarse por medio de una sumision pronta alguna esperanza de perdon. Pero Fernando, que entraba en sus estados rebosando desapiadado resentimiento, muy natural en los príncipes cuya autoridad se ha visto hollada, no estaba dispuesto á dejarse aplacar por el tardío arrepentimiento de sus rebeldes vasallos y por aquella forzada vuelta á su deber: así escuchó sin conmoverse las súplicas entremezcladas de sollozos de los ciudadanos de Praga, que fueron á echarse á sus pies implorando su

clemencia. Escesivamente severa fué la sentencia que pronunció: abolió muchos de sus privilegios, limitó otros y mudó la forma de su gobierno, condenó á muerte á algunos que manifestaron mas ardimiento y actividad en la formacion de la postrera asociacion contra él, y muchos otros mas sufrieron la confiscacion de sus bienes ó un perpetuo destierro. Obligó á todos sus súbditos, de cualquiera condicion que fuesen, á entregar las armas para depositarlas en fortalezas guarnecidas por sus tropas; y despues de haber desarmado á aquel pueblo, cargólo con nuevos y enormes tributos. Tal fué el resultado de la desgraciada y mal concertada empresa de los bohemios para ensanchar sus privilegios; no solo ampliaron la esfera de las prerogativas reales que habian querido limitar, sino que aun aniquilaron casi enteramente aquellas mismas libertades que querian establecer sobre una base mas lata y mas sólida (1). Año 1547.

Dieta celebrada en Augsburgo.

Habiendo así humillado y creyendo haber domado el espíritu independiente é intratable de los alemanes con el terror de sus armas y con el rigor de sus castigos, convocó el emperador una dieta en Augsburgo para terminar definitivamente las disputas religiosas, que tanto tiempo hacia turbaban la paz del imperio. No se atrevió sin embargo á cometer la decision de tan interesante objeto á los libres votos de los alemanes, por muy dispuestos que debiesen hallarse entonces á obedecer á la voluntad de su soberano. Entró en la ciudad al frente de sus tropas españolas, á las cuales señaló cuarteles, y acantonó el resto de sus soldados en as vecinas aldeas; de manera que, al proceder en sus

(1) Sleid. 408, 419, 334. Thuan. *lib. IV, p.* 129, 150. Struv. *Corp. Hist. Germ. II.*

Año 1547. deliberaciones se viesen los miembros de la dieta cercados por el mismo ejército que habia vencido á sus compatriotas. Luego despues de su entrada pública dió una prueba de la violencia que estaba pronto á ejercer. Apoderóse á mano armada de la catedral y de una de las principales iglesias, y habiéndolas sus sacerdotes purificado con diferentes ceremonias para borrar las supuestas manchas que, segun ellos, dejára el ministro protestante, restablecieron en ellas con gran pompa los ritos del culto romano (1).

El emperador los exorta á que se sometan al concilio general.

Fué prodigioso el número de miembros que concurrieron á aquella dieta; la importancia de los objetos sobre que iba á deliberarse y el temor de ofender al emperador con una ausencia que pudiéra interpretarse mal habian reunido casi todos los príncipes, nobles y representantes de las ciudades que tenian derecho de votar en aquella asamblea. Abrió el emperador la sesion con un discurso en que invitó á la dieta á que fijase particularmente su atencion en el asunto que iba á esponerle. Despues de haber esplicado las funestas consecuencias de las disputas religiosas que se suscitáran en Alemania, y recordado sus constantes esfuerzos para obtener la convocacion de un concilio general, único medio de poner remedio á tantos males; exortó á los miembros de la dieta á que reconociesen la autoridad de aquella asamblea, á la cual habian por sí mismos apelado al principio, como único juez que gozase del derecho de decidir en semejantes materias.

Diferentes revoluciones acaecidas en el concilio.

Pero aquel concilio, al cual deseaba Carlos se cometiese la decision de todas las disputas, ya sufriéra un cambio considerable. Cada dia avivábanse mas el

(1) Sleid. 435, 437.

temor y la envidia que concibiera el papa de los primeros triunfos del emperador contra los confederados de Smalkalde. No contento con procurar retardar el progreso de las armas imperiales por medio del súbito llamamiento de sus tropas, miraba ya Pablo al emperador como un enemigo que pronto le haria sentir el peso de su pujanza y contra quien debia precaverse con mucha anticipacion. Previó que el efecto inmediato de la absoluta autoridad que gozaria el emperador en Alemania seria hacerle enteramente dueño de todas las decisiones del concilio, si continuaba este reunido en Trento. Era peligroso dejar á tan ambicioso monarca la disposicion de tan formidable instrumento, de que podria servirse á su antojo para limitar ó para derribar quizas el poder de los papas. Juzgó Pablo que no habia otro medio de prevenir aquella revolucion que trasladar la asamblea del concilio á alguna ciudad, que estuviese bajo su jurisdiccion mas inmediata y donde el emperador tuviese menos influjo, ya por el terror de sus armas, ya por medio de sus intrigas y de su crédito. Felizmente ofrecióse una circunstancia que pareció hacia en cierto modo necesaria semejante mudanza. Habiendo fallecido de muerte repentina uno ó dos padres del concilio y algunos de sus criados, sin que se supiese la causa del mal; los médicos, equivocándose por los síntomas ó seducidos por los legados del papa, aseguraron que era efecto de una enfermedad pestilencial y contagiosa. Algunos prelados espantados con tal peligro se retiraron precipitadamente; otros clamaron con impaciencia por abandonar aquel lugar, y finalmente, tras una corta consulta, el concilio fué trasladado á Bolonia, ciudad sujeta al dominio del papa. Año 1547.

Todos los obispados del partido imperial se opusie- 11 de marzo.

Año 1547. El concilio se traslada de Trento á Bolonia.

ron vivamente á semejante resolucion, sino que se habia tomado sin necesidad y fundádose en pretestos falsos ó frívolos. Por órden espresa del emperador quedáronse en Trento todos los prelados españoles y la mayor parte de los napolitanos; y los demas, en número de treinta y cuatro, acompañaron los legados á Bolonia. De este modo vióse nacer un cisma en aquella asamblea convocada para poner remedio á las divisiones de la iglesia cristiana; pues los padres de Bolonia clamaron contra los que se quedaron en Trento, teniéndolos por desobedientes y refractarios á la autoridad del pontífice, al paso que estos les acusaban de que se dejaban intimidar por un riesgo imaginario hasta el punto de retirarse á un lugar, donde ninguna utilidad podian traer sus deliberaciones al restablecimiento de la paz y del buen órden en Alemania (1).

Señales de mútuo descontento entre el papa y el emperador.

Valióse al mismo tiempo el emperador de todo su crédito para hacer volver el concilio á Trento; pero Pablo, que altamente se envanecia de su habilidad al tomar una medida que quitaba á Carlos los medios de señorear aquella asamblea, no hizo caso de una demanda cuya instancia le era bien manifiesta. Transcurrió el verano en negociaciones inútiles acerca de este asunto, pues crecia cada dia la obstinacion del uno cuanto mas importaba el otro. Sucedió en fin un hecho que enconó mas que nunca el mútuo aborrecimiento de aquellos dos príncipes, y que determinó al papa á no dar oidos á ninguna proposicion que partiese del emperador. Carlos, como ya se dijo, negando la investidura de Parma y de Plasencia á Pedro Luis Farnesio, hijo del papa, habíalo de tal manera irrita-

(1) Fra-Paolo, 148, etc.

Año 1547.

do, que Farnesio buscaba sin cesar, con toda la vigilancia de un activo resentimiento, la ocasion de vengarse. Habia procurado con ahinco empeñar á su padre en una guerra abierta contra el emperador, incitando tambien vivamente al rey de Francia á que invadiese la Italia. Como su odio y su resentimiento se estendian á todos los que el emperador favorecia, persiguió á Gonzaga gobernador de Milan y animó á Fieschi en su conspiracion contra Andres Doria, porque Gonzaga y Doria poseían la estimacion y la confianza de Carlos. No ignoraba el emperador aquella enemistad y esas secretas intrigas; solo esperaba ocasion para vengarse, y nada deseaban tanto Gonzaga y Doria como ser los instrumentos de su venganza. Con sus costumbres las mas depravadas y cometiendo todo género de escesos, iguales á todos los crímenes que se reprenden en los tiranos que mas han afrentado la naturaleza humana; habíase Farnesio hecho tan odioso que toda violencia parecia legítima contra su persona. Halláronse entre sus mismos súbditos hombres que se apresuraron, ó mas bien miraron como una accion meritoria prestar sus manos para un asesinato. Devorado por esa envidia que roe ordinariamente el corazon de los pequeños soberanos, habia Farnesio recurrido á todos los medios de crueldad y perfidia, con los cuales se procura suplir la falta de poder, para abatir y esterminar la nobleza sujeta á su dominio. Cinco nobles de la primera clase de Plasencia uniéronse para vengar los ultrages que habian tenido que sufrir de parte de aquel príncipe, ellos personalmente y toda su clase en general. Concertaron su plan de acuerdo con Gonzaga; pero todavía no se sabe con certidumbre si fué él quien concibió aquel proyecto ó si no hizo mas que

Asesinato del hijo del papa.

Año 1547. aprobar lo que ellos le propusiéran. Combinaron todas sus acciones con tanta prevision, con tan profundo secreto procedieron en sus intrigas, mostraron tanto valor en la ejecucion de su conjuracion; que bien puede considerarse como una de las acciones mas audaces de este género que haya mencionado la historia. Una partida de los conjurados sorprendieron al mediodía las puertas de la ciudadela de Plasencia, donde residia Farnesio, dispersaron sus guardias, y le dieron muerte, mientras los demas se apoderaban de la ciudad y escitaban á sus conciudadanos á tomar las armas para recobrar su libertad. Precipitóse la muchedumbre á la ciudadela, de la cual se habian disparado tres cañonazos, que era la señal concertada con Gonzaga. Antes de que pudiese saber la causa y los autores del tumulto, vió el pueblo colgado por los pies de una ventana de la ciudadela el sangriento cuerpo del tirano; mas era tan generalmente aborrecido que ninguno de sus vasallos dió muestras ni de compadecerse de tan gran revés de fortuna ni de indignarse del modo ignominioso con que trataban á su soberano. Universal fué la alegría que causó el buen éxito de aquella conspiracion, y aplaudióse como libertadores de la patria á los que habian sido sus autores. Echaron el cadaver de Farnesio en los fosos que circuían la ciudadela, donde quedó espuesto á los insultos del populacho, y luego todos los ciudadanos volviéronse á sus acostumbradas ocupaciones, como si nada de estraordinario hubiese acontecido

10 de setiembre.

Aquel mismo dia una division de tropas, que venia de las fronteras del Milanesado donde habian apostado aguardando el suceso, tomó posesion de la ciudad en nombre del emperador y restableció á los habitan-

Las tropas imperiales se apoderan de Plasencia.

tes en el goce de sus antiguos privilegios. Quisieron tambien los imperiales apoderarse de Parma por sorpresa; pero esta ciudad debió su salvacion á la vigilancia y fidelidad de los oficiales á quienes Farnesio confiára el mando de la guarnicion. Vivo dolor causó á Pablo la noticia de la muerte de un hijo que, apesar de sus vicios, idolatraba; y acabó de hacer mas amarga su afliccion la pérdida de una plaza tan importante como Plasencia. En pleno consistorio acusó á Gonzaga de haber cometido un abominable asesinato para abrirse la senda de una usurpacion injusta, y pidió al punto al emperador que vengase aquellos dos atentados haciendo castigar á Gonzaga y restituyendo Plasencia á su nieto Octavio, que era su heredero legítimo, mas antes que soltar una adquisicion tan preciosa, hubiérase espuesto Carlos á sí mismo á la imputacion de ser cómplice del crimen que se le habia dado, y á la infamia de defraudar á su propio yerno la herencia que le pertenecia; y asi eludiendo todas las instancias del papa, resolvió quedarse en la posesion de Plasencia y de su territorio (1). Año 1547.

Solicita el papa la alianza del rey de Francia y de los venecianos.

Esta resolucion, hija de una ambicion insaciable que no podia moderar ninguna consideracion de decoro ni de justicia, hizo que rompiese el papa los límites de su circunspeccion y de su timidez acostumbradas; de modo que estaba pronto á tomar las armas contra el emperador para vengarse de los asesinos de su hijo, y para recobrar la herencia de que se habia querido despojar á su familia. Conociendo sin embargo perfectamente cuanto distaba de poder lidiar con tan poderoso enemigo, instó con mucho ahinco al rey de Fran-

(1) Fra-Paolo, 257. Pallav. 41, 42. Thuan. *l. IV, p.* 156. *Mém. de* Ribier, 59, 67. Natalis Comitis *Histor. l. II, p* 64

Año 1547. cia y á la república de Venecia á que se le uniesen para formar una alianza ofensiva contra Carlos; pero otros proyectos ocupaban entonces á Enrique: habiendo los ingleses batido á sus antiguos aliados los escoceses en una de las mas sangrientas batallas en que hayan combatido jamas dos naciones rivales; preparábase á enviar á Escocia una numerosa division de sus tropas veteranas, así para impedir su conquista a los ingleses, como para enriquecer la monarquía francesa con un nuevo reino casando el delfin su hijo con la jóven reina de Escocia. Y es evidente que debia preferir una empresa, que reunia tantas ventajas positivas y cuyo buen logro parecia seguro, á la lejana esperanza del fruto que podria tal vez sacar de una alianza con un papa de ochenta años, de salud achacosa y cuyo único objeto era satisfacer su particular resentimiento. En lugar, pues, de empeñarse imprudentemente en tal alianza, entretuvo al papa con promesas y vagas protestas, suficientes para retraerle de pensar en ajustar un tratado con el emperador; pero eludia al mismo tiempo una promesa bastante determinada para ocasionar un inmediato rompimiento con el emperador y precipitarle en una guerra á que no estaba preparado. Aunque no sin inquietud viesen los venecianos Plasencia en poder de los imperiales, imitaron con todo la conducta equívoca del rey de Francia; y en esto no hicieron mas que conformarse al espíritu que ordinariamente dirigia todas sus negociaciones (1).

Pide la dieta de Augsburgo que la asamblea del concilio vuelva á Trento.

No obstante de hallarse Pablo falto de todos los medios de volver á encender al punto la antorcha de la guerra, no por eso olvidó los agravios que se veia for-

(1) *Mèm. de* Ribier, *tom. II, p.* 63, 72, 78, 85, 95. Paruta, *Istor. di Venez.* 199, 203. Thuan, *l. IV, p.* 160.

zado á sufrir por entonces, velaba el resentimiento en el fondo de su corazon, y la dificultad de poderlo satisfacer solo sirvió para acrecentar su violencia. Mientras llegaban á su colmo sus sentimientos de odio y venganza fué cuando la dieta de Augsburgo, conformándose á las órdenes del emperador, en nombre de todo el cuerpo germánico presentó una solicitud al papa pidiendo que mandase á los prelados que se retirasen á Bolonia volver á Trento, y continuar allí sus deliberaciones. Mucho le costó á Carlos decidir á los miembros de la dieta á unírsele para aquella demanda. Habia notado mucha diversidad en las opiniones de los protestantes relativamente á la sumision á los decretos del concilio que les exigiéra; unos no querian absolutamente tratar de semejante artículo, y otros estaban dispuestos á reconocer el derecho de juridiccion del concilio, mediante ciertas modificaciones. Valióse de toda su sagacidad para ganar parte de ellos y para desunir los restantes; y amenazó ó intimidó al elector Palatino, débil príncipe, que temia no le castigase el emperador por los auxilios que prestára á los confederados de Smalkalde. La esperanza de alcanzar la libertad del landgrave y la solemne confirmacion de la dignidad electoral vencieron todos los escrúpulos de Mauricio, ó alomenos hicieron que no se opusiese á lo que era del agrado del emperador. El elector de Brandeburgo, que entre todos los príncipes de su siglo era el que menos se cuidaba de asuntos de religion, fácilmente se dejó persuadir de que imitase el ejemplo de los primeros, defiriendo en un todo á la voluntad de Carlos. Faltaba todavía que ganar á los diputados de las ciudades, que estaban mas firmes y adictos á sus principios; aunque se empleó todo cuanto podia inspirarles espe-

Año 1547.

Año 1547. danza ó temor, jamas quisieron obligarse á reconocer la jurisdicion del concilio, á no ser que se tomasen eficaces medidas para asegurar á los teólogos de todos los partidos libre acceso á la dieta con entera libertad de discusion, y que todos los puntos de disputa se decidiesen conforme al testo de la escritura y á los usos de la primitiva iglesia. Cuando presentaron al emperador el memorial que contenia esta declaracion, echó mano de un estraordinario artificio. Sin leer el papel, y sin tomar ningun conocimiento de las condiciones en que insistian las ciudades imperiales, fingió que creia que habian consentido en lo que les pedia, y dió las gracias á los diputados por su plena y entera sumision á los decretos del concilio. Aunque se pasmaron ellos de lo que acababan de oir, se guardaron muy bien de procurar desengañar al emperador; y ambos partidos prefirieron dejar el asunto en aquel estado de ambigüedad que entrar en una esplicacion que hubiera ocasionado una disputa y tal vez un rompimiento (1).

El papa elude la peticion. Habiendo obtenido Carlos esta aparente sumision de la dieta á la autoridad del concilio, sirvióse de ella como de un nuevo motivo para apoyar la demanda del regreso del concilio á Trento, pero llevado el papa tanto del deseo de mortificar al emperador como de su propia repugnancia á lo que se le pedia, resolvió sin vacilar no consentirlo: sin embargo, como no quisiera que pudiesen echarle en cara que se dejaba dominar por el resentimiento, tuvo la astucia de lograr una oposicion formal de los doctores que estaban en Bolonia. Remitióles la demanda de la dieta para que

(1) Fra-Paolo, 259. Sleid. 440. Thuan. t. I, p. 155.

le examinasen; y aquellos doctores, siempre prontos á confirmar con su consentimiento todo lo que les proponia el legado, declararon que, sin faltar á su dignidad, no podia el concilio volver á Trento, á no ser que los prelados que al quedarse allí tanto espíritu de cisma manifestáran, pasasen antes á Bolonia para reunirse á sus hermanos; y añadieron que, aun despues de aquella reunion, no podria el concilio renovar sus deliberaciones con la esperanza de ser útil á la iglesia, sino probasen los alemanes que su intencion era obedecer á los futuros decretos del concilio, sujetándose desde entonces á los que ya habia pronunciado (1). Año 1546. 2 de diciembre.

El emperador protesta contra el concilio de Bolonia.

Comunicó al emperador esta respuesta al papa, que al mismo tiempo le exortó á que cediese á demandas que tan puestas en razon parecian; mas demasiado conocia Carlos el artificioso carácter de Pablo para dejarse engañar con tan grosero manejo. Sabiendo que los prelados de Bolonia no se atrevian á pensar de otro modo que del que les insinuaba aquel pontífice, los miró como meros instrumentos en las manos de otro, y en su respuesta no vió mas que una esposicion de las intenciones del papa. No pudiendo ya tener esperanzas de tomar bastante ascendiente sobre el concilio para hacerlo cooperar á sus proyectos; comprendió cuanto urgia privar al papa de valerse contra él de la autoridad de tan imponente asamblea. Con este objeto envió á Bolonia dos jurisconsultos; quienes en presencia de los legados protestaron que la traslacion del concilio á aquella ciudad habíase verificado sin necesidad y bajo pretestos falsos ó frívolos; que mientras continuasen teniendo allí sus sesiones, solo podia Año 1548

(1) Fra Paolo, 250. Pallavicini, *l. II. p.* 49.

Año 1548. considerarse como un conventículo ilegal y cismático; que por consiguiente serian nulas y sin ninguna validez todas sus decisiones; finalmente, que habiendo el
16 de enero. papa y los corrompidos eclesiásticos que de él dependian abandonado el cuidado de la iglesia, el emperador, que era su protector, emplearia todo el poder que Dios le habia dado para preservarla de las cala-
27 de enero. midades que la amenazaban. Algunos dias despues, el embajador imperial en Roma pidió al papa una audiencia y, en presencia de todos los cardenales y ministros estrangeros, protestó contra todo lo que habian hecho los prelados de Bolonia en términos no muy mesurados ni respetuosos (1).

El emperador dispone un sistema que sirva de regla de fé en Alemania.

Pronto trató Carlos de procurarse los medios de poner en ejecucion aquellas amenazas, que alarmaron vivamente al papa y al concilio de Bolonia. Participó á la dieta el poco fruto de sus esfuerzos para alcanzar una respuesta favorable á su peticion, y añadió que el papa, haciendo tan poco caso de sus súplicas como de los servicios que habia hecho á la iglesia, no habia querido permitir que el concilio se volviese á reunir en Trento; que, aunque no se debia perder toda esperanza de ver convocada aquella asamblea en parage donde pudiese disfrutar de la libertad de discutir y pronunciar, este suceso todavía era incierto y lejano, que la Alemania veíase despedazada por las disensiones religiosas, que multitud de opiniones nuevas y controversias no conocidas antes entre los cristianos turbaban la pureza de la fé y el espíritu del pueblo; que considerando lo que debia al imperio como su soberano y á la iglesia co-

(1) Fra-Paolo, 264. Pallavicini, 51. Sleid. 446. Goldast. *Const. imperial t. I, p* 561.

su protector, habia empleado algunos distinguidos teólogos, célebres por su talento é instruccion, en preparar un sistema de doctrina, al cual tendrian que conformarse los pueblos hasta que pudiese convocarse un concilio tal como se deseaba. Aquel sistema habia sido compuesto por Pflug, Helding y Agricola; los dos primeros eran dignatarios de la iglesia romana, apreciados por su carácter pacífico y conciliador, y el último un teólogo protestante, de quien con razon se ha sospechado haber recibido dádivas y promesas para vender ó descarriar á su partido. Sirvieron de modelo al nuevo sistema los artículos que se habian presentado á la dieta de Ratisbona en 1541 con el fin de reconciliar los opuestos partidos. Pero como habia cambiado en aquella época la situacion del emperador, y no hallándose ya en la necesidad de tratar á los protestantes con iguales consideraciones; ya no les hacia concesiones tan latas é importantes como las que les habia antes ofrecido. Contenia el nuevo tratado un completo sistema de teología, conforme á la doctrina de la iglesia romana en casi todos los puntos; pero esplicado en su mayor parte en estilo mas dulce, con frases sacadas de la Escritura ó en términos de concertada ambigüedad. En él se confirmaban todos los dogmas peculiares á los papistas al paso que se mandaban observar todos los ritos que los protestantes condenan como invenciones humanas introducidas en el culto de Dios. En dos solos puntos cedia el rigor de los principios, y se admitia algun ensanche en la práctica. A los eclesiásticos que se hubiesen casado y que no quisieren separarse de sus mugeres se les permitia ejercer todas las funciones del sagrado ministerio; y las pro- Año 1548

Año 1548. vincias que se habian acostumbrado á recibir el pan y el vino en el sacramento de la Eucaristía, podian conservar el privilegio de comulgar de aquel modo en las dos especies; pero declarábase que aquellos artículos eran concesiones hechas únicamente por una temporada, á fin de procurarse la paz, y por consideracion á la debilidad y preocupaciones de los pueblos (1).

Este sistema llamado *Interim*, es presentado á la dieta.

15 de mayo.

En lo sucesivo fué conocido aquel sistema de doctrina con el nombre de *Interim*, porque contenia reglamentos provisionales, que solo debian valer hasta que pudiese verificarse un concilio libre y general. Presentólo el emperador á la dieta; y anunciando pomposamente al mismo tiempo su intencion de restablecer la tranquilidad y el órden en la iglesia, dijo que esperaba que aquellos reglamentos, aprobados por aquella, contribuirian eficazmente al logro de tan deseable objeto. Al acabar de leer su discurso, levantóse bruscamente el arzobispo de Maguncia, presidente del colegio electoral; y despues de haber dado las gracias al emperador por sus piadosos y constantes esfuerzos para devolver la paz á la iglesia, en nombre de la dieta declaró que esta aprobaba el nuevo sistema de doctrina, y que estaba resuelta á conformarse á él en todo. Pasmóse toda la asamblea así de una declaracion tan poco conforme con las reglas y la costumbre, como de la osadía con que pretendia el elector declarar los sentimientos de la dieta acerca de un punto que, hasta entonces, ni siquiera habíase puesto en deliberacion y discutido; pero ningun miembro tuvo valor para contradecir lo que el

(1) Fra-Paolo, 275. Pallav. *l. 11, p.* 6 Sleid. 453, 457, Struv. *Corp.* 1051. Goldast. *Constit. imper. t. 1. p.* 518.

elector habia afirmado: pues á unos les contuvo el temor y otros callaron por complacencia. Recibió el emperador la declaracion del arzobispo como una entera y legal ratificacion del *Interim*, y preparóse á sostener su ejecucion como de un decreto del imperio (1).

Año 1548.
Aprobacion forzada de la dieta.

Durante esta dieta, la esposa y los hijos del landgrave, vivamente apoyados por Mauricio de Sajonia, procuraron interesar los individuos de la asamblea á favor de aquel desventurado príncipe, que continuaba gimiendo en prision. Pero temiendo Carlos verse en la necesidad de desechar una demanda que le viniese de parte de un cuerpo tan respetable, procuró anticiparse á aquellas representaciones: á este efecto presentó á la dieta una detallada relacion de lo que pasára con el landgrave, alegando al mismo tiempo los motivos que al principio habíale precisado á asegurarse de la persona de aquel príncipe y que no le permitian, segun decia, devolverle la libertad. No era fácil sin duda encontrar buenas razones para justificar accion tan injusta; pero sabia muy bien que bastaria alegar los mas frívolos pretestos ante una asamblea que queria la engañasen, y que nada temia tanto, como que pudiese parecer que miraba las acciones del emperador bajo su verdadero punto de vista. Admitióse, pues, como muy satisfactoria la esplicacion que dió de su conducta, y despues de algunas débiles instancias, para moverle á usar de clemencia con el landgrave, no se habló mas de aquel desgraciado príncipe (2).

Nueva é inutil instancia para obtener la libertad del landgrave.

Quiso sin embargo Carlos disminuir la impresion

(1) Sleid. 460. Fra Paolo, 273. Pallavicini, 63.
(2) Sleid, 441.

Año 1548.

desfavorable que tal vez causaria á los ánimos tan inflexible rigor; y para probar que su gratitud era tan sólida é invariable como su resentimiento, dió á Mauricio la investidura de la dignidad electoral. Celebróse aquella ceremonia con todas las formalidades legales y con estraordinaria pompa en un patio tan cercano al aposento en que estaba encerrado el elector destronado, que podia verla desde sus ventanas. Mas no alteró aquel insulto su tranquilidad ordinaria; miró aquel espectáculo, y vió á un rival afortunado recibir las insignias de dignidad de que le despojáran, sin manifestar un sentimiento que desmintiese la grandeza de alma que conservára enmedio de todos sus infortunios (1).

Papistas y protestantes, reprueban igualmente el *Interim*.

Inmediatamente despues de disuelta la dieta, mandó el emperador publicar el *Interim* en aleman y en latin. Tuvo aquel acto la suerte ordinaria de todos los planes de conciliacion, cuando se proponen á hombres enardecidos por la disputa. Declaráronse ambos partidos con igual violencia contra el sistema del *Interim*; condenáronlo los protestantes como que contenia los mas groseros errores del papismo, tan mal disfrazados que solo podian ocultarse á los mas ignorantes, ó á los que quisieran engañarse. Rechazáronlo los papistas como una obra en que la doctrina de la iglesia estaba ó escandalosamente abandonada, ó vilmente disimulada, ó enunciada en términos concertados mas bien para estraviar los espiritus débiles que para ilustrar á los ignorantes, ó convertir á los enemigos de la verdad. Mientras por una parte declamaban

(1) Thuan. *Hist. lib. V., p.* 176 Struvius, *Corp.* 1051 *Investitura Mauritii á Mammerano Lucemburgo descripta. ap. Scard tom. II, p.* 508.

con frenesí los doctores luteranos contra aquel sistema, Año 1548.
por otra, con no menor violencia, lo atacaba el general de los dominicos; pero cuando se supo en Roma el contenido del acta, estalló furiosamente la indignacion de los cortesanos y eclesiásticos: clamaron contra la audacia impia del emperador, que usurpaba las funciones del sacerdocio pretendiendo definir artículos de fé, y arreglar formas de culto con el solo concurso de los legos; compararon esta temeraria accion con el atentado de Ozias que con mano profana habia tocado el arca del Señor, ó con las osadas empresas de aquellos emperadores que habian hecho execrable su memoria, queriendo reformar á su arbitrio la iglesia cristiana. Hasta supusieron que hallaron muy parecida á la de Enrique VIII la conducta de Carlos, y pareció que temian no siguiese el emperador el ejemplo de aquel monarca, usurpando el título y la jurisdiccion que pertenecia al gefe de la iglesia. Todos, pues, sostuvieron unánimemente que estaban minados los cimientos de la autoridad eclesiástica, y que estando á pique de ser derribado por un nuevo enemigo el edificio entero, era preciso recurrir á algun poderoso medio de defensa y hacer desde el principio la resistencia mas vigorosa, antes que los progresos del ataque estuviesen tan adelantados que hiciesen inútiles todos sus esfuerzos.

Opinion del papa en este asunto.

El papa, que á su buen juicio unia mas larga esperiencia y una observacion mas general de las cosas humanas, juzgó aquel asunto con mas sagacidad, encontrando un motivo de tranquilidad en la misma circunstancia que consternaba á sus cortesanos y consejeros. Maravillóse de que un príncipe tan hábil, como el emperador, se dejase fascinar por una sola victoria, hasta el punto de imaginarse que podria dictar la ley á

Año 1548. los hombres y hacerles recibir sus decisiones aun en las materias en que con mas impaciencia sufren se les mande. Conoció que uniéndose á uno de los partidos opuestos de Alemania facilmente habia Carlos podido oprimir al otro, y que sin duda la embriaguez del triunfo habíale inspirado el vano pensamiento de que se hallaba en estado de subyugarlos á los dos; previó que no podia durar mucho un sistema al cual atacaban todos y que nadie defendia, y que por consiguiente no necesitaria cooperar con sus fuerzas para acelerar su caida; y pensó en fin que, luego que cesase de sostenerlo la poderosa mano que lo erigiéra, el edificio hundiríase por sí mismo en eterno olvido (1).

El emperador quiere hacer ejecutar el *Interim*.

Aficionado á su plan el emperador, quiso sostener la resolucion qué tomára de hacerlo rigurosamente ejecutar; pero aunque el elector Palatino, el de Brandeburgo y Mauricio, siempre llevados de las mismas consideraciones, parecieron dispuestos á obedecer á ciegas cuanto les mandase, no en todas partes encontró igual sumision. Juan, marques de Brandeburgo-Anspach, que se habia comprometido con el mayor zelo en la guerra contra los confederados de Smalkalde, no quiso abjurar principios que miraba como sagrados; y recordando al emperador las reiteradas promesas que habia hecho á sus aliados protestantes de concederles el libre ejercicio de su religion, pretendió por consiguiente le dispensase de recibir el *Interim*. Algunos otros príncipes se arriesgaron tambien á manifestar los mismos escrúpulos y á pedir la misma indulgencia. Pero en aquella ocasion, como en todas las que exigian valor, mostróse de una manera muy distinguida, la firmeza

(1) Sleid. 468. Fra-Paolo, 272, 277. Pallavicini, *l. II, p.* 64.

del elector de Sajonia, que ofreció los mayores elogíos. Sabiendo Carlos cuanto influiria el ejemplo de aquel príncipe en todo el partido protestante; no perdonó medio alguno para obligarle á aprobar el *Interim*: y procuró alternativamente seducirle con la esperanza é intimidarle con el temor, ya prometiéndole ponerle en libertad, ya amenazándole de tratarle con mas rigor; pero el elector se mantuvo inalterable. Despues de haber declarado su inflexible creencia en la doctrina de la reforma: «No abandonaré, dijo, en mi «vejez unos principios á favor de los cuales combatí «en los primeros años; ni, queriendo procurarme «mi libertad durante los pocos años de vida que puedo «esperar, desertaré de una buena causa por la cual he «padecido mucho, y mucho quiero aun padecer; pre«fiero gozar en esta soledad de la estimacion de los «hombres virtuosos y de la aprobacion de mi propia «conciencia, que regresar al mundo cargado con el cri«men de la apostasía, que acibarára y marchitára el «resto de mis dias.» Con tan noble resolucion, ofreció el elector á sus compatriotas un modelo de conducta bien diferente de la que el emperador esperaba. Irritado de la resistencia de su prisionero, tratólo Carlos con mas rigor, hízolo custodiar con mas estreches, disminuyó el número de sus criados, despidió los elesiásticos luteranos que hasta entonces tuviéra á su lado aquel infeliz príncipe, y hasta se le quitaron los libros de devocion, que habian sido su mas dulce consuelo durante tan larga y fastidiosa cautividad (1). Año 1548.

No manifestó igual constancia el landgrave de Hesse, su compañero de infortunio, pues la duracion de

(1) Sleid. 461.

Año 1548. su encarcelamiento habia agotado toda su paciencia y valor. Resuelto á comprar su libertad á cualquier precio, escribió al emperador y le ofreció no solamente aprobar el *Interim*, sino aun someterse en todo y sin reserva á su voluntad. Pero sabia Carlos que, cualquiera que fuese la conducta que observase el landgrave, ni su ejemplo, ni su autoridsd podian obligar á sus hijos y á sus vasallos á recibir el *Interim*; y así, lejos de aceptar sus ofertas, lo tuvo encerrado con el mismo rigor. De este modo sufrió el landgrave la cruel humillacion de ver puesta su conducta en oposicion con la del elector, sin reportar la mas pequeña ventaja de la vil accion con que se habia acarreado justamente el público desprecio (1).

Negociacion con el landgrave.

En las ciudades imperiales fué donde mayormente halló Carlos la mas violenta oposicion al *Interim*. Aquellas pequeñas repúblicas, cuyos ciudadanos estaban acostumbrados á la libertad y á la independencia, abrazaron con notable entusiasmo la doctrina de la reforma así que cundió por Alemania: pues el espíritu de innovacion es particularmente propio de los gobiernos libres. En aquellas ciudades era donde los predicadores protestantes hicieron mayor número de prosélitos, y donde se establecieron en calidad de pastores los teólogos mas distinguidos del partido. Teniendo de este modo todas las escuelas de instruccion, habian formado discípulos tan versados en los principios de su creencia, como zelosos en defenderla. A aquellos discípulos ni los debia conducir el ejemplo ni subyugar la autoridad: como aprendiéran á examinar y destruir las materias disputables, creían tener derecho y hallarse

(1) *Ibid*.

en estado de juzgar por sí mismo; de consiguiente, luego que se publicó el *Interim*, reuniéronse y unánimemente se negaron á admitirlo. Strasburgo, Constanza, Breme, Magdeburgo y muchas otras ciudades menos considerables presentaron al emperador solicitudes en las cuales, despues de haber espuesto el modo irregular é ilegal con que habia pasado el *Interim* en la dieta, le suplicaban que no forzase sus conciencias á recibir una forma de doctrina y de culto, que les parecia opuesta á los preceptos positivos de la ley divina. Pero habiendo Carlos hecho recibir su nuevo plan á tantos príncipes del imperio, poco caso hizo de las representaciones de aquellas ciudades: si hubiesen formado una sola masa, fueran temibles; pero distando mucho unas de otras, podian ser subyugadas por separado y fácilmente antes que les fuese posible reunirse. Año 1548.

Para lograrlo, conoció el emperador cuán necesario le era echar mano de medidas fuertes, y de hacerlas ejecutar con celeridad, para no dar tiempo de concertar un plan comun de oposicion. Tomando esta máxima por norma de su conducta, dirigió su primera operacion contra la ciudad de Augsburgo; mas aunque la presencia de las tropas imperiales debiese imponer á los habitantes, sabia Carlos que eran tan enemigos del *Interim* como ningun otro pueblo del imperio. Mandó á una division de sus tropas que se apoderase de las puertas, apostó el resto en los varios cuarteles de la ciudad, y reuniendo todos los ciudadanos, por su plena y entera autoridad publicó un decreto por el cual abolia su actual forma de gobierno, disolvia todas sus corporaciones y cofradías, y nombraba un corto número de personas á quienes con- Tienen que someterse.

Año 1548. fiaba en lo sucesivo el cargo de la administracion: al mismo tiempo cada uno de aquellos nuevos gobernantes prestó juramento de conformarse al *Interim*. A todos indignó tan arbitrario é inaudito acto de autoridad, que privaba al cuerpo de los habitantes de participar en nada del gobierno de su comunidad, sujetándolos á hombres que no tenian otro mérito que una cobarde y vil sumision á la voluntad del emperador; mas como no podian oponer la fuerza, tuvieron que obedecer y someterse en silencio (1). Dejando guarnicion en Augsburgo, marchó Carlos Quinto á Ulm; mudó con igual violencia su gobierno, mandó prender y encarcelar á los pastores que no querian admitir el *Interim*, y al partirse los llevó consigo cargados de cadenas (2). Semejante severidad no solo hizo recibir el *Interim* á dos de las mas poderosas ciudades, sino que tambien fué para las demas un presagio de lo que las amenazaba, si insistian en desobediencia. El efecto del ejemplo fué tan pronto y eficaz cuanto podia desearlo, y muchas fueron las ciudades que, por libertarse de la venganza de tan temible príncipe, se sometieron á cuanto se les exigió. Con todo, esta obediencia, arrancada por el rigor de la autoridad, ningun cambio produjo en las opiniones de los alemanes: no hicieron mas que conformarse á la letra de la ley tanto como lo creyeron necesario para guarecerse del castigo. Al esplicar las ceremonias cuya observancia prescribia el *Interim*, los predicadores protestantes esponian al mismo tiempo su tendencia y sus efectos, de un modo mas propio para confirmar que para disipar los escrúpulos de sus oyentes. Habíase ya

(1) Sleid. 496.
(2) *Id.* 472.

formado una generacion de hombres desde el establecimiento de la religion reformada; y aquellos hombres, acostumbrados á la nueva forma del culto, miraban con horror y desprecio las pomposas solemnidades de la iglesia romana; como que en muchas partes los eclesiásticos católicos que volvieron á tomar posesion de sus iglesias, no sin mucho trabajo se garantieron de los insultos del populacho y ejercieron las funciones de su ministerio. Así, apesar de la aparente sumision de tantas ciudades, los habitantes, nacidos con el espíritu y el amor de la libertad, solo con gran repugnancia se sometieron al yugo que les imponian, y los dogmas y nuevos ritos que se les forzaba á recibir chocaban con sus creencias y con sus pasiones. Veíanse precisados á ocultar el resentimiento y la indignacion en que ardian; pero esta sujecion debia tener un término, pasado el cual reventarian sus sentimientos con tanta mas violencia, cuanto mas habian estado comprimidos (1). Año 1548.

Entretanto Carlos, contento por haber doblegado con su autoridad el intratable carácter de los alemanes, partió para los Paises Bajos, resuelto á hacer recibir á la fuerza el *Interim* á las ciudades que todavía se resistian. Llevóse consigo sus dos prisioneros, el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, ya fuese porque no se atrevia á dejarlos en Alemania, ya porque quisiese presentar á sus compatriotas los flamencos una brillante prueba del triunfo de sus armas y de la grandeza de su poder. El papa disuelve el concilio de Bolonia.

Antes de llegar á Bruselas, supo que los legados del papa en Bolonia habian disuelto el concilio por 17 de setiembre.

(1) *Mem. de* Ribier, *tom.* II, *p.* 218. Sleid. 49.

Año 1548. medio de una prorogacion indefinida, y que los prelados que estaban reunidos en aquella ciudad habian regresado cada uno á su patria. La necesidad habia reducido al pontífice á este estremo. Con la separacion de los que votaron contra la traslacion del concilio á Bolonia, y despues de la partida de otros muchos que se cansaron de morar en donde no les era permitido proceder á los negocios en que consistia el objeto del concilio, eran tan pocos los que quedaban y de tan poca suposicion é importancia en su mayor parte, que sin faltar al decoro ya no se podia calificar aquella asamblea con el pomposo título de concilio general. No le quedó á Pablo otro partido que disolver una reunion convertida ya en el objeto de desprecio, y que estaba presentando á toda la cristiandad la mas evidente prueba de la impotencia de la santa sede. Mas aunque fuese inevitable semejante medida, era susceptible de poco favorables interpretaciones; pues dijérase que quitaba el remedio en el mismo momento en que aquellos, á quienes se destinaba, se dejaban persuadir de reconocer su valor y probar sus efectos. No se descuidó Carlos de presentar la conducta del papa bajo este punto de vista; y por medio de una sutil comparacion entre los esfuerzos que hiciéra para esterminar la heregía y la escandalosa indiferencia de Pablo en tan esencial asunto, procuró hacer odioso al pontífice á todos los buenos católicos. Al mismo tiempo mandó á los prelados de su partido que permaneciéron en Trento, paraque pareciese que todavía existia el concilio y tal vez pudiese, á su tiempo, continuar sus deliberaciones para el bien de la iglesia (1).

(1) Pallavicini, *p.* 11, 72.

Año 1548.

Aunque gustaba Carlos de pasar de una á otra parte de sus estados; no era esta aficion particular el solo motivo de su viage á Flándes; sino que queria recibir allí su hijo único, que contaba entonces veinte y un años de edad, y al cual habia llamado no solo para darlo á reconocer á los estados de los Paises Bajos por su presunto heredero, sino tambien para facilitar la ejecucion de un gran proyecto, cuyo objeto y éxito esplicaremos pronto.

El emperador recibe á su hijo Felipe en los Paises Bajos.

Dejando Felipe el gobierno de España en manos de Maximiliano, primogénito de Fernando á quien el emperador casára con la princesa María, su hija; embarcóse para Italia, acompañado de un numeroso séquito de la nobleza española (1). Mandaba la escuadra que le escoltaba Andres Doria, que, apesar de lo avanzado de su edad, solicitó el honor de ejercer para el hijo las mismas funciones que tan á menudo desempeñára para el padre. Desembarcó Felipe felizmente en Génova, de donde se fué á Milan, y atravesando enseguida la Alemania llegó á la corte que estaba en Bruselas. Los estados de Brabante y luego los de las demas provincias, segun su rango, reconocieron su derecho de sucesion en las formas acostumbradas, prestando él por su parte el juramento de mantener sus privilegios en su cabal integridad (2). Fué recibido Felipe con estraordinaria pompa en todas las ciudades de los Paises-Bajos por donde pasó; no se olvidó nada de lo que podia manifestar el respeto del pueblo á su persona ó contribuir á su recreo, fiestas, torneos, espectáculos públicos de toda especie sucediéronse con esa afectacion de magnificencia, que tanto place desplegar

25 de noviembre.

Año 154[illegible] 1 de abri[illegible]

(1) Ochoa, Carolea, 362.
(2) Haræus, *Annal. Brab.* 652.

Año 1549. á las naciones comerciantes en todas las ocasiones que se separan de sus ordinarias máximas de economía, pero en medio de los regocijos y de las fiestas, dejó asomar Felipe de un modo bastante notable la natural severidad de su carácter. Aunque estaba todavía en su primera juventud nada agradable veíase en su persona, y ni el interés mismo que tenia de complacer á un pueblo, cuyos votos venia á solicitar, pudo inspirarle maneras amables y finas, siempre conservó grave y reservado aspecto, y la declarada parcialidad que manifestó á favor de los españoles de su comitiva, y la clara preferencia que daba á las costumbres de su pais disgustaron á los flamencos, siendo el orígen de aquella antipatía que despues ocasionó, en aquella parte de sus estados, una revolucion tan funesta á la monarquía española (1).

Mucho tiempo detuvo á Carlos en los Paises Bajos un violento ataque de gota, cuyos accesos habíanse hecho tan frecuentes y dolorosos que habian debilitado, en gran manera, la robustez de su constitucion. Sin embargo, no aflojó en sus esfuerzos para la ejecucion del *Interim*. Los habitantes de Strasburgo, tras larga resistencia, conocieron era preciso obedecer; los de Constanza, que tomáran las armas para su defensa, fueron obligados por la fuerza no solo á aceptar el *Interim*, sino tambien á renunciar á sus privilegios como ciudadanos de ciudad libre, á prestar homenage á Fernando en calidad de archiduque de Austria, y á recibir un gobernador y guarnicion austríaca como vasallos de este príncipe (2). Magdeburgo, Brene, Ham-

(1) *Mém. de* Ribier, *tom. II, p.* 29. L'Evesque, *Mém del card. de Granvelle, t. I,* 21.
(2) Sleid. 474, 491.

burgo y Lubeck fueron las únicas ciudades imperiales de consideracion que no se sometieron á la voluntad de Carlos. Año 1549.

FIN DEL LIBRO NONO.

HISTORIA

DEL

REINADO DEL EMPERADOR

CARLOS V.

LIBRO DÉCIMO.

Año 1549. Medidas del papa contra el emperador.

Afanábase Carlos con infatigable constancia por vencer la obstinacion de los protestantes; mas en la ejecucion de este proyecto hallábanse frustrados los efectos de su energía por los de la animosidad del papa, que cada dia iba haciéndose mas violenta. Por una parte, la firme resolucion que parecia haber tomado el emperador de no restituir Plasencia, y por otra sus reiteradas tentativas contra la jurisdiccion eclesiástica ya por medio de los reglamentos que contenia el *Interim*, ya con el proyecto de convocar un concilio en Trento, escitaban la mas viva indignácion de Pablo que, por una debilidad comun á los ancianos, cobraba mas adhesion á su familia, y se hacia mas zeloso de su autoridad á medida que iba entrando en años. Animado por estos sentimientos, hizo nuevos esfuerzos para incitar al rey de Francia á entrar en una liga contra el em-

Año 1549. perador (1). Mas, apesar del ódio á Carlos Quinto, que heredára con su corona, y de los recelos que le infundia el contínuo aumento de su poder; no parecia estar aquel monarca mas dispuesto que antes á empezar una nueva guerra; de consiguiente tuvo el papa que limitar sus miras, y, no hallándose en estado de vengarse de las pasadas usurpaciones del emperador, trató alomenos de anticiparse á las que pudiesen venir. Para esto revocó la cesion que hiciéra de Parma y de Plasencia, y despues de haber declarado que las reunia á la santa sede, indemnizó á Octavio con un nuevo establecimiento en el estado eclesiástico. Esperaba obtener por este medio dos cosas muy importantes: la primera era la seguridad de Parma, pues estaba bien persuadido de que aunque sin escrúpulo podia apoderarse el emperador de una ciudad que pertenecia á la casa de Farnesio, no se atrevia á invadir el patrimonio de la iglesia: en segundo lugar veía alguna probabilidad de recobrar Plasencia, como que podria decorosamente avivar sus solicitaciones acerca de este asunto, al paso que tendrian estas mas peso cuando abogase por la causa de la iglesia, y no por la de su familia. Mientras se lisongeaba Pablo con esta idea como con su obra maestra de política, no pudiendo Octavio, jóven lleno de ambicion y de osadía, ver sin impacientarse que la rapacidad de su suegro le despojaba de la mitad de sus dominios, y que le privaban de la otra los artificios de su abuelo; preparóse para atajar la ejecucion de aquel proyecto. Partióse secretamente de Roma y probó de apoderarse de Parma por sorpresa; pero habiéndose frustrado esta tentativa por la

(1) *Mém. de* Ribier, *tom. II*, *p.* 230.

fidelidad del gobernador á quien confiára el papa la defensa de la plaza, hizo Octavio proposiciones al emperador, ofreciéndole renunciar á todos los vínculos que le unian con el papa y no esperar sino de él sus adelantos y su reforma. Pablo, que á un carácter naturalmente triste unia todo el mal humor de la vejez, encendióse en cólera al saber la inesperada desercion de su nieto y su alianza con un príncipe que aborrecia, pudiéndose decir que no hay severidad con que aquel pontífice no estuviese pronto á tratar á Octavio, á quien apellidaba apóstata desnaturalizado. Afortunadamente para este, la muerte detuvo los efectos de su resentimiento terminando su carrera á los diez y seis años de su pontificado y ochenta y dos de su edad (1).

Año 1549.

Muerte de Pablo III. 10 de noviembre.

(1) Entre los muchos ejemplos de la credulidad de los historiadores que atribuyen á causas estraordinarias la muerte de las personas ilustres, puede citarse el siguiente. Casi todos los historiadores del siglo décimo sexto afirman que la muerte de Pablo III fué efecto de la violenta impresion que causó á su ánimo la inesperada conducta de su nieto; que habiéndole participado la noticia de la empresa de Octavio contra Parma y de sus negociaciones con el emperador, mientras se paseaba por uno de sus jardines cerca de Roma, desmayóse, permaneció algunas horas privado de todo sentido, sobrecogióle luego una gran fiebre y murió al cabo de tres dias. Tal es la relacion que de su fallecimiento se halla en la historia de Mr. de Thou (*lib. IV, p.* 211), en Adriani (*Istor. de suoi tempi, lib. VII, p.* 480), y en Fra-Paolo (*Istor. del concil. Trid. p.* 280). El mismo cardenal Pallavicini, que debió estar mejor instruido que ningun otro escritor de lo que pasaba en la corte de Roma, y que habla de ello mas exactamente cuando no se deja llevar de las preocupaciones y espíritu de sistema, está conforme con estos historiadores en las principales circunstancias de su relacion. (*Pallavic. l. II, p.* 64). Del mismo modo cuenta la muerte de Pablo, Paruta que escribió su historia por órden del senado de Venecia (*Paruta, Istor. Ven. vol. IV, p.* 212). Pero no habia paraque recurrir á una causa estraordinaria para esplicar la muerte de un anciano de ochenta y dos años, y nos ha quedado una relacion auténtica de aquel suceso, en la cual no se encuentra ninguna de las circunstancias maravillosas de que gustan

Año 1550. Como ya hacia tiempo que se esperaba este suceso, hubo en Roma gran concurso de cardenales; y habiendo los varios competidores podido con anticipacion formar sus partidos y combinar sus medidas, su ambicion y sus intrigas prolongaron muchísimo la duracion del conclave. Procuraban á porfía la faccion imperial y la de Francia hacer recaer la eleccion en una de sus hechuras, y parecia que alternativamente obtenian la ventaja. Pero habiendo Pablo en el decurso de su pontificado creado gran número de cardenales, distinguidos la mayor parte por sus talentos y enteramente adictos á

tanto los historiadores. El cardenal de Ferrara, encargado de los negocios de Francia en la corte de Roma y M. de Urfé, que residia allí en calidad de embajador de Enrique, escribieron á este monarca los detalles del asunto de Parma y del fallecimiento del pontífice. Segun su escrito, verificóse á 20 de octubre la tentativa de Octavio para sorprender á Parma; por la tarde del dia siguiente, pero no mientras se paseaba por los jardines de Monte Cavallo, recibió el papa la noticia de lo sucedido, encendióse en la mas violenta cólera y prorumpió en gritos que se oyeron en muchos aposentos de su palacio; con todo, el 22 se halló en bastante buen estado de salud para dar audiencia al cardenal de Ferrara y despachar varios negocios; Octavio escribió al papa, y no al cardenal Farnesio su hermano, una carta en que le declaraba su resolucion de arrojarse en los brazos del emperador; el papa la recibió el 21, sin manifestar emocion alguna y contestando á ella, el 22 de octubre, dia de que fecha la carta del cardenal de Ferrara, se hallaba el papa como de ordinario (*Mém. de* Ribier, *t. II, p.* 247). Por carta de M. de Urfé, del 5 de noviembre, vese que el papa gozaba de tan cabal salud, que el 3 de aquel mismo mes habia celebrado el aniversario de su coronacion con todas las ceremonias de costumbre (*ibid.* 252). Por otra del mismo embajador sabemos que, el 6 de noviembre, tuvo un ataque de una especie de catarro, que le afectó los pulmones con tan peligrosos síntomas, que al punto se desconfió de su vida (*ibid.* 22). Por otra del mismo consta que murió á 10 de noviembre. En ninguna de estas cartas se atribuye su muerte á una causa estraordinaria, al paso que resulta que transcurrieron mas de veinte dias entre la tentativa de Octavio contra Parma y la muerte de su abuelo, y que la enfermedad de que falleció aquel pontífice fué efecto de la vejez, y no consecuencia de un violento acceso de cólera.

su familia, hallóse el cardenal Farnesio al frente de un partido muy unido y poderoso, cuya diligencia y firmeza lograron elevar al trono pontifical al cardenal del Monte, que Pablo habia empleado como su legado principal en el concilio de Trento, y á quien confiára sus mas secretas intenciones. Tomó el nombre de Julio III, y para manifestar su reconocimiento á su bienhechor, el primer acto de su administracion fué poner á Octavio Farnesio en posesion de Parma. Cuando le representaron el perjuicio que acarreaba á la santa sede enagenando tan importante territorio, respondió con vivacidad que preferiria ser un papa pobre con la reputacion de un gentil hombre, que un papa rico con la ignominia de haber olvidado los beneficios que recibiéra y las promesas que habia hecho (1). Mas pronto una accion indecorosa borró el honor de que se cubrió con aquel rasgo de sencillez y generosidad. Segun una costumbre antigua y recibida, al ser elegido cada pontífice tiene el derecho de conceder á quien le place el capelo que deja vacante al recibir la tiara. Con gran admiracion del sagrado colegio, confirió Julio esa brillante prenda de distincion, con muy considerables rentas eclesiásticas y con el derecho de usar su nombre y sus armas, á un jóven de diez y seis años, llamado Inocente, nacido de padres obscuros y al cual apellidaban el *mono*, porque en la familia del cardenal cuidaba de un animal de aquella especie. Semejante prostitucion de la primera dignidad de la iglesia hubiéra parecido chocante hasta en aquellos tiempos de ignorancia y de tinieblas, en que la crédula supersticion del pueblo alen-

Año 1550.

Eleccion de Julio III. 7 de febrero.

(1) *Mém. de* Ribier.

Año 1550. taba á los eclesiásticos á hollar abiertamente todas las leyes del decoro. Pero en un siglo ilustrado, en que los progresos de la razon y de la filosofía daban á conocer mejor los derechos de la decencia y de la virtud; en que poco á poco iba menguando la ciega veneracion, que por tanto tiempo se habia profesado al carácter pontifical; y en que la mitad de la cristiandad habia alzado el estandarte de rebelion contra la sede romana; no podia dejar de causar horror aquella accion del sumo pontífice. Inundaron al punto Roma sinnúmero de libelos y pasquines, que atribuían á la pasion mas vergonzosa la estravagante predileccion de Julio por un sugeto tan indigno de ella. Clamaron los protestantes contra el absurdo de suponer que pudiese morar en tan impuro corazon el espíritu infalible de la verdad divina, y con mas brio y apariencia de justicia que nunca, pidieron la pronta y entera reforma de una iglesia cuyo gefe deshonraba el nombre cristiano (1).

Correspondió toda la conducta del papa á este primer rasgo de su carácter; pues luego que se vió elevado á la cumbre de la grandeza eclesiástica, apresuróse á satisfacer todos sus deseos, indemnizándose así del fingimiento y privaciones á que se condenára por prudencia mientras permaneció en estado inferior. Manifestó tanta aversion á cualesquiera negocios serios, que no se podia recabar de él qué pusiese en ellos la menor atencion, escepto en los casos de suma necesidad; y dándose á la disipacion y á todo género de placeres, quiso mas imitar la voluptuosa elegancia de Leon X que la severa virtud de Adriano: severidad que le hubiéra sido necesaria para luchar con una secta que á

(1) Sleid. 492. Fra-Paolo, 281. Pallav. *lib. II, p.* 76. Thuan, *tom. VI, p.* 215.

la rigidez y austeridad de costumbres de los que la profesaban debia gran parte de su crédito y de su fuerza (1). Año 1550.

Su objeto y sus manejos relativamente al concilio general.

Apesar de lo pronto que estaba á cumplir sus promesas para con la familia de los Farnesios, no se cuidó de guardar el juramento que cada cardenal habia prestado al entrar en el conclave, y por el cual aquel en quien recayese la eleccion obligábase á convocar al punto el concilio y hacerle continuar sus deliberaciones. Sabia Julio por esperiencia cuán dificil era retener una reunion de semejante modo, compuesta en los estrechos límites que tanto importaba á la iglesia romana prescribir, y con cuanta facilidad el zelo de unos, la temeridad de otros y las sugestiones de los príncipes, de quienes la mayor parte dependian, podian inducir una asamblea popular, sin reglamento y sin gefe, á pesquisas y decisiones peligrosas. Procuró, pues, sustraerse á la obligacion de su juramento, y dió una respuesta equívoca á las primeras oposiciones que le hizo el emperador acerca de este asunto. Mas, ó por efecto de su natural obstinacion en seguir las disposiciones que empezára á adoptar, ó por solo puro orgullo de ejecutar lo que casi rayaba en imposible, insistió Carlos en la resolucion de obligar á los protestantes á volver á entrar en el seno de la iglesia. Como habíase persuadido de que las decisiones auténticas del concilio podrian servir con eficacia para combatir la oposicion de aquellos, pidió una nueva bula de convocacion con las mayores instancias, a que no se pudo negar el papa sin faltar á su dignidad. Viendo Julio que no podia librarse de convocar un concilio,

(1) Fra-Paolo, 281.

Año 1550. procuró al menos hacerse un mérito de semejante accion que era objeto de voto tan general. Una congregacion de cardenales, á la cual remitió el exámen de las medidas que debian tomarse para la paz de la iglesia, conformándose á sus intenciones recomendó una pronta convocacion como el mas propio medio para llenar aquel objeto; y considerando ademas que en Alemania era donde las nuevas heregías promovian mas trastornos y hacian mas progresos, propuso se escogiese la ciudad de Trento para punto de reunion del concilio, á fin de que pudiendo desde allí observar el mal de mas cerca, se le pudiese aplicar el remedio con mas prudencia y acierto. Aprobó altamente el pontífice esa opinion que él mismo dictára, y envió nuncios á la corte imperial y á la de Francia para declararles sus intenciones (1).

Dieta celebrada en Augsburgo para confirmar el *Interim*.

Entretanto convocára el emperador una nueva dieta en Augsburgo, con el objeto de activar la ejecucion del *Interim* y de hacer firmar á aquella asamblea un acta mas auténtica, para reconocer la jurisdiccion del concilio, con la positiva promesa de conformarse á sus decretos. 15 de junio. Acudió á ella en persona, acompañado de su hijo el príncipe de España; mas pocos electores asistieron, y todos enviaron sus diputados. Apesar del tono despótico con que por espacio de dos años habia Carlos dictado la ley al imperio, conocia que no estaba enteramente apagado en los alemanes el espíritu de independencia, y esperaba imponer á la dieta con el aparato de una considerable division de tropas españolas, de que se hizo escoltar. La necesidad de convocar un concilio fué el primer punto que se

(1) Fra-Paolo, 281. Pallav. *lib. II*, *p.* 77.

Año 1550.

sometió á las deliberaciones de la dieta. Convinieron sin dificultad todos los católicos romanos en que aquella asamblea debia volverse á establecer en Trento, prometiendo sujetarse á ciegas á sus decretos. Intimidados y desunidos los protestantes, hubiéran seguido este ejemplo y sido unánime la resolucion de la dieta, si Mauricio de Sajonia no hubiese empezado á manifestar nuevos intentos, y á representar un papel muy distinto del que hasta entonces.

Designios de Mauricio contra el emperador.

Por medio de una artificiosa simulacion de sus propios sentimientos, con el aparente zelo que mostrára en apoyar los ambiciosos proyectos de Carlos y por su asiduidad en hacerle la corte, habia Mauricio ascendido á la dignidad electoral, y reuniendo á sus dominios los de la línea primogénita de la casa de Sajonia llegára á ser el mas poderoso príncipe de la Alemania. Mas á favor de tan larga é íntima union con el emperador, habia tenido ocasion de notar cuán peligroso era el objeto de los proyectos de aquel monarca; conoció que él mismo cooperaba á forjar los hierros que debian encadenar á su pais, y considerando los rápidos y formidables progresos del poder imperial, vió claramente que solo le faltaban á Carlos algunos pasos mas que dar para ser tan absoluto en el imperio, como lo habia llegado á ser en España. Cuanto mas elevado era el rango á que ascendiéra, tanto mas zeloso debia naturalmente estar de conservar sus derechos y sus privilegios, y mas tenia que temer el bajar de la condicion de príncipe casi independiente, á la de vasallo sujeto á la voluntad de un señor. Veía al mismo tiempo que, en vez de conceder la libertad de conciencia que prometiéra para empeñar á muchos príncipes protestantes á unírsele contra los confedera-

Año 1550. dos de Smalkalde, parecia que queria Carlos exigir que se conformasen exactamente á los dogmas y á los ritos de la iglesia romana. Apesar de cuantos sacrificios hiciéra ya por motivos de interés, ya por un esceso de confianza en el emperador, era Mauricio sinceramente adicto á la doctrina luterana, y no pudo permanecer pacífico espectador de la destruccion de un sistema que creía se fundaba en la verdad.

Motivos políticos que influyen en su conducta.

Consideraciones políticas y su interés personal robustecían esa resolucion, que le dictaba el amor á la libertad ó el zelo por su religion. En la brillante situacion en que se hallaba entonces este príncipe, ofrecíase á su imaginación un nuevo porvenir de grandeza, pues su rango y su pujanza naturalmente le designaban para gefe de los protestantes en el imperio. Con menos talento y estados menos vastos su predecesor, el elector destronado, habia ejercido el mayor influjo en todos los actos de su partido, y Mauricio tenia bastante ilustracion para ver toda la ventaja de semejante preeminencia y bastante ambicion para desear obtenerla; pero en las circunstancias en que se hallaba, la dificultad de la empresa corria parejas con la importancia del objeto. Por una parte, era tan estrecha su union con el emperador que ningun partido podia tomar que tendiese á romperla sin que alarmase los recelos de tan temible príncipe, y sin atraerse encima todo el peso de aquel mismo poder, que acababa de aplastar la mas importante coalicion que jamas se hubiese formado en Alemania. Por otra, eran tan recientes y terribles las calamidades que habia causado á los protestantes, que casi parecia imposible volver á conquistar su confianza y darles union y vigor, despues de haber sido el principal instru-

mento de su division y de su ruina. Era menester toda la audacia de Mauricio para no desalentarse con semejantes consideraciones; pero la grandeza y los peligros de la empresa eran otros tantos alicientes que á ella le incitában. Sin vacilar tomó una resolucion tan atrevida, que no hubiéra concebido su idea cualquier hombre de un genio inferior, si ya no hubiese temblado ante los riesgos que á su ejecucion debian acompañar. Año 1550.

Concurrian con sus intereses las pasiones de Mauriciò para confirmarle en su designio, y el resentimiento de una injuria, cuyo ultrage aun sentia profundamente, daba nueva fuerza á los motivos que le sugeria una sana política para oponerse al emperador. Con su crédito habia decidido al landgrave de Hesse á ponerse en manos de Carlos al paso que obtuviéra de los ministros imperiales la promesa de que no se detendria preso al landgrave. Como ya se ha visto, esta promesa violóse del modo mas ignominioso, y el desgraciado landgrave quejábase tan amargamente de su yerno como del mismo Carlos. Instaban los príncipes de Hesse vivamente á Mauricio paraque cumpliese con la obligacion que habia contraido con su padre, que solo por efecto de su confianza en él perdiéra su libertad. Por otra parte, la Alemania entera le acusaba de haber vendido á un amigo á quien debiéra proteger, y de haberlo entregado á un enemigo implacable. Movido por tantas instancias, por tantas inculpaciones y por el conocimiento de lo que debia á su suegro, habíasé Mauricio valido no solo de las súplicas sino hasta de las instancias y recuerdos para alcanzar la libertad del landgrave, pero fueron inútiles todos sus esfuerzos. La verguenza de verse engañado y

Año 1550. desairado por un príncipe, á quien sirviéra con tanto celo y prosperidad, habia causado profunda impresion en el ánimo del elector, que desde entonces esperó con impaciencia ocasion para vengarse.

Con mucha astucia y precaucion debia Mauricio proceder en las operaciones que á tal objeto se dirigian pues por un lado debia recelar no infundiese prematuras sospechas al emperador, y por otro estaba obligado á hacer alguna accion ruidosa para volver á poseer la confianza del partido protestante. Puso en práctica toda su sagacidad y disimulo para conciliar ambos intereses. Sabiendo que Carlos era inflexible tocante á la sumision que exigia al *Interim*, no vaciló un momento en establecer en sus estados aquella forma de doctrina y de culto; mas como al mismo tiempo conocia cuan odiosa era semejante novedad á sus vasallos, en vez de forzarles á recibirla por medio de la violencia de la autoridad, como se habia practicado en otras partes de Alemania, procuró transformar su obediencia en acto voluntario. Para ello reunió en Leipsick el clero de sus estados, entregándole una copia del *Interim* con las razones que probaban la necesidad de someterse á él. Ganó á los unos con promesas, impuso á los otros con amenazas, y ya á todos tenia espantados el rigor con que en las vecinas provincias se exigia la sumision á aquella nueva ley. Melanchton, que por sus virtudes é instruccion merecia ocupar el primer rango entre los teólogos protestantes, hallábase entonces privado de los varoniles y enérgicos consejos de Lutero, que ordinariamente reanimaban su valor y le sostenian en medio de los peligros y borrascas que combatian á la iglesia; así la timidez natural de su carácter, su amor á la

paz y su escesiva deferencia á las personas de elevada clase, le arrancaron concesiones que no se pueden justificar. Arrastrada por sus razones y autoridad, y seducida por los artificios de Mauricio, declaró la asamblea que en los artículos puramente indiferentes debíanse obedecer las órdenes de un superior legítimo. Partiendo de este principio, tan incontestable en teoria como peligroso en la práctica, mayormente en materias religiosas, calificó de cosas indiferentes muchas máximas que Lutero habia atacado como groseros y perniciosos errores de la doctrina romana, y la mayor parte de las ceremonias que distinguen el culto romano del de los reformados; de consiguiente, el clero exortó al pueblo á someterse á los mandatos del emperador (1). Año 1550.

Con tan astuto proceder logró Mauricio establecer el *Interim* en la Sajonia, sin escitar ninguna de las violentas reacciones que aquella novedad habia ocasionado en otras provincias; pero aunque se hubiesen sometido los sajones, los mas zelosos luteranos clamaron contra Melanchton y sus asociados, teniéndolos por falsos hermanos que eran ó bastante corrompidos para renegar enteramente de la verdad, ó tan artificiosos que la vendian con sutiles distinciones, ó tan viles que la sacrificaban, por una criminal complacencia, á un príncipe capaz por sí mismo de inmolar á un interés político cuanto habia mas sagrado. Conociendo cuanto valor daba á semejantes acusaciones su pasada conducta y temiendo perder para siempre la confianza de los protestantes, publicó Mauricio una declaracion llena de protestas de zelo y adhesion á la religion

Protesta de su zelo por la religion protestante.

(1) Sleid. 481, 485. Jo Laur. Mosheimii *Instit. Hist. ecles. lib. IV.* Helmst. 1755, *in* 4.°, *p.* 748. Jo And. Schmidii *Historia Interimistica, p.* 70, *etc*. Helmst. 1730.

Año 1550. reformada, prometiendo en ella defenderla contra todos los errores y usurpaciones de la corte de Roma (1).

Al mismo tiempo hace la corte al emperador.

Habiendo así logrado calmár los temores de los protestantes, comprendió cuán necesario era borrar la impresion que al emperador aquella declaracion tal vez habria causado. A este fin no solamente le renovó las protestas de adhesion inviolable á la alianza que les unia, sino que se encargó de reducir á la obediencia á la ciudad de Magdeburgo, que aun insistia en no admitir el *Interim*, y al punto levantó tropas destinadas á aquella espedicion. Tan estraordinaria accion derribó todas las esperanzas que la última declaracion de Mauricio hiciéra concebir á los protestantes, que mas que nunca se encontraron confusos para adivinar sus verdaderas intenciones. Revivió con mas fuerza la desconfianza, á las sospechas que les infundiéra su pasada conducta, y los teólogos de Magdeburgo inundaron la Alemania toda con escritos en que le representaban como el mas temible enemigo de la religion protestante y como un traidor, que solo aparentaba zelo por los intereses de aquella para ejecutar, con mas seguridad, el proyecto que formára de destruirla.

Protesta contra la forma de proceder en el concilio.

Fué tan generalmente adoptada esta acusacion apoyada en hechos recientes y públicos y en la conducta equívoca de Mauricio, que para justificarse se vió obligado á tomar una enérgica resolucion. Cuando se propuso á la dieta reunir en Trento el concilio, protestaron sus embajadores que su señor no reconoceria su autoridad sino con las condiciones siguientes: 1.ª que se sometiesen á nuevo exámen todos los puntos de controversia que ya se habian decidido, y que se tuviese

(1) Sleid. 485.

por nula la primera decision; 2.ª que los teólogos protestantes tuviesen en el concilio plena libertad de hablar y voz decisiva; 3.ª que renunciase el papa á la pretension de presidir en él, se obligase á someterse á las decisiones de la asamblea y absolviese á los obispos del juramento de obediencia, paraque pudiesen con mas libertad espresar sus sentimientos. Tan osadas demandas, que los reformadores no se hubiéran atrevido á pedir en la época misma en que mas ardiente era el zelo de su partido y estaban sus negocios en la situacion mas favorable, contrabalancearon en parte el efecto de los preparativos de Mauricio contra Magdeburgo, y sumergieron á los protestantes en nueva incertidumbre acerca del objeto de su proceder. Supo al mismo tiempo hacer que el emperador considerase esa accion bajo un punto de vista tan favorable que no pareció ofenderse, no alterándose así en nada la íntima union que entre ellos mediaba. Ninguna noticia nos han dejado los historiadores contemporáneos acerca de los pretestos de que se valió para pintar, como inocente, la atrevida declaracion que acababa de hacer, pero lo cierto es que sus razones persuadieron á Carlos, pues continuó este monarca insiguiendo con el mismo ardor su plan tanto para el establecimiento del *Interim* como para la convocacion del concilio, y manifestando la misma confianza en Mauricio tocante á la ejecucion de esos dos puntos.

Año 1550.

Resuelve la dieta hacer la guerra á la ciudad de Magdeburgo.

No sabiéndose todavía en Augsburgo la resolucion del papa acerca del concilio, el principal objeto de la dieta fué mantener la observancia del *Interim*. Apesar de cuantos esfuerzos se hiciéran para intimidarle ó seducirle, el senado de Magdeburgo no solo se obstinaba en no admitir el *Interim*, sino que empezó á aumen-

Año 1550. tar las fortificaciones de la ciudad y á alistar tropas para defenderla. Requirió Carlos á la dieta que le ayudase á reprimir tan osada rebelion contra un decreto del imperio; pero si sus miembros hubiesen tenido la libertad de seguir el impulso de sus sentimientos particulares, sin vacilar hubiesen rechazado aquella demanda. Todos los alemanes que mas ó menos apoyaban las nuevas opiniones, y otros muchos á quienes no podia dejar de infundir recelos el acrecentamiento del poder del emperador, miraban la resistencia de los ciudadanos de Magdeburgo como un generoso esfuerzo á favor de la libertad de su patria; de modo que hasta los que no tuvieron suficiente valor para manifestar igual energía, admiraban la audacia de la empresa y deseaban su feliz éxito; pero la presencia de las tropas españolas y el temor de ofender al emperador, de tal manera impusieron á todos los que asistian á la dieta que, sin atreverse á esponer sus opiniones, ratificaron con sus votos cuanto plugo al emperador prescribirles. Fueron confirmados los rigurosos decretos que de su propia autoridad habia Carlos espedido contra los habitantes de Magdeburgo; mandóse alistar tropas para hacer el sitio en regla, y nombráronse comisarios para fijar el contingente que en hombres y dinero daria cada estado. Pidió al mismo tiempo la dieta que se diese á Mauricio el mando de aquel ejército, á que asintió Carlos con mucha satisfaccion, elogiando altamente el acierto de semejante eleccion (1). Como Mauricio guardó en todas sus acciones impenetrable secreto, es probable que no tomára abiertamente ninguna medida para lograr la distincion que le concedian.

(1) Sleid. 603, 512.

Así pues la eleccion de sus compatriotas fué ó puro efecto de la casualidad, ó de la opinion general que se tenia de sus grandes calidades. Las consecuencias que de este nombramiento dimanaron ni podian preverse por la dieta, ni infundir recelos al emperador. Aceptó Mauricio sin vacilar el honor que se le dispensaba, y vió con una sola ojeada todas las ventajas que de él podria reportar. Año 1550.

Vuelve á convocarse el concilio en Trento.

Entretanto, preparando Julio su bula para la convocacion del concilio, no descuidaba ninguna de las minuciosas formalidades de que con tanta firmeza sabe valerse la corte de Roma, para retardar las operaciones que están conformes con sus miras. Promulgóse por fin esta bula, y se invitó al concilio á reunirse en Trento á 1 de mayo del año siguiente. Como sabia el papa que una parte de los alemanes rechazaba ó ponia en duda la autoridad y jurisdiccion que la santa sede pretende ejercer en los concilios generales, puso mucho cuidado en establecer en términos muy enérgicos, en el preámbulo del acta, el derecho que tenia no solo de convocar aquella asamblea, sino aun de dirigir sus operaciones, y nunca quiso permitir que se variasen ni que se suavizasen sus espresiones, apesar de las repetidas instancias del emperador, que de antemano veía cuanto ofenderian y como serian interpretadas.

Diciembre.

Año 1551.

Muchos miembros de la dieta censuraron en efecto con amargura aquel artículo, mas aunque iba creciendo notablemente el descontento que produjo, habíase el emperador de tal manera señoreado de las deliberaciones, que hizo dar un decreto por el cual la autoridad del concilio fué reconocida y declarada único remedio propio para curar los males que afligian á la iglesia; requirióse á todos los príncipes y estados del imperio,

Año 1551. tanto á los que habian hecho innovaciones en su religion, como á los que permanecia fieles á la religion de sus antepasados que enviasen sus representantes al concilio; el emperador prometió un salvo-conducto á los que lo pidiesen, asegurándoles la libertad de hablar y de discutir su opinion en aquella asamblea; obligóse á fijar su residencia en alguna ciudad del imperio cercana á Trento, paraque pudiese proteger con su presencia á los miembros del concilio y procurar que, dirigidas siempre las deliberaciones conforme á la escritura y á la doctrina de los padres, pudiesen tener el resultado que de ellas se esperaba. En este decreto con mas vigor que nunca mandábase la observacion del *Interim*, y el emperador amenazaba á cuantos hasta entonces no se hubiesen sometido con el peso de los terribles efectos de su resentimiento, si perseveraba en su desobediencia (1).

Nueva tentativa inútil para poner en libertad al landgrave.

Durante aquella dieta probóse otra tentativa para poner en libertad al landgrave. El tiempo, en vez de calmar el espíritu de aquel príncipe, habia aumentado su impaciencia. Aprovechaban Mauricio y el elector de Brandeburgo cuantas ocasiones se les offrecian para solicitar en favor suyo al emperador; mas viendo el landgrave que ningun efecto producian sus instancias, mandó á sus hijos que intimasen con todas las formalidades de la ley á aquellos dos príncipes que cumpliesen con la obligacion, que contrajéran por medio de un acta auténtica, de ponerse en su poder para ser tratados con el mismo rigor que ejerciese el emperador con el landgrave. Dióles esta intimacion nuevo pretesto para renovar sus instancias al emperador

(1) Sleid. 512. Thuan. *lib. VI, p.* 233. Goldast. *Constit. imper. vol. II, p.* 340.

y nueva razon para insistir en ellas con mas firmeza. Año 1551.
Aunque estaba Carlos bien resuelto á no concederles lo que pedian; sin embargo, como deseaba vivamente librarse de sus importunidades; procuró que el landgrave desistiese de la promesa que le hiciéran los dos electores. Pero negándose constantemente este príncipe á renunciar una garantía que miraba como esencial para su seguridad, entonces cortó el emperador el nudo que no podia desatar, y en una acta pública anuló la que firmáran Mauricio y el elector de Brandeburgo, dispensándoles de todas las obligaciones que hubiesen contraido con el landgrave. Poder tan peligroso y perjudicial de revocar á su antojo las mas sagradas leyes del honor y las mas positivas obligaciones de la fé pública, hasta entonces solo fuéra reclamado y ejercido por los pontífices romanos que, en virtud de su pretendida infalibilidad, se arrogaban el privilegio de dispensar de toda especie de deberes y preceptos. Pasmóse toda la Alemania al ver que Carlos se apropiaba igual prerogativa, al paso que se tuvo por mas duro é intolerable que el de las naciones esclavas el estado de servidumbre á que quedaria reducido el imperio, si por medio de un decreto arbitrario podia el emperador disolver contratos solemnes, en que se funda la mútua confianza que mantiene unidos á los hombres.

Perdida en fin toda esperanza de recobrar la libertad por consentimiento del emperador, probó el landgrave de procurársela por su astucia; pero habiéndose descubierto el plan que formára para burlar la vigilancia de sus guardias, fueron condenados á muerte todos los que se probó habian querido favorecer su evasion, y se trasladó á la ciudadela de Malinas,

Año 1551. donde se le encerró con mas rigor que antes (1).

Proyecta Carlos traspasar la corona imperial á su hijo Felipe.

Aquella misma dieta se ocupó de un asunto que aun interesaba mas al emperador, y que tambien produjo general alarma entre los príncipes del imperio. Aunque dotado de talentos que le hacian propio para concebir y ejecutar varios proyectos, no se hallaba Carlos, como ya se observó, en estado de resistir á la embriaguez del triunfo; y, de tal modo se dejaba fascinar por este que traspasaba entonces todos los límites de la moderacion, poniendo toda la actividad de su espíritu en otros objetos grandiosós pero quiméricos. Tal habia sido el efecto de su victoria contra los confederados de Smalkalde; pronto no pudo contentarse con las sólidas ventajas que reportára de aquel acaecimiento, y mirándolas como frutos poco considerables de tan gran suceso, se propuso nada menos que establecer en toda la Alemania la uniformidad de religion, y hacer despótica la autoridad imperial. Era sin duda brillante semejante proyecto; pero acompañaban la ejecucion riesgos evidentes, y hasta el buen éxito no podia dejar de ser incierto y precario; no, obstante, habiéndolo tenido feliz en cuanto habia hecho para alcanzar su objeto, acalorada su imaginacion por la grandeza de la empresa, ya no veía dificultades ó las despreciaba. Y no le bastaba mirar como infalible el éxito de su plan, sino que andaba ya discurriendo con que medios perpétuaria en su familia las importantes adquisiciones que iba á hacer, transmitiendo á su hijo á la vez el imperio de Alemania, los reinos de España, y sus estados de Italia y

(1) Sleid. 504. Thuan, *lib VI, p.* 234, 235.

de los Paises Bajos. Despues de haber por largo tiempo revuelto en su pensamiento tan alhagüeña idea, sin comunicarla ni á los ministros en quienes tenia mas confianza; hizo venir de España á Felipe, esperando que la presencia de su hijo le facilitaria los medios de poner su proyecto en ejecucion. Año 1551.

Obstáculos que se le oponen.

Debia sin embargo encontrar grandes obstáculos y tales, que hubiéran bastado para contener una ambicion menos acostumbrada que la suya á vencer las dificultades. En 1550 tuvo la imprudencia de esforzarse en procurar á su hermano Fernando la dignidad de rey de los romanos; y no habia apariencias de que este príncipe, que todavía se hallaba en la flor de la edad y tenia un hijo jóven, renunciase á favor de un sobrino la esperanza de ocupar un dia el trono imperial; suceso que podian tal vez acelerar los achaques del emperador que siempre iban en aumento. No vaciló con todo este en proponérselo; y habiéndolo rehusado Fernando en tono muy absoluto apesar de su profundo respeto á su hermano y de su sumision á su voluntad, no se desanimó Carlos con tal negativa. Hizo que le instase su hermana María, reina de Hungría, á quien era deudor Fernando de las coronas de Hungría y Bohemia, y que con grandes dotes, unidas á un carácter insinuante y amable, habia cobrado el mayor ascendiente sobre sus dos hermanos. Adoptó ella con ardor un proyecto que tan visiblemente tendia á engrandecer la casa de Austria; y lisongeándose de que la actual posesion de un nuevo establecimiento tal vez incitaria á Fernando á desistir de la sucesion al trono imperial, aseguróle que,

Año 1551. para indemnizarle del sacrificio que se le pedia, estaba pronto el emperador á concederle estados considerables, en particular los del duque de Witemberg, que podrian confiscarse por varios pretestos. Pero era Fernando harto ambicioso para dejarse seducir por la astucia y súplicas de Maria hasta el punto de aprobar un plan, que del primer rango que ocupaba entre los monarcas de Europa lo hubiéra hecho descender al de un príncipe inferior y dependiente. Amaba ademas demasiado á sus hijos para arrebatarles, por medio de una imprudente concesion, las brillantes esperanzas que les hacian concebir su educacion y su nacimiento.

Sus esfuerzos para superar esos obstáculos.

Apesar de la inalterable firmeza que manifestó Fernando, no pudo el emperador resolverse á abandonar su proyecto; confiaba que se podria llevar á cabo por otro medio, y que no seria imposible incitar los electores á revocar su primera eleccion hecha á favor de aquel, ó alomenos á nombrar á Felipe segundo rey de romanos, y á designarse para sucesor inmediato de su tio. Con este objeto hizo que le acompañase Felipe á la dieta: queria proporcionar á los alemanes una ocasion de conocer al príncipe á cuyo favor pensaba solicitar sus votos, y echó mano de cuantos recursos de astucia y de insinuacion era capaz para ganar los electores, y prepararlos á recibir favorablemente la medida que iba á proponerles. Pero cuando al fin se determinó á comunicársela, todos de antemano vieron estremecidos las alteraciones que produciria. Ya tiempo hacia que reconocieron cuán inconveniente era poner al frente del imperio un príncipe tan poderoso y posesor de tan vastos estados; y fa-

cil les era adivinar que repitiendo la falta que habian cometido, y conservando la corona imperial en la misma familia como una dignidad hereditaria, daban al hijo los medios de continuar el sistema de opresion comenzado por el padre, y de destruir lo poco que aun quedaba íntegro en el antiguo y respetable edificio de la constitucion germánica. Año 1551.

Disgusto á los alemanes el carácter de Felipe.

Hacia aun mas desagradable á los alemanes esta proposicion el carácter del príncipe á cuyo favor se verificaba. Aunque devorado por insaciable sed de poder, carecia Felipe de cuanto puede atraer la benevolencia. Altivo y severo, en lugar de grangearse nuevos amigos, alejaba de sí los mas antiguos y adictos partidarios de la càsa de Austria; desdeñábase de tomarse la molestia de aprender el idioma de un pueblo sobre el cual aspiraba á reinar, y mientras estuvo en Alemania ni siquiera tuvo la complacencia de conformarse á las costumbres y usos del pais. Permitia que los príncipes de mayor categoría permaneciesen delante descubiertos en su presencia, afectando siempre un continente orgulloso y reservado, que los mas grandes emperadores y el mismo Carlos no se habian atrevido á tomar enmedio de su gloria y de su pujanza (1).

Fernando, al contrario, desde que estaba en Alemania procurára hacerse grato al pueblo conformándose á sus costumbres sin esfuerzo ni afectacion, al paso que su hijo Maximiliano, que habia nacido en aquel pais, estaba dotado de las mas amables calidades, que le hacian el ídolo de sus compatriotas, quienes miraban su elevacion al imperio como el acontecimiento para ellos mas apetecible. La estimacion y afeccion de los

(1) Ferdiman Andre Zulich, *Dissertatio politico historica de nævis politicis Caroli V. Lips.* 1706, *t. IV, p.* 21.

Año 1551. alemanes para este príncipe los afirmaron en la resolucion que les dictaba su sana política, y los determinaron á preferir las virtudes populares de Fernando y de su hijo á la feroz austeridad de Felipe, que ni podia el interés dulcificar; ni le habia podido mover á disimular la ambicion. todos los electores tanto eclesiásticos como seglares, manifestaron tan firme y unánime oposicion al proyecto del emperador, que apesar de su estremada repugnancia á desistir de lo que una vez habia emprendido, vióse este obligado á mirar su plan como impracticable. Sin intempestiva obstinacion en llevar su ejecucion adelante no solo dispertó los recelos de los alemanes acerca de sus miras ambiciosas, sino que abrió tambien un manantial de rivalidad y de discordia en su propia familia. A su hermano Fernando el cuidado de su propia defensa le precisó á procurarse la amistad de los electores, particularmente de Mauricio de Sajonia, y á formar con ellos alianzas capaces de quitar á Carlos toda esperanza de volver algun dia á su proyecto con mejor resultado. Al mismo tiempo envió el emperador su hijo á España, para volverlo á llamar cuando algun nuevo sistema de ambicion hiciese necesaria su presencia (1).

Carlos se ve obligado á renunciar á su proyecto.

El papa y el emperador proyectan recobrar Parma y Plasencia.

Viendo Cárlos fallidas las esperanzas que formára para el engrandecimiento de su familia y que tanto tiempo revolviéra en su imaginacion; creyó que ya era tiempo de poner toda su atencion en otro proyecto que asimismo le interesaba en gran manera, que era establecer la uniformidad de religion en el imperio, obligando á los varios partidos á obedecer las decisiones del concilio de Trento. Mas la grande estension de sus do-

(1) Sleid. 505. Thuan. 180, 238. *Mém de* Ribier, *tom II*, *p.* 219, 281, 314. Adriani *Ist. lib VIII*, *p.* 507, 520.

minios empañábalo en tantas alianzas y motivaba tantos diversos intereses, que casi no le era posible aplicar toda su fuerza á un solo objeto. Era tan vasta y complicada la máquina que debia dirigir, que un estorbo ó una irregularidad imprevista en alguna rueda particular impedia á menudo el movimiento general, y desconcertaba los mas importantes resultados. Efectivamente sobrevinieron circunstancias que produjeron nuevos obstáculos á la ejecucion de su plan tocante á la religion. En la primera efusion de su alegría y gratitud cuando su elevacion al trono pontifical, habia Julio III confirmado á Octavio Farnesio en la posesion del ducado de Parma; mas no tardó en arrepentirse de su generosidad y en adivinar sus consecuencias, que no habia previsto, ó que no le habian hecho impresion cuando era aun reciente el conocimiento y recuerdo de sus obligaciones para con la familia de Farnesio. Conservára siempre el emperador Plasencia, y no habia renunciado sus pretensiones contra Parma, que miraba como un feudo del imperio. Gonzaga, gobernador de Milan, que fué uno de los principales autores del asesinato de Pedro Luis Farnesio, último duque de Parma, conociendo que nunca se le perdonaria semejante ultraje, jurára la ruina de una casa que debia abominarle, y valióse de cuanto crédito le daban sus talentos y sus largos servicios con el emperador, para persuadirle que se apoderase de Parma con las armas. Llevado por estas instancias y por el deseo en que ardia de reunir Parma al Milanesado, adoptó Carlos esta proposicion; y Gonzaga, á quien alentaba la menor apariencia de aprobacion, empezó á reunir tropas y á hacer otros preparativos para la ejecucion de su proyecto. Año 1551.

Año 1551. Aprobacion forzada de la dieta.

Advertido del peligro que le amenazaba, vió Octavio cuán necesario le era velar á su propia seguridad, aumentando la guarnicion de su capital y alistando soldados para defender el resto del pais. Mas impidiéndole la cortedad de sus rentas hacer esfuerzos demasiado costosos, espuso su situacion al papa, é imploró la proteccion y asistencia que tenia derecho á esperar en calidad de vasallo de la iglesia. Pero como ya el ministro imperial habia prevenido al papa, exagerándole sin cesar el peligro de ofender al emperador y la imprudencia de sostener á Octavio en una usurpacion tan perjudicial á la santa sede; habia logrado separar enteramente á Julio de la familia de los Farnesios. Así recibióse con mucha tibieza la peticion de Octavio; y desesperando este de alcanzar algun ausilio del papa, tuvo que buscar en otra parte la proteccion de que necesitaba. El rey de Francia, Enrique II, era el único príncipe bastante poderoso para apoyarle, y felizmente hallábase en circunstancias que le permitian adoptar semejante proposicion. Acababa de terminar, conforme á sus deseos, los asuntos que hacia tiempo negociaba con los dos reinos de la Gran Bretaña, asuntos que hasta entonces desviáran su atencion de los del continente; debia este buen resultado parte á la fuerza de sus armas, y parte á su habilidad en sacar ventajas de las facciones políticas, que asolaban ambos reinos y que tan violentas y precipitadas hacian las acciones de los escoceses como débiles é inciertas las de los ingleses. Habia obtenido de estos condiciones de paz favorables á los escoceses sus aliados; indujéra á los nobles de Escocia no solo á desposar su jóven reina con el delfin, sino á hacerla pasar á Francia para educarse allí á su vista; y habia en fin recobrado Boloña

Nueva é inútil instancia para obtener la libertad del landgrave.

y su territorio que fuéra conquistado por Enrique VIII. Año 1551.

Terminadas estas disposiciones tan ventajosas para su corona, y habiéndose libertado con honor del peso de la guerra que hacia á la Inglaterra y de los socorros que daba á los escoceses; hallábase en fin Enrique en entera libertad de adoptar las medidas que naturalmente le sugeria su heredada envidia contra el poder del emperador. Recibió pues placentero las primeras proposiciones de Octavio Farnesio; y asiéndose con avidez de aquella ocasion de volver á entrar en Italia, concluyó al punto un tratado en que prometió sostener la causa de Octavio y darle cuantos ausilios hubiese menester. No podia semejante negociacion quedar por mucho tiempo oculta al papa, quien, previendo las calamidades que acarrearia la guerra si se volvia á encender tan cerca del estado eclesiástico, espidió al punto cartas monitoriales en las cuales intimaba á Octavio que rompiese su nueva alianza. Negándose aquel príncipe á acceder á esta demanda, poco despues publicó Julio que Octavio habia perdido todos sus derechos á su feudo, y le declaró la guerra como á vasallo desobediente y rebelde. Mas no pudiendo esperar, con sus solas fuerzas, triunfar de un príncipe sostenido por tan poderoso aliado como era el rey de Francia; acudió al emperador, que por su parte temiendo que se estableciesen los franceses en Parma, mandó á Gonzaga que hiciese marchar todas sus tropas para favorecer al pontífice. De este modo los franceses tomaron las armas como aliados de Octavio, y los imperiales como protectores de la santa sede; y mientras que se rompian entre ellos las hostilidades, publicaban afectadamente Carlos y Enrique que permanecerian inviolablemente

Su alianza con Enrique II.

Vuelven á romperse las hostilidades entre Carlos y Enrique.

Año 1551. fieles á la paz de Crespy. Ningun acontecimiento memorable ilustró la guerra de Parma. Trabáronse ligeros combates con éxito vario; talaron los franceses parte del territorio eclesiástico; los imperiales devastaron al Parmesano, y despues de haber principiado el sitio de Parma, tuvieron que abandonar vergonzosamente aquella empresa (1).

Retárdase la convocacion del concilio.

Las alarmas y movimientos que ocasionaban en Italia los preparativos y las operaciones de aquella guerra, hicieron que la mayor parte de los prelados no se hallasen en Trento á 1.º de mayo, dia fijado para la convocacion del concilio. Aunque ya estaban allí el legado y los nuncios del papa, tuvieron que emplazarse para el 1 de setiembre, esperando que asistirian entonces prelados y doctores en suficiente número para principiar con alguna regularidad las deliberaciones. En aquella época acudieron al concilio unos sesenta prelados, la mayor parte eclesiásticos ó de España, y algunos alemanes (2). Abrióse la sesion con las formalidades de costumbre, y ya iban los padres del concilio á principiar las negociaciones cuando apareció Amyot, abad de Bellosane, y presentando sus credenciales en calidad de embajador de Enrique, pidió audiencia. Habiéndola obtenido, en nombre del rey su señor, protestó contra una asamblea convocada en circunstancias tan inoportunas, y en el momento en que una guerra, movida sin motivo por el papa; imposibilitaba á los miembros de la iglesía galicana pasar á Trento con seguridad, ó deliberar allí

Protesta Enrique contra el concilio.

(1) Adriani *Istor. lib. VIII, p.* 505, 514, 524. Sleid. 513. Paruta, *p.* 220. *Lettere del Caro scrite al mane del Card. Farnese*, *t. II, p.* 11, *etc.*
(2) Fra-Paulo, 268.

Año 1551.

con la tranquilidad necesaria acerca de los artículos de fé y de disciplina; y declaró que su señor consideraria aquella asamblea no como un concilio general y ecuménico, sino como un conventículo particular y parcial (1). Aparento el legado que despreciaba semejante protesta, y apesar de este incidente procedieron los prelados el exámen y decision de los grandes puntos que estaban en controversia sobre la eucaristía, penitencia y estremauncion. Con todo, aquella accion de la Francia necesariamente debia conmover la autoridad del concilio; pues poca consideracion podia merecer á los alemanes una asamblea cuya autoridad, al empezar sus sesiones, habia atacado el segundo monarca de la cristiandad; y no estaban dispuestos á respetar las decisiones de un corto número de hombres que, sin estar autorizados para ello, arrogábanse todos los derechos propios de los representantes de la iglesia universal.

Violento proceder del emperador contra los [pro]testantes.

Echó mano sin embargo el emperador de todos los recursos de su poder para establecer la reputacion y la jurisdiccion del concilio. Al paso que habia tenido para con los tres electores eclesiásticos, que despues del pontífice eran los mas eminentes príncipes iglesia en poder y dignidad, bastante crédito para determinarles á asistir al concilio en persona; obligó á muchos obispos alemanes de inferior gerarquía á trasladarse á Trento, ó á enviar allá sus represen- ncedió salvo-conducto imperial á los embajadores nombrados por el elector de Brandeburgo, el duque de Wittemberg y otros príncipes protestantes para asistir al concilio, exortando al mismo tiem-

(1) Sleid, 518, 281. Fra-Paolo, 3..1.

Año 1551. po á estos que enviasen tambien sus teólogos para proponer, esplicar y defender su doctrina. Anticipóse su zelo á los decretos del concilio, y como si ya estuviesen condenadas las opiniones de los protestantes, trabajó para acabarlas de aniquilar. Con este objeto hizo reunir los ministros de Augsburgo, y despues de haberles interrogado sobre varios puntos de controversia, mandóles que no enseñasen nada contrario á los dogmas de la iglesia romana tocante á aquellos artículos. Negándose ellos á conformarse con una exigencia tan contraria á las inspiraciones de su conciencia; mandóles Carlos que saliesen de la ciudad en el término de tres dias, sin revelar á nadie la causa de su destierro; prohibióles para lo sucesivo predicar en ningun pais sometido á la jurisdiccion imperial, y les hizo jurar que obedecerian escrupulosamente estas órdenes. Y no fueron estas las solas víctimas de su despotismo: en la mayor parte de las ciudades de Suabia fué tratado con igual rigor el clero protestante, en algunos puntos fueron destituidos bruscamente y sin forma judicial los magistrados que se habian distinguido por su adhesion á las nuevas opiniones, y el emperador dispuso arbitrariamente de sus cargos á favor de sus mas fanáticos adversarios. Fué abolido el culto reformado en toda la estension de aquella vasta provincia, violáronse los antiguos privilegios de las ciudades libres, y el pueblo tuvo que asistir al ministerio de sacerdotes que horrorisado miraba como idólatras, y sujetarse á la jurisdiccion de magistrados que detestaba como usurpadores (1).

Sus esfuerzos para sostener al concilio.

Habiendo con estas violencias manifestado el empe-

(1) Sleid 516, 528. Thuan, 276.

rador de un modo mas claro, que no lo hiciéra hasta entonces, su intencion de derribar la constitucion germánica y estirpar la religion pretestante, partió para Inspruck en el Tirol, y fijó su residencia en aquella ciudad, que por su situacion cercana á Trento y en los confines de la Italia, parecia plaza cómoda desde donde podria observar á la vez las operaciones del concilio y los progresos de la guerra de Parma, sin perder de vista lo que tal vez pasase en Alemania (1). Año 1551.

Entretanto proseguíase el sitio de Magdeburgo con vario suceso. Cuando proscribió Carlos los habitantes de aquella ciudad y los desterró del imperio, valiése al mismo tiempo de las exortaciones y de la autoridad paraque los estados vecinos tomasen las armas contra aquellos ciudadanos, á quienes apellidaban rebeldes y enemigos comunes del imperio. Seducido por sus exortaciones y promesas, Jorge de Mecklemburgo, segundo hermano del duque reinante, príncipe activo y ambicioso, reunió considerable número de los aventureros que acompañáran á Enrique de Brunswick en sus caballerescas espediciones; y aunque era un zeloso luterano, invadió el territorio de Magdeburgo, esperando que el emperador le concederia la propiedad de parte de aquellos dominios. Los ciudadanos, que no estaban aun acostumbrados á soportar con paciencia las calamidades de la guerra, hicieron una salida para salvar del saqueo sus tierras; atacaron al duque de Mecklemburgo con mas valor que prudencia, y fueron rechazados con mucha pérdida; mas como estaban animados de ese indomable espíritu que da el zelo de la religion, cuando se une con el amor á la libertad, le- Sitio de Magdeburgo.

(1) Sleid. 329.

Año 1551. jos de desalentarse con aquel primer contratiempo preparáronse para la mas vigorosa defensa. Habiendo ofresido á los sitiados sus servicios muchos veteranos, que sirviéran en las largas guerras del emperador y del rey de Francia bajo el mando de oficiales valientes y esperimentados, familiarizáronse gradualmente los habitantes con los conocimientos militares, y á la actividad del valor añadieron la ventaja de la disciplina. Apesar de su primer triunfo contra los habitantes, nó se atrevió el duque de Mecklemburgo á cercar una ciudad tan fuerte y defendida por tan buena guarnicion, y continuó talando la campiña.

Mauricio toma el mando del ejército sitiador.

Acudiendo al campo de los sitiadores gran número de aventureros llevados á la esperanza del botin, concibió zelos Mauricio de Sajonia del crédito que tal vez adquiriria un príncipe que á sus órdenes tenia tan numerosa division. Y así marchando al punto á Magdeburgo con sus tropas, tomó el mando en gefe de todo el ejército: honor á que le daban derecho incontestable, su rango, sus talentos y el nombramiento de la dieta. Con aquellas dos divisiones reunidas cercó la ciudad y comenzó un sitió en regla; y mientras á los ojos de Carlos se hacia un mérito de aquella espedicion y de su zelo en ejecutar el decreto imperial, todavía volvió á esponerse á las censuras y maldiciones del partido cuyos sentimientos religiosos eran tambien los suyos. Sin embargo, proseguíanse lentamente los ataques de la plaza, cuya guarnicion traía recelos á los sitiadores con frecuentes salidas, en una de las cuales cayó prisionero el duque de Mecklemburgo, y destruia en lo posible sus trabajos, llevándose soldados de las avanzadas. Animados los ciudadanos de Magdeburgo por los discursos de sus pastores, y alentados los soldados

Año 1551.

de la guarnicion por el ejemplo de sus oficiales, sufrian sin quejarse todas las fatigas del sitio y defendíanse siempre con el mismo zelo que mostraron al principio: por otra parte, los soldados de los sitiadores, al contrario, aflojaban en su ardimiento y murmuraban de todos los sufrimientos á que se veían obligados en un servicio que les disgustaba, y hasta se sublevaron repetidas veces pidiendo el sueldo que se les debia, que hacia algun tiempo no podia pagárseles porque con mucha repugnancia contribuían los alemanes á los gastos de aquella guerra (1). Tenia ademas Mauricio motivos particulares, que no se atrevia á declarar, para no estrechar con vigor el cerco, prefiriendo permanecer al frente de un ejército, espuesto á todas las imputaciones que podria motivar la lentitud de sus operaciones, á precipitar una conquista que, dándole alguna gloria mas, hubiérale puesto en la necesidad de licenciar sus tropas.

La ciudad se rinde á Mauricio.

Con todo, empezaban los habitantes á sufrir los horrores del hambre, y viendo Mauricio que era imposible prolongar por mas tiempo el sitio sin dar al emperador sospechas que hubiéran desconcertado todos sus planes, concluyó al fin un tratado de capitulacion con la ciudad, bajo las siguientes condiciones: Que los habitantes implorarian sumisos la clemencia del emperador; que en adelante no tomarian las armas ni entrarian en alianza alguna contra la casa de Austria; que reconocerian la autoridad de la cámara imperial; que se conformarian á los decretos de la dieta de Augsburgo en cuanto á la religion; que se derribarian las nuevas fortificaciones que se habian añadido á la plaza

3 de noviembre.

(1) Thuan, 277. Sleid, 514.

Año 1551. que pagarian una multa de cincuenta mil coronas; que entregarian al emperador doce piezas de artillería; y finalmente que pondrian en libertad sin rescate al duque de Mecklemburgo y á todos los demas prisioneros. Al dia siguiente salió de la ciudad la guarnicion, y Mauricio tomó posesion de ella con toda la pompa militar.

Miras de Mauricio en estas circunstancias.

Antes de convenirse enteramente en los artículos de la capitulacion, habia Mauricio tenido varias conferencias con Alberto conde de Mansfeld, que tenia el mando superior en Magdeburgo, y con el conde Heideck, oficial que sirviéra con mucha distincion en las tropas de la liga de Smalkalde, proscrito por el emperador á causa de su zelo por la causa protestante, y á quien Mauricio tomára secretamente á su servicio y admitiéra en su mas íntima confianza. Comunicóles un plan que tiempo habia ocupaba su ánimo y cuyo objeto era volver la libertad á su suegro el landgrave, restablecer los privilegios del cuerpo germánico, y poner límites á las peligrosas usurpaciones del poder imperial. Despues de haberles consultado acerca de las medidas que seria necesario tomar para asegurar el buen éxito de tan arriesgada empresa, aseguró secretamente á Mansfeld que no serian destruidas las fortificaciones de Magdeburgo, ni los habitantes perturbados en el ejercicio de su religion, ni privados de sus antiguas libertades. Y á fin de empeñar con mas seguridad á Mauricio por su propio interés á cumplir sus promesas, el senado de Magdeburgo le eligió por su burgrave, dignidad que antiguamente perteneciéra á la casa electoral de Sajonia y que le daba muy ámplia jurisdiccion tanto en la ciudad como en su territorio (1).

(1) Sleid. 528. Thuan, 276. *Obsidionis Magdeburg. Descript. per Sebast. Besselmiorum, ap Scard. l. II, p.* 518.

Año 1551. Ventajas que reporta de sus negociaciones con los habitantes de Magdeburgo.

De este modo despues de haber los habitantes de Magdeburgo sostenido un sitio de todo un año, despues de haber combatido por su libertad civil y religiosa con una intrepidez digna de la causa que defendian, fueron al fin bastante dichosos concluyendo un tratado, que les dejó en mejor estado que el de sus compatriotas, que por temor y falta de espíritu público se sometiéran tan vilmente al emperador. Mas, mientras gran parte de la Alemania aplaudia el valor de los magdeburgueses, y se regocijaba de ver que se habian salvado de la destruccion que les amenazára; todos admiraron la habilidad de Mauricio en el manejo de su negociacion con ellos, y la astucia con que supo sacar partido de cada acontecimiento. Veíase con pasmo que despues de haber hecho sufrir á los habitantes de Magdeburgo todos los horrores de la guerra durante muchos meses, al fin por eleccion voluntaria se hallaba revestido de la autoridad suprema en aquella misma ciudad que acababa de sitiar, y que habiendo por mucho tiempo sido el blanco de sus sátiras é invectivas, como apóstata y enemigo de la religion que profesaba, parecia que aquellos mismos habitantes ponian una ilimitada confianza en su zelo y benevolencia (1). Al mismo tiempo los artículos públicos del tratado de capitulacion eran tan exactamente conformes á los que el mismo emperador concediéra á las demas ciudades protestantes, y tanto supo Mauricio hacer valer el mérito de haber sujetado una plaza que se habia defendido con tanta obstinacion, que Carlos, lejos de sospechar ó engaño ó colusion en las condiciones del tratado, lo ratificó sin vacilar y absol-

(2) Arnold. *Vita Maurit. ap. Menken lib. II, p.* 1227.

Año 1551. vió á los magdeburgueses de la sentencia contra ellos pronunciada.

Medio de que se vale para mantener en pie su ejército.

La única dificultad que aun podia estorbar á Mauricio era el tener reunidas las tropas que habian servido á sus órdenes, y las que estuviéran empleadas en la defensa de la plaza; y para lograrlo ideó un medio de singular astucia. Sus proyectos contra el emperador no habian aun llegado al grado de suficiente madurez paraque se atreviese á manifestarlos, y á trabajar abiertamente para ponerlos en ejecucion; y el invierno que se acercaba no le permitia entrar al punto en campaña. Recelaba tambien dar una sospecha prematura al emperador reteniendo á su sueldo division tan considerable, hasta que con la primavera volviese la estacion de las operaciones militares. Así luego que Magdeburgo le abrió sus puertas, permitió á sus soldados sajones regresar á sus casas, pues como eran sus vasallos estaba muy seguro de hacerles volver á tomar las armas y reunirlos cuando lo hubiere menester; pagó al mismo tiempo parte de lo que se les debia á las tropas mercenarias que siguieron sus estandartes y á los soldados que sirvieron en la guarnicion; y despues de haberles declarado libres de su juramento de fidelidad los licenció. Pero en aquel mismo instante, Jorge, duque de Mecklemburgo, que acababa de ser puesto en libertad, ofrecióse á tomar aquellas mismas tropas á su servicio, y constituirse fiador para el pago de lo que aun se les debia. Acostumbrados aquellos aventureros á mudar de amo muy á menudo, aceptaron fácilmente la propuesta, y de este modo permanecieron reunidas las mismas tropas, y prontas á marchar donde quiera que les llamase Mauricio. Engañado con este artificio el emperador, y cre-

Año 1551.

yendo que el duque de Mecklemburgo solo habia alistado aquellos soldados para sostener con las armas sus pretensiones á una parte de los estados de su hermano, miró con indiferencia aquel negocio (1). Habiendo aventurado acciones tan esenciales para la ejecucion de sus proyectos, y queriendo estorbar que el emperador adivinase su objeto y anticiparse á las sospechas que pudiesen infundirle; conoció Mauricio cuán necesario era echar mano de algun nuevo artificio para fijar en otra parte la atencion de aquel príncipe y confirmarle en su seguridad. Como sabia que el principal asunto que le traía ocupado era obligar á los estados protestantes de Alemania á reconocer la autoridad del concilio de Trento, y á enviar embajadores en su nombre y diputados de sus respectivas iglesias; supo aprovecharse de estas disposiciones de Carlos para entretenerle y engañarle. Afectó el mayor zelo en satisfacer los deseos del monarca en este asunto; nombró embajadores á quienes autorizó para pasar al concilio; y encargó á Melanchton y á algunos de los mas distinguidos teólogos de su comunion que preparasen una profesion de fé y la propusiéran á aquella asamblea. A ejemplo suyo y probablemente á sus instancias, tambien nombraron para lo mismo embajadores y teólogos el duque de Wittemberg; la ciudad de Strasburgo y otros estados protestantes. Dirigiéronse todos al emperador para tener su salvo-conducto, que obtuvieron en la forma mas auténtica, lo que bastó para la seguridad de los embajadores que al punto se pusieron en camino: pero los teólogos protestantes pidieron ademas un salvo-conducto particular

Sagacidad de Mauricio en ocultar al emperador sus fines.

(1) Thuan 278. Struvii *Corp. Hist. Germ* 1064 Arnolt. *Vita Maurit. ap Meuken. t. II, p.* 1227.

Año 1551. del mismo concilio, precaucion que hacia necesaria y prudente la infeliz suerte de Juan Hus y Gerónimo de Praga, que el de Constanza condenára á las llamas sin hacer caso del salvo-conducto imperial de que iban provistos. Mas hallándose el papa tan ocupado en impedir que los teólogos protestantes tuviesen libertad de hablar en el concilio, cuanto Carlos se mostrára impaciente en hacerles solicitar esa misma libertad; con promesas y amenazas logró el legado que los padres del concilio no quisiesen impedir un salvo-conducto, en la misma forma que el de Basilea lo concediéra á los secuaces de Juan Hus. Insistian por su parte los protestantes paraque se copiasen exactamente los términos de aquel acta, y los ministros imperiales interpusieron su mediacion paraque se les otorgase. Propusiéronse algunos cambios en la forma; se sugirieron arbitrios; hiciéronse protestas y contra-protestas; y al paso que el legado y sus asociados procuraban lograr su objeto por medio del artificio y de los ardides, sostenian los protestantes su parecer con firmeza y obstinacion. Recibia en Inspruck el emperador los detalles de lo que pasaba en Trento; y dejándose arrastrar por un esceso de zelo ó de confianza en su habilidad, probó de unir los opuestos partidos, mas se halló enredado en un laberinto de negociaciones interminables. Secundaban sinembargo todas las intrigas los planes de Mauricio; pues mientras absorvian todos los momentos del emperador, desviando su atencion de cualquiera otro objeto, tuvo el elector tiempo para dejar madurar su proyecto, formar sus asociaciones y acabar sus preparativos antes de arrojar la máscara, y descargar el gran golpe que tanto tiempo hacia estaba meditando (1).

(1) Sleid. 526, 529. Fra-Paolo, 323, 338. Thuan, 286.

Pero antes de entrar en los detalles, es necesario referir una nueva revolucion que pasó en Hungría, y que no poco contribuyó á los estraordinarios efectos que produjeron las operaciones de Mauricio. Cuando en 1541, por medio de una estratagema, mas propia de la baja é insidiosa política de un usurpador vulgar que la magnanimidad de un poderoso conquistador, despojó Soliman al jóven rey de Hungría de los dominios heredados de su padre, dejó á aquel desventurado príncipe la sola Transilvania, provincia que hacia parte de la herencia paterna; y permitiéndole que conservase el título de rey, que ya no era para él mas que un vano nombre, confió el gobierno de aquella y el cargo de educar al jóven príncipe á la reina y á Martinuzzi, obispo de Waradin, á quien el difunto rey designára para tutor de su hijo y regente de los estados, en tiempos en que eran de la mayor importancia esos dos empleos. En tan pequeño principado escitó aquella division de autoridad las mismas disensiones que hubiese ocasionado en un dilatado reino; y una reina jóven, ambiciosa y capaz para el gobierno, y un prelado altivo y no menos ambicioso disputáronse sobre quien ejerceria mas influjo en la administracion. Ambos tenian su partido en la nobleza, y ya empezaba Martinuzzi á cobrar ascendiente, gracias á sus grandes talentos, cuando torció Isabel contra el mismo los artificios de que se valia y solicitó la proteccion de los turcos.

Año 1551. Asuntos de Hungría.

Envidiosos los bajáes vecinos del poder y crédito del obispo, gustosos prometieron á la reina los socorros que pedia; y pronto hubiéran obligado á Martinuzzi á abandonar la direccion de los negocios, si su ambicion, fértil en recursos, no le hubiese inspirado un nuevo medio que no solo tendia á conservar, sino aun á au-

Apoya Martinuzzi las pretensiones de Fernando.



Año 1551. mentar su autoridad. Mientras transigia con la reina por la mediacion de algunos nobles que temian ver á su patria presa de las calamidades de una guerra civil; envió secretamente á Viena uno de sus confidentes, y entabló negociaciones con Fernando. como no era dificil persuadir á este príncipe que el mismo hombre, cuya enemistad é intrigas le habian echado de parte de sus estados, podria asimismo servirle para recobrar lo que perdiéra, recibió con alegria las primeras proposiciones de un convenio. Presentóle Martinuzzi ventajas tan considerables, y con tanta confianza se obligó á hacer tomar las armas en su favor á los mas poderosos nobles de la Hungría que, apesar de la tregua que firmára con Soliman, prometió Fernando entrar á mano armada en la Transilvania. Componíanse las fuerzas destinadas á aquella espedicion de viejos soldados alemanes y españoles; y dióse el mando á Castaldo, marqués de Piadena, que se formára en la escuela del famoso marques de Pescara, á quien se parecia singularmente tanto por su genio emprendedor en los negocios, como por su gran talento en el arte de la guerra. Martinuzzi y los húngaros de su partido secundaron vigorosamente aquel ejército, menos temible por el número que por la disciplina de los soldados y la habilidad del general. Hallábase entonces el sultan en las fronteras de Persia á la cabeza de su ejército; y no pudiendo los bajáes turcos dar á la reina ausilios tan poderosos y eficaces como los exigiese el estado de los negocios, pronto conoció que tocaba á su fin su autoridad de regenta, y empezó á desesperar de la seguridad de su hijo.

Feliz éxito de sus disposiciones. No dejó Martinuzzi de aprovechar tan favorable accion para lograr su objeto; sino que cuando vió á Isa-

bel en aquel estado de desaliento, atrevióse á hacerle una proposicion que en cualquiera otra circunstancia hubiéra ella desechado con desprecio. Representándole su imposibilidad de resistir á las armas victoriosas de Fernando, demostróle que, aun cuando le pusiesen los turcos en estado de hacerles frente, no por esto mejoraria su situacion, y que no podria mirarlos como libertadores, sino como amos, á cuyas órdenes tendria que sujetarse; y suplicándole por lo que debia á su dignidad, á la seguridad de su hijo y al sosiego de la cristiandad, que cediese la Transilvania á Fernando y le sacrificase las pretensiones de su hijo á la corona de Hungría, antes que ver entrambas presa de los inveterados enemigos de la religion cristiana. Al mismo tiempo, en nombre de Fernando prometió procurarle, á ella y á su hijo, una compensacion proporcionada á su rango y al valor de lo que debian sacrificar. Viéndose abandonada por muchos de sus partidarios, desconfiando de otros, sin amigos y rodeada por las tropas de Castaldo y de Martinuzzi, convino Isabel aunque con gran repugnancia en tan duras condiciones. De consiguiente entregó las plazas fuertes que todavía tenia en su poder, y cedió todas las insignias de la monarquía particularmente una corona de oro que, segun una tradicion húngara, bajára del cielo y daba al que la llevaba incontestable derecho al trono. Y no pudiéndose resolver á quedarse reducida al rango de una persona particular, en un pais donde antes ejerciéra el poder supremo, partió al punto con su hijo á la Silesia para tomar posesion de los principados de Oppelen y de Ratibor, cuya investidura, acompañada del enlace con una de sus hijas, habia Fernando prometido al jóven príncipe. Año 1551.

Año 1551. Martinuzzi es nombrado gobernador de la parte del reino de Hungría que estaba sujeta á Fernando.

Publicada la renuncia de este, Martinuzzi y á su ejemplo el resto de los nobles de Transilvania prestaron juramento de fidelidad á Fernando, que por su parte afectó honrar á aquel prelado con los mas esplícitos testimonios de favor y de confianza, para mostrarse agradecido al zelo y prosperidad con que le sirviéra. Nombróle gobernador de Transilvania con autoridad casi ilimitada; mandó á Castaldo que en todo defiriese á su dictámen y voluntad; aumentó las considerables rentas que ya gozaba, dióle el arzobispado de Gran, y obtuvo del papa la promesa de que se le nombraria cardenal. Sin embargo no era síncera tanta ostentacion de benevolencia, y solo servia para ocultar sentimientos enteramente opuestos. Temia Fernando el talento de Martinuzzi, desconfiaba de su fidelidad, y preveía que aquel prelado, cuyo crédito habia sido bastante poderoso para frustrar todas las tentativas, que hasta entonces se hicieron para abolir ó cercenar los privilegios exorbitantes de la nobleza húgara, preferiria en toda ocasion el papel de defensor de las libertades de su pais al de virey sumiso á la voluntad de su soberano.

Empieza Fernando á formar designios contra él.

Encargó pues en secreto á Castaldo que observase todos los movimientos de Martinuzzi, desconfiase de sus designios y pusiese estorbos á todas sus medidas; mas, ya porque no reparó que Castaldo era el espía de todos sus pasos, ya porque despreciase los insidiosos artificios de Fernando, tomó el prelado la direccion de la guerra contra los turcos con el tono de autoridad que le era peculiar, y la condujo con mucha energía y no menor fortuna. Recobró algunas ciudades de que se habian apoderado los infieles y frustró las empresas que concibiéran contra otras, estableciendo la

autoridad de Fernando no solo en la Transilvania sino aun en el baunato de Temeswar y en muchos de los paises vecinos. En estas operaciones era á menudo de opinion contraria á la de Castaldo y de sus oficiales, y trataba á los prisioneros turcos con una humanidad y hasta generosidad que aquel reprobaba altamente. Pintóse en Viena este proceder como artificio de Martinuzzi para conciliarse la amistad de los infieles, asegurarse su proteccion y ponerse en estado de hacerse despues independiente del soberano que entonces reconocia. Aunque para justificar su conducta alegaba Martinuzzi cuán contrario seria á la sana política irritar, con nuevas crueldades inútiles, á un enemigo siempre ardiente en sus deseos de venganza, no por eso menguó la impresion que produjeron las acusaciones de Castaldo en el ánimo de Fernando que abrigaba ya cierta prevencion contra el prelado y estaba tan receloso de todo lo que pudiese menoscabar su autoridad en Hungría, cuanto sabia hasta donde llegaba su poca solidez. Confirmaba Castaldo todas esas sospechas con los contínuos avisos que comunicaba á los confidentes del rey, envenenaba, por decirlo asi, las acciones inocentes de Martinuzzi, y presentaba las equívocas bajo el punto de vista menos favorable; atribuíale designios que nunca concibiéra, y le causaba de crímenes de que no era culpable; por medio de estos manejos logró finalmente persuadir á Fernando de que solo deshaciéndose de tan ambicioso prelado podria conservar la corona de Hungría. Pero convencido aquel de cuán peligroso seria emplear los procedimientos del ordinario curso de la justicia contra un súbdito que tenía bastante poder para desafiar á su soberano, resolvió valerse de la violencia para lograr la satisfaccion que no podia darle la ley. Año 1551.

Año 1551. Martinuzzi es asesinado por órden de Fernando.

Mandó de consiguiente á Castaldo que le desembarazase de Martinuzzi, abominable encargo que aquel aceptó gustoso; y comunicado su intento á algunos oficiales italianos y españoles de confianza, concertó con ellos los medios de ejecutarlo. Entraron un dia muy de mañana en la habitacion de Martinuzzi so pretesto de presentarle algunos despachos que convenia espedir al punto para Viena; y mientras leía con atencion un escrito, uno de los conjurados le dió una puñalada en la garganta. Como no era mortal la herida, con su natural intrepidez arrojóse Martinuzzi sobre el asesino y le derribó á sus pies; pero precipitándose encima los demas, aquel anciano, solo y desarmado, poco tiempo pudo resistir á tan desigual combate, y cayó traspasado de cien puñaladas. Aunque, contenidos por la presencia de las tropas estrangeras, no se atrevieron los pueblos de la Transilvania á tomar las armas para vengar la muerte de un prelado, que por tanto tiempo fuéra objeto de su respeto y de su amor; hablaron con todo con execracion de aquel asesinato; clamaron contra Fernando que, apesar de lo agradecido que debiéra estar á tantos recientes é importantes servicios y de la veneracion que merecia un carácter mirado por los cristianos como sagrado é inviolable, no habia temido derramar la sangre de un hombre cuyo único crímen era su amor á su patria. Detestando la suspicaz y cruel política de una corte, que por sospechas no probadas é inverosímiles hacia asesinar á un sugeto tan distinguido por su mérito como por su rango; retiráronse los nobles á sus tierras, ó si permanecieron en el ejército austriaco solo sirvieron con mucha repugnancia y tibieza. Animados al contrario los turcos con la muer-

18 de diciembre.

Efectos de este asesinato.

te de un enemigo cuyo talento temian, preparáronse para volver á romper las hostilidades á principios de la primavera; así, en vez de la seguridad que esperára Fernando tener quitando de en medio á Martinuzzi, vió á sus estados de Hungría en vísperas de ser atacados con mas vigor y defendidos con menos zelo que antes (1). Año 1551.

Solicita Mauricio la proteccion del rey de Francia.

Entretanto habiendo Mauricio combinado todas sus intrigas y casi concluido todos sus preparativos, estaba á punto de dar á conocer sus proyectos y romper las hostilidades contra el emperador. Tomada esta resolucion, fué su primer cuidado no admitir aquella supersticiosa y mezquina política por la cual evitaron los confederados de Smalkalde toda suerte de alianza con los estrangeros. Viendo cuán funesta fué á su causa esta máxima, é instruido por su falta, puso tanto empeño en solicitar la proteccion de Enrique II cuanto mostraron los confederados en desechar la mediacion de Francisco I. Afortunadamente para Mauricio, halló á aquel muy dispuesto á acceder á las primeras proposiciones que le hizo y en estado de poner en movimiento todas las fuerzas de la monarquía francesa. Hacia tiempo que observaba Enrique con envidia los progresos de las armas del emperador, y ardia en deseos de medir sus fuerzas con aquel enemigo de la Francia y de señalarse por una rivalidad que habia formado la gloria del reinado de su padre. Habia sido la primera ocasion que se le presentára de atravesarse en los proyectos de Carlos, tomando el ducado de Parma bajo su proteccion; y ya no

(1) Sleid. 535. Thuan, *l. IX, p.* 309, *etc.* Istuanhaffii *Hist. regn. Hung. l. XVI, p.* 183. *Mém. de* Ribier, *tom. II, p.* 871. Natalis Comitis *Hist. l. IV, p.* 84, *etc.*

Año 1551. solo en este sino tambien en el Piamonte empezaron las hostilidades. Despues de haber terminado una guerra con la Inglaterra con una paz tan ventajosa para él, como honrosa para los escoceses sus aliados; vió cuán impaciente estaba la nobleza francesa por desplegar su valor inquieto y emprendedor en mas brillante teatro que el de Parma y del Piamonte.

Su tratado con Enrique. Juan de Fienne, obispo de Bayona, á quien enviára Enrique á Alemania so color de alistar tropas destinadas á servir en la guerra de Italia, recibió autorizacion para firmar un tratado en forma con Mauricio y sus asociados. Como no fuéra decoroso que un rey de Francia se obligase á defender la iglesia protestante, en ninguno de los artículos se hizo mencion de los objetos de controversia, cualquiera que fuese la parte que en el tratado tuvieron. Segun este, abandonábanse enteramente á la disposicion de la divina providencia los intereses de la religion; y los únicos motivos que se alegaban, para formar semejante confederacion contra Carlos, eran poner en libertad al landgrave, é impedir la ruina de la antigua constitucion y de las leyes del imperio germánico. Para lograr estos dos objetos, acordóse que ambas partes contratantes declararian á un mismo tiempo la guerra al emperador; que no se podria firmar ni paz ni tregua sin el unánime consentimiento de todos los confederados, y sin estar comprendido cada uno de ellos; que para prevenir los inconvenientes de la anarquía, Mauricio se declararia gefe de la confederacion con absoluta autoridad en todas las operaciones militares; que aquel y sus asociados pondrian en campaña siete mil hombres de caballería con proporcionado número de infantes; que para proveer á la subsistencia de aquel ejército durante

Año 1551.

los tres primeros meses de la guerra, daria Enrique doscientas cuarenta mil coronas, y despues sesenta mil cada mes mientras durase la campaña; que este atacaria al emperador por la Lorena con poderoso ejército; finalmente que si se juzgase conveniente elegir otro emperador, solo se podria nombrar al que fuese del agrado del rey de Francia (1). Firmóse este tratado el 1.° de octubre, poco antes de la toma de Magdeburgo; y con tan profundo secreto se practicaron las negociaciones preliminares, que de todos los príncipes que despues accedieron á él, solo á dos lo confió Mauricio, que fueron Juan Alberto, duque reinante de Mecklemburgo, y Guillermo de Hesse, hijo del landgrave. La misma liga estuvo tan feliz y cuidadosamente oculta que ni el emperador ni sus ministros dieron señal alguna de la menor sospecha.

Solicita el ausilio de Eduardo VI, rey de Inglaterra.

Activo en buscar de todas partes nuevos socorros, dirigióse Mauricio á Eduardo VI, rey de Inglaterra, pidiéndole un subsidio de cuatrocientas mil coronas, en apoyo de una confederacion formada para la defensa de la religion protestante, mas las facciones que ardian en la corte de Inglaterra durante la menor edad de aquel príncipe, y que privaban al consejo y á las armas de la nacion de su acostumbrada firmeza, quitaba á los ministros ingleses el tiempo y el deseo de ocuparse en negocios estrangeros, y no pudo Mauricio alcanzar el socorro que debia esperar de su zelo por la reforma (2).

Mauricio vuelve á pedir la libertad del landgrave. Diciembre.

Seguro empero de la proteccion de tan poderoso monarca como era Enrique II, procedió con confianza, pero con igual circunspeccion, á la ejecucion de su

(1) *Recueil des traitès, t. II, p.* 258. Thuan. *l. VIII, p.* 279.
(2) Burnet, *Hist of the reform. vol. II, append* 37.

Año 1551. plan, y juzgando necesario hacer todavía un esfuerzo para alcanzar del emperador la libertad del landgrave, envió á Inspruck una solemne embajada en nombre suyo y del elector de Brandeburgo. Despues de recordar detalladamente todos los hechos y razones en que fundaban su demanda, y de representar en términos los mas enérgicos las particulares obligaciones que contrajéran con el landgrave; renovaron en favor de este príncipe la peticion que tantas veces en vano presentáran. El elector Palatino, el duque de Wittemberg, los duques de Mecklemburgo, el duque de Deux-Ponts, el marqués de Brandeburo Bareithy el de Bade enviaron tambien embajadores encargados de apoyar aquella demanda, al paso que escribieron para el mismo objeto el rey de Dinamarca, el duque de Baviera y los duques de Luneburgo. El mismo rey de romanos unióse á ellos en apoyo de sus instancias, ya se compadeciese de la infeliz situacion del landgrave, ya le dominase tal vez un secreto recelo contra su hermano, cuyo poder y designios miraba con otros ojos despues de su tentativa para cambiar el órden de la sucesion al imperio.

Firme en la resolucion que tomára tocante al landgrave, eludió Carlos una demanda que le dirigian tan poderosos intercesores; y declarando que participaria sus intenciones á Mauricio luego que llegase este á Inspruck, donde le esperaban de un dia á otro, no quiso el emperador dar ninguna esplicacion mas detallada (1). Ninguna utilidad reportó al landgrave semejante paso; pero Mauricio supo sacar grandes ventajas. Al paso que justificaba las disposiciones que luego tomó, y demostraba la necesidad de valerse de las ar-

(1) Sleid. 531. Thuan, *lib. VIII*, *p.* 280.

mas para arrancar el acto de justicia que no pudiéran alcanzar ni su mediacion ni sus ruegos; sirvió tambien para confirmar al emperador en su seguridad, pues que, en vista de la solemnidad de la demanda y del interés que parecia tomaban en ella tantos príncipes, debió convencerse que solo de su voluntad podíase esperar la libertad del landgrave.

Continua Mauricio entreteniendo al emperador.

De mas sutiles artificios aun se valió Mauricio para ocultar sus intrigas, distraer al emperador y ganar tiempo. Fingió estar mas que nunca ocupado en buscar algun espediente para vencer todas las dificultades relativamente al salvo-conducto que pedian los teólogos protestantes nombrados para asistir al concilio. Sus embajadores en Trento tenian frecuentes conferencias acerca de ello con los del emperador, á quienes comunicaron sus sentimientos aparentando confianza sin reserva. Queriendo por fin que se creyese que le parecia estaban terminadas todas las disputas sobre aquel artículo, y á fin de acreditar esa opinion; mandó á Melanchton y á sus cólegas que se pusiesen en camino para Trento. Al mismo tiempo mantenia seguida correspondencia con la corte imperial residente en Inspruck renovando en todas ocasiones sus protestas de adhesion y fidelidad al emperador. Hablaba contínuamente de su intencion de ir á Inspruck, donde hasta hizo alquilar para sí una casa, y dió órdenes paraque á la mayor brevedad posible la pusiesen en estado de recibirle (1).

Empieza el emperador á sospechar de las intenciones de Mauricio.

Por hábil que fuese Mauricio en todos los artificios del fingimiento y por impenetrable que le pareciese el velo con que encubria sus designios, habia

(1) *Arnold. Vita Maurit. ap. Menken. l. II, p.* 1229.

Año 1552. con todo en su conducta muchas circunstancias que atenuaban la seguridad del emperador y que le hacian sospechar algun estraordinario intento. Pero no fundándose sus sospechas mas que en hechos poco importantes por si solos, ó de naturaleza incierta y equívoca, la astucia de Mauricio destruía fácilmente sus efectos; y por otra parte temia el emperador privar con demasiada ligereza de su confianza á un hombre á quien la diéra entera y colmára de favores. Una sola circunstancia le pareció bastante grave para merecer una esplicacion. Habiendo establecido su cuartel en Thuringia, las tropas que despues de la capitulacion de Magdeburgo Jorge de Mecklemburgo tomára á su sueldo, vivian á discrecion á costa de las tierras de los ricos eclesiásticos de su vecindad. Los que sufrian ó temian sus exacciones quejáronse altamente al emperador, y le hicieron considerar aquellos soldados como una division destinada á alguna desesperada empresa. Mauricio ya disminuía los escesos que se imputaban á aquellas tropas, ya esponia la imposibilidad de licenciarlas ó de sujetarlas á regular disciplina, hasta que se les hubiese pagado el sueldo que el mismo emperador les debia; y de este modo supo calmar los recelos que hubiese producido este asunto, si es que, no hallándose Carlos en estado de satisfacer las demandas de aquellos soldados no se vió obligado á guardar silencio sobre el particular (1).

Prepárase á obrar Mauricio.

Acercábase sin embargo el tiempo de obrar. Mauricio enviára secretamente á Paris Alberto de Brandeburgo por confirmar su confederacion con Enrique y á apresurar la marcha del ejército francés, al paso que

(1) Sleid. 549. Thuan. 339.

tomára disposiciones para hallarse en estado de reunir sus vasallos cuando lo necesitase, y para defender la Sajonia durante su ausencia ocasionada por el mando de las tropas, de las cuales las de Thuringia, sobre quienes contaba particularmente estaban prontas á marchar á la primera señal. Verificáronse tan complicadas operaciones sin que la corte imperial tuviese de ellas la menor noticia. Continuaba Carlos en Inspruck en la mas completa tranquilidad, únicamente ocupado en contraminar las intrigas del legado de Trento, y en arreglar las condiciones bajo las cuales pudiesen los teólogos protestantes ser admitidos en el concilio; y ni siquiera sospechaba que pronto iban á llamar su atencion objetos de diferente importancia. Año 1552.

Circunstancias que contribuyeron á engañar al emperador y á sus ministros.

Tan imprudente seguridad por parte de un príncipe cuya observacion de cuanto pasaba á su alrededor le llevó muchas veces á un esceso de desconfianza, parecerá tal vez inesplicable, y solo á una ceguedad estraordinaria se ha podido atribuir; pero ademas de la singular sagacidad con que supo Mauricio disfrazar sus acciones, dos circunstancias concurrieron para engañar al emperador. Poco despues de su llegada á Inspruck aquejóle con mayor violencia la gota, que con tan frecuentes ataques debilitó su temperamento, y perdiendo tambien su espíritu su fuerza natural, ya no podia dedicarse á los negocios con su acostumbrada vigilancia y penetracion. Granvela, obispo de Arras su primer ministro, aunque uno de los mas hábiles políticos de su siglo y quizás de todos los siglos, fué en aquella ocasion juguete de su popia sagacidad. Tenia tan alto concepto de su habilidad, y en tanto menosprecio á los talentos políticos de los alemanes, que ningun caso hizo de los avisos que le dieron sobre las

Año 1552. secretas intrigas y los osados proyectos de Mauricio. Habiendo el duque de Alba por efecto de su sombría desconfianza concebido sospechas de la sinceridad del elector, propuso se le llamase al punto á la corte para dar cuenta de su conducta; pero Granvela contestó con desprecio que semejantes sospechas carecian de fundamento, y que la cabeza de un aleman embriagado era incapaz de formar proyecto alguno que no le fuese fácil adivinar y frustrar. Pero no solo era su confianza la que le dictaba un tono tan decisivo, pues habia sobornado dos ministros de Mauricio, que le enviaban frecuentes y detalladas noticias de todos los pasos de su señor; mas este mismo medio, por el cual esperaba penetrar todos los designios y pensamientos del elector, solo sirvió para mejor burlarle. Habiendo Mauricio descubierto secretamente la correspondencia de sus dos ministros con Granvela, en lugar de castigarlos supo hábilmente emplear contra aquel prelado sus mismos artificios. Aparentó que los trataba con mas confianza que nunca; admitióles en sus deliberaciones particulares y dijérase que les descubria sus mas secretas intenciones; pero cuidaba de dejarles entrever únicamente lo que le convenia que supiesen, de manera que los dos espías solo servian para convencer mas á Granvela de la sinceridad y buenas intenciones de Mauricio (1). El mismo emperador estaba tan confiado que no paró la atencion en un memorial, que le presentaron en nombre de los electores eclesiásticos, y en el cual le avisaban que se guardase de Mauricio; pues solo contestó á él con demostraciones de su entera confianza en la

(1) Melvil, *Memoires*, fol edit. p. 22.

fidelidad y adhesion de aquel príncipe (1). Año 1552.

Terminó en fin este sus preparativos y gozó el placer de ver que continuaban ignorados sus proyectos é intrigas; pero, aunque estaba tan próximo á romper las hostilidades, no quiso arrojar la máscara que conservára hasta entónces, y por medio de un nuevo ardid supo todavía burlar algunos dias mas á sus enemigos. Anunció que iba á emprender el viage para Inspruck de que tanto hablára, y escogió paraque le acompañase uno de los dos ministros que Granvela habia sobornado. Despues de haber corrido algunas postas, fingió que se hallaba fatigado del viage, y despachó á Inspruck su pérfido ministro con el encargo de presentar al emperador sus escusas por aquel retardo y de asegurarle que llegaria á la corte dentro de pocos dias. No bien hubo partido aquel espía, montó Mauricio á caballo, voló á la Hungría, reunióse con su ejército compuesto de veinte mil hombres de infantería y cinco mil caballos, y al punto lo puso en movimiento (2).

Entra Mauricio en campaña contra el emperador.

Publicó al mismo tiempo un manifiesto que contenia las razones porque tomaba las armas, y alegó tres motivos; 1.º defender la religion protestante amenazada de próxima destruccion; 2.º mantener la constitucion y las leyes del imperio, y libertar á la Alemania del mando de un monarca absoluto; 3.º arrancar al landgrave de Hesse de los horrores de un largo é injusto

Publica un manifiesto para justificar su conducta.

(1) Sleid. 235.

(2) Melv. Memoirs, *p.* 13. Ningun historiador aleman menciona las circunstancias referidas tocante á los ministros sajones sobornados por Granvela; pero, como el caballero James Melvil recibiéra del mismo elector Palatino aquellos detalles, que son perfectamente conformes á toda la conducta de Mauricio, se pueden considerar como auténticos.

Año 1552. cautiverio. Con el primero sublevaba á su favor los numerosos partidarios de la reforma, formidables por su entusiasmo, y á quienes la opresion incitaba á tomar un partido desesperado. Con el segundo grangéabase el apoyo de todos los amigos de la libertad así católicos como protestantes, igualmente interesados en unírsele para defender derechos y privilegios comunes á unos y á otros. Finalmente, dejando á un lado la gloria de que se llenaba por su zelo en cumplir sus promesas al landgrave, el tercer motivo era ya objeto de general interés no solo por la composicion que inspiraban los padecimientos de aquel desventurado príncipe, sino aun por la indignacion que escitára el rigor é injusticia con que le trató el emperador. Ademas del de Mauricio, apareció otro manifiesto en nombre de Alberto, marqués de Brandebourg-Culmbach, que se le habia reunido con una division de aventureros que alistára; y en él esponia los mismos agravios, pero con escesiva amargura y violencia, propia del carácter del príncipe en cuyo nombre se publicaba.

Le apoya poderosamente el rey de Francia.

Tambien el rey de Francia dió un manifiesto en el suyo: despues de recordar en él la antigua alianza que subsistió entre las naciones francesa y germánica, descendientes ambas de unos mismos antepasados, y habiendo indicado las proposiciones que á consecuencia de aquella primitiva union le habian hecho para pedirle su proteccion algunos de los mas ilustres príncipes de la Alemania; declaraba que tomaba las armas para restablecer la antigua constitucion del imperio, libertar de la esclavitud á algunos de sus príncipes; y asegurar los privilegios é independencia de todos los miembros del cuerpo germánico. Tomaba en aquel manifiesto el título de *protector de las libertades de la Ale-*

mania y de sus príncipes cautivos, y habia hecho grabar al principio un birrete, antiguo símbolo de la libertad, puesto entre dos puñales, como si quisiese dar á entender á los alemanes que solo con las armas podian adquirir y conservar la libertad (1). Año 1552.

Tenia entonces que representar Mauricio un papel enteramente nuevo, mas su genio flexible acomodábase á todas las circunstancias; así es que desde el momento en que tomó las armas, mostróse tan osado é intrépido á la cabeza de su ejército cuanto fuéra circunspecto y sagaz en el gabinete. Avanzando á marchas rápidas hasta la alta Alemania, abriéronle sus puertas todas las ciudades que se encontraban á su paso. Repuso en sus cargos á los magistrados destituidos por el emperador, y devolvió la posesion de las iglesias á los ministros protestantes que habian sido echados de ellas. Dirigióse hácia Augsburgo; y, no siendo bastante fuerte para probar una defensa, retiróse precipitadamente la guarnicion imperial, y Mauricio se apoderó de aquella ciudad en la cual hizo las mismas mudanzas que en las demas por donde pasára (2).

Operaciones de Mauricio.

1 de abril.

No hay términos para esplicar el pasmo y la consternacion que se apoderaron del emperador al recibir la noticia de tan inesperados sucesos. Veía armados contra él muchos príncipes de Alemania y prontos los demas á reunírseles deseando su triunfo, y que al mismo tiempo un poderoso monarca se aliaba con ellos y secundaba sus operaciones, mandando en persona un formidable ejército, mientras por causa de una negligencia y credulidad que le esponian á la vez al pú-

Pasmo y confusion del emperador.

(1) Sleid. 549. Thuan, *lib. X, p* 339. *Mém de* Ribier, *tom. II*, *p*. 371.
(2) Sleid. 555 Thuan. 342.

Año 1552. blico escarnio y al mayor peligro, no se hallaba en estado de tomar disposicion alguna eficaz ni para reprimir la rebelion de sus vasallos, ni para rechazar la invasion de estrangeros enemigos. Parte de sus tropas españolas enviáranse á Hungría contra los turcos, al paso que se llamaron las restantes á Italia para la guerra que se continuaba en el ducado de Parma. Licenciáranse las partidas de veteranos alemanes, porque no podia pagarlas, y muchas se habian alistado á las banderas de Mauricio despues del sitio de Magdeburgo, quedando así Carlos en Enspruck con una division apenas suficiente para guardar su persona. Hallábase agotado su tesoro; y hacia tiempo que no habia recibido ninguna cantidad del Nuevo Mundo, al paso que perdiéra todo su crédito con los comerciantes de Génova y Venecia que, apesar de ofrecerles interés exorbitante, no quisieron prestarle. De este modo aquel príncipe, que sin disputa era el mas considerable potentado de la cristiandad y el mas capaz de desplegar mayores fuerzas, pues ningun menoscabo habia padecido aun su poder, hallábase con todo en la imposibilidad de librarse del riesgo que le amenazaba por medio de un esfuerzo bastante pronto y vigoroso.

Procura ganar tiempo con negociaciones

Cifró toda su esperanza en las negociaciones, único recurso de los que conocen á fondo su debilidad; pero temiendo comprometer su dignidad si hacia él las primeras proposiciones á súbditos rebeldes, evitó este inconveniente valiéndose de la mediacion de Fernando. Lleno de confianza en sus talentos y no dudando que sabria sacar partido de semejante negociacion, esperó Mauricio que, aparentando facilidad en escuchar las primeras declaraciones de convenio, podria entretener al emperador y entorpecer la actividad de los preparativos que este

empezaba para ponerse en defensa; así es que sin dificultad consintió en tener una entrevista con Fernando en la ciudad de Lentz, en Austria, á donde se dirigió al punto, dejando que su ejército continuase su marcha á las órdenes del duque de Mecklemburgo. Año 1552.

Ejecutó fielmente el rey de Francia todo cuanto prometiéra á sus aliados, pues pronto entró en campaña con un ejército numeroso y bien pagado; y, marchando directamente á la Lorena, Toul y Verdun le abrieron sus puertas sin resistencia. Presentáronse luego sus tropas delante de Metz, y habiendo el condestable de Montmorency obtenido permiso de pasar por allí con un corto destacamento para su escolta, introdujo en la plaza cuantos soldados se necesitaban para contener á la guarnicion; así por medio de tan engañosa estratagema se apoderaron los franceses de aquella ciudad, sin derramar una gota de sangre. Celebrando Enrique con mucha pompa su entrada en todas aquellas plazas, obligó á los habitantes á prestarle juramento de obediencia, y agregó á su corona tan importantes adquisiciones. Dejando en Metz fuerte guarnicion, avanzó hácia la Alsacia para probar nuevas conquistas que parecian prometerle los primeros triunfos de sus armas (1).

Progresos del ejército francés.

Ningun convenio produjo la conferencia de Lentz. Al consentir en ella seguramente no tenia Mauricio mas objeto que engañar al emperador, pues hizo, en favor de sus confederados y del rey de Francia su aliado, demandas que no podia aceptar un príncipe demasiado altivo para someterse al punto á las condiciones que le dictaba un enemigo. Pero aunque durante to-

Ningun efecto producen las negociaciones entre el emperador y Mauricio.

(1) Thuan, 349.

Año 1552. da la negociacion pareció que defendia constantemente los intereses de sus asociados, y si bien nunca perdió de vista los objetos que le habian hecho empuñar las armas, siempre manifestó el mas vivo deseo de terminar amistosamente todas sus cuestiones con el emperador. Animado por aquella aparente disposicion á la paz, propuso Fernando una segunda entrevista para el 26 de mayo, y pidió una tregua que empezaria aquel dia y duraria hasta el 10 de junio, á fin de que hubiese tiempo de decidir todos los puntos en cuestion.

Avanza Mauricio hácia Inspruck.

Entretánto reunióse Mauricio el 9 de mayo con su ejército que se habia adelantado hasta Guldensingen. Por la mañana del dia siguiente puso sus tropas en movimiento; y quedándole todavía diez y seis dias para operar antes de que principiase la tregua, resolvió acometer en aquel intérvalo una empresa cuyo éxito tal vez fuese bastante decisivo para inutilizar las negociaciones de Passau, y para ponerle en estado de imponer las condiciones que juzgase convenientes. Conoció que la idea de un cercano armisticio y la hábil solicitud que manifestára para el restablecimiento de la paz infundirian al emperador falsas esperanzas, que calmando sus temores le volverian á sumergir en parte en la seguridad que tan fatal le habia sido. Lleno de confianza en semejante conjetura, marchó Mauricio directamente á Inspruck, avanzando con la mayor rapidez que fué posible á un ejército tan considerable. Llegó el 18 á Fiessen, posicion muy importante á la entrada del Tirol, donde se encontró con una division de ochocientos hombres bien atrincherados que allí colocára el emperador para atajar los progresos de los confederados. Atacólos Mauricio con tanto ímpetu y violencia que abandonaron sus líneas precipitadamente,

y replegándose sobre otra division apostada cerca de Ruten, le comunicaron su terror pánico, de manera que todos tomaron la fuga despues de una débil resistencia. Año 1552.

Apodérase del castillo de Ehrenberg.

Gozoso por aquella victoria que sobrepujaba á todos sus deséos, marchó Mauricio á Ehrenberg, castillo situado sobre un peñasco muy alto y escarpado, que dominaba el único paso que habia á través de las montañas. Habiéndose ya aquel cuerpo rendido á los protestantes al principiar la guerra de Smalkalde, porque entonces la guarnicion era muy corta para defenderse, y conociendo el emperador su importancia, no se descuidó de poner en él una division suficiente para rechazar los ataques del mayor ejército; pero un pastor, persiguiendo una cabra que se habia separado del rebaño, descubrió una senda desconocida por donde podia subirse hasta la cima del peñasco, y lo puso en noticia de Mauricio. Al punto se destinó para seguir aquel guia un pequeño destacamento de soldados escogidos, capitaneados por Jorge de Mecklemburgo. Pusiéronse en camino por la noche, y trepando por una senda escarpada con trabajo y no sin peligro, llegaron en fin á la cumbre sin ser descubiertos. Comenzando Mauricio el asalto por uno de los lados del castillo, de repente á un momento y señal convenidos aparecieron por otro, y preparáronse para escalar los muros que en aquel lugar eran muy débiles, pues que hasta entonces se tuviéra por inaccesible. Espantada la guarnicion al verse atacada por un punto por donde se creía segura de todo riesgo, al instante se rindió. De este modo, casi sin derramar sangre y sin perder tiempo, cosa que le importaba mas, hallóse Mauricio dueño de una plaza cuya rendicion hubiéra podido detenerle

Año 1551 mucho, y para la cual debiéra echarse mano de los mayores esfuerzos de valor y habilidad (1).

Un motin de sus tropas retarda su marcha.

Distaba entonces de Inspruck solo dos jornadas, y sin perder un momento hizo avanzar hácia aquel punto su infanteria; pues no pudiendo la caballería ser de ninguna utilidad en aquel montañoso pais, la dejó en Fiessen para guardar la entrada del desfiladero. Propuníase adelantarse con suficiente rapidez para anticiparse á la noticia de la pérdida de Ehrenberg, y sorprender al emperador con todo su séquito en una plaza abierta é incapaz de defenderse; mas apenas empezaban sus tropas á ponerse en movimiento cuando se amotinó un batallon de mercenarios, declarando que no pasarian adelante hasta que se les pagase la gratificacion que, segun la usanza del tiempo, se les debia por haber asaltado una plaza. Solo con mucho trabajo y peligro, y á costa de un tiempo precioso logró Mauricio apaciguar aquella sedicion y obligar á sus soldados á seguirle á una ciudad donde encontrarian un rico botin, que les recompensaria de todos sus servicios.

Fúgase de Inspruck el emperador en el mayor desórden.

Solo al retardo ocasionado por tan imprevisto accidente debió su salvacion el emperador. Hasta la noche no supo el peligro que le amenazaba, y viendo que únicamente podia librarle una pronta fuga, al punto abandonó Inspruck apesar de la obscuridad de la noche, de la violenta lluvia que entonces caía y de hallarse tan debilitado por los dolores de la gota que no podia sufrir otro movimiento que el de una litera. Dirigiéndose hácia los Alpes, viajó á la luz de las antorchas por sendas casi desconocidas, y le seguian con igual precipitacion sus

(1) Arnold. *Vita Maurit. p.* 123.

cortesanos y domésticos, unos montados en caballos que se procuraron del modo posible, muchos á pie, y todos con el mayor desórden. Con tan miserable equipage, bien diferente de la pompa de que durante los cinco años precedentes se habia visto constantemente rodeado al conquistador de la Alemania, llegó Carlos á Villach, en la Carinthia, con su séquito asustado y rendido de cansancio, y apenas se creyó seguro en aquel lugar ignorado é inaccesible. Año 1552.

Entró Mauricio en Inspruck algunas horas despues de haber partido el emperador y los suyos. Desesperado al ver que se le escapaba su presa en el mismo momento en que estaba tan seguro de asirla, persiguió al emperador hasta algunas millas de distancia; pero considerando la imposibilidad de alcanzar unos fugitivos á quienes el temor daba alas, regresó á la ciudad y entregó al saqueo todos los bagajes del emperador y de sus ministros, prohibiendo al mismo tiempo que no tocase nada de lo perteneciente al rey de romanos, ya porque le uniesen á aquel príncipe los lazos de la amistad, ya porque así quiso darlo á entender. Con tanta precision y acierto habia calculado el tiempo de sus operaciones, que solo faltaban entonces tres dias para principiar la tregua convenida; y partió por tanto al punto para avistarse con Fernando en Passau el dia que se fijára. Entra Mauricio en la ciudad.

Antes de salir de Inspruck, puso Carlos en libertad al elector de Sajonia, á quien despojára de su electorado y que hacia cinco años arrastraba en pos de sí, quizás esperaba suscitar dificultades á Mauricio soltando un rival que podia disputarle su título y estados, ó tal vez conocia cuán indecoroso era retener preso á aquel príncipe, cuando el mismo corria peligro de per- El emperador pone en libertad al elector de Sajonia.

Año 1552. der su libertad. Pero no viendo el elector otro medio de salvarse que el de seguir al emperador, y temblando á la sola idea de caer en manos de un pariente á quien con razon consideraba autor de todos sus infortunios; tomó la resolucion de acompañar á Carlos en su fuga, y aguardar la decision de su suerte de la negociacion que debia entablarse.

Disuélvese con desórden el concilio de Trento.

No fué este el solo efecto de las operaciones de Mauricio. Apenas en Trento se supo que habia tomado las armas, cuando fué general la consternacion en los padres del concilio. Los prelados alemanes al punto regresaron á su patria para cuidar de la seguridad de sus dominios; los demas mostrábanse asimismo impacientes por retirarse, y el legado, que hasta entonces se habia resistido á todos los esfuerzos de los embajadores imperiales que querian obligar al concilio á admitir los teólogos protestantes, asió gozoso aquella ocasion para disolver una asamblea que tan difícil de gobernar le pareciéra. Una congregacion celebrada el 28 de abril espidió un decreto para suspender el concilio por dos años, y para convocarlo de nuevo pasado este término, si estaba entonces restablecida la paz en Europa (1). Estendióse aquella prorogacion hasta diez años; pero las operaciones del concilio, cuando su reunion en 1562, no pertenecen ya al período que abraza esta historia.

Efecto de sus decretos.

Todos los estados de la cristiandad habian ardientemente deseado la congregacion de un concilio; esperábase que de la sabiduría y piedad de los prelados, que representaban todo el cuerpo de los fieles, resultarian esfuerzos caritativos y eficaces para poner término á las disputas que desgraciadamente se habian promovido en

(1) Fra-Paolo, 353.

la iglesia. Pero otras eran las miras de los varios papas que convocaron aquella asamblea, pues pusieron en práctica todos los resortes de su política y de su autoridad para lograr su objeto. Los talentos y habilidad de sus legados, la ignorancia de muchos prelados, y la vil sumision de los obispos de Italia diéronles tanto influjo en el concilio, que dictaban todos sus decretos, y que al redactarlos menos pensaban en restablecer la unidad y concordia en la iglesia que en arraigar su propio dominio, ó en consolidar los principios en que creían que este se fundaba. Definiéronse con escrupulosa exactitud y firmáronse por la sancion de la autoridad pontificia, dogmas, que hasta entonces solo en fé de la tradicion se recibiéran y en cuya interpretacion se admitia algun ensanche. Los decretos de la iglesia establecieron y declararon partes esenciales de su culto ceremonias que solo se observáran por respeto á costumbres que se tenian por antiguas. En lugar, pues, de cerrar la herida, la ensancharon, y el mal se hizo irremediable, y en vez de procurar conciliar los opuestos partidos, aparentóse que se tiraba una línea precisa que fijaba su separacion. Aun hoy sirven estos manejos para mantenerlos divididos, y si no interviene en ello la divina Providencia harán eterna la separacion. Año 1552.

Carácter de los historiadores del concilio.

Tres son los autores á quienes debemos el conocimiento de las operaciones de aquella asamblea. El padre Pablo de Venecia escribió su historia del concilio de Trento cuando era aun reciente la memoria de lo acontecido, y viviendo todavía muchos de los que á él asistiéran. En ella desarrolló las intrigas y artificios, que allí reinaron, con tal libertad y severidad que de ella se han resentido la autoridad y reputacion del concilio, y describió sus deliberaciones y esplicó sus de-

Año 1552. cretos con tanta claridad y profundidad, con tan variada erudicion y maduro juicio, que su libro es justamente considerado como una de las mejores obras que en el género histórico existen. Unos cincuenta años despues el jesuita Pallavicini publicó una historia del concilio enteramente opuesto á la del padre Pablo; valióse de todos los recursos de un designio sutil y astuto para debilitar el testimonio y refutar los raciocinios de su antagonista; procuró probar, justificando las operaciones del concilio é interpretando sutilmente sus decretos, que la imparcialidad dirigió sus deliberaciones, y que sus decisiones fueron dictadas por la razon y la buena fé. Vargas, jurisconsulto español, que fué nombrado para acompañar á Trento los embajadores imperiales, enviaba al obispo de Arras una relacion exacta de cuanto allí pasaba, esplicándole todos los artificios de que usaba el legado para hacer que el concilio obrase segun su arbitrio. Hase publicado una carta en que clama Vargas contra la corte pontificia con la serenidad natural en un hombre que por su situacion hallábase en estado de observar á fondo los manejos de aquella, al paso que estaba obligado de emplear todos sus talentos y cuidado para frustrarlos. Cualquiera de estos tres autores que tenemos por guia en el juicio que se formará del espíritu del concilio, en unos de los que lo componian descubríase tanta ambicion y artificio, y tanta ignorancia y corrupcion en la mayor parte de los demas, observaránse en él tan marcadas las pasiones humanas y tan poca y débil aquella sencillez de corazon, aquella pureza de costumbres, aquel amor á la verdad y, que son los únicos que pueden dar á los hombres el derecho de decidir cual doctrina sea digna de Dios y cual culto debe ser agradable; que con dificultad se cree-

rá que un sobrenatural influjo del Espíritu Santo haya animado á aquella asamblea é inspirado sus decisiones. Año 1551.

Mientras negociaba en Lentz Mauricio con el rey de romanos ó hacia la guerra al emperador en el Tirol, habia el rey de Francia avanzado en Alsacia hasta Strasburgo. Pidió al senado permiso para atravesar la ciudad, esperando que, á favor de la misma estratagema que le valió la posesion de Metz, podria apoderarse de la plaza y abrirse por el Rhin un camino al corazon de la Alemania; pero escarmentados los de Strasburgo con la credulidad y desgracia de sus vecinos, cerraron sus puertas, y reuniendo una guarnicion de cinco mil hombres repararon sus fortificaciones, arrasaron las casas que embarazaban sus arrabales, y se mostraron resueltos á defenderse hasta el último apuro. Al mismo tiempo enviaron al rey una diputacion de los mas respetables ciudadanos para suplicarle, que no ejerciese ninguna hostilidad contra ellos. Uniéronseles los electores de Treveris y de Colonia, el duque de Cleves y otros príncipes comarcanos para rogar á Enrique que no olvidase el título que tan generosamente tomára, y que no se erigiese en opresor de la Alemania de la cual se habia apellidado libertador. Apoyáronlos con zelo los cantones suizos, é instaron á Enrique á que tuviese alguna consideracion con una ciudad que tanto tiempo habia estaba unida á una república por la amistad y por tratados.

Los franceses intentan sorprender Strasburgo.

Por muy poderosa que fuese aquella intercesion reunida, no hubiéra determinado á Enrique á renunciar una conquista tan importante á encontrarse en estado de asegurársela; pero en aquel siglo se tenian escasos conocimientos acerca de los medios de hacer subsistir numerosos ejércitos acerca de las fronteras de su pais,

Año 1552. y las rentas de los príncipes á la par de su habilidad en el arte de la guerra, eran muy inferiores á los complicados y vigorosos esfuerzos que exigia semejante empresa. Aunque todavía no distaban mucho los franceses de sus fronteras, ya comenzaban á escasear sus víveres y no tenian almacenes suficientes para abastecerles de provisiones, durante un sitio que necesariamente seria largo (1). Al mismo tiempo la reina de Hungría, gobernadora de los Paises Bajos, reuniéra considerable número de tropas que al mando de Martin de Rossem talaban la Champaña y amenazaban las provincias vecinas. Estas circunstancias obligaron al rey, apesar de su repugnancia á abandonar la empresa; pero quiso al menos hacerse para sus aliados un mérito de aquella retirada que no podia evitar, y aseguró á los suizos que solo por consideracion á sus instancias no tomaba aquella resolucion (2). Mandó en seguida que llevasen todos los caballos á beber en el Rhin, para probar que hasta allí habíase estendido sus conquistas, y volvió á tomar el camino de la Champaña.

Operaciones militares de Alberto de Brandeburgo. Mientras practicaban estos movimientos el rey de Francia y el grande ejército de los confederados, confiárase á Alberto de Brandeburgo el mando de una division separada de ocho mil hombres, compuesta principalmente de mercenarios, que se alistaron á sus banderas llevados del deseo de pillage, mas bien que de la esperanza de cobrar un arreglado sueldo. Viéndose al frente de aquellos aventureros determinados á seguirle á todas partes, pronto empezó aquel príncipe á mirar con desprecio el estado de subordinacion, en que estuviéra hasta entonces y á formar esos vastos

(1) Thuan, 351, 352.
(2) Sleid. 5?7. Brantome, *t. VII, p.* 39.

proyectos de grandeza que raras veces se presentan á los mas ambiciosos espíritus, á no ser cuando las guerras civiles y las facciones le incitan á arriesgadas empresas, sonriéndoles con la esperanza de un cercano triunfo. Lleno de tan grandes pretensiones, hizo Alberto la guerra de muy diferente manera que los confederados, procuró esparcir el terror de sus armas con la rapidez de sus movimientos y con la estension y violencia de sus devastaciones. En todos los distritos por donde pasó exigió contribuciones con el fin de reunir una suma suficiente para pagar y mantener su ejército en el mismo pie. Procuró apoderarse de Nuremberg, de Ulm ó de cualquiera otra ciudad libre de la alta Alemania que le sirviese de capital y donde pudiese fijar la residencia de su gobierno; mas encontrándolas á todas prevenidas y preparadas para resistirle, desahogó todo su furor contra los eclesiásticos papistas, cuyas tierras taló con tan desapiadada barbarie que les causó muy desfavorables impresiones contra el espíritu de aquella religion reformada, cuyo zeloso defensor pretendia ser. Los que por su situacion se vieron mas espuestos á sus violencias fueron los obispos de Bamberg y de Wurtzburgo; pues obligó al primero á que le cediese la propiedad de casi la mitad de su vasta diócesis, y forzó al otro á pagarle una suma enorme para salvar su pais de la devastacion y de la ruina. En medio de aquellos escesos de tan estraño furor, ningun caso hizo ni de las órdenes de Mauricio, apesar de la obligacion que contrajéra de obedecerle como general en gefe de la liga, ni de las representaciones de los demas confederados; y claramente probó que solo pensaba en su propio interés, sin curarse de la causa comun, ni del general motivo que indujéra á

Año 1552.

Año 1552.

los confederados á empuñar las armas (1).

Negociaciones para la paz en Passau.

Entretanto habiendo Mauricio hecho regresar su ejército á Baviera, y publicando un manifiesto en que mandaba al clero luterano y á los preceptores de la juventud que volviesen á ejercer sus funciones en todas las ciudades, escuelas y universidades de donde se les habia echado; se reunió con Fernando en Passau á 26 de mayo. Era blanco de la atencion de toda la Alemania aquel congreso, donde se iban á tratar negocios de la mayor importancia para el sosten de la paz y de la independencia del imperio; así es que, ademas de Fernando y de los embajadores del emperador, acudieron á Passau el duque de Baviera, los obispos de Saltzburgo y de Aichstad, los ministros de todos los electores y los diputados de las ciudades libres de mas consideracion. Abrieron la negociacion Mauricio, en nombre de los confederados, y Fernando como representante del emperador, y los príncipes que estaban presentes y los diputados de los ausentes obraron como intercesores y mediadores.

Condiciones propuestas por Mauricio.

En un largo discurso espuso Mauricio los motivos de su conducta, despues de haber enumerado todos los actos de despotismo contrarios á la constitucion del imperio ejercidos por el emperador en su administracion; limitóse á tres objetos ya enunciados en el manifiesto que publicára al tomar las armas: pidió que al punto se pusiese en libertad al landgrave de Hesse, que se hiciese justicia á las quejas y cargos que presentaban los confederados contra la administracion civil del imperio, y que los protestantes tuviesen el público y tranquilo ejercicio de su culto. No mostrándo-

(1) Sleid, 561. Thuan: 357.

dose Fernando y los embajadores del emperador muy dispuestos á conceder aquellas tres condiciones; los mediadores escribieron en comun una carta á Carlos para suplicarle que librase á la Alemania de las calamidades de una guerra civil, dando á Mauricio y á su partido todas las satisfacciones que pudiesen determinarles á deponer las armas. Al mismo tiempo obtuvieron de Mauricio que se prolongase el armisticio por un corto intérvalo, en cuyo tiempo procurarian con ahinco lograr una contestacion decisiva á las demandas de los confederados.

Año 1552.

Fué aquella peticion presentada al emperador en nombre de todos los príncipes del imperio, así papistas como protestantes, tanto de los que secundáran sus ambiciosos designios como de los que miráran con temor y envidia el acrecentamiento de su poder. Tan síncera y no muy comun unanimidad en apoyar las demandas de Mauricio y recomendar la paz, procedia de varios motivos. Los mas adictos á la iglesia romana veían á no dudarlo que un numeroso ejército sostenia al partido protestante, al paso que el emperador apenas empezaba los primeros preparativos para defenderse y conocian cuantos esfuerzos les seria preciso hacer para luchar con un enemigo al cual se le habia dejado reunir tan considerables fuerzas. Enseñárales la esperiencia que solo el emperador recogeria el fruto de sus esfuerzos, y que la mas completa victoria no serviria mas que para hacer mas pesadas é insoportables sus cadenas. Por estas consideraciones temian contribuir, por segunda vez con un zelo indiscreto, ó poner al emperador en posesion de una pujanza que llegaria á ser fatal á la libertad de la Alemania; así, no obstante la indomable violencia del supersticioso espíritu

Apóyanles vigorosamente los príncipes del imperio.

Año 1552. de aquel siglo, prefirieron ver gozar á los protestantes de la libertad de conciencia que pedian, que ayudar á Carlos á oprimirlos y ponerle en estado de derribar la constitucion del imperio, ensanchando mas aun las prerogativas imperiales. Hacia mas válidas estas consideraciones el temor de ver otra vez á la Alemania presa de todos los horrores de la guerra civil. Muchos estados del imperio habian ya sido víctimas del furor destructor de las armas de Alberto; otros temian serlo, y todos deseaban entre el emperador y Mauricio una transaccion que les libertase de tan terrible azote.

Motivos que inducian entonces al emperador á firmar la paz.

Tales eran los motivos por los cuales tantos príncipes se unian, apesar de la diferencia de sus intereses políticos y de sus opiniones religiosas, para instar al emperador á que hiciese con Mauricio una composicion que les parecia no solamente saludable sino tambien absolutamente necesaria, al paso que razones casi tan numerosas y tan fuertes hacian que el mismo Carlos lo desease. Veía todas las ventajas que por su descuido habian adquirido los confederados, y conocia entonces cuan insuficientes eran sus recursos para oponérseles. Sus súbditos los españoles, descontentos de tan larga ausencia y cansados de sus eternas guerras que ninguna utilidad podian acarrear á su pais, ya no querian enviarle subsidio alguno ni en hombres, ni en dinero; y aunque tal vez se lisongease de arrancarles nuevos socorros con su astucia ó con su importunidad, bien veía que no llegarian estos bastante á tiempo para valerse de ellos con utilidad, en circunstancias que exigian la mayor rapidez. Estaba agotado su tesoro, dispersas ó licenciadas sus veteranas tropas, y poco podia contar con el valor y fidelidad de las nuevas levas que se veía precisado á hacer. Tampoco debia es-

perar usar con acierto y seguro éxito de los mismos artificios de que echó mano para deliberar y arruinar la liga de Smalkalde; pues sus ambiciosas miras eran harto notorias, y ya nadie hubiéra creido en los falsos pretestos con que al principio las ocultára. Estando desconfiados y prevenidos todos los príncipes de la Alemania, en vano hubiera intentado hacerles desconocer por segunda vez sus intereses y servirse de una parte de ellos para sujetar á los demas. Habíale ademas demostrado la esperiencia que una confederacion, que tenia por gefe á Mauricio, seria dirigida muy de otro modo que lo fué la liga de Smalkalde, y que nó manifestaria ni la misma irresolucion en sus proyectos, ni la misma flojedad en sus operaciones. Si se determinaba continuar la guerra, debia contar con que se le declararian enemigos los mas considerables estados de la Alemania, al paso que de los demas solo podia esperar una neutralidad equívoca; y era tambien de temer que, mientrás todas sus fuerzas estuviesen operando en un lugar, aprovecharia un rey de Francia el momento favorable para hacerle la guerra en otro con casi segura victoria. Como ya habia este hecho algunas conquistas en el imperio, estaba tan impaciente Carlos por recobrarlas, como por vengarse de los ausilios que habia aquel dado á sus rebeldes vasallos. Aunque Enrique se habia entonces retirado de las orillas del Rhin, no habia hecho mas que cambiar el teatro de la guerra, llevando todas sus fuerzas á los Paises Bajos. Incitados los turcos por sus instancias y por su resentimiento propio contra Fernando, que violára la tregua de Hungría, aprestaban una poderosa armada para saquear las costas de Nápoles y Sicilia, que aquel dejára casi indefensas sacando de

Año 1552.

Año 1552. sus estados la mayor parte de sus tropas regulares para reforzar el ejército que entonces queria reunir.

Zelo de Fernando para el convenio.

Fernando, que en persona se trasladára á Villach para esponer al emperador el resultado de la conferencia de Passau, tenia tambien sus motivos particulares para desear la paz, por los cuales apoyó con el mayor ardor las razones que para alcanzarla habian alegado en el congreso los príncipes reunidos. Ademas de haber mirado con cierta satisfaccion el golpe fatal que sufriéra el despótico poder que usurpára en el imperio su hermano, trabajaba por impedir que Carlos recobrase lo que perdiéra, pues preveía que si lo lograba volveria con nuevo empeño y con mayor esperanza de buen éxito á su proyecto favorito de transmitir el poder á su hijo, escluyendo á su hermano de la sucesion al imperio. Proponíase, pues, echar mano de todos sus medios para limitar la autoridad imperial, á fin de asegurarse así su posesion. Ademas, irritado Soliman por la pérdida de la Transilvania y aun mas por los engañosos artificios que la ocasionaron, habia puesto en campaña un ejército de cien mil hombres que, despues de derrotar una division de Fernando y tomar muchas plazas importantes, amenazaba no solo acabar de conquistar la provincia, sino tambien echar á Fernando de la porcion de la Hungría que aun obedecia su mando. Y no podia este resistir á tan poderoso enemigo; pues ningun ausilio le daria su hermano mientras estuviese metido en una guerra civil, y tampoco debia esperar que los príncipes de Alemania le enviasen el contingente en hombres y dinero que acostumbraban para rechazar las invasiones de los infieles. Notando Mauricio la perplejidad y embarazo de Fernando tocante á este último artículo, ofre-

ciérale marchar en persona á la Hungría en su ayuda á la cabeza de sus tropas, si se restablecia sólidamente la paz; de modo que tan ventajosa proposicion para Fernando hizo en su ánimo tan profunda mella, que, viéndose por otra parte falto de todo socorro, se convirtió en defensor el mas ardiente de la causa de los confederados, y consintiéra en las mas duras demandas antes que retardar una paz que miraba como el único medio de afirmar en sus sienes la corona de Hungría. Año 1552.

Circunstancias que retardan la paz.

Conspirando tantas circunstancias á determinar un tratado, era natural que todos esperasen verle pronto concluido. Pero el inflexible carácter del emperador y la repugnancia que mostraba á renunciar súbitamente un plan que con tanto ardor y constancia siguiéra, contrabalanceaban la fuerza de todos los motivos que le inducian á la paz, y no solo la retardaban, sino que aun parecia la hacian incierta. Cuando le representaron las demandas de Mauricio y la carta de los mediadores de Passau, negóse redondamente á hacer justicia tocante á las quejas que en ellas se esponian y á conceder ninguna estipulacion para la actual seguridad de la religion protestante, y propuso que se remitiese á la siguiente dieta la disension de aquellos dos puntos. Pidió por su parte que se le indemnizase al punto de cuantas pérdidas sufriéra en aquella guerra, ya por la desenfrenada licencia de las tropas confederadas, ya por las exacciones de sus gefes.

Las vigorosas operaciones de Mauricio facilitan la composicion.

Conociendo Mauricio todos los artificios del emperador, convencióse de que sus proposiciones solo tendian á hacerle perder tiempo y á engañarle. Sin atender por tanto á las súplicas de Fernando, sale de Passau bruscamente, y reuniéndose con sus tropas, que estaban acampadas en Merghentheim, ciudad de

Año 1552 Franconia perteneciente á los caballeros del órden teutónico, pónese en movimiento y vuelve á romper las hostilidades; y como se hubiesen tres mil hombres al sueldo del emperador metido en Francfort sobre el Mein, pudiendo desde allí invadir el vecino Hesse, marchó hácia aquella ciudad y la puso sitio. La celeridad de la empresa y el vigor con que empezó á atacar la plaza de tal manera alarmaron al emperador, que escuchó mas favorablemente las razones de Fernando á favor de la paz, al paso que, á despecho de su orgullo y natural obstinacion, conoció era necesario ceder, y mostró cierta disposicion á hacer algun sacrificio si Mauricio aflojaba un tanto en sus demandas. Así que observó Fernando que el emperador comenzaba á ceder, no cesó un momento de importunarlo, hasta que le determinó á declarar que concederia cuanto quisiesen para la seguridad de los confederados. Ganado tan dificil punto, envió un correo á Mauricio, por el cual participándole la última resolucion del emperador, le suplicó que no inutilizase los esfuerzos que para restablecer la paz hiciéra y no frustrase con una obstinacion inoportuna las esperanzas que toda la Alemania tenia en tan feliz suceso.

Tambien Mauricio desea la paz.

Aunque se hallaban en tan próspero estado sus asuntos, estaba Mauricio muy dispuesto á convenir en aquel dictámen. Apesar de haber sido sorprendido, ya empezára el emperador á reunir tropas; y por débiles que pudiesen ser sus esfuerzos mientras durase la impresion de la consternacion primera, veía que Carlos obraria al fin con energía proporcionada á la estension de su poder y de sus estados, y conduciria á Alemania un ejército formidable por el número, y ma aun por el terror de su nombre y la fama de sus pa-

sadas victoria. No podia casi esperar que una confederacion compuesta de tantos asociados continuase por mucho tiempo obrando con suficiente union y perseverancia, para resistir á los esfuerzos sostenidos y bien dirigidos de un ejército conducido por un gefe absoluto y acostumbrado á mandar y á vencer; y, aunque no le instruyéra aun ningun adverso suceso, ya conocia que al cabo no era mas que gefe de un cuerpo formado de mal unidos miembros. El ejemplo de Alberto de Brandeburgo le demostraba que, apesar de toda su habilidad y crédito, bien podia alguno de los gefes confederados separarse de la asociacion, sin que fuese posible hacerle volver á entrar en los deberes de la subordinacion y disciplina. Por estas consideraciones temia por la causa comun, mientras otra no menos poderosa le traía inquieto acerca de sus propios intereses. Poniendo en libertad al antigüo elector, y revocando el acto que le privaba de su rango y de sus estados, podia el emperador herir á Mauricio por la parte mas sensible; pues que aquel desgraciado príncipe, amado de sus antiguos vasallos y venerado por todo el partido protestante, al procurar recobrar los dominios de que injustamente le despojaron, no dejaria de escitar en Sajonia algunos movimientos que pondrian á Mauricio en peligro de perder cuanto á fuerza de tanto disimulo y artificio adquiriéra. Por otra parte, solo del emperador dependia hacer inútiles todas las instancias de los confederados en favor del landgrave, y no se necesitaba mas que añadir otra violencia á la injusticia y crueldad con que tratára á su prisionero; y ya habia prevenido á los hijos de este que, si persistian en su empresa, en vez de ver á su padre en libertad,

Año 1552.

Año 1552. pronto sabrian que habia recibido el justo castigo de su rebelion (1).

Fírmase en Passau la paz de religion.

Deliberó Mauricio con sus asociados todos estos puntos; y aunque las condiciones que ofrecia el emperador fuesen menos ventajosas que las que la confederacion propusiéra, juzgó que era mas prudente aceptarlas que esponerse de nuevo á los inciertos sucesos de la guerra (2). Volvió á Passau y firmó el tratado, cuyos principales artículos eran: que antes del 12 de agosto los confederados dejarian las armas y licenciarian sus tropas; que por aquel entonces ó antes seria el landgrave puesto en libertad y conducido con seguridad á su castillo de Rheinsfeld; que dentro de seis meses se celebraria una dieta para deliberar acerca de los mejores medios de prevenir en lo sucesivo las disputas y las querellas de religion, que entretanto, ni el emperador, ni ningun otro príncipe por pretesto alguno violentarian á los que seguian la confesion de Augsburgo, y que al contrario se les concederia el libre y tranquilo ejercicio de su culto; que los protestantes, por su parte no turbarian á los católicos ni en el ejercicio de su jurisdiccion eclesiástica, ni en la observacion de sus ceremonias religiosas; que la cámara imperial administraria imparcial justicia á los súbditos del imperio de entrambas religiones, y que se escogerian indiferentemente de los dos partidos los miembros de aquel tribunal; que si la siguiente dieta no lograba terminar las contiendas religiosas, las cláusulas del actual tratado favorables á los protestantes quedarian válidas para siempre; que ningun confederado podria ser molestado por lo sucedido en el decur-

2 de agosto.

(1) Sleid. *Hist.* 571.
(2) Sleid. 563, *etc.* Thuan, *lib. X, p.* 359.

so de la guerra; que se remitiria á la dieta la discusion de las infracciones que pretendia Mauricio se habian cometido tocante á la constitucion y libertad del imperio; finalmente que Alberto de Brandeburgo seria comprendido en el tratado, con tal que quisiese acceder á él y que licenciase sus tropas antes del 12 de agosto (1). Año 1552.

Reflexiones sobre aquel tratado y acerca del proceder de Mauricio.

Este fué el célebre tratado de Passau, que echó al suelo el grande edificio que afanábase Carlos en levantar tantos años habia con todos los recursos que le proporcionaba su poder y su política, anuló todos los reglamentos que hiciéra tocante á los asuntos religiosos, desvaneció todas las esperanzas que concibiéra por hacer la autoridad imperial absoluta y hereditaria en su familia, y estableció finalmente sobre mas segura base la religion protestante, que hasta entonces subsistiéra en Alemania solo por la tolerancia y por precarios medios. Cúpole á Mauricio toda la gloria de haber ideado y llevado á cabo tan inesperada revolucion; y es cosa bien singular que deba en Alemania la reforma su restablecimiento y solidez á la misma mano que poco tiempo antes la condujéra al borde del abismo de su ruina, y que ambos acontecimientos hayan sido efecto de unos mismos artificios y de un mismo fingimiento. Con todo parece que mas se atiende al objeto que se propuso Mauricio en esas dos diferentes coyunturas, que á los medios de que se valió para su logro. Celebráronle entonces tan universalmente por su zelo y patriotismo, cuán rigurosamente le condenaron antes por su indiferencia é interesada política. Debemos tambien observar que el rey de Francia, monarca zeloso por la fé católica,

(1) *Recueil des traités*, t. II, p 261.

Año 1552. perseguia á sus vasallos protestantes con toda la crueldad de la supersticion, al paso que empleaba todo su poder en favorecer y apoyar la reforma en el imperio, y que un obispo católico negoció y firmó la liga que tan fatal debia ser á la iglesia romana; tan maravillosas son las vias por las cuales la sabiduría divina dirige el capricho de las pasiones humanas, y las hace cooperar al cumplimiento de sus designios!

Descuidánse en el tratado los intereses del rey de Francia.

Poco se trató en las negociaciones de Passau de los intereses del rey de Francia. Habiendo obtenido lo que deseaban, ninguna atencion pusieron Mauricio y los confederados en favorecer un aliado á quien tal vez consideraban que las conquistas que hiciéra en Lorena le habian en demasía renumerado por los servicios que les prestára. Pareció que no reconocian los confederados todas las obligaciones que le debian mas que insertando en el tratado una cláusula, que autorizaba á Enrique II á esponer sus pretensiones particulares y los motivos que creyese tener para quejarse, para presentarlos al emperador.

Fué en aquella ocasion tratado Enrique como debe esperar serlo todo príncipe que preste su nombre y su ausilio á los autores de una guerra civil. Luego que empezó á calmarse el furor de las facciones y á vislumbrarse la posibilidad de composicion, olvidáronse sus servicios, y sus asociados se hicieron para con sus respectivos soberanos un mérito de su ingratitud á su protector. Mas por muy indignado que estuviese Enrique de la perfidia de sus aliados y de la precipitacion con que á sus costas firmaban la paz con el emperador, conoció que le importaba mantenerse en buena inteligencia con el cuerpo germánico; y léjos de procurar vengarse de ninguno de los que podia quejarse, devolvió

á Mauricio y á los confederados los rehenes que de ellos recibiéra, y continuó manifestando las mismas disposiciones y fingiendo el mismo zelo por el sosten de la antigua constitucion y libertad del imperio. Año 1552.

FIN DEL LIBRO DÉCIMO.

HISTORIA

DEL

REINADO DEL EMPERADOR

CARLOS V.

LIBRO UNDÉCIMO.

Año 1552. 3 de agosto. Mauricio marcha á Hungría contra los turcos.

Firmado el tratado de Passau, para cumplir Mauricio con la obligacion quo contrajéra con Fernando, marchó á Hungría á la cabeza de treinta mil hombres. Pero las superiores fuerzas de los turcos, los motines que la falta de paga ocasionó entre sus soldados alemanes y españoles, y su desavenencia con Castaldo, que solo con despecho le cedia el mando en gefe, hicieron que no ejecutase nada digno de su celebridad ó ventajoso el rey de romanos (1).

Recobra el landgrave de Hesse la libertad.

Apenas se pusiéra en camino cuando le dejó el príncipe de Hesse con sus tropas por ir al encuentro de su padre el landgrave y entregarle las riendas del gobierno, que habia tomado en su ausencia; pero no se habia aun cansado la fortuna de perseguir aquel desgraciado preso. Reifenberg, hombre emprendedor que

(1) Istuanhaffii *Hist. Hungar.* 288. Tuhan. *lib. X,* 371.

Año 1552. de soldado ascendiéra á coronel de un batallon de mercenarios al sueldo de Hesse, los sobornó secretamente durante su marcha y los llevó á Alberto de Brandeburgo que, habiéndose negado á consentir en el tratado de Passau, continuaba sus hostilidades contra el emperador. Desgraciadamente para el landgrave súpose aquella desercion cuando, acabando de salir de la ciudadela de Malinas donde estaba preso, no habia aun pasado las fronteras de los Paises Bajos. Creyéndole culpable de la violencia de un tratado á que debia su libertad, la reina de Hungría que allí mandaba hízole arrestar y volviólo á entregar al mismo capitan español que durante cinco años custodiáralo con la mas severa vigilancia. De este modo puesto otra vez entre los horrores de una cárcel, perdió Felipe el valor que cobrára con el corto intérvalo de su libertad y cayó en desesperacion, creyéndose condenado á prision eterna. Con todo tardando poco el emperador en saber que ni el landgrave, ni su hijo tenian parte alguna en la defeccion de los mercenarios de Reifenberg, mandó soltar al preso, y Felipe viose en fin libre del cautiverio en que tanto tiempo habia se estaba consumiendo (1). Pero aunque volvió á cobrar sus estados, parecia que sus pasados padecimientos habian amortiguado la energía y natural actividad de su espíritu; y aquel príncipe, antes el mas osado é intrépido de los soberanos del imperio, fué desde entonces el mas tímido y circunspecto, y pasó el resto de sus dias en el reposo y la indolencia.

Tambien es puesto en libertad el elector de Sajonia.

Tambien obtuvo su libertad por la paz de Passau el elector de Sajonia despojado de sus dignidades. Pre-

(1) Sleid. 373 Belcarii, *Comment.* 833.

cisado el emperador á desistir de su proyecto de destruir la religion protestante, ninguna razon tenia ya para retenerle preso; y ademas, para volver á conciliarse la adhesion y confianza de los alemanes, de cuyos socorros necesitaba en la espedicion que meditaba contra la Francia, era el mejor medio soltar un príncipe que era no menos estimado por su mérito que compadecido por sus desgracias. Volvió pues Juan Federico á tomar posesion de aquella parte de su territorio, que se le habia reservado cuando Mauricio se apoderó de su electorado; y no menoscabando el cambio de fortuna aquella grandeza de ánimo por la cual fué objeto de la admiracion en un estado mas venturoso y brillante, y que supo conservar aun en las prisiones, vivió todavía muchos años con la alta reputacion que tan justamente adquiriéra. Año 1552.

Entretanto estaba el emperador profundamente afligido por la pérdida de Metz, de Toul y de Verdun; y acostumbrado á terminar con ventaja todas sus guerras contra la Francia, creyó que importaba á su gloria no sucumbir en aquella, y que seria afrentoso borron para su reinado consentir que para siempre se desmembrase del imperio tan importante dominio, en lo cual tan empeñado estaba su interés como su honra. Como aquella frontera de la Champaña era mas abierta que las demas provincias de la Francia, por allí entrára siempre en aquel reino. Pero si lograba Enrique conservar sus últimas conquistas, ganaba la Francia una formidable barrera en aquella misma parte por donde fuéra hasta entonces mas débil. Al mismo tiempo perdia el emperador cuanta seguridad cobraba el enemigo con aquellas tres ciudades; pues antes cubrian su pais, y perdiéndolas, como que apenas es-

Resuelve el emperador atacar la Francia.

Año 1552. taban fortificadas, quedaban sus propias plazas espuestas á una invasion. Por estas consideraciones resolvió Carlos probar su recobro: resolucion que pronto pudo ejecutar, merced á los preparativos que hiciéra contra Mauricio y sus aliados.

Sus preparativos para la guerra.

Apenas firmada la paz de Passau, avergonzado de su humilde retiro de Villach, avanzó hácia Augsburgo, al frente de una considerable division de alemanes á su sueldo y de todas las tropas que llamó de sus estados de Italia y España. Pasáronse á su servicio muchos de los batallones que acababan de licenciar los confederados, y hasta escitó á que se le uniesen con sus vasallos algunos príncipes del imperio. Para mejor ocultar el destino de tan formidable armamento que tal vez alarmaria á la Francia y la obligaría á prepararse, hizo cundir la voz de que marchaba á Hungría en ausilio de Mauricio contra los infieles; pero no sirviendo ya este pretesto luego que se adelantó hácia el Rhin, publicó que como gefe del imperio, precisado á reprimir los escesos de uno de sus miembros iba á castigar á Alberto de Brandeburgo que talaba parte de la Alemania.

Precauciones de la Francia para la defensa de Metz.

Pero harto aprendieron los franceses á sus costas á desconfiar de los artificios de Carlos para no espiar cuidadosamente todos sus movimientos; y adivinando Enrique el verdadero objeto de tan grandes preparativos, resolvió defender sus importantes conquistas con tanta energía cuanta usare el enemigo para arrancárselas. Conociendo que Metz sufriria todo el peso de la guerra y que de la suerte de aquella ciudad dependería la de Toul y Verdun; dió el mando de ella durante el sitio á Francisco de Lorena, duque de Guisa, obligado á defender bien aquella plaza por la gloria

Francisco de Lorena, duque de Guisa,

y la seguridad de su pais, y ciertamente dificil era hacer mejor eleccion. A todas las calidades propias del valor juntaba el duque esa sagacidad y presencia de ánimo necesarias á todo hombre encargado de mandar; era uno de aquellos ánimos heróicos que, no ambicionando mas que las grandes empresas, aspiran á la fama por medio de brillantes acciones. Complacióse de hallar en la peligrosa comision que se le confiaba una ocasion de desplegar sus raros talentos á los ojos de sus compatriotas, que ya estaban dispuestos á aplaudirlos. El espíritu belicoso que distinguia entonces á la nobleza francesa, y que le hacia mirar la inaccion como vergonzosa siempre que hubiese gloria que adquirir, condujo de todas partes multitud de guerreros que se alistaron á las banderas de un gefe digno de serles modelo y guia en el camino de la victoria; y metiéronse en Metz en clase de voluntarios algunos príncipes de la sangre, muchos gentil-hombres de primer rango y todos los jóvenes oficiales que pudieron obtener el permiso del rey. Su presencia infundió nuevo valor á la guarnicion y el duque de Guisa tuvo la ventaja de haber de mandar solamente hombres que ardian por distinguirse.

Año 1552. es nombrado gobernador de la ciudad.

Mas, apésar del calor con que se encargó de aquella empresa, halló á Metz en la pésima situacion, que otro ánimo menos intrépido que el suyo hubiese desesperado de salvarla: era una ciudad de considerable recinto con grandes arrabales, débiles muros y sin fortificaciones, estrechos fosos, viejas torres en vez de baluartes y demasiado distantes entre sí para defender el muro que las separaba: defectos que se repararon con tanto cuidado y actividad como lo permitió el tiempo. Mandó el duque arrasar los arrabales sin perdonar los

Prepárase para una vigorosa defensa.

Año 1552. monasterios é iglesias, aun la de San Arnulfo donde estaban enterrados muchos reyes de Francia. Pero á fin de evitar las inculpaciones de impiedad á que quizás le espondria la demolicion de aquellos edificios y la profanacion de los sepulcros, ordenó que se trasladasen á una iglesia de la ciudad los vasos sagrados y las cenizas de los reyes con todas las solemnidades de una procesion, á cuya frente iba él con la cabeza descubierta y un cirio en la mano. Derribáronse las casas demasiado cercanas á las murallas; ensancháronse y limpiáronse los fosos; reparáronse las antiguas fortificaciones y construyéronse otras; y como estas obras exigian la mayor celeridad, trabajó el duque en ellas por su propia mano. Siguieron su ejemplo los oficiales y los voluntarios, y viendo los soldados que sus gefes participaban tambien de los trabajos, suportaron placenteros las mas duras fatigas. Llenáronse los almacenes de municiones de boca y guerra, incendiáronse los molinos, y taláronse los granos y forrages á algunas millas de los alrededores. Hasta los ciudadanos mostraron el mismo ardor que los soldados en secundar al general; tanto ascendiente le daban sus maneras sencillas y populares. Acallando la voz de su interés personal el zelo que supo inspirarles, sin dar la menor señal de pesadumbre miraron sacrificados á la necesidad de rechazar al enemigo sus bienes, sus casas y sus públicos edificios (1).

Avanza Carlos hácia Metz.

Entretanto, despues de reunir todas sus fuerzas, continuó el emperador marchando hácia Metz, y al pasar por las ciudades del Rhin, vió las tristes señales de los estragos que en aquella comarca hicieron las tropas de Alberto. Al saber su llegada, retiróse Alberto á la

(1) Thuan, XI, 387.

Lorena como si quisiese unirse al rey de Francia, cuyas armas habia ya puesto en todas sus banderas. Pero aunque se hallaba al frente de veinte mil hombres, no le permitia su situacion venir á las manos con los imperiales (1), cuyo ejército, que alomenos constaba de sesenta mil hombres, era uno de los mas brillantes que hubiese visto aquel siglo en las guerras de Europa. Año 1552.

Confióse la direccion del sitio, bajo las órdenes del emperador, al duque de Alba, ayudado del marqués de Mariñan y de los mas hábiles generales de Italia y de España. Como estaban entonces á últimos de octubre, representaron el inminente riesgo que se corria principiando en tan adelantada estacion una empresa que precisamente debia prolongarse; pero Carlos demasiado obstinado para desistir de su plan, y confiando ademas que sus grandes preparativos le darian la victoria; mandó se cercase la plaza. Así que pareció el duque de Alba, una numerosa division de los franceses hizo una salida, atacó con furor su vanguardia, púsola en desórden, y mató é hizo prisioneros muchos imperiales. Aquel principio, por el cual podíase juzgar de la habilidad de los oficiales y del valor de los soldados, manifestó á los sitiadores con que enemigos tenian que batirse y cuanto tal vez les costarian las mas pequeñas ventajas. Cercóse sin embargo la plaza, abriéronse las trincheras, y principiaron los trabajos del sitio. Pone sitio á la ciudad.

Pero una y otra parte fijaron su atencion en Alberto de Brandeburgo, y cada partido procuraba ganar para sí aquel príncipe que permanecia en aquellas inmediaciones con la irresolucion de un hombre, que no estando al mando de ningun príncipe, fluctuaba entre Procuran ambos partidos conciliarse Alberto de Brandeburgo.

(1) Natal. Comitis *Hist* 127.

Año 1552.

opuestos intereses. Hacíale la Francia muy ventajosas ofertas, y no olvidaban los imperiales ninguna de las promesas que creían propias para tentarle. En fin, despues de haber vacilado mucho tiempo, decidióse por Cárlos, cuyo favor podia acarrearle mas sólidas é inmediatas ventajas. El rey de Francia, que comenzaba á desconfiar de él, encargára ya al duque de Aumale, hermano del de Guisa, que vigilase de cerca todos sus movimientos; pero Alberto arrojóse por sorpresa encima de la division que le observaba, y la derrotó, muriendo en la refriega muchos oficiales, y quedando herido y prisionero el mismo Aumale. Tras aquella victoria, marchó triunfante el príncipe á Metz y reunióse con sus tropas al emperador, que en consideracion de aquella accion y de tan numeroso refuerzo, perdonóle lo pasado, y le garantió la posesion del territorio que durante la guerra habia usurpado (1).

4 de noviembre.

Valiente defensa del duque de Guisa y de su guarnicion.

Aunque profundamente afligido por la desgracia de su hermano, no aflojó el duque de Guisa en sus preparativos para la defensa de la plaza, sino que fatigaba á los sitiadores con frecuentes salidas, en las cuales mostrábanse sus oficiales tan ansiosos para distinguirse que con toda su autoridad difícilmente podia contener su impetuoso valor. Hasta se vió muchas veces precisado á cerrar las puertas y ocultar las llaves, paraque los príncipes de la sangre y la alta nobleza no saliesen á insultar al enemigo. Por su parte atacaban los imperiales la plaza por diferentes lados; pero como no habia entonces el arte de sitiar llegado á la perfeccion que recibió á fines del siglo décimo sexto en la larga guerra de los Paises Bajos, despues de contínuos trabajos de muchas

(1) Sleid. 575. Thuan, *lib. XI*, 389, 392.

semanas apenas podian los sitiadores envanecerse de haber hecho algun progreso. Las brechas que abria su artillería eran reparadas durante la noche, ó levantándose nuevas fortificaciones sobre las ruinas de las antiguas amenazábanles con nuevas fatigas y peligros. Irritado por tan obstinada resistencia, salió el emperador de Thionville donde hasta entonces le detuviéra la gota, y apesar de estar aun enfermo pasó en litera á su campo para animar con su presencia los soldados; y en efecto, á su llegada estrechóse el sitio y redobláronse los esfuerzos.

Año 1552.

26 de noviembre.

Manifestándose ya el rigor de la estacion, veíase el campo ora inundado por las lluvias, ora cubierto de nieve; escaseaban tanto mas los víveres como que endaba por aquellos alrededores una division de caballería francesa interceptando los convoyes, ó alomenos turbando y retardando su llegada. Empezaban las enfermedades á postrar los soldados, mayormente los italianos y españoles no acostumbrados á tan rigurosa temperatura, y murieron muchos, quedando buena parte imposibilitados de servir. Con todo, pareciendo practicables las brechas, resolvió el emperador aventurar un asalto general contra el parecer de sus mejores generales, que esponian cuán imprudente era atacar con soldados debilitados y desanimados á una guarnicion numerosa, mandada por los varones mas valientes de la nobleza francesa. Adivinando el duque de Guisa el intento de los enemigos por el estraordinario movimiento que advertia en su campo, preparó para recibirlos todas sus tropas, que al punto dejáronse ver en los muros y en las brechas con tan firme continente y tan dispuestas á rechazar á los sitiadores, que en vez de avanzar al toque de ataque permanecieron estos inmóviles,

Triste estado del ejército imperial.

Año 1552. silenciosos y abatidos. Al ver el desaliento de su ejército, retiróse bruscamente el emperador á su tienda, quejándose de verse vendido por soldados que apenas merecian el título de hombres (1).

El emperador muda de plan de ataque.

Aunque vivamente afligido y humillado por tal afrenta, no levantó Carlos el sitio; sino que, contentándose con variar su plan de ataque, mandó cesar el fuego de artillería, resuelto á emplear la mina, cuya accion era mas lenta pero mas segura. Entretanto continuaban cayendo lluvias y nieve; los encargados de aquel trabajo soportaban fatigas increibles, y el duque de Guisa, tan hábil como valiente, descubria é inutilizaba todas las minas. Conoció Carlos que era imposible luchar no solo contra los rigores de la estacion, si que tambien contra enemigos que no podian ser vencidos por la fuerza ni por la astucia; veía ademas víctimas sus tropas de una enfermedad contagiosa, que le arrebataba cada dia multitud de gefes y soldados; y precisado por fin á ceder á las instancias de sus generales, que le suplicaban salvase con una pronta retirada los restos de su ejército: «La fortuna, dijo, es como las mugeres; «prodiga sus favores á la juventud y desprecia los ca«bellos blancos.»

26 de diciembre. Tiene que levantar el sitio.

Inmediatamente mandó levantar el sitio, que le costára cincuenta y seis dias de trabajos, en cuyo tiempo perdió mas de treinta mil hombres que sucumbieron al rigor de la enfermedad ó de las armas enemigas. Apenas notó el duque de Guisa el intento de los imperiales, tomó prontamente sus disposiciones para inquietarles en su retirada, y destacó muchos cuerpos de caballería é infantería que picasen retaguardia y cogie-

(1) Thuan, 397.

sen á los rezagados. Verificóse con tal desórden la marcha del ejército que se podia atacarle sin riesgo y matarle mucha gente; pero, así que salieron los franceses de la ciudad, el mas espantoso espectáculo trocó en compasion toda su furia. Veíase el campo imperial cubierto de enfermos, heridos, muertos y moribundos, y llenos todos los caminos de infelices, que despues de vanos esfuerzos por escaparse volvian á caer de puro débiles y perecian por falta de ausilios. Sus enemigos les prodigaron todos los servicios que no podian prestarles sus amigos; y el duque, al paso que envió víveres para los hambrientos, encargó á los cirujanos que cuidasen de los enfermos y heridos. Unos fueron conducidos á las vecinas aldeas, y otros, no hallándose en estado de ser trasladados tan léjos, ocuparon los hospitales de la ciudad que estaban preparados por sus soldados. A medida que iban restableciéndose, restituíalos á su pais con buena escolta, dándoles algun dinero para los gastos del viage. Semejantes actos de humanidad, tan raros en un siglo en que la guerra se hacia con mas encarnizamiento y ferocidad que en nuestros tiempos, pusieron el sello á la reputacion á que era tan justamente acreedor el duque de Guisa por la gloriosa defensa de Metz, y los mismos vencidos elogiaron á aquel héroe tanto como sus compatriotas (1).

Año 1552. Destruccion del ejército imperial y generosidad de los franceses.

Aquel año fué el mas desgraciado del reinado del emperador, pues todavía sufrió nuevos reveses en Italia. Durante su permanencia en Villach, pidió á Cosme de Médicis que le prestára doscientos mil escudos; pero gozaba entonces de tan poco crédito que, para lo-

Mal estado de las cosas del emperador en Italia.

(1) Sleid. 575. Thuan. *lib. XI*, 389, *etc*. El P. Daniel, *Hist. de France, t. III*, 392 sacó la relacion que de este sitio presenta del diario del señor de Salignac que asistió á él. *Natal Comit. Histor*. 129.

Año 1552. grar tan módica cantidad, tuvo que ceder á Cosme el principado de Piombino; cesion que, al paso que quitaba á Carlos el único establecimiento que tenia en Toscana, erigió en independiente la soberanía de aquel. Pero mientras de este modo veíase el emperador reducido á sacrificar su territorio, sufrió su ambicion mas sensible golpe con la pérdida de Siena, motivada por el mal gobierno de D. Diego de Mendoza (1).

Rebelion de Siena.

Del mismo modo que la mayor parte de las grandes ciudades de Italia, regíase tiempo habia Siena por gobierno republicano bajo la proteccion del imperio. Pero despedazada por las disensiones de la nobleza y el pueblo, que traían entonces divididos todos los estados libres de Italia, la faccion del pueblo, mas poderosa, suplicó al emperador que apoyase la nueva administracion que estableciéra, y hasta dió entrada en la ciudad á una corta division de soldados españoles que envió Carlos para mantener la ejecucion de las leyes y la pública tranquilidad. Dióse el mando á Mendoza, entonces embajador imperial en Roma; y este general supo persuadir á la siempre crédula muchedumbre, que construyendo una ciudadela, quedaria la ciudad para siempre garantida contra los intentos de los nobles. Esperando por este medio ponerla en poder de Carlos, apresuró la obra con la mayor celeridad; pero, antes que estuviese acabada la fortaleza, arrojó la máscara, y dejándose llevar de su carácter naturalmente duro y orgulloso, trató á los ciudadanos con la mayor insolencia. Mal pagados los soldados de la guarnicion, como lo eran comunmente las tropas del emperador, vivian á discrecion en las casas de los habitantes, cometiendo los mayores escesos.

(1) Thuan. *lib.* XI, 376.

Año 1552. Los sieneses piden socorro á la Francia.

Con tantos ultrajes abrieron finalmente los ojos los sieneses, y convencidos de que era preciso parar el mortal golpe que se intentaba contra su libertad antes que se concluyesen las obras de la ciudadela, acudieron al embajador de Francia en Roma que les prometió socorro y la proteccion de su rey. Acallando el comun peligro todos los antiguos odios, enviáronse diputados á los nobles desterrados, invitándoles á que viniesen á salvar la patria de la servidumbre que la amenazaba. No habia que perder un momento; tomáronse prontas y seguras medidas, y ejecutáronse con energía. Corrieron á las armas los ciudadanos, los desterrados y todos sus partidarios entraron por diferentes lados en la plaza con algunas tropas que pudieron juntar, y acudieron á sostenerles algunas divisiones de mercenarios al servicio de la Francia. Aunque sorprendidos y muy inferiores en número, defendiéronse los españoles valerosamente; pero desesperando enfin de ser socorridos y de sostenerse mucho tiempo en un fuerte medio construido, resolvieron abandonarlo. Apenas salieron, arrasáronlo los sieneses hasta los cimientos, á fin que ningun vestigio quedase de aquel odioso monumento alzado para su esclavitud. Desde entonces, rompiendo todas sus relaciones con el emperador, enviaron embajadores al rey de Francia dándole gracias por su libertad y rogándole les asegurase su tranquilo goce, continuando en dispensar su honrosa proteccion á la república (1).

Desembarcan los turcos en el reino de Nápoles.

A tantas desgracias para Carlos añadióse un acontecimiento mas fuerte todavía. Como la severa adminis-

(1) Pecci Memoire de Siena, *vol. III, p.* 230, 261. Thuan, 375, 377, *etc.* Paruta, *Hist. Venet.* 267. *Mém. de* Ribier, 424, *etc.*

Año 1552. tracion de D. Pedro de Toledo, virey de Nápoles, habia suscitado en todo el reino murmuraciones y odio al gobierno; el príncipe de Salerno, gefe de los descontentos, retirárase á la corte de Francia, donde todo el que aborrecia al emperador encontraba segura proteccion y ayuda. Usando del presuntuoso lenguage de todos los refugiados de su rango, jactárase de tener bastantes partidarios y crédito para poner á Enrique en posesion de Nápoles; y aseguró á este monarca que, si queria entrar en la ciudad, hallaria un numeroso partido pronto á unírsele. Mas, no despreciando semejante declaracion, no creyó el rey conveniente fiarse solo en las promesas del príncipe de Salerno para el éxito de tamaña empresa; sino que, á imitacion de su padre, contó siempre con Soliman como que era el mas formidable enemigo que pudiese oponer al emperador. Instóle pues á que enviase al Mediterráneo una poderosa flota para apoyar su invasion. Acogió favorablemente su demanda el sultan, á quien tenian entonces sumamente indignado las hostilidades de la casa de Austria en Hungría. Mandó equipar ciento cincuenta embarcaciones, que debian aparejar á un tiempo señalado por su aliado, para favorecer las operaciones de los franceses. Dióse el mando de aquella armada al corsario Dragut, general que aprendiéra á las órdenes de Barbaroja, y que no cedia á tan gran maestro ni en valor, ni en talento, ni aun en fortuna. Apareció en las costas de la Calabria á la época fijada, hizo muchos desembarcos, saqueó, quemó muchas poblaciones, y anclando en la bahía de Nápoles, derramó la consternacion en toda la ciudad. Entretanto detenida por algun accidente que no han esplicado los historiadores, no llegó la flota francesa al tiempo pres-

crito; y habiéndola esperado los turcos veinte dias sin recibir de ella noticia alguna, volvieron á tomar el rumbo de Constantinopla, y vióse el virey libre de una invasion que no hubiéra podido rechazar (1). Año 1552.

Como nunca causára tanta inquietud y temores al emperador, mostró la Francia inmoderada alegría por los triunfos de aquella primera campaña; y Carlos, acostumbrado á una larga serie de prosperidades, sintió profundamente sus descalabros, y de Metz se retiró á los Paises Bajos. Abandonado por la fortuna en su vejez, atormentado por los dolores de la gota, que enteramente aniquiláran el vigor de su constitucion, quedó melancólico, solitario y á veces incapaz de darse á los negocios. Con todo, cuando disfrutaba algunos intérvalos de salud, la venganza era el objeto de sus pensamientos, y meditaba de contínuo en los medios de humillar á los franceses y borrar la mancha estampada en su fama y en la gloria de sus armas. Desde que la paz de Passau desconcertó sus ambiciosos proyectos, ya no ocupaban mas que un lugar secundario en su ánimo los asuntos del imperio, y su mas fuerte pasion fué el odio á la Francia.

Año 1553. Aflige vivamente al emperador el mal estado de sus negocios.

Entretanto turbó aquel año á toda la Alemania la inquieta ambicion de Alberto de Brandeburgo. Aunque perdió este príncipe mucha gente en el sitio de Metz, el emperador que queria mostrarse agradecido á sus importantes servicios en aquella ocasion, ó tal vez fomentar la desunion entre los príncipes del imperio, pagóle cuanto le debia, con cuyo medio le puso en estado de formarse un ejército tan numeroso como antes con los restos del que licenciáran los impe-

Violencias que comete Alberto de Brandeburgo.

(1) Thuan, 375, 385. *Mém. de* Ribier, *II*, 303. Giannon.

Año 1553. riales. Habiendo los obispos de Bamberg y de Wurtzburgo pedido á la cámara imperial que anulase las inicuas condiciones que Alberto les obligára á firmar, por unanimidad declaróles aquel tribunal libres de semejantes promesas arrancadas por la fuerza, prohibió á Alberto proseguir su ejecucion y exortó á todos los príncipes de Alemania á hacerle la guerra si insistia en sus injustas demandas. A este decreto objetó Alberto que el emperador habia confirmado sus tratados con ambos prelados en recompensa de haberse unido al ejército imperial delante de Metz; y para atemorizar á sus enemigos y convencerles de que no abandonaria sus pretensiones, puso en marcha sus soldados para apoderarse de los territorios que se le disputaban. Propusiéronse muchos recursos, probáronse varios medios para impedir que se volviese á encender la guerra en Alemania; mas Alberto, impelido por su ardiente carácter á las mas osadas empresas y no dudando jamas de la victoria, hasta en las mas estrañas espediciones, desechó con orgullo todas las proposiciones razonables de acomodamiento.

Es condenado por la cámara imperial. De consiguiente espidió la cámara imperial su decreto, y requirió al elector de Sajonia y otros muchos príncipes á tomar las armas para hacerlo ejecutar. Tomaron gustosos á su cargo Mauricio y sus aliados sostener la autoridad de aquel tribunal, de que la tranquilidad pública dependia; y conocieron que sin perder un instante convenia poner coto á las usurpaciones de un príncipe ambicioso cuyas únicas máximas eran las de su interés, y su sola guia la fogosidad de sus pasiones. Sospechábase que el emperador animaba á Alberto á tan injusto y violento proceder, y que aun en secreto le daba ausilio; así daba á Mauricio un rival, de quien

podia valerse á la primera ocasion para oponer un contrapeso al crédito que habia aquel adquirido en el imperio (1). Año 1553.

Al punto los mas poderosos príncipes de la Alemania formaron contra el usurpador una liga de la cual nombróse generalísimo á Mauricio. No vaciló por esto la decision de Alberto; pero conociendo le era imposible resistir á tantas fuerzas juntas, apresuróse á impedir su reunion, marchando primero contra Mauricio, que de sus enemigos era de quien mas temia. Acertados anduvieron los aliados al confiar sus asuntos á tan hábil príncipe; pues animados con su autoridad y ejemplo, ejecutáronse sus preparativos con una celeridad que raras veces pueden usar las confederaciones, y así vióse Mauricio en estado de oponerse á Alberto, antes que hubiese este hecho progresos de consideracion. 2 de abril. Pónese Mauricio al frente de una confederacion contra Alberto.

Encontráronse ambos ejércitos en Sieverhausen, ducado de Luneburgo, y componíase cada uno de cerca veinte y cuatro mil hombres. Poco tiempo estuvieron en inaccion, pues no se lo permitia el odio personal en que ardian sus generales. Ataca á Alberto.

Participando de su impaciencia, marcharon las tropas fieramente al combate, que fué encarnizado por una y otra parte, y supieron los generales aprovechar con tanto acierto las mas pequeñas ventajas, que mantúvose buen espacio indecisa la suerte de la batalla, pues cada uno ganaba alternativamente terreno contra su enemigo. Declaróse finalmente la victoria por Mauricio cuya caballería era mas numerosa, y el ejército de Alberto, puesto en derrota, dejó cuatro mil hombre en el campo de batalla, quedando en poder de sus 19 de julio.

(1) Sleid. 585. *Mem. de* Ribier, *II*, 442. Arnoldi *Vita Maurit. ap Menken. II*, 1242.

Año 1553. vencedores su campo, sus bagages y su artillería. Caro compraron semejante ventaja, pues murió mucha gente de sus mejores tropas, y allí perdieron la vida dos hijos del duque de Brunswick, un duque de Luneburgo y otras personas de distincion (1). Pero pronto la muerte de Mauricio hizo que se olvidáran todas las

Muere Mauricio en la batalla.

demas pérdidas. Al conducir por segunda vez á la carga un cuerpo de caballería que habia retrocedido, recibió aquel príncipe en el vientre un pistoletazo, y murió de aquella herida dos dias despues de la batalla á treinta y dos años de edad y seis de su elevacion al electorado.

Su carácter.

Debe ciertamente Mauricio ocupar el mas distinguido lugar entre los sugetos que figuran en la historia de aquel siglo guerrero, en que con los grandes acontecimientos y súbitas revoluciones despuntaban grandes talentos y hallaban abierta vasta carrera. Si por una parte deben privarle de los elogios reservados á la virtud su ambicion escesiva y la injusta usurpacion de los títulos y estado de su pariente; por otra su habilidad en combinar sus disposiciones, su firmeza en la ejecucion y su constante prosperidad en todas sus empresas elévanlo al menos al rango de los grandes príncipes. En una edad en que ordinariamente la impetuosidad de las pasiones sobrepujaba la voz de la prudencia, y en que el mas feliz esfuerzo de un genio aun de primera clase se limita á concebir un proyecto atrevido, y á ejecutarlo con prontitud y valor, supo formar y seguir un complicadísimo plan, que engañó al mas artificioso soberano de la Europa. Habia casi lo-

(1) *Historia pugnæ infelicis inter Maurit. et Albert. Thom. Wintzero auctore, apud. Scard. II,* 559. Sleid. 583. Ruscelli *Epîtres aux princes,* 154. Arnoldi *Vita Maurit.* 1245.

Año 1553.

grado el emperador ejercer ilimitado despotismo, cuando con fuerzas que parecian poco proporcionadas á su audacia le obligó Mauricio á renunciar á sus usurpaciones, y á establecer no solo la libertad de conciencia sino hasta la civil de Alemania, sobre bases que hasta hoy dia han subsistido indestructibles. Su conducta, es verdad, escitó por algun tiempo la desconfianza de los protestantes y el resentimiento de los católicos; mas tuvo el arte de contemporizar con unos y otros con tanta astucia, que ningun príncipe de sus contemporáneos gozó de igual crédito en ambos partidos, y que generalmente le lloraron como defensor el mas poderoso y el mas fiel de la constitucion y de las leyes de su pais.

Alberto continua la guerra.

Consternadas con la muerte de Mauricio sus tropas no pudieron aprovecharse de su victoria. Entretanto Alberto, que por impetuoso valor y prodigalidad era el ídolo de una banda de aventureros, que poco cuidaban de la justicia de la causa, pronto volvió á reunir sus dispersas fuerzas; y por medio de rápidos alistamientos hallóse á la cabeza de quince mil hombres, recomenzando sus rapiñas con mas furor que nunca. Pero Enrique de Brunswick, que tomára el mando del ejército de los aliados, derrotólo en otra batalla casi tan sangrienta como la primera. No estaban agotados el valor y los recursos de Alberto apesar de semejante pérdida, y aun hizo vigorosos esfuerzos para reparar sus descalabros; pero viéndose desterrado del imperio por la cámara imperial, despojado de sus dominios hereditarios y de los que usurpára, abandonado de la mayor parte de sus oficiales, oprimido por el número de sus enemigos, fué á buscar un asilo en Francia. Aquel hombre, que por tanto tiempo fué el terror y

12 de setiembre.

Se ve precisado á salir de Alemania.

Año 1553. azote de la Alemania, consumióse algunos años en la indigencia y en la precaria situacion de un refugiado, víctima de toda la amargura de los infortunios, que no le permitian suportar con paciencia su inquietud y su natural fiereza. Como no dejaba posteridad, sus estados, de que se apoderaron los príncipes confederados, por un decreto imperial devolviéronse despues de su muerte á sus herederos colaterales de la casa de Brandeburgo (1).

Su muerte.

12 de enero 1557. Augusto, hermano de Mauricio, le sucede en su electorado.

Entretanto no se pasó mucho tiempo sin que se suscitase una grave cuestion por la sucesion á los títulos y dominios de Mauricio. Su hija única, esposa de Guillelmo príncipe de Orange, tenia un hijo que, habiendo heredado el nombre y los talentos de su abuelo, podia revindicar todos sus derechos. Ademas, el antiguo elector Juan Federico reclamaba sus dignidades y la porcion de su patrimonio que se le quitaron despues de la guerra de la liga de Smalkalde, y al mismo tiempo Augusto, único hermano de Mauricio, aspiraba no solo á los bienes hereditarios que tenia aquel por su familia, sino tambien al electorado de que se apoderára. Las distinguidas calidades de Augusto, su candor y sus amables maneras, hicieron olvidar á los estados de Sajonia el mérito y los infortunios de su primer dueño, y declaráronse altamente á su favor. Apoyaron con todo su poder sus pretensiones el rey de Dinamarca, cuya hija estaba casada con aquel príncipe, y el rey de romanos por respeto á la memoria de Mauricio. De este modo, Federico, aunque secretamente protegido por el emperador su antiguo enemigo, tuvo en fin que renunciar á sus derechos sin mas indemniza-

(1) Sleid. 592, 594, 599. Struv. *Corp. Hist. Germ.* 1075.

cion que un corto aumento de territorio y la sucesion eventual para su familia á falta de herederos varones en la línea albertina. Aquel desventurado y siempre magnánimo príncipe murió al siguiente año, poco despues de haber ratificado este tratado, y todavía poseen los descendientes de Augusto el electorado de Sajonia (1). Año 1553.

Hostilidades del emperador en los Paises Bajos.

Mientras esto acontecia en Alemania, proseguia la guerra con ardor en los Paises Bajos, pues impaciente Carlos por vengar la afrenta que recibiéra delante de los muros de Metz, puso poco despues en campaña otro ejército y comenzó el sitio de Terouanne. Aunque era tan importante aquella plaza que Françisco I la llamaba una de las almohadas sobre las cuales podia dormir seguro un rey de Francia, hallábanse en pésimo estado sus fortificaciones, y Enrique, confiando demasiado por sus pasadas victorias, creyó que para desconcertar los esfuerzos de su enemigo bastaba reforzar la guarnicion con un numeroso alistamiento de jóvenes caballeros. Pero habiendo perecido de Essé, veterano oficial que la mandaba, estrecharon los imperiales el sitio con tanto ardor y constancia qus ganaron la plaza por asalto. Inmediatamente, paraque no volviese á caer en manos de los franceses, mandó Carlos arrasar sus fortificaciones y hasta los edificios, y dispersó á los habitantes por las vecinas poblaciones. Orgulloso con este triunfo el ejército imperial, puso cerco á Hesdin, que apesar de la mas obstinada defensa fué tambien ganada por asalto, quedando prisioneros los de la guarnicion que escaparon al filo de la espada. Dirigió aquel sitio por encargo del emperador Manuel Filiberto de Saboya, 21 de junio.

(1) Sleid. 587. Thuan. 409. Struv. *Corp. Hist. Germ.*

Año 1553. príncipe del Piamonte, y allí fué donde brilló el primer ensayo de su talento militar, que pronto le elevó al rango de los primeros generales de aquel siglo, preparándole los medios de recobrar sus estados hereditarios, que habia Francisco I invadido en sus guerras de Italia (1).

Alarman al rey de Francia los progresos de los imperiales.

La pérdida de dos ciudades, en que perecieron ó cayeron en poder del enemigo muchos guerreros de distincion, no era una leve desgracia para la Francia, y Enrique la sintió profundamente; pero creíase aun mas humillado viendo que el emperador, cuyo poder creía para siempre abatido, desde su retirada de Metz, recobraba tan pronto su primera superioridad. Arrepintióse de semejante confianza que le indujéra á no empezar antes la campaña; reunió con prontitud un numeroso ejército, y marchó á los Paises Bajos.

Al ver que se le acercaba tan formidable enemigo, salió Carlos de Bruselas, donde permaneciéra tan estrechamente encerrado siete meses que corrió por varios puntos de la Europa la fama de su muerte; y aunque le habia la gota puesto tan débil que apenas podia sufrir el movimiento de una litera, apresuróse á reunirse á su ejército. La atencion general fijóse entonces en aquellos poderosos é implacables rivales, con la esperanza de una batalla decisiva; pero era Carlos muy prudente para arriesgarla, al paso que no pudiendo los franceses por causa de las abundantes lluvias del otoño emprender ningun sitio, retiráronse sin hacer nada que correspondiese á la grandeza de sus preparativos (2).

Sufren en

No fueron tan dichosas en Italia las armas del em-

(1) Thuan, 411. Haræus, *Annales Brabant*. 669.
(2, Haræus, 672. Thuan. 414.

perador, pues el mal estado de su hacienda casi no le permitia obrar con energía en dos puntos á la vez. Cuantos mas esfuerzos hacia en los Paises Bajos, menos recursos hallaba á la otra parte de los Alpes. Poniéndose de acuerdo con Cosme de Médicis, á quien traía inquieto la entrada de las tropas francesas en Siena, quiso el virey de Nápoles apoderarse de aquella ciudad, pero al asomar la escuadra de los turcos, que amenazaba las costas napolitanas, abandonaron prontamente su empresa los imperiales para ir á defender su pais. De este modo pudo la Francia fácilmente no solo sostenerse en Toscana, si que tambien conquistar con el socorro de los turcos buena parte de la isla de Córcega, sometida entonces á los genoveses (1). Año 1553. Italia algunos reveses.

Aquel año los asuntos de la casa de Austria no tomaron mejor aspecto en la Hungría. Mal pagadas las tropas que Fernando tenia en la Transilvania vivian á discrecion en las casas de los habitantes, que al fin se cansaron irritados de su insolencia y de sus rapiñas. Abandonó la nacion entera á un soberano que saqueaba á sus vasallos en lugar de protegerlos, y á esta indignacion añadíase el deseo de vengar la muerte de Martinuzzi. Estaban prontos á sublevarse así la nobleza, de suyo turbulenta y altiva, que con impaciencia sufria tantas injurias como el pueblo, naturalmente inconstante y feroz; y en semejante coyuntura apareció con su hijo en Transilvania Isabel, que habia sido su reina. No pudiendo aquella ambiciosa muger, que se arrepentia de haber cedido su corona en 1551, sufrir ya la soledad y el ocio de una vida privada; salió de su retiro, esperando que los húngaros, llevados de su Y tambien en Hungría.

(1) Thuan, 417.

Año 1553. descontento, quizás volverian á reconocer los derechos de su hijo al trono. Al punto se declararon á su favor algunos de los nobles mas distinguidos; el bajá de Belgrado por órden de Soliman apoyó su partido contra Fernando, y no recibiendo paga alguna los soldados españoles é italianos, en vez de avanzar al enemigo, dijeron que querian regresar á Viena. Así Castaldo, su general, tuvo que abandonar la Transilvania á Isabel y á los turcos, y volverse á la cabeza de los amotinados para impedir al menos que saqueasen en su tránsito al Austria (1).

Tiene Fernando que abandonar la Transilvania.

Disgustos domésticos de Soliman.

Hallábase á la sazon muy ocupado Fernando en las turbulencias de Alemania, y estaban por otra parte muy agotados sus fondos con estos últimos esfuerzos para intentar el recobro de tan importante provincia. Sin embargo ofrecíasele entonces ocasion favorable, pues estaba Soliman empeñado en una guerra contra la Persia, al paso que consumíanlo disgustos y disenciones de familia. Obscureciendo con sus grandes calidades á todos los demas príncipes de la familia de los otomanos, tenia todas las violentas pasiones de aquella orgullosa; y era zeloso de su autoridad, pronto y terrible en su cólera, capaz de sentir en todo su furor aquel amor que producen en Oriente las catástrofes mas fuertes.

Trágica historia de su hijo Mustafá.

Fué su favorita una esclava circasiana de rara belleza, que le dió un hijo llamado Mustafá: y Soliman nombró sucesor suyo á aquel jóven príncipe no tanto por su nacimiento como por mérito. Mas conquistando el corazon del sultan Roxelana, esclava rusa, pronto suplantó á su rival; y, teniendo bastante astucia para conservar su conquista, gozóla sola muchos años, y an-

(1) Thuan. 430.

mentó con muchos hijos é hijas la prole de Soliman. Año 1553.
Con todo, léjos de estar satisfecha de su ilimitado poder sobre el ánimo de un monarca á quien adoraba ó temia la mitad del mundo, amargaba toda su dicha la idea de ver un dia á Mustafá en el trono, y á sus hijos sacrificados para la seguridad del nuevo emperador, segun la bárbara política de los turcos. Revolviendo sin cesar en su imaginacion semejante pensamiento, miró al heredero de la corona como el enemigo de sus hijos, y como á tal le juró el odio de una madrastra. Poco tardó en desear su perdicion para asegurar el trono á uno de sus hijos, y con su ánimo ambicioso y fecundo en artificios era capaz para todo probarlo y ejecutarlo. Despues de haber casado, conforme á los deseos del sultan, su hija única con el gran visir Rustan, confió su proyecto á aquel sagaz ministro, quien como su propio interés le incitaba á secundar el engrandecimiento de la familia real, le prometió ayudarla con su poder.

Concertadas estas primeras disposiciones, fingió Roxelana el mayor zelo por la religion mahometana, á que era Soliman escrupulosamente adicto, y propuso fundar una mezquita; empresa muy costosa pero considerada entre los turcos como la obra mas meritoria. Consultado el mufti acerca de tan piadosa intencion, prodigóle los mayores elogios; pero como estaba sobornado por Rustan, dijo á Roxelana que privándole su estado de esclava hasta la propiedad de sus acciones, solo Soliman su amo recogeria todo el fruto de tan santa empresa. A esta respuesta pareció que lo oprimia el mas profundo pesar; fingióse alucinada en la mas negra melancolía, cual si le fastidiasen la vida y los place-

Año 1553. res. Informado de su dolor y de su motivo Soliman, que estaba entonces al frente de su ejército, mostró toda la solicitud de un amante que quiere consolar á la que adora, y la declaró libre por un escrito de su propia mano. Contenta con esta primera victoria, comenzó ella á construir su mezquita, y recobró toda su alegría y vivacidad primitivas. Entretanto, á su regreso á Constantinopla, envió Soliman un eunuco al serrallo, segun se acostumbraba, para invitar á su favorita á partir con él su lecho; mas Roxelana, aparentando el pesar mas íntimo, con tono firme y resuelto negóse á obedecer, diciendo que lo que era honor por una esclava seria un crímen en una muger libre, y nunca consentiria en que con ella se hiciese el sultan culpable de tan manifiesta violacion de las leyes del profeta. Avivando esta falsa delicadeza el fuego de la pasion de Soliman, acudió á los consejos del mufti, quien, conformándose al Alcoran, respondió que eran muy fundados los escrúpulos de Roxelana, y añadió, segun las insinuaciones de Rustan, fácilmente podria el sultan ponerles término tomándola por muger legítima. Esto era derogar una máxima política que el orgullo otomano mirára como inviolable desde Bayaceto I. Habiendo los tártaros violado inhumanamente la muger de este príncipe mientras era prisionero de Tamerlan, los sultanes que le sucedieron, para librarse de semejante afrenta, solo esclavas admitieron á su lecho. Con todo aceptóse con placer la proposicion de mufti, y el enamorado Soliman casóse solemnemente con su querida.

Toda la grandeza del sacrificio convenció á Roxelana de cuanto era su ascendiente sobre el corazon de aquel monarca, y esperando todo y no temiendo ya na-

de, aventuróse á tramar la ruina de Mustafá. Segun la costumbre de los sultanes, habíase dado al jóven príncipe el cargo del gobierno de muchas provincias, y acababa su padre de confiarle la administracion del Diarbequir, la antigua Mesopotamia, que Soliman agregára á su imperio despues de quitarla á los persas. En todos estos empleos mostróse Mustafá justo y moderado; por su valor y generosidad, era á la vez el favorito del pueblo y el ídolo de los soldados; y tanta prudencia acompañaba á aquel arte de ganar los corazones, que nunca causó el menor recelo á su padre. Año 1553.

No podia imputársele vicio ni falta alguna que pudiese desvanecer la alta opinion que de él Soliman concibiéra; era mas refinada la malicia de Roxelana, é hizo servir las mismas virtudes de Mustafá de instrumento para su perdicion. Mas de una vez afectó delante del sultan que admiraba las brillantes calidades de aquel jóven príncipe; su valor, su liberalidad y sus maneras populares. Malignamente exagerados y harto á menudo repetidos hicieron estos elogios todo el efecto que aguardaba; todo el afecto de Soliman para con su hijo no pudo disipar las mas siniestras sospechas, y no pudiendo por último pensar en Mustafá sin zelos é inquietud. Notólo Roxelana y aprovechóse de ello. Estando un dia con el sultan, como por casualidad, hizo recaer la conversacion en el dolor que sintió Bayaceto al ver rebelarse su hijo Selim, en seguida habló del valor de las veteranas tropas que mandaba Mustafá, y observó que el Diarquebir era limítrofe de los estados del sofí de Persia, enemigo mortal de Soliman. Las malignas insinuaciones de Roxelana insensiblemente fueron revistiéndose á los ojos de su esposo de todos los colores de la verdad, y el furor de la envidia

Año 1553. acabó de apagar en su corazon el último resto de ternura paternal. Sucediendo á los sentimientos de la naturaleza un odio profundo, rodeó Soliman á su hijo de espías que observasen todas sus palabras y acciones, y desconfió de él como de su mas peligroso enemigo.

Entonces creyó Roxelana que podia arriesgar otro paso, que fué pedir al sultan permiso paraque sus hijos se presentasen en la corte. Esperaba que pudiendo tratar libremente con su padre, con proceder sumiso y amables calidades, ocuparian tal vez en su corazon el lugar de Mustafá. Siempre complaciente, consintió aun el monarca en apartarse en aquella ocasion de las máximas de la familia otomana; pero no bastaba esto, y á semejantes intrigas de muger añadió Rustan el mas sutil artificio. Escribió á los bajáes de las provincias vecinas al Diarquebir que mantuviesen con él seguida y arreglada correspondencia para informarle del proceder de Mustafá en su gobierno, y advertia á cada uno en particular, como si quisiese obligarlos, que nada seria tan agradable al sultan como el saber las bellas acciones de un hijo á quien destinaba para sosten de la gloria de la sangre otomana. Ignorando los bajáes los perversos intentos del visir, y teniéndose por dichosos de hacer á semejante precio la corte á su soberano, llenaron sus cartas de estudiados elogios, funestos para Mustafá, á quien pintaban como un príncipe digno de suceder á su ilustre padre, dotado de todas las prendas necesarias para seguir sus huellas, y tal vez para igualar algun dia su gloria. Vió Soliman todas aquellas cartas, y buen cuidado se tuvo de escoger para enseñárselas el momento en que mas fatal impresion debian producir. Cada elo-

gio dado á su hijo era una puñalada para su corazon; llegó á sospechar que los bagages estaban prontos á favorecer los atentados de un príncipe á quien con tanta imprudencia ensalzaban; y creyendo ya ver á Mustafá atacar su trono con las armas, tomó la resolucion de prevenir el golpe y de afirmar con sus sienes la corona con la muerte de su hijo. Año 1553.

Con pretesto de nueva guerra contra los persas, mandó á Rustan que marchase á Diarquebir con numeroso ejército, y le librase de un hijo cuya ruina importaba á su seguridad, pero el hábil ministro guardóse muy bien de atraerse el ódio público encargándose de ejecutar una órden tan cruel. Así que llegó á Siria, escribió á Soliman que el peligro era tan inminente que exigía su pronta presencia; pues Mustafá, decia él, habia llenado el campo de emisarios suyos, estaban sobornados la mayor parte de los guerreros, poseía el afecto de todo el ejército, al mismo tiempo habíase descubierto una negociacion entablada con el sofi de Persia para casar á Mustafá con una de sus hijas. Añadia el visir que no eran suficientes ni en su zelo ni en su crédito en tan crítica coyuntura, y que solo el sultan poseía bastante habilidad para resolver cual fuese el partido que se debia tomar y bastante autoridad para ponerlo en ejecucion.

Aquella calumniosa acusacion de correspondencia con el sofi era el último golpe que reservaba á Mustafá el complot de la sultana y del visir; y en efecto produjo todo el efecto que era de esperar del ódio inveterado de Soliman contra los persas, al paso que indujo á este príncipe á los mas violentos arrebatos de furor. Partió al punto á la Siria, y precipitó su marcha con toda la impaciencia del temor y de la venganza. Así que se

Año 1553. hubo reunido con su ejército junto á Alep y concertado sus medidas con Rustan, envió á su hijo un chaux con la órden de comparecer á su presencia. No ignoraba Mustafá las intrigas de su madrastra; y conocia la perversidad del gran visir y el violento carácter del sultan; mas, esperando que su inocencia y su pronta sumision fácilmente destruirian las acusaciones de sus enemigos, obedeció inmediatamente los preceptos de su padre. Al llegar al campo, hiciéronle entrar en la tienda de Soliman, donde nada vió al principio que pudiese inquietarle, ni guardias armadas, ni numeroso sequito; en una palabra reinaba allí el órden y el silencio acostumbrados. Pero poco tardaron en venir algunos mudos, y al verlos conoce Mustafá cual va á ser su suerte. En vano grita «se atenta á mi vida», y procura huir; arrójanselo encima los mudos, se resiste, forceja, lucha, suplica con instancia que le dejen hablar al sultan. En fin, dándole nuevas fuerzas ó su misma desesperacion ó la esperanza de ser socorrido por los soldados, si puede salir de la tienda, detiene por mucho espacio los esfuerzos de sus verdugos. Pero oye Soliman los gritos de su hijo y el ruido de su resistencia; ardiendo en impaciencia por vengarse, y temiendo no se le escapase la víctima, abre la cortina que divide la tienda, asoma por allí su cabeza, lanza una terrible mirada á los mudos, y parece que con sus amenazadores gestos les acusa la lentitud y cobardía. Al aspecto de un padre furioso é inflexible, pierde Mustafá sus fuerzas y su valor, échanle los mudos al cuello el cordon fatal, y al instante pone fin á su vida.

Espusieron su cadáver delante de la tienda del sultan, rodeáronle mudos de sorpresa los soldados, y con-

templando aquel triste objeto á la par con indignacion y sentimiento, estaban prontos á sublevarse si alguien se hubiese puesto á su cabeza. Tras aquel primer testimonio de su adhesion, encerróse cada uno en su tienda á llorar en secreto la funesta suerte de su querido príncipe, y durante el resto del dia no tomaron alimento alguno ni siquiera agua. A la mañana siguiente reinaba aun en el campo la soledad y el silencio; y temiendo Soliman que tan tenebrosa calma amagase una tempestad, para apaciguar los soldados quitò los sellos al gran visir, mandóle que se separase del ejército, y dió su empleo á Achmet, valiente oficial apreciado por las tropas. Pero era un manejo concertado la desgracia de Rustan, que habia ideado aquel medio como el único que podia salvarle á él y á su señor. Al cabo de algunos dias, comenzó á calmarse el resentimiento de los soldados y á borrarse de su memoria el nombre de Mustafá; entonces por órden de Soliman fué Achmet ahogado, Rustan recobrò su dignidad de visir, y al ascender de nuevo al poder prosiguió el designio de esterminar la raza de Mustafá, como se lo inspirára Roxelana. Dejaba aquel desventurado un hijo único que tal vez algun dia vengaria la muerte de su padre, volvieron á escitar contra él los recelos del sultan que, juguete aun de los mismos artificios, consintió en la muerte de aquel jóven príncipe. Un eunuco que enviaron á Bursa donde se hallaba aquella inocente víctima, ejecutó su comision con bárbaro zelo, y los hijos de Roxelana ya no tuvieron rivales en el camino del trono (1). Año 1553.

Escenas tan trágicas, y catástrofes tan funestas casi

(1) Augerii Gisleni Busbequii *Legationis Turcicæ Epistolæ IV*, Franc. 1515, *p*. 37. Thuan, *lib. XII, p*. 432. *Mem. de* Ribier, *t. II, p*. 457. Mauroceni, *Histor. Veneta, lib. VII, p*. 60.

Año 1553. solo se ven en la historia de las grandes monarquías del Oriente, donde parece que el ardor del clima exalta todas las pasiones, al paso que las del soberano hallan ancho campo en la ilimitada estension de su autoridad.

Proyecta Carlos casar á su hijo con Maria de Inglaterra.

Mientras ocupábase Soliman en intrigas palaciegas, trabajaba Carlos en un nuevo designio que para el engrandecimiento de su familia formára. Las virtudes de Eduardo VI, rey de Inglaterra, hicieron concebir á sus vasallos tan justa esperansa de ser felices bajo su gobierno, que sufrian sin quejarse cuantos males les acarreaban durante su menor edad las disensiones de sus ambiciosos ministros. Mas, despues de muy corto reinado, atacó al príncipe una enfermedad de languidez que amenazaba su vida; y apenas lo supo el emperador cuando, aprovechando aquella ocasion de aumentar el poder ó los dominios de su hijo, concibió el proyecto de unir la Inglaterra á sus demas reinos casando á Felipe con Maria, heredera de la corona de Eduardo. Sin embargo, temiendo que su hijo, que entonces se hallaba en España, no quisiese cargarse con una princesa que, contando treinta y ocho años de edad, tenia once mas que él; (1) y apesar de la vejez y de sus achaques resolvió Carlos ofrecerse en persona por esposo á María, que era su prima.

Felipe consiente en ello.

Mas aunque carecia aquella princesa de esos encantos que sobreviven á la juventud é inspiran amistad ó interés, consintió Felipe sin vacilar en aquel enlace, y sacrificó sus afectos á su ambicion, conforme lo acostumbran los príncipes. No esperó el emperador que muriese Eduardo para preparar de antemano el buen éxito de aquella alianza. Así, luego que se halló vacan-

(1) Pallav. *Histor. concil. Trid. vol. II, c. 13, p. 150.*

te el trono, como con las pretensiones de Juana Gray, cuyo éxito fué tan desdichado como poco sólidos habian sido sus fundamentos, quedaba Maria en posesion de todos sus derechos (1); envió Carlos á Londres una pomposa embajada felicitando á la nueva reina y ofreciéndole la mano de su hijo, proposicion que fué recibida favorablemente. Dejando á un lado la lisongera gloria de casarse con el heredero del mayor monarca de la Europa, hallaba tambien aquella princesa la ventaja de unirse con vínculos mas estrechos á la familia de una madre, que siempre amára tiernamente, y de asegurarse un poderoso apoyo para secundar su favorito proyecto de restablecer en Inglaterra la religion católica. Mas no era este el pensar de sus vasallos; temian semejante enlace los numerosos partidarios de la reforma; sabíase que sostenia Felipe todos los dogmas de la iglesia romana con zelo sanguinario, que aun escedia á la misma superstición española; y acostumbrado el pueblo inglés á cierta familiaridad con sus soberanos, que á veces de la clase de súbditos ascendiéran al trono, no estaba en disposicion de sufrir el orgullo y la gravedad castellana. Esposo ya de su reina, un príncipe estrangero necesariamente debia ejercer grande influjo en el consejo; temíase el imperioso carácter de Felipe, y receIábase que educado en las máximas de la monarquía española, tan contrarias á las libertades nacionales de la Inglaterra, no hiciese adoptar su política á Maria, proveyéndola de dinero y tropas contra sus mismos vasallos.

Año 1553.

Sentimientos de Maria y de los ingleses acerca de este enlace.

La cámara de los comunes, aunque sometida entonces á la voluntad de sus soberanos, presentó una enér-

Representa contra este matrimonio la cámara de los comunes.

(1) Cart's *Hist of England*, III, 287.

Año 1553. gica esposicion contra aquella alianza. Publicárouse muchos folletos satíricos, que, al paso que esplicaban sus peligrosas consecuencias, pintaban con los mas odiosos colores la beatería y arrogancia de Felipe. Pero inflexible en todas sus resoluciones, ningun caso hizo Maria ni de la esposicion de los comunes, ni de los sentimientos de su pueblo. Seducidos ya por los artificios del emperador, que les enviára considerables cantidades para ganar el resto del consejo, los ministros en quienes tenia ella mas confianza aprobaron altamente la eleccion de su reina. Luego que este ascendiéra al trono, envió el papa á Inglaterra al cardenal La Pole en calidad de legado, paraque reconciliase su patria con la santa sede; pero por órden del emperador fué aquel ministro detenido en Billinghen en Alemania. Temíase que su presencia perjudicaria las pretensiones de Felipe, y que tal vez emplearia su crédito á favor de Courtenay, su pariente, conde de Devonshire, á quien los votos de su nacion llamaban á desposarse con la reina (1).

Fírmase el tratado de matrimonio.

Entretanto prosiguiéronse con actividad las negociaciones; y Carlos accedió sin titubear á cuantas condiciones le propusieron los ministros de Maria, ya para vencer la repugnancia del pueblo inglés, ya para calmar sus temores y la desconfianza que les infundia el mando de un rey estrangero. Los principales artículos

Año 1554. 12 de enero.

del tratado fueron: que durante la vida de la reina tendria Felipe el título de rey de Inglaterra, pero que esta princesa gobernaria sola, y dispondria enteramente de todas las rentas, oficios y beneficios del reino; que los hijos que naciéran de aquel matrimonio no solo

(1) Cart's, III, 288.

heredarian el trono de Maria, sino que tambien tendrian la posesion del ducado de Borgoña y de los Paises Bajos; que si moria sin sucesores el príncipe Carlos, único hijo que le quedaba á Felipe de su primemera muger, los hijos de la reina, varones ó hembras, sucederian á la corona de España y á todos los estados hereditarios del emperador. Antes de consumar el matrimonio, debia Felipe jurar solemnemente que solo á vasallos de la reina admitiria á su servicio, y que no introduciria en Inglaterra estrangero alguno que pudiese sobresaltar á la nacion; que no haria variacion alguna ni en las constituciones ni en las leyes del reino, y no procuraria jamas que saliesen de él la reina ni ninguno de sus hijos. En caso de que Maria muriese sin dejar herederos, prometia ceder el trono al sucesor legítimo sin pretender ningun derecho á él; enfin, á consecuencia de aquel enlace no debia hallarse obligada á guerra alguna entre la España y la Francia, al paso que subsistiria en todo su vigor su alianza con aquella (1). Año 1554.

Pero en vano habian el emperador y los ministros echado mano de toda su sagacidad para no ofender la recelosa inquietud de los ingleses, pues estos artículos, tan ventajosos en apariencia, no calmaban sus temores. Conocian que meras palabras y promesas eran un débil dique contra la ambicion de un príncipe á quien el solo título de esposo de la reina ponia en estado de eludir todas las condiciones que restringiéran su autoridad, ó que se opusiéran á sus deseos; y cuanto mas ventajoso á la nacion parecia el tratado, tanto mas temian que intentase Felipe violarlo. Del mismo modo Descontento y recelos de los ingleses.

(1) Rymer, *Fœder vol. XV*, 377, 393 *Mém de* Ribier, *II*, 498.

Año 1554. que Nápoles, Milan, y los demas paises anejos á la corona de España, corria la Inglaterra riesgo de sufrir pronto el peso del mando tiránico de aquella monarquía, y de verse como aquellos estados forzada á derramar sus riquezas y sus fuerzas en guerras estrangeras, en las cuales no se consultaria su interés ni su utilidad; consideraciones, que produjeron un general descontento y la mayor indignacion contra los partidarios del enlace.

Wyat se pone al frente de una sedicion.

El caballero Tomas Wyat, sugeto de alguna consideracion y lleno de zelo por el bien público, viendo la disposicion de los ánimos, escitó á los habitantes de Kent á tomar las armas para libertarse de un yugo estrangero, y reuniendo en poco tiempo á su bandera gran número de hombres, marchó prontamente á Londres. No estaba la reina preparada para defenderse, y los negocios tomaban tan mal aspecto que aquella sedicion hubiese tal vez sido fatal á su autoridad, si algunas personas distinguidas se hubiesen unido á los descontentos, y si hubiese Wyat tenido tanta capacidad como osadía. Pero sus imprudentes disposiciones y su resolucion motivaron la desercion de la mayor parte de sus tropas; un puñado de hombres puso el resto en fuga, y él cayó prisionero sin haber hecho tentativa alguna gloriosa para su causa y correspondiente al zelo que le animaba. Sufrió pues el castigo merecido por su temeridad y rebelion, y la autoridad de la reina consolidóse y creció con el éxito desgraciado de aquel vano atentado. Juana Gray, á quien la ambicion de sus parientes impelió á disputarle el trono, apesar de su juventud é inocencia fué conducida al cadalso; Isabel, hermana de Maria, vióse observada con toda la vigilancia de que es capaz la desconfianza, y por

fin el parlamento ratificó el tratado de matrimonio. Año 1554.

Celébrase el enlace.

Desembarcando en Inglaterra Felipe seguido de magnífica comitiva celebró sus bodas con la mayor pompa, y ya que no pudo disfrazar su carácter sereno y altivo, ni afectar maneras afables y populares, procuró almenos atraerse la nobleza inglesa con una liberalidad estraordinaria. Como aspiraba á ejercer poderoso influjo en el gobierno del reino, para quitar estorbos de enmedio, tenia el emperador en las costas de Flandes una division de doce mil hombres, prontos á embarcarse para la Inglaterra, y à secundar las empresas de Felipe.

Maria intenta destruir en Inglaterra la religion protestante.

Animada por tan favorables circunstancias, con el mas ardiente zelo insistió Maria en su proyecto de destruir en sus estados la religion protestante. Revocáronse las leyes que Eduardo VI dictára á favor de la reforma; desterróse el clero protestante, y adoptóse el culto romano con todas sus ceremonias. El cardenal de La Pole, que inmediatamente despues de casada la reina tuvo libertad para continuar su viage á Inglaterra y ejercer allí sus funciones de legado con poder sin límites, dió á la nacion absolucion solemne del crímen de apostasía y la reconcilió con el papa. Mas no le bastaba á Maria haber restablecido su religion sobre las ruinas de la iglesia protestante, sino que exigió que todos sus vasallos se conformasen à su culto y à su fórmula de fé, y abjurasen todas las prácticas ú opiniones que no estuviesen acordes con su creencia. Nombráronse algunas personas paraque conociesen en el crímen de heregía, y, cosa nunca vista en Inglaterra, revistióseles de un poder mas formidable que el de la inquisicion. La vista del peligro no intimidó sin embargo á los ministros de la doctrina protestante, que co-

Año 1554. mo creían defender verdades esenciales para la felicidad del género humano, confesaron altamente sus sentimientos. Persiguióseles con una barbaridad que solo puede inspirar el fanatismo, y sufrieron en fin la muerte afrentosa y horrible que la iglesia romana tenia reservada para sus enemigos. El pueblo inglés, que á ninguna nacion de la Europa cede en sentimientos de humanidad, y que siempre se ha distinguido por la moderacion de sus leyes penales, miró entonces á la vez indignado y pasmado condenados á tormentos jamas imaginados, ni aun para el castigo de los crímenes mas atroces, á hombres revestidos de las primeras dignidades de la iglesia protestante, y venerables por la edad, por su piedad y su ciencia.

Obstáculos que á su designio se oponen.

Tan estremado rigor no dió los efectos que esperaba Maria; pues con la paciencia y valor de aquellos mártires de la reforma en medio de sus padecimientos, aquel heróico desprecio de la muerte que manifestaban personas de cualquiera edad, rango y sexo, mas bien afirmáronse en su creencia de los protestantes, que variáran de pensar con la rabia de sus perseguidores. Los jueces encargados de formar proceso á los hereges recibian cada dia nuevas acusaciones, y no veían el término de su odioso oficio. Conocieron los mas hábiles ministros de la reina que era imprudente y peligroso irritar al pueblo con el frecuente espectáculo de aquellos suplicios que tenia por tan bárbaros como injustos; y hasta el mismo Felipe, convencido de que Maria llevaba su rigor al estremo, contra su propio carácter acónsejóle de moderacion y suavidad (1).

Desconfian

En vano procuró por este medio hacerse grato á los

(1) Godwin, *Annals of Q. Mary*, *ap. Kennet. vol. II*, *p.* 329. Burnet, *Hist. of. ref. II*, 298, 305.

ingleses, que siempre manifestaron la misma desconfianza acerca de sus intenciones. Habiéndose algunos miembros de los comunes, seducidos por la corte, atrevido á proponer á la cámara que concediese socorros al emperador contra la Francia, su mocion fué generalmente reprobada; y al mismo tiempo tan poco feliz fué una tentativa que se hizo en el parlamento para incitarle á consentir que fuese Felipe coronado en calidad de esposo de la reina, que pronto desistió de ella la corte (1).

Año 1554. los ingleses de Felipe.

Entretanto no sin grave inquietud vió el rey de Francia las negociaciones del Austria en Inglaterra; pues ademas de conocer cuanto aumento podian el crédito y las fuerzas de un enemigo por sí temible recibir del enlace de Felipe con la soberana de tan poderoso estado, preveía que, apesar de sus temores y precauciones, hallaríanse pronto los ingleses empeñados en las guerras del continente y obligados á servir á los ambiciosos proyectos del emperador. En esta persuasion encargára Enrique á su embajador en Londres que emplease toda su habilidad para romper ó retardar aquel casamiento; y como no tenia la Francia ningun príncipe de sangre real que se pudiese presentar á la reina por rival de Felipe, recibió el ministro órden de favorecer el voto de los ingleses, que deseaban se casase su reina con uno de sus vasallos. Pero habiendo frustrado todas estas disposiciones la precipitada eleccion de Maria, tuvo Enrique la prudencia de negar socorros á Wyat y á los demas gefes de los descontentos, que procuraban incitarle con ofertas ventajosísimas á la Francia, y hasta encargó á su embajador que fe-

Alármase el rey de Francia con el enlace de Felipe y Maria.

(1) Carte's *Hist of England*, III, 314.

Año 1554. licitase á la reina por la estincion de la revuelta.

Sus grandes preparativos para la campaña.

Mas solo aparentes eran semejantes disposiciones, y en vista de las consecuencias que debia temer de una alianza que indemnizaba al emperador de sus pérdidas de Alemania determinó enviar á la vez tropas á Italia y á los Paises Bajos. Importábale lograr de Carlos equitativas condiciones de paz, antes que pudiese María obtener que sus vasallos peleasen en el continente ó diesen al emperador socorros en hombres ó en dinero. Hizo Enrique los últimos esfuerzos para reunir con tiempo un ejército numeroso en las fronteras de los Paises Bajos; y mientras parte destacóse para talar el abierto pais del Artois, avanzó el resto por el bosque de las Ardenas hácia las provincias de Lieja y del Henao, á las órdenes del condestable de Montmorency.

Progresos de sus armas.

Abrió la campaña el sitio de Mariemburgo, plaza en cuya fortificacion gastára gruesas sumas la reina de Hungría, gobernadora de los Paises Bajos; pero como no se hallaba en ella mas que una débil guarnicion, 28 de junio. rindióse la ciudad al cabo de seis dias. Orgulloso Enrique con tal suceso, y poniéndose al frente de su ejército, cercó á Bouvines que tomó por asalto casi sin hallar resistencia; y despues de haberse con la misma facilidad apoderado de Dusant, torció á la izquierda y marchó al Artois. Entretanto los preparativos del emperador hacíanse mas lentos y difíciles con las fuertes cantidades que enviára á Inglaterra. No tenia ninguna division para atajar las primeras hostilidades de los franceses, y aunque reunió precipitadamente todas sus fuerzas, todavía era su ejército muy inferior al de sus enemigos; pero Manuel Filiberto de Saboya, á quien diéra el mando, halló en sus operaciones y actividad re-

No se halla el emperador en estado de oponérsele.

cursos prra suplir el número. Tan felizmente supo escoger sus posiciones y observar sin comprometerse todos los movimientos de los franceses, que despues de haberles puesto fuera de estado de atacarle y de emprender ningun sitio de consecuencia, les obligó á volverse á sus fronteras por carecer de provisiones. Mas á su paso incendiaron todas las plazas abiertas y saquearon el pais con una crueldad y licencia dignas mas de un cuerpo de tropas ligeras que de un grande ejército mandado por su rey

Año 1554.

Los franceses sitian a Renti.

En esto, no queriendo Enrique licenciar sus tropas sin haber hecho alguna conquista que correspondiese á la grandeza de sus proyectos y de sus preparativos, puso sitio á Renti, plaza tanto mas importante entonces como que, situada en los confines de Artois y del Boloñes, cubria la primera de estas provincias y protegia las incursiones de las tropas imperiales en la última. Con buenas fortificaciones y numerosa guarnicion hizo la ciudad vigorosa defensa; pero poco tiempo podia sostenerse contra los vivos ataques de ejército tan poderoso. Tanto deseaba salvarla, el emperador, á quien entonces no daba la gota un momento de reposo, que pudiendo apenas sufrir el movimiento de la litera se puso á la cabeza de su ejército, y con los refuerzos que este acababa de recibir hallóse en estado de presentarse al enemigo. Esperaban impacientes los franceses la llegada de Carlos para trabar una batalla que decidiese la suerte de Renti; pero puso el emperador todo su cuidado en evitar el combate, y queriendo solamente librar la ciudad, creyó lograrlo sin esponerse á los azares de una accion decisiva.

Ambos ejércitos vienen á las manos. 13 de agosto.

Apesar de todas estas precauciones, con la disputa de una posicion de que querian apoderarse una y otra parte empezó una accion casi general. El duque de

Año 1554. Guisa, que mandaba el ala de los franceses que sostenia todo el peso del ataque, sostuvo el choque con una habilidad y valor dignos del defensor de Metz. Tras un obstinado combate fueron rechazados los imperiales, quedando los franceses dueños de la posicion; y si el condestable, a quien detuvo entonces ó su natural lentitud é irresolucion, ó la animosidad contra un rival, hubiese á tiempo hecho avanzar su division de reserva para apoyar los progresos del de Guisa, fuéra completa la derrota de los enemigos. Sin embargo, apesar de la pérdida que sufriéra, permaneció el emperador en su campo, mientras los franceses abandonaban el suyo, forzándoles á ello la falta de provisiones y la imposibilidad de emprender sitio alguno delante del ejército imperial; pero retiráronse con tal órden y continente, que parecia desafiaban á sus enemigos mas bien que los evitaban.

Talan los imperiales la Picardía.

Logrado su principal objeto, no los inquietó Carlos en su marcha. Al llegar á sus estados, puso Enrique guarniciones en sus ciudades fronterizas y licenció el resto de su ejército. Semejante precipitacion alentó á los imperiales á avanzar con una gran division dentro de la Picardía que destruyeron á fuego y sangre, para vengarse de los estragos que los franceses hicieron en el Henao y en el Artois (1); pero, no hallándose con suficientes fuerzas para apoderarse de ninguna plaza considerable, no sacaron mas fruto que sus enemigos de tan bárbara y vergonzosa manera de hacer la guerra.

Sucesos de Italia.

Entretanto se empeoraban cada dia en Italia los asuntos de Enrique. Cosme de Médicis, príncipe hábil

(1) Thuan, 465, etc. Haræi *Ann Brab* 674.

emprendedor, estaba lleno de la mayor inquietud al ver que los franceses se establecian en Siena; y con razon temia su vecindad, pues cuantos en Florencia suspiraban por la antigua democracía hallaban en ellos naturales protectores contra la autoridad absoluta que le ayudára á usurpar el emperador. Al paso que no ignoraba que su adhesion á este le hacia odioso á la Francia, preveía que pronto esperimentaria la Toscana los efectos de su resentimiento si á su placer se les dejaba fortificar en Siena. Era pues el mas seguro partido echarlos de allí antes que enviase la Francia socorros que les hiciesen mas temibles. Mas como á la gloria é interés de Cosme importaba lanzarlos del corazon de sus estados, Carlos solo trató al principio de echar sobre aquel príncipe todo el peso de la guerra, y durante la primera campaña solo le ayudó con algun anticipo para el sueldo de las tropas imperiales.

Designios de Cosme de Médicis contra la ciudad de Siena.

Como solo débilmente podia entonces operar en Italia el emperador, ocupado en la defensa de los Paises Bajos y cuyo erario estaba exausto; conoció Cosme que los franceses quedarian dueños de ella, á no encargarse él en persona de hacerles la guerra y proseguirla con firmeza, pero, ya que su situacion le precisaba á tomar semejante partido, quiso almenos que le produjese otra ventaja ademas de la de echar á los franceses de su vecindad. A este fin, por un comisionado que le envió, ofreció á Carlos que declararia la guerra á Enrique y á sus costas se apoderaria de Siena, con la condicion de que se le cederian cuantas conquistas hiciese, hasta el entero reembolso de sus préstamos. Viéndose el emperador sin recursos para sostener tantas guerras á la vez, convino gustoso en semejante proposicion; y Cosme, que bien sabia el mal es-

Sus negociaciones con el emperador.

Año 1554. tado de las rentas de aquel príncipe, esperó que, pues no podria pagarle, le dejaria Carlos poseer tranquilamente las ciudades de que se hubiese apoderado (1).

Prepárase para hacer la guerra á la Francia.

Con esta confianza hizo grandes preparativos, y sabiendo que el rey de Francia habia dirigido todas sus fuerzas á los Paises Bajos, lisongeóse de que podria reunir tropas suficientes para resistirle en Italia. Y siéndole necesaria, sino la asistencia, alomenos la neutralidad del papa, dió una de sus hijas por esposa al sobrino de aquel pontífice, y ofreció otra al duque de los Ursinos para separarle de los franceses, á cuyo partido tiempo habia que era adicta su casa. Tambien logró que Juan Jacobo Medicino, marqués de Mariñan, tomase el mando de su ejército, cosa para él la mas importante (2). Aunque nacido de bajo orígen, habia aquel oficial ascendido de grado en grado al de general, y la celebridad de sus talentos le ponia en la clase de los mas hábiles capitanes de aquel siglo guerrero. No estaba aun sin embargo satisfecha su ambicion, sino que avergonzándose de su obscuro nacimiento, quiso á favor de una semejanza en el nombre darse por descendiente de los Médicis. Contento Cosme con hallar en su vanidad un medio de atraerlo á su partido, reconocióle por pariente suyo, y le permitió usase sus armas. Desde entonces, ufano Medecino por servir al gefe de una ilustre familia de la cual parecia indivíduo, con el mayor zelo emprendió el levantamiento de las tropas; y, como largo servicio le valiéra mucho crédito entre los oficiales de las bandas mercenarias que componian las fuerzas de la Italia, logró que los principales se alistasen en las banderas de Cosme.

Medecino recibe el mando de su ejército.

(1) Adriani *Istor di suoi tempi*, *vol 1*, *p*. 662.
(2) Adriani *Istoria*, *vol*. *1*, 663.

Año 1554. Pedro Strozzi se pone á la cabeza del de los franceses en Italia.

Creyó Enrique que á tan hábil general debia oponer Pedro Strozzi, gentilhombre florentino, desterrado que hacia mucho tiempo residia en Francia, y cuyo mérito y celebridad le habian elevado al mando de los ejércitos. Era hijo de aquel Felipe Strozzi, que habiendo en 1537 trabajado con ardor por echar de Florencia á los Médicis y restablecer el gobierno republicano, pereció en aquella arriesgada empresa; y Pedro, que heredára el ódio implacable de su padre á aquella familia y su entusiasmo por la libertad, unia á estas personas el deseo de vengar su sangre. Enrique puso toda su confianza en un general cuyo zelo por la Francia aumentaban tan poderosos motivos, y que debiendo pelear en su patria, hallaria en ella numerosos partidarios prontos á favorecer sus operaciones.

Pero la eleccion de Enrique, aunque apoyada en motivos que tan justos parecian, fué con todo funesta á la Francia. Luego que supo Cosme que habíase nombrado al enemigo mortal de su familia paraque mandase en Toscana, dedujo de ahí, que no se limitarian á proteger á los sieneses, sino que tambien él tendria que temer por sus estados si no hacia los mas vigorosos esfuerzos (1).

Imprudente eleccion de Enrique.

Por otra parte, el cardenal de Ferrara, que tenia la entera direccion de los negocios de la Francia en Italia, solo vió en Strozzi un temible rival, y para impedir que con el triunfo de sus armas le arrebatase una autoridad de que era tan zeloso, dejóle frecuentemente falto de provisiones y dinero para la manutencion de sus tropas. El mismo Strozzi, cegándole su resentimiento contra los Médicis, en vez de portarse con

(1) Pecci *Memoire di Siena*, *vol. IV*, *p.* 103, *etc.*

Año 1554. la circunspeccion y prudencia de un hábil general, solo siguió en sus operaciones los impetuosos impulsos de la venganza.

Batalla de Marciano.

Abrió la campaña atacando muchas ciudades del territorio de Florencia, y verificólo con tanto vigor que para contener sus progresos tuvo Medecino que sacar la mayor parte de su ejército del sitio de Siena, que ya empezára antes de llegar el enemigo. Cosme, que sostenia solo todo el peso de aquella guerra, pronto hubiéra agotado todas sus rentas; ni el virey de Nápoles ni el gobernador de Milan hallabánse en estado de socorrerle, y las tropas que dejára Medecino delante de Siena nada podian emprender en su ausencia. En semejantes circunstancias, debiéra Strozzi prolongar la guerra y operar en el territorio de Florencia; pero impaciente por destruir á su enemigo con un golpe decisivo, presentó la batalla á poca distancia de Marciano. Eran

3 de agosto. Los franceses son derrotados.

ambos ejércitos casi iguales en número; pero habiéndose puesto en fuga sin combatir una division de caballería italiana en quien tenia Strozzi su mayor confianza, ya fuese por traicion ó cobardía de los oficiales, quedó sola la infantería espuesta á los ataques de todo el ejército enemigo: sin embargo mantúvose firme, pues la animaba la presencia y el ejemplo de su general que, apesar de haber recibido una peligrosa herida, queriendo rehacer su caballería, manifestó la mayor serenidad y valor. Mas rodeadas por todas partes, cañoneadas por una batería y cogidas de flanco por la caballería florentina, sufrieron sus tropas una derrota general; y debilitado Strozzi con la pérdida de su sangre y desesperado de las consecuencias de su imprudencia, difícilmente pudo escaparse con un puñado de hombres (1).

(1) Pecci *Memoire di Siena*, *vol. IV*, *p.* 157

Volvió pues Medecino á conducir sus tropas victoriosas al sitio de Siena, sin que apesar de todos sus esfuerzos pudiese el general enemigo reunir una division capaz de hostigarle en sus operaciones. Pero lejos de acobardarse los sieneses con una derrota que les quitaba toda esperanza de socorro, preparáronse á defenderse hasta el último apuro con esa invencible firmeza que solo puede infundir el amor de la libertad, y secundó resolucion tan generosa Monluc, comandante de la guarnicion francesa. Este oficial, que por su mérito y valentía obtuviéra aquel puesto de confianza, no queriendo mas que á esos títulos ser deudor de un ascenso que su ambicion le presentaba ilimitado, procuró distinguirse en la defensa de Siena con prodigios de valor y constancia. Fué el primer objeto de su actividad reparar las fortificaciones, al paso que ejercitó á los ciudadanos en todos los servicios militares, acostumbrándolos á partir con los soldados las fatigas y los peligros. Como cerraba el enemigo todas las avenidas de la ciudad, estableció la mas rigurosa economía en la distribucion de víveres, y obligó así á la guarnicion como á los moradores á contentarse con una escasa porcion para su diaria subsistencia. Aunque no eran sus tropas en bastante número para ganar la plaza á viva fuerza, dos veces probó Medecino de entrarla por asalto; pero el valor con que se le opusieron y la considerable pérdida que tuvo no le dejaron otra esperanza que la de rendirla por hambre.

Año 1554. Medecino sitia á Siena.

Valiente defensa de los ciudadanos y de Monluc.

Fortificó su campo con el mayor cuidado, y apoderándose de las mas importantes posiciones de los alrededores de la ciudad para cortar á los sitiados toda comunicacion esterior, aguardó que la necesidad les precisase á abrirle sus puertas. Pero llevados de ar-

Medecino cambia el sitio en bloqueo.

Año 1555. diente entusiasmo por la libertad, largo tiempo sufrieron los ciudadanos la escasez hasta llegar á los horrores del hambre; y con su ejemplo y exortaciones enseñó Monluc á sus soldados á imitar en aquel apuro la constancia de aquellos. Diez meses sostuvieron el sitio, y solo despues de haberse visto reducidos al último bocado, despues de haberse comido hasta sus caballos, perros y demas animales, pidieron capitulacion, exigiendo todavía honrosas condiciones; y no ignorando Cosme su horrible situacion y temiendo que les inspirase alguna resolucion desesperada, concediòles una capitulacion mas favorable de lo que debiéran esperar.

22 de abril. El hambre obliga á Siena á capitular.

Hízose en nombre del emperador: obligóse este á tomar á Siena bajo la proteccion del imperio; prometió que mantendria las libertades de la república, dejaria á sus magistrados en entero ejercicio de su autoridad, y garantiria á los ciudadanos la tranquila posesion de sus bienes y privilegios. Concedió amnistía general y sin restriccion á cuantos habian peleado contra él, y reservándose el derecho de poner guarnicion en la ciudad, dió al mismo tiempo su palabra de no volver á construir la ciudadela sin el consentimiento de los ciudadanos. A Monluc y á los franceses se les permitió salir de la plaza con todos los honores de la guerra.

Muchos sieneses retíranse á Monte-Alcino.

Observó Medecino con la exactitud que de él dependia los artículos de la capitulacion, y los habitantes no recibieron ninguna violencia ni insulto, al paso que la guarnicion francesa fué tratada con todas las consideraciones que su valor merecia. Pero tan favorables condiciones, concedidas con tanta facilidad, hicieron sospechar á muchos ciudadanos que el emperador y Cosme solo esperaban ocasion para quebrantarlas.

Así, despreciando una libertad precaria, abandonaron el lugar que les vió nacer, y siguieron á los franceses á Monte-Alcino, á Porto-Ercole y otras pequeñas ciudades de los dominios de la república. En la primera establecieron la forma de gobierno de que gozaban en Siena, nombraron magistrados encargados de igual jurisdiccion, y consoláronse de sus pérdidas con aquella imágen de su antigua libertad. Año 1555. Restablecen allí su antiguo gobierno.

Entretanto la conducta de los vencedores harto justificó los temores y sospechas de los sieneses. Apenas tomaron las tropas imperiales posesion de la ciudad, cuando Cosme, sin atender á los artículos de la capitulacion, no contento con desemplear los magistrados que estaban ejerciendo sus funciones, y con substituirles otros adictos á su partido, mandó que todos los vecinos entregasen sus armas. A la primera injusticia se sometieron con la repugnancia natural a hombres que nunca habian tenido señores; pero cuando se dió la órden del desarme, muchos de los mas distinguidos huyeron á reunirse con sus compatriotas en Monte-Alcino, prefiriendo esponerse á las desgracias y peligros que les aguardaban en aquel último asilo de su libertad á dejarse tratar como esclavos. Los ciudadanos de Siena son maltratados.

Temiendo Cosme la vecindad de tantos enemigos implacables y desesperados, que todavía conservaban un resto de poder, dióse prisa á que Medecino los atacase en sus respectivos retiros. Aunque con las fatigas del sitio de Siena disminuyóse considerablemente el ejército de aquel general, con todo puso cerco á Porto-Ercole, cuyas fortificaciones hallábanse en tan mal estado que los ciudadanos le abrieron las puertas así que llegó. Esta fué su última espedicion: una inesperada órden del emperador le precisó á destacar la ma- Cosme ataca los refugiados. 15 de junio.

Año 1555. yor parte de sus soldados hácia el Piamonte; pudiendo así respirar un tanto los refugiados de Monte-Alcino. Entretanto crecian los apuros de los habitantes de Siena, pues léjos de conformarse Carlos á los artículos de la capitulacion, dió á su hijo Felipe la investidura de la ciudad y de sus dependencias. En nombre de aquel nuevo amo, Francisco de Toledo trató á los sieneses como un pueblo conquistado; y sin hacer caso ni de sus privilegios ni de su antigua constitucion, estableció allí el gobierno civil y militar de la monarquía española (1).

Operaciones en el Piamonte. La disminucion del ejército imperial en el Piamonte, y la inaccion de sus oficiales, al paso que obligaban al emperador á sacar de la Toscana sus tropas en medio de sus conquistas, exigian que pusiese al frente de aquellas fuerzas un general cuya reputacion y pericia pudiesen contrarestar el gran talento del mariscal de Brissac, que mandaba los franceses en Italia.

Carlos nombre generalísimo al duque de Alba. Pero el escoger el emperador al duque de Alba, mas fué efecto de una intriga que propia opinion acerca del mérito de aquel general. Haciendo desde mucho tiempo el duque la corte á Felipe con la mayor frecuencia, habíase insinuado en su confianza por medio de todos los artificios á que puede humillarse un ánimo inflexible y altanero. Ya por la conformidad de carácter con el de aquel príncipe gozaba con él de mucho valimiento, cuando temiendo los progresos de semejante rival en el corazon de su señor, tuvo Ruy Gomez de Silva favorito de Felipe, la habilidad de incitar al emperador á darle el mando del ejército del Piamonte. Aunque bien sabia el duque que solo era deudor de

(1) Sleid. 617. Thuan. *lib. XV, p.* 526, 527. Joan. *Campprari adnot. rer. præcipuarum ab anno* 1550, *ad* 1561 *ap. Freherum, vol. III, p.* 564. Pecci. *Memoire di Siena, IV,* 164, *etc.*

semejante distincion á los manejos de un enemigo que queria alejarle de la corte, tenia mucha delicadeza y pundonor para rehusar un encargo á la par peligroso y difícil; pero al mismo tiempo no queriendo aceptarlo sino con condiciones que alhagasen su vanidad, instó al emperador á que le nombrase su lugar teniente general en Italia con el título de generalísimo de los ejércitos imperiales y españoles. Carlos consintió en todo, y el duque de Alba fué revestido de aquellas dignidades con autoridad casi ilimitada. Año 1555.

Pero tan vasto póder no le dió al principio victorias que correspondiesen á su gran reputacion y á las esperanzas del emperador. El ejército que Brissac mandaba podia suplir la superioridad numérica con la ventaja de tener tropas escogidas que, acostumbradas tiempo habia á servir en paises cuyas ciudades y castillos eran otras tantas fortalezas, aprendiéran perfectamente el arte de pelear con ellos. Con su sabio proceder y valor no solo frustró todas las tentativas del enemigo, sino que aun añadió nuevas conquistas á los territorios de que ya se apoderára. Despues de haberse jactado el duque de Alba con su acostumbrada arrogancia que en pocas semanas echaria á los franceses del Piamonte, tuvo que retirarse á sus cuarteles de invierno, llevando consigo la vergüenza de no haber podido conservar entera al emperador aquella parte del pais que le hallára poseyendo (1).

Poco fruto de sus primeras operaciones.

Las operaciones de aquella campaña no fueron mas decisivas en los Paises Bajos que en el Piamonte. Ni el emperador ni el rey de Francia podian entonces levantar ejércitos bastante poderosos para acometer con-

Conspiracion para entregar Metz á los imperiales.

(1) Thuan, *lib.* XV, *p.* 529. Guichenon, *Hist. de Savoise*, *t.* I, 670.

Año 1555. siderables empresas; mas Carlos esperó suplir la fuerza con una atrevida estratagema que á tener buen éxito hubiérale valido muchas victorias. Durante el sitio de Metz el padre Leonardo, guardian de un convento de franciscanos de aquella ciudad, concilióse la estimacion y el favor del duque de Guisa con su adhesion á los franceses, y activo é intrigante habia sabido hacerse útil, ya sosteniendo con sus exortaciones el valor y constancia de los ciudadanos, ya procurando obtener por medio de secretas inteligencias contigua y fiel noticia de los movimientos y designios del enemigo. Atendiendo á tantos servicios, al partirse de Metz el duque de Guisa recomendólo eficazmente á Villevielle, que acababa de ser nombrado gobernador, y que depositó su confianza en aquel religioso hasta el estremo de permitirle conversar y mantener correspondencia con quien quisiese sin concebir la menor sospecha. Pero por efecto de la osadía y veleidad natural á los aventureros, ya porque no se creyó suficientemente recompensado por la Francia, ya porque le sedujese la misma facilidad que tenia de probarlo todo impunemente, concibió Leonardo el proyecto de entregar Metz á los imperiales.

Plan de la conspiracion. Comunicólo á la reina viuda de Hungría, gobernadora de los Paises Bajos, quien sin manifestar escrúpulos en un acto de traicion que podia ser ventajoso al emperador, ayudó al guardian á concertar su plan de manera que fuese casi seguro su feliz éxito. Acordóse que Leonardo procuraria que entrasen en el complot los religiosos de su convento, en donde introduciria disfrazados de frailes cierto número de soldados escogidos; que cuando todo estuviese preparado para la ejecucion, el gobernador de Thionville se acercaria á

Metz de noche con una division numerosa, y probaria de escalar los muros; que mientras la guarnicion estaria pugnando por rechazar al enemigo, los frailes pegarian fuego á diferentes partes de la ciudad; que en fin saldrian del convento los soldados que allí se escondiéran y atacarian por las espaldas á los que defendiesen las fortificaciones. No dudaron de que en medio del terror y confusion que causarian tan imprevistos sucesos, los imperiales fácilmente se apoderarian de la ciudad; y estipulóse que en reconocimiento de semejante servicio, el padre guardian seria nombrado obispo de Metz, y que se darian grandes recompensas á todos los frailes que apoyasen su designio. Año 1555.

Activó Leonardo sus disposiciones con prontitud y secreto, y con su autoridad, con sus vivas instancias y el porvenir de riqueza y honores que hizo entrever á los religiosos, logró que tomasen parte en la conspiracion. Habiendo introducido en el convento cuantos soldados pudo sin causar sospechas, avisó con tiempo al gobernador de Thionville que, sabiendo ya el proyecto, tenia sus tropas prontas á marchar; y se acercaba el momento en que iba Enrique á perder su mas importante conquista. Sus progresos.

Felizmente para la Francia el dia mismo señalado para la ejecucion del complot, Villevielle, que era un oficial hábil y vigilante, por medio de un espía que tenia en Thionville tuvo aviso de que se reunian allí ciertos frailes franciscanos con mucha frecuencia, que el gobernador les admitia á conferencias secretas, y que se preparaba con gran misterio alguna espedicion. Bastó esto para dispertar las sospechas de Villevielle, que sin comunicarlas á nadie, al punto fué á visitar el convento de los franciscanos, descubrió los soldados que Descúbrese la conspiracion.

Año 1555. allí estaban ocultos y les precisó á revelar cuanto acerca de la conspiracion sabian. El guardian, que habia ido á Thionville para acabar de concertar el plan de su empresa, fué detenido á las puertas de Metz á su regreso, y espontáneamente sin esperar el tormento declaró todos los detalles de su proyecto.

Derrota de una division imperial.

Mas no se contentaba Villevielle con haberse apoderado de los traidores y desconcertado su conspiracion, sino que resolvió valerse de aquel descubrimiento para vengarse de los imperiales. Con este fin, salió de la ciudad con los mejores soldados de su guarnicion; y poniéndose en emboscada junto al camino por donde sabia que vendria el gobernador de Thionville, echóse sobre sus tropas que marchaban en perfecta seguridad. Pasmados y confusos los imperiales con tan brusco ataque de un enemigo á quien creían sorprender, apenas opusieron resistencia; perecieron ó cayeron prisioneros la mayor parte, entre los cuales iban muchos sugetos de distincion; y antes de que despuntase el dia Villevielle volvió á Metz triunfante.

Son castigados los autores de la conspiracion.

Entretanto estuvo algun tiempo indeciso el destino del guardian y de los frailes que tramáran tan peligrosa conspiracion, y sin duda fueron los motivos de semejante dilacion las consideraciones que se creía eran debidas á un cuerpo tan numeroso y respetable como el de los franciscanos, y el temor de dar un objeto de regocijarse á los enemigos de la iglesia romana. Pero conociendo en fin que era preciso un ejemplo de severidad para espantar á los demas traidores, mandóse formarles proceso. Averiguadas y bien demostradas las pruebas de su crímen, fueron sentenciados á muerte el padre Leonardo y veinte de sus frailes. La víspera del dia señalado para su suplicio por la tarde, sacó-

los el carcelero de los calabozos donde hasta entonces habian estado encerrados por separado, y los metió en una gran pieza paraque pudiesen con facilidad confesarse unos á otros y prepararse á morir. Así que les dejaron solos, en vez de emplear aquel corto tiempo en los deberes de su religion, dirigiéndose al padre guardian y á otros cuatro ancianos frailes que les habian seducido, los mas jóvenes les echaron en cara con amargura una ambicion que era la causa de su muerte, y que echaba sobre toda su órden la mas humillante mancha. De los vituperios pasaron á las maldiciones; finalmente en un arrebato de rabia y desesperacion arrojáronse con furor sobre los ancianos, asesinaron al padre guardian, y maltrataron tanto á los cuatro religiosos, que á la mañana siguiente se tuvo que llevarlos con el cadáver de Leonardo en un carro hasta el lugar del suplicio. Fueron perdonados los seis mas jóvenes; pero los demas sufrieron su merecido castigo (1). Año 1553.

Aunque aniquilados por tan larga guerra, no manifestaban disposicion alguna para la paz ni el emperador ni el rey de Francia; y para establecerla entre aquellos príncipes cristianos no perdonó el cardenal de La Pole cuantos medios le sugirió el zelo de la religion y la humanidad. Logró que la reina de Inglaterra les ofreciese su mediacion, y hasta decidió á Carlos y Enrique á que enviasen sus plenipotenciarios á un pueblo situado entre Graveline y Ardres, donde tambie acudió él con Gardiner, obispo de Winchester, ambos para presidir en calidad de mediadores á las conferencias, en las cuales debian fijarse los artículos

Son inútiles las negociaciones para la paz

(1) Thuan, *lib. XV, p.* 522. Belcar. *Com. Rer Gal* 866. *Mém. nmarechal* de Villevielle, par M de Charloix, *t. III, p.* 249, *etc. p.* 347. *Par.* 1757.

Año 1555. en cuestion. Pero apesar de que los dos monarcas habian cometido semejante negociacion á los ministros que les merecian su confianza, fácil era conocer que ni una ni otra parte tenian sinceros deseos de hacer la paz. Eran tan fuera de razon las condiciones que se propusieron, que haciase imposible el acceder á ellas; de modo que, despues de haber La Pole echado mano inútilmente de todo su zelo y habilidad para persuadirles que renunciasen á tan estravagantes demandas y que á ellas sustituyesen otras mas justas, viendo que era tiempo perdido querer reconciliar tan obstinados enemigos, rompió las conferencias y regresó á Inglaterra (1).

Asuntos de la Alemania.

En medio de estos disturbios políticos, gozaba la Alemania de una paz profunda, y era llegado el momento de celebrar una dieta en que debia deliberarse el asunto mas importante para el reposo interior del imperio. Por el tratado de Passau del año 1552, remitiérase á esa asamblea el encargo de confirmar y perfeccionar el plan que se acordó para la paz de la religion; pero la turbacion y terror que las hostilidades de Alberto de Brandeburgo hicieron cundir por toda la Alemania, y la contínua atencion que las cosas de Hungría reclamaban de Fernando, impidieron hasta entonces la reunion de la dieta, apesar de haberse fijado para Augsburgo luego de concluido el tratado.

Celébrase la dieta en Augsburgo.

Discurso de Fernando á la asamblea.

En fin la necesidad de convocar semejante asamblea obligó á Fernando á pasar en Augsburgo á principios de aquel año; y no obstante de constar la dieta de un corto número de príncipes y diputados, abrióla proponiendo poner término á las disensiones que las disputas religiosas habian promovido. Este era, segun de-

(1) Thuan, *lib. XV*, *p.* 523. Mem. de Ribier, *t. II*, *p* 613.

cia, el primero y mas importante asunto, y el que mas ocupaba el ánimo del emperador. Recordó en seguida todos los obstáculos que tuviéra Carlos que superar para tener la convocacion de un concilio generoso, y los contratiempos que al principio habian retardado y al fin suspendido sus operaciones. Observó que siendo á corta diferencia iguales los tiempos, debian esperarse iguales dificultades; que un concilio general veríase siempre detenido ó interrumpido por las hostilidades de los príncipes cristianos; que un concilio nacional en Alemania, donde se esperaba encontrar mas facilidad y seguridad en las deliberaciones, seria una asamblea de que no existia ejemplo y cuya jurisdiccion no permitia ni límites ni fórmulas fijas y determinadas; que no veía mas que un medio de poner fin á tan desgraciadas disensiones; que si hasta entonces habíase ya probado sin buen éxito, era de esperar que diese mejores frutos empleándolo con intentos mas rectos y pacíficos; que para esto debíanse escoger algunos varones sabios, juiciosos y moderados, quienes en amistosas conferencias discutiesen los puntos de la doctrina hasta llevar á los dos partidos, sino á la unidad de sentimientos, al menos á la tolerancia mútua en la diversidad de opiniones. Año 1555.

Sospechas y temores de los protestantes.

Este discurso, que segun costumbre se imprimió y repartió por todo el imperio, dispertó todos los temores y desconfianza de los protestantes, quienes observaron sorprendidos, que Fernando no habia en él hecho mencion del tratado de Passau que ellos miraban como la mas segura garantía de la libertad de conciencia. Crecieron sus sospechas con las noticias que cada dia recibian acerca del estremado rigor con que eran tratados los reformistas en los estados hereditarios del rey

Año 1555. de romanos; juzgaron de las intenciones de aquel príncipe por su proceder, y no se tuvo confianza alguna en estudiadas protestas de moderacion y de zelo, que á cada paso desmentia con sus acciones.

Contribuye aumentarlos la llegada de un nuncio enviado por el papa.

Con la llegada del cardenal Moron, á quien el papa nombrára su nuncio para presidir á la dieta, acabaron de convencerse de que se urdia alguna trama contra la paz ó la seguridad de la iglesia protestante. Orgulloso Julio con la inesperada sumision de los ingleses al yugo de la santa sede, lisongeóse de que agotadas ya las fuerzas del espíritu de rebelion, recobraria triunfante la iglesia sus derechos y su autoridad en la obediencia de los pueblos; y lleno de estas esperanzas, envió Moron á Augsburgo con el encargo de emplear toda su elocuencia para lograr que los alemanes siguiéran el ejemplo de la Inglaterra, y de procurar con su sagacidad que ningun artículo de la dieta fuese perjudicial á la fé católica. Moron, que en negociacion é intriga tenia todas las grandes calidades de su padre el famoso canciller de Milan, seguramente hubiéra suscitado dificultades á todas las disposiciones de los protestantes.

Muerte de Julio III.

Pero por un inesperado acontecimiento viéronse libres de cuanto podian recelar de la presencia del nuncio. Entregándose á placeres y diversiones que ya no convenian á su edad ni á la dignidad de la tiara, habia Julio de tal manera contraido el hábito de la disipacion que mostrábase tan incapaz como enemigo de todo asunto serio. Instado tiempo hacia por su sobrino paraque celebrase un consistorio, eludia siempre sus demandas, temiendo hallar en aquella asamblea una fuerte oposicion á los proyectos que formára para la elevacion de aquel jóven. Sin embargo, despues de haber

apurado cuantos pretestos pudo, y creciendo cada dia su aversion al trabajo, fingió una indisposicion para deshacerse de las importunaciones de su sobrino; pero á fin de dar á semejante ardid alguna apariencia de verdad, encerróse en su aposento y mudó enteramente su método de vida. Con su perseverancia en representar tan ridículo papel, contrajo una enfermedad verdadera de que murió á pocos dias, dejando á su infame favorito el cardenal del Monte un ilustre nombre que sostener y dignidades que deshonraba con sus vicios (1). Luego que supo Moron el fallecimiento de Julio, partió precipitadamente de Augsburgo despues de una corta permanencia, y corrió á asistir á la eleccion de un nuevo pontífice. Año 1555.

Motivos porque favorece Fernando á los protestantes.

Con la ausencia del nuncio tranquilizáronse los protestantes, que poco tardaron en observar que eran infundados sus temores, y que no tenia Fernando intencion de violar con perjuicio suyo el tratado de Passau. Desde que desbarató Mauricio todos los planes del emperador en Alemania, y derrotó el despotismo civil y religioso que iba á establecer en ella, cediéra aquel monarca el gobierno interior del imperio á su hermano que, dotado de una ambicion menos inquieta que la de Carlos, léjos de continuar un proyecto que este no pudo ejecutar con todo su poder y recursos, solo pensó en atraer á su partido los príncipes de la Alemania por medio de una administracion equitativa y moderada. Semejante conducta era tanto mas sincera cuanto mas le importaba entonces ceder á sus pretensiones para asegurarse sus votos.

Deseaba aun Carlos con ardor transmitir la coro-

(1) Onuphr. Panvinius, *de Vitiis pontificum*, p. 320. Thuan, *lib.* XV, 5, 7.

Año 1555. Carlos insiste en el proyecto de cambiar el órden de la sucesion al trono imperial.

na imperial á su hijo Felipe; pues que la oposicion que al principio se suscitára contra aquel proyecto le habia precisado á suspenderlo, pero no á abandonarlo. Instó de nuevo á su hermano á que cediese mediante alguna indemnizacion sus derechos á la sucesion del imperio, y que aquel aprecio los sacrificase al esplendor de la casa de Austria. Fernando estaba tan poco dispuesto como siempre á dar tan estraordinaria prueba de desinterés; pero conociendo que no le bastaria toda su firmeza si no se declaraban abiertamente á su favor todos los príncipes del imperio, procuró conciliárselos accediendo á todas sus demandas.

Prepáranse los turcos para invadir la Hungría.

Por otra parte necesitaba que la dieta le concediese prontos y poderosos socorros para hacer frente á los turcos, que despues de haberle despojado en Hungría de la mayor parte de sus territorios, aun amenazaban atacar con un ejército formidable las provincias que le quedaban; mas para incitar á los protestantes á empeñarse en una guerra estrangera que pedia todo su zelo, era preciso asegurar la paz interior del imperio sobre bases sólidas é indestructibles.

Ponen cuidadoso á Fernando algunas acciones de los protestantes.

Creció la circunspeccion de Fernando en vista de una accion de los reformistas poco despues de la apertura de la dieta. Cuando la publicacion del mencionado discurso escitó sus temores y sospechas, los electores de Sajonia y de Brandeburgo y el landgrave de Hesse juntáronse en Namburgo, donde renovando el antiguo tratado de confederacion que por tanto tiempo uniéra á sus familias, le añadieron un nuevo artículo por el cual se obligaban á profesar la confesion de Augsburgo, jurando sostener su doctrina en sus respectivos estados (1).

(1) *Chytræi Saxonia*, 480.

Empleó pues Fernando toda su habilidad en conducir las deliberaciones de la dieta de manera que no irritase á un partido cuya amistad érale tan necesaria cuanto podia serle perjudicial su odio. Adhiriéronse los miembros de la asamblea á su dictámen, que era, tratar de la religion antes de todo; mas luego que entraron en discusion, una y otra parte mostraron todo el calor y animosidad que lleva consigo asunto tan propio para producir la fermentacion de los ánimos y que habian ido inflamándose con la acrimonía de las disputas y con el furor de las guerras civiles.

Año 1555. Esfuérzase por conciliar á ambos partidos.

Pretendian los reformistas que la libertad de conciencia que reclamaban en virtud del tratado de Passau debia estenderse sin escepcion á cuantos habian abrazado ó abrazarian la doctrina de Lutero. Los católicos, despues de haber sentado el principio de que el papa debia ser el solo juez en última apelacion en las materias de fé, sostenian que, si la situacion en que se hallaba el imperio y el amor á la paz les habia hecho consentir á la tolerancia de las nuevas opiniones, no podia estenderse ni á las ciudades que se habian conformado al *Interim*, ni á los eclesiásticos que en adelante se separasen de la iglesia romana. No era fácil conciliar tan opuestas pretensiones, que el zelo y habilidad de teólogos ejercitados en disputar sostenian por una y otra parte con sutiles argumentos y con toda la amargura del lenguage escolástico. Fernando arrancó concesiones á cada partido; dió una interpretacion favorable á los puntos equívocos, y ya haciendo presente cuán necesaria y útil era la concordia, ya amenazando la disolucion de la dieta, logró al fin atraer los ánimos á una determinacion que satisfizo igualmente á entrambos partidos.

Pretensiones de los católicos y de los protestantes.

Año 1555. 15 de setiembre. Establécese la paz de religion.

De consiguiente redactóse un decreto que se aprobó y publicó con las formalidades de estilo, y cuyos principales artículos fueron: que los príncipes y las ciudades que se habian declarado á favor de la confesion de Augsburgo podrian con libertad profesar su culto y doctrina sin ser inquietados por el emperador, ni por el rey de los romanos ni por nadie; que por su parte los protestantes no turbarian ni á los príncipes ni á los estados que admitian los dogmas y las ceremonias de la iglesia católica; que en adelante solo por los pacíficos y persuasivos medios de las conferencias se intentaria poner término á las disputas religiosas; que el clero romano no podria reclamar ningun derecho de jurisdiccion espiritual en los estados de la confesion de Augsburgo; que los que estaban poseyendo beneficios ó rentas de la iglesia continuarian gozándolos, sin que la cámara imperial pudiese molestarlos tocante á este artículo; que el poder civil tendria derecho de establecer en cada estado la doctrina y culto que estimase conveniente, y que los vasallos que no quisiesen conformarse tendrian la libertad de retirarse con todos sus haberes á donde quisiesen; que si algun prelado ó eclesiástico en lo sucesivo abandonaba la religion romana, renunciaria á su diócesis ó á su beneficio que desde entonces se consideraria vacante como por la traslacion ó la muerte del titular, y que el colador tendria derecho de nombrar un sucesor de reconocida fidelidad á la antigua doctrina (1).

Reflexiones acerca de los progresos de los principios de tolerancia.

Estos son los estatutos de aquel famoso decreto, base de la paz religiosa en Alemania y vínculo de union entre estados cuyos sentimientos difieren en los puntos

(1) Sleid. 620. Fra-Paolo, 368. Pallav. t. II, 161.

mas importantes. En nuestro siglo y en una nacion donde se conoce ya la tolerancia y sus felices efectos, pasmárase alguien sin duda de que ambos partidos no echasen mano ya desde el principio de semejantes medios de conciliacion tan propios de la muchedumbre y caridad del cristianismo. Pero por natural que fuese tan saludable espediente, fuéranle tan opuestos la práctica y la opinion que apenas nadie pensaba en él. Si entre los gentiles la diversidad de opiniones en materias religiosas nunca fué un manantial de querellas y discordias, debióse á que siendo locales todas sus deidades, la veneracion que cada pueblo profesaba á uno no escluía la existencia ó poder de los demas, al paso que el culto de un pais no era incompatible con el de las demas naciones. De este modo los errores en sus sistemas teológicos no atacaron la paz de los estados, y apesar del prodigioso número de sus deidades y de la infinita variedad de sus ceremonias religiosas subsistió siempre entre ellos el espíritu de socialidad y tolerancia. Año 1555.

Mas luego que la revelacion cristiana anunció que no habia mas que un Dios y un solo culto digno del ser supremo, los que reconocieron su verdad debieron de mirar á los demas como absurdos ó impíos, y de ahí el zelo de los primeros cristianos en propagar su doctrina y su ardor en destruir las demas. Sin embargo solo usaron al principio medios conformes al espíritu de la religion; persuadian los ánimos con la fuerza de sus razones, y ganaban sus corázones con los atractivos de una virtud sublime. En fin, habiéndose el poder civil declarado á favor del cristianismo, y aunque á imitacion de los gefes la mayor parte de los gentiles se sometieron á la iglesia; muchos permanecieron adictos á

Año 1555. sus antiguas supersticiones. Indignados de semejante obstinacion los ministros del evangelio, cuyo zelo no aflojó aun despues de pasado el primer entusiasmo, quisieron forzar las conciencias; y traspasando los límites de su mision, armaron al poder del trono contra los infelices á quienes no habian podido convencer.

Entretanto entre los mismos cristianos suscitáronse cuestiones acerca de los artículos de fé, y pronto emplearon contra sí mismos las armas con que batiéran á los enemigos de la religion. Cada teólogo quiso que el magistrado tomase parte en su causa, y cada uno á su turno provocó el poder temporal para reprimir ó esterminar á sus antagonistas. Poco tardaron los obispos de Roma en pretender que eran infalibles en la esplicacion de los dogmas y en la decision de los puntos de controversia, y persuadiéndolo á la credulidad de los hombres á fuerza de artificios y perseverancia, convertieron una pretension en derecho. Luego que aquellos gefes dogmáticos falláran sobre un punto de doctrina, oponerse á él ó dudar era no solo resistir contra la verdad, sino aun revelarse contra una autoridad sagrada; y para vengar una y otra emplearon contínuamente el brazo del poder temporal de que supiéran enteramente apoderarse.

Hacia, pues, muchos siglos que estaba la Europa acostumbrada á ver propagadas ó sostenidas con la fuerza opiniones puramente especulativas. Echáronse en completo olvido aquella indulgencia y caridad mútua que tan sínceramente recomienda el cristianismo; ignorábase esa libertad de conciencia que permite á cada cual seguir su juicio en materias de doctrina, y era por fin desconocida la idea de tolerancia, y aun esa misma palabra en el sentido con que hoy se aplica. Pensaban enton-

ceś que empleár la violencia contra el error era una de las prerogativas de los que poseían el conocimiento de la verdad; y como cada partido pretendia ser posesor de semejante tesoro, todos ejercian tanto como podian los derechos que creían acompañaban á semejante posesion. Guiados los católicos romanos por las decisiones de un juez infalible, y creyendo que ellos solos conocian la verdad, reclamaron altamente el apoyo de la autoridad civil contra los innovadores. Los protestantes, no menos confiados en la bondad de su doctrina, solicitaron á su vez los príncipes de su partido paraque reprimiéran á los que se atrevian á combatirla ú oponerse á ella. Lutero, Calvino, Cranmer, Knox, fundadores de la reforma en su pais respectivo, luego que tuvieron poder y ocasion hicieron sufrir á cuantos dudaban de la verdad de su creencia los mismos castigos que la iglesia romana destinaba contra sus discípulos sus secuaces y quizás sus enemigos hubiéran creido que desconfiaban de la bondad de su causa, si no hubiesen reunido á los violentos medios que juzgaban lícitos para el triunfo de la verdad.

Solo á fines del siglo décimo séptimo admitióse la tolerancia en la república de las Provincias-Unidas, de donde pasó á Inglaterra. Los males ocasionados por las persecuciones, la influencia de la libertad en la perfeccion del gobierno, las ciencias que ilustrando á los hombres los hicieron mas humanos, en fin la prudencia y la autoridad de los magistrados, todo concurrió á establecer tan sabia costumbre, que tan contraria era al zelo furioso que debiéran todas las sectas en sus falsos principios acerca de la naturaleza de la religion y los derechos de la verdad, ó que les infundiéran las máximas de la iglesia romana.

Año 1555. Beneficios de la paz de religion para los luteranos.

Cualquiera podrá notar que no dictaron el decreto de Augsburgo ideas tan justas y vastas sobre la libertad de conciencia y acerca de la naturaleza de la tolerancia. No era mas que un plan de pacificacion que algunas consideraciones meramente políticas sugiriéran á entrambos partidos, y que el interés de su seguridad y tranquilidad mútua hacia tan necesario al uno como al otro. Pruébase esto claramente con el artículo del mismo decreto, que declara que los beneficios de la pacificacion solo comprenderán á los católicos y á los que profesen la confesion de Augsburgo, con cuya restriccion los partidarios de Zwingle y de Calvino halláronse abandonados al rigor de las penas señaladas á los hereges. Casi un siglo transcurrió antes que obtuviesen la proteccion de las leyes, y hasta el tratado de Westfalia no se les admitió á gozar con los luteranos de todos los privilegios de la paz de religion.

Tambien es ventajoso para los católicos.

Si los discípulos de Lutero miraron regocijados protegida su doctrina por el decreto de Augsburgo, tambien sus adversarios pudieron felicitarse del artículo que reservaba para el clero católico el disponer de los beneficios, de cuantos en adelante abjurarian la religion romana, y aquel artículo, conocido en Alemania con el nombre de *reserva eclesiástica*, era muy conforme á la idea que entonces reinaba sobre los derechos de una iglesia establecida. Pareció muy justo que las rentas aplicadas en su orígen para la manutencion de los que profesaban su doctrina no cambiasen de destino; de esta misma opinion fueron los protestantes, y cualesquiera que fuesen las consecuencias que pudiesen prever entonces, desistieron de la oposicion que al principio hiciéran á ello. Como los príncipes católicos del imperio hicieron en todas ocasions oebser-

var exactamente aquella convencion, llegó á ser en Alemania la mas fuerte barrera de la iglesia romana contra la reforma. Desde entonces, no incitando el interés á los eclesiásticos á mudar de creencia, muy pocos hubo que estuviesen bastante dispuestos á favor de la nueva doctrina pero sacrificarle los ricos beneficios que estaban poseyendo. Año 1555.

Durante la asamblea de la dieta, Marcelo Cervino, cardenal de Santa Cruz, fué elegido papa por muerte de Julio, y como Adriano, no mudó su nombre. Lleno de tan puros intentos como los de aquel pontífice, escedíale en la ciencia de gobernar y mas aun en el conocimiento del carácter de la corte romana. Conocia á fondo toda la corrupcion de aquella corte y la especie de reforma de que era susceptible, y esperábase que su sabiduría dictase reglamentos que, al paso que corrigiesen los mas escandalosos abusos, hiciesen tal vez volver al seno de la iglesia los que solo de ella se alejáran por indignacion contra los vicios del clero; pero aquel respetable pontífice solo un momento brilló en la silla de San Pedro. La rigurosa clausura del conclave ya comenzára á alterar su salud, y con la fatiga de las largas ceremonias de su exaltacion, acompañada de la asídua y profunda aplicacion que exigia el plan de reforma que estaba meditando, aniquilóse de tal manera su constitucion débil de suyo, que cayó enfermo doce dias despues de su eleccion y murió al vigésimo (1).

Marcelo III es elegido papa. 9 de abril.

Su muerte.

Pusiéronse en práctica los mas refinados artificios é intrigas, tan propios de los conclaves, para dar un sucesor á Marcelo. Los cardenales de la faccion im-

Eleccion de Pablo IV.

(1) Thuan, 510. Fra-Paolo, 363. Onuph. Panvin. 321, etc.

Año 1555. perial y los de la francesa trabajaron con igual ardor para ganar los votos, cada cual por un candidato de su partido. Pero tras debates tan acalorados, cuan 13 de mayo. importante era el objeto que los movia, reuniéronse para elegir à Juan Pedro Caraffa, deán del sacro colegio é hijo del conde Montario, de una ilustre familia del reino de Nápoles. La habilidad é influjo del cardenal Farnesio, que favorecia las pretensiones de Caraffa, el mérito de este, y tal vez su avanzada edad, que en parte suavizaba el pesar de los pretendientes con la esperanza de ver pronto vacante la silla pontificia, todo enfin concurrió para su eleccion. Por respeto á la memoria de Pablo III, que le hizo cardenal, y por reconocimiento á la familia de los Farnesios, tomó el nombre de Pablo IV.

Su carácter. La eleccion de un prelado de tan singular carácter, y que tanto tiempo habia seguia una carrera que debia alejarle de la primera dignidad de la iglesia, causó alguna inquietud à los italianos, que habian observado demasiado sus costumbres y conducta paraque dejasen de estar dudosos acerca de lo que de él debian esperar. Aunque nacido de un rango que le dispensaba de todo mérito para ascender à las mayores dignidades eclesiásticas, desde su juventud se habia Pablo dedicado al estudio como un hombre que solo à sus calidades personales quiere deberlo todo. Versado en todas las sutilezas de la teologia escolástica, poseía ademas un profundo conocimiento de las lenguas sabias y de las bellas letras, cuyo estudio hacia poco que habia renacido en Italia donde se cultivaba con mucha emulacion. Sin embargo su espíritu naturalmente sombrío y severo inclinábase mas á la acrimonia de las controversias que á esa elegancia y cortesanía que da de sí la litera-

tura, y tenia las ideas y sentimientos de un monge mas bien que los talentos necesarios para la direccion de los grandes negocios. Gozando de varios ricos beneficios al entrar en la iglesia, empleado como nuncio en diferentes cortes, cansóse pronto de semejante carrera, y apeteció una vida mas adecuada á sus inclinaciones y carácter, y á este fin renunció á la vez todas sus dignidades eclesiásticas. Habiendo instituido una órden de regulares, que apellidó Teatinos del nombre del arzobispado que ocupára, asocióse á aquella comunidad y conformóse á todo el rigor de las reglas que prescribiéra, prefiriendo la soledad de la vida monástica y el honor de fundar una nueva órden á las grandes esperanzas que á su ambicion ofrecia la corte de Roma. Año 1554.

Mucho tiempo hacia que moraba en aquel retiro, cuando movido de la sola fama de su santidad y de su ciencia, Pablo III le llamó á Roma para consultarle acerca de los medios de destruir la heregía y de restablecer la antigua autoridad de la iglesia. Despues de haberle sacado de su soledad, logró el papa, ya con súplicas, ya con su autoridad, que aceptase el capelo, recobrase los beneficios que renunciára, y volviese á entrar en el camino de los honores. Pero durante el reinado de dos pontífices, de los cuales el último agitó toda la corte de Roma con todos los manejos de la ambicion, y el otro con los mas escandalosos escesos, conservó siempre Caraffa su austeridad monástica, y enemigo declarado de toda innovacion en doctrina, y estremadamente rígido en cuanto á la observancia del culto, fué quien mas contribuyó á establecer en los estados del papa el formidable y odioso tribunal de la inquisicion. Siempre defendió la jurisdiccion y disciplina de la iglesia, al paso que censuró vivamente toda ac-

Año 1555. cion dictada por miras de política y de interés, mas bien que por el zelo del honor y dignidad de la santa sede. Bajo el mando de un papa de semejante carácter esperaban los cortesanos un pontificado duro y áustero, en que todos los principios de la sana política sacrificaríanse á las mezquinas preocupaciones de la devocion, y el pueblo temia que la parsimonia y la rigidez de costumbres reemplazase la alegría y magnificencia que por tanto tiempo reinára en la corte de Roma.

Pero dióse prisa Pablo á desvanecer esos temores, pues así que tomó posesion del mando renunció de repente á la austeridad que hasta entonces distinguiéra á él y á su familia, y cuando el mayordomo de su casa le preguntó de que manera queria vivir: «Como un gran príncipe», contestó con orgullo. Celebróse con la mayor pompa la ceremonia de su coronacion, y para conquistar el afecto de los habitantes de Roma, ilustró su elevacion al trono con muchos actos de clemencia y liberalidad (1).

Obstáculos que á su designio se oponen.

Con todo sin duda hubiéra vuelto á cobrar con él su ascendiente la severidad que le era peculiar justificando así las conjeturas de los cortesanos, si luego despues de su eleccion no hubiese llamado junto á su persona dos sobrinos suyos, hijos de su hermano el conde de Montario. El mayor fué nombrado gobernador de Roma, y el segundo, que hasta entonces habia servido en clase de voluntario en los ejércitos de Francia y España, y cuyo carácter y costumbres eran mas propios para aquella profesion que para el estado eclesiástico, fué creado cardenal y en seguida legado de Bolonia, que era por su rango y autoridad el segundo puesto de que

Desconfian

(1) Platina, *p.* 327. Castaldo. *Vida di Paolo IV*; *Rom.* 1515, *p.* 70.

Año 1555.

podia disponer un pontífice. Y no contento con darles semejantes testimonios de favor, añadió Pablo una confianza y estimacion sin límites, y se manifestó dispuesto á hacer cualquier sacrificio para el engrandecimiento de sus sobrinos, cuya ambicion desgraciadamente para el pontífice era ilimitada. Habiendo visto á los Médicis elevarse en Toscana al poder supremo por medio de los papas de aquella familia, y á la casa de los Farnesios adquirir los ducados de Parma y de Plasencia con la habilidad de Pablo III; aspiraron tambien á obtener algun establecimiento que les elevase á la misma independencia y poder; pero como sabian que no llegaria á tanto la debilidad de su tio, que secularizase una parte del patrimonio de la iglesia, parecióles que la desmembracion de los dominios del emperador en Italia era el único medio de satisfacer su ambicion, y con la esperanza de recoger algunos restos hubiérales bastado este motivo para fomentar la discordia entre Carlos y el papa.

Sus ambiciosos proyectos.

Pero ademas de esto tenia el cardenal Caraffa motivos personales para aborrecer al emperador. Cuando servia en las tropas españolas, no recibió el trato respetuoso y la distincion que creía se debia á su nacimiento y su mérito, de lo cual disgustado dejó repentinamente el servicio de Carlos y pasó al de Francia, donde lisongeando su vanidad la acogida que se le hizo quedó desde entonces muy adicto á los intereses de aquella monarquía. Por otra parte, habiendo trabado estrecha amistad con Strozzi, que mandaba el ejército francés en Toscana, inspiróle este mortal enemistad contra el emperador, á quien miraban como el mayor contrario de la independencia y libertad de los estados de Italia. El mismo papa hallábase muy dispuesto á

Causas de su resentimiento contra el emperador.

Año 1555. recibir impresiones desfavorables á aquel príncipe, pues traía siempre á la memoria la oposicion que hiciéran á su eleccion los cardenales del partido imperial, y crecia su resentimiento con el recuerdo de las pasadas injurias que de Carlos y de sus ministros recibiéra.

Procura indisponer al papa contra aquel monarca.

Valiéndose de esas disposiciones, usáran sus sobrinos varios artificios para enemistarle con el emperador de un modo irreconciliable. Exageraron todo lo que podia indicar el descontento que recibió aquel al saber la eleccion de Caraffa, y enseñaron á su tio una carta interceptada en que reprehendia Carlos de negligentes é ineptos á todos los cardenales de su faccion por no haberla impedido. Un dia pretendieron que habian descubierto una conspiracion tramada contra su vida por el ministro del imperio y Cosme de Médicis, y en otra ocasion le alarmaron con los detalles de su complot formado, segun decian, para hacerles asesinar. Así, manteniendo en perpetua ansiedad su espíritu de suyo violento, y que por efecto natural de la vejez habíase vuelto suspicaz; arrastráronlo á cometer acciones que en otros tiempos hubiéra condenado el primero (1). Mandó arrestar algunos de los cardenales mas adictos al emperador, y los encerró en el castillo de San Angelo; persiguió con estremado rigor á los Colonas y á los demas varones romanos que pertenecian al bando imperial; en fin manifestó en todo desconfianza, temor y ódio al emperador, y principió á grangearse la amistad del rey de Francia, como si quisiese poner toda su confianza en su ayuda y proteccion.

Incítanle á procurarsela

Esto era precisamente adonde querian conducirle sus sobrinos, como medio el mas propio para favore-

(1) Ripamontii *Hist. Patriæ, lib. III*, 1146. *Ap. Graev. Thes. vol. II. Mem. de* Ribier, *II*, 615. Adriani *Istor. I*, 906.

cer sus ambiciosos proyectos; mas viendo que su éxito dependia enteramente de la vida de su tio, cuya avanzada edad no les permitia ya perder un momento en negociaciones inútiles, en vez de tratar con el embajador de Francia residente en Roma, lograron que el papa despachase un sugeto de confianza á la corte de Enrique con tan ventajosas proposiciones que no hubiesen de temer una negativa. Propúsose pues aquel monarca hacer con el papa alianza ofensiva y defensiva, en virtud de la cual juntarian sus fuerzas para atacar el ducado de Toscana y el reino de Nápoles. Si la fortuna protegia sus armas, volveríase al primero de aquellos estados su antigua forma de gobierno republicano; daríase la investidúra del segundo á un hijo del rey de Francia, pero segregando cierta porcion de territorio que se añadiria al patrimonio de la iglesia y de la cual se formarian dos principados para los dos sobrinos del papa.

Año 1555. amistad del rey de Francia.

Fascinado el rey con tan especiosos proyectos, recibió al enviado del modo mas favorable; mas cuando se presentaron al consejo aquellas proposiciones, el condestable de Montmorency, naturalmente enemigo de las empresas aventuradas, y cuya circunspeccion creciéra con la edad y la esperiencia, opúsose enérgicamente á aquella alianza. Recordó cuán funestas habian sido á la Francia durante tres reinados consecutivos todas las espediciones de Italia; dijo que si la nacion habia sido vencida cuando sus tropas y hacienda se hallaban en el mejor estado, menos debia entonces esperarse feliz éxito en medio del aniquilamiento á que la redujéran los estraordinarios esfuerzos que hiciéra en cincuenta años de guerras sostenidas casi sin interrupcion; y representó cuan imprudente seria contraer em-

El condestable de Montmorency se opone á la alianza de Enrique con el papa.



Año 1555. peño alguno con un pontífice que contaba ya ochenta años, que solo ofrecia esperanzas tan frágiles como su vida, y cuya muerte precisamente ocasionaria una súbita revolucion en los asuntos de Italia, y dejaria al rey con todo el peso de la guerra. Añadió que habiendo formado el emperador el proyecto de renunciar al mundo, sin duda queria restablecer la paz en sus estados antes de entregarles á su hijo, y que por tanto debíase esperar un próximo arreglo con aquel monarca; y en fin que infaliblemente se atraerían las armas de Inglaterra contra la Francia si se daba motivos para creer que la ambicion de esta monarquía era el único obstáculo que se oponia al restablecimiento de la paz en Europa.

Apóyala el duque de Guisa. Con tan poderosas consideraciones, espuestas con mucho fuego por un ministro de la mayor confianza, habríase probablemente abstenido el rey de aliarse con el papa; pero el duque de Guisa y su hermano el cardenal de Lorena, que buscaban las empresas peligrosas y aventuradas tanto como Montmorency las temia, declaráronse por la alianza. Esperaba el cardenal que se le nombraria encargado de negocios en la corte de Roma, y el duque confiaba mandar el ejército que se destinaba á la espedicion de Nápoles, en cuya perspectiva veían ambos abrirse á sus vastos y ambiciosos proyectos la mas bella carrera. En efecto, su crédito, apoyado por el de la querida del rey, Diana de Poitiers, que entonces era enteramente adicta á los intereses de los Guisas, fué mas que suficiente para triunfar de los sabios consejos de Montmorency, y para impulsar á un príncipe inconsiderado á escuchar las proposiciones del enviado del papa.

El cardenal Como lo habia previsto, fué al punto el cardenal

de Lorena enviado á Roma con plenos poderes para concluir el tratado y concertar todas las medidas propias para apresurar su ejecucion. Entretanto empezára el papa á entibiarse en sus negociaciones con la Francia, y aun manifestaba cierta repugnancia á continuarlas ya porque hubiese reflexionado acerca de la incertidumbre de los sucesos de la guerra, ya porque tal vez el embajador imperial hubiese sabido infundirle alguna inquietud. Para sacarlo de aquella especie de irresolucion y volver á encender su resentimiento, echaron mano sus sobrinos de los espedientes que tanto les aprovecharon en otras ocasiones. Volvieron á dispertar sus temores acerca de las intenciones del emperador, hablaron de las amenazas que proferian sus ministros, y de nuevas conspiraciones prontas á estallar contra la vida del pontifice.

Año 1555. de Lorena recibe el encargo de negociar con el papa

Pero ya no producian el mismo efecto artificios repetidos tan á menudo, y su impresion hubiéra quedado sin consecuencia si la animosidad de Pablo no se hubiese inflamado otra vez con un nuevo motivo de ofensa que no podia perdonar. Con la noticia del decreto de la dieta de Augsburgo y de la tolerancia que aquel acta garantía á los protestantes, entregóse de repente á tan furiosos arrebatos de cólera contra el emperador y el rey de romanos, que por sí mismo practicó los mas violentos pasos á que querian conducirle sus sobrinos. Como concibiéra la mas alta idea de las prerogativas de la santa sede, y dejándose llevar de un zelo implacable contra la heregía, en las disposiciones de aquella dieta, compuesta en su mayor parte de legos que se arrogaban el derecho de decidir en materias de fé, únicamente vió un temerario atentado contra una jurisdiccion que á él solo pertenecia, al pa-

Indígnase Pablo con el decreto de la dieta.

Año 1555. so que en la libertad concedida á los protestantes solo hallaba el criminal abuso de un poder usurpado. Quejándose altamente al embajador imperial de aquellos dos ultrages, pidió que al punto se declarase nulo é ilegal el decreto de la dieta; amenazó al emperador y al rey de romanos con los mas terribles efectos de su venganza, si se negaban ó diferian satisfacerle en aquel artículo; y enfin tomó el tono de autoridad de aquellos pontífices del duodécimo siglo, que con un solo decreto hacian estremecer ó derribaban el trono de los mayores monarcas. Pero semejante estilo era ya fuera de razon, mayormente con el ministro de un príncipe que mas de una vez hiciéra sentir todo el peso de su poder á pontífices mas temibles. Sin embargo el embajador escuchó con mucho sufrimiento sus proposiciones y sus estravagantes amenazas y procuró calmarle, haciéndole presente la apurada situacion en que el emperador se hallára en Inspruck, las obligaciones que se habia visto precisado á contraer con los protestantes para salir de ella, y en fin la necesidad que tenia de cumplir sus promesas y de conformar su conducta á su posicion. Mas por convincentes que fuesen semejantes razones, ninguna mella hicieron en el ánimo de un pontífice altivo y fanático. Respondió que en virtud de su autoridad apostólica absolvia al emperador de todas sus promesas y le prohibia cumplirlas; que tratándose de la causa de Dios y de la Iglesia, no se debia ya atender á las máximas de la política y de la prudencia humana; que las desgracias del emperador en Alemania eran un castigo del cielo por haber consultado mas su interés que el de la religion; y tras este discurso, separóse bruscamente del embajador sin esperar respuesta.

No dejaron sus sobrinos de alabar el proceder y de adular los sentimientos de aquel orgulloso pontífice, que siempre lleno de las ideas monásticas acerca la estension de la autoridad pontificia, incesantemente repetian que era el sucesor de aquellos que habian destronado reyes y emperadores, y que mas elevado que todos los poderosos de la tierra, hollaria con sus pies los que osasen resistirle. Estas eran sus disposiciones para con la casa de Austria cuando llegó el cardenal de Lorena. Fácil le fué á este encargado de negocios inducir al papa á que firmase un tratado cuyo objeto era la ruina de un príncipe á quien mas que nunca aborrecia. Las condiciones fueron las mismas que habia propuesto en Paris el enviado de Pablo, y convinieron en que se mantendria secreta aquella alianza hasta que por ambas partes estuviese todo pronto para abrir la campaña (1).

Año 1555. Sus sobrinos escitan mas su resentimiento.

Firma su tratado con la Francia.

Pero durante la negociacion de aquel tratado puso fin de repente á los temores que eran su pretesto, un acontecimiento que debia inutilizar sus medidas, la abdicacion que el emperador hizo de sus estados hereditarios á favor de su hijo Felipe, y su resolucion de renunciar para siempre á los negocios del mundo y de pasar el resto de sus dias en el retiro y la soledad. No son menester profundas reflexiones ni un gran discernimiento para conocer que un rey no está exento de cuidados ni de penas, y que la mayor parte de los hombres que ascienden al trono compran cara aquella preeminencia, que tanto se les envidia, con las inquietudes, el cansancio y el fastidio que de ella son inseparables; pero descender de un rango supremo á un es-

El emperador resuelve abdicar sus estados hereditarios.

(1) Pallav. *lib. XIII*, *p.* 163. Fra-Paolo, 365. Thuan, *lib. XV*, 315, *lib. XVI*, 540 *Mém. de* Ribier, *II*, 609, *etc.*

Año 1555. tado de subordinacion, y desechar el poder para buscar la felicidad; esfuerzo es este que parece superior á las fuerzas humanas. La historia presenta sin embargo mas de un ejemplo de príncipes que abandonaron el trono para acabar su vida en el retiro; pero fueron todos ú hombres débiles, que se arrepintieron pronto de una determinacion tomada con ligereza, ó ilustres desgraciados que, privados de la corona por un rival, solo con pesar suyo caían en una condicion privada. Diocleciano es tal vez el único monarca digno de reinar que haya abdicado el imperio como filósofo, y pasado largos años en un retiro voluntario sin echar á lo pasado una ojeada ó un suspiro de pesar á la grandeza y poder de que se despojára.

Motivos de su ambicion.

Pasmó á toda la Europa la abdicacion de Carlos, y sus contemporáneos y los historiadores de su siglo perdiéronse en conjeturas para dar con los motivos. En efecto, casi nadie podia esperar tan singular resolucion por parte de un monarca cuya pasion favorita fué siempre el amor al mando; y que no contando todavía mas que cincuenta y seis años hallábase precisamente en la edad en que la ambicion, mas fuerte por menos distraida, prosigue su objeto con mas ardor. Muchos autores han atribuido semejante accion á causas frívolas y estrañas que no pueden influir en el corazon humano; otros la han mirado como el resultado de algun profundo misterio de política; pero historiadores mas perspicaces y mejor informados han creido que era inútil recurrir á caprichos singulares ó á secretos de estado, cuando razones sencillas y palpables podian esplicar la conducta del emperador. En su juventud habíale atacado la gota, cuya violencia crecia á medida que entraba en años apesar de los desvelos de los mas

hábiles facultativos, al paso que sus ataques hacíanse cada año mas frecuentes é insufribles. Sus dolencias, destruyendo el vigor de su complexion, habian alterado las facultades de su alma; de modo que incapaz cuando le aquejaba la gota de dedicarse á los negocios, y no teniendo mas que algunos momentos de alivio que apenas le dejaban por cortos intérvalos aplicarse á asuntos serios, pasaba lo restante del tiempo en juegos ó diversiones propios para dar algun descanso á su espíritu debilitado y casi aniquilado por dolorosas enfermedades. En semejante estado el curso de los negocios de su reino era una carga harto desada para él, y mucho menos podia llevar adelante la ejecucion de los vastos proyectos que formára cuando estaba en la fuerza de su edad, ó sostener aquel gran sistema político cuya cadena ceñia á todas las naciones de Europa y á los complicados intereses de tantas cortes diferentes. Acostumbrado por tanto tiempo á fijar su vigilante vista en todos los ramos de la administracion y á decidir por sí solo en todas las operaciones, veía con pesar que los progresos de su enfermedad le precisaba á abandonar la direccion de los negocios, y así no dejó de atribuir las desgracias ó accidentes que sobrevenian, cualesquiera que fuesen, á la imposibilidad en que se hallaba de gobernar en persona. Quejábase de la suerte, que á la fin de su vida le ponia un rival en la flor de su edad, dueño de concertar y ejecutar por sí mismo sus proyectos, mientras él se veía reducido á confiar á otros el encargo de velar por sus intereses. Acometido prematuramente por las incomodidades de la vejez, creyó que cual hombre prudente debia esconder su debilidad á las miradas del público, y que seria esponer su gloria y vencer su fama obstinarse en no

Año 1555.

Año 1555. soltar las riendas del gobierno cuando ya no podia tenerlas con firmeza ni manejarlas con habilidad (1).

Pero varias eran las razones que basta entonces se opusiéran á la ejecucion del proyecto del emperador, aunque habíalo meditado muchos años y comunicado á sus hermanas las reinas viudas de Francia y de Hungría, que lo aprobaron, ofreciendo acompañarle al lugar de su retiro. No podia resolverse á encargar á Felipe el gobierno de sus estados hasta que tuviese la edad y esperiencia necesarias para sostener tan pesada carga. Mas como cumpliéra aquel príncipe veinte y ocho años, y habituado desde jóven al trabajo mostrase para él tanta inclinacion como talento; no se podria atribuir á la prevencion de la ternura paternal la resolu-

(1) En sus *Mèmoires du cardinal de Granvelle* Dom Levesque, atribuye la abdicacion del emperador á una causa de que no creo haya becho mencion ningun otro historiador. Dice que habiendo aquel monarca cedido á su hijo, cuando su casamiento con la reina de Inglaterra, el gobierno de Nápoles y del ducado de Milan, apesar de los consejos y súplicas de su padre desterró Felipe todos los antiguos ministros y oficiales de aquellos dos estados para poner en su lugar hechuras suyas; que aquel príncipe solicitaba abiertamente y sin rebozo tomar parte en la administracion de los negocios en los Paises Bajos; que procuraba oponer obstáculos á todas las medidas del emperador y limitar su autoridad; que en fin viendo Carlos que era preciso ó ceder á su hijo ó recurrir á la fuerza, y no queriendo llegar á estremos dolorosos para un padre, resolvió cederle todos sus estados y retirarse del mundo. (*tom. I, p.* 24, *etc.*). Dom Levesque, al contar brevemente esos singulares hechos, pretende que los sacó de los manuscritos del cardenal de Granvelle; mas aunque esa numerosa coleccion de papeles, conservada y puesta en órden por el abate Boizot de Besançon, es uno de los mas preciosos monumentos de la historia del siglo décimo séptimo, y aclara mucho los acontecimientos del reinado de Carlos Quinto, sin embargo como todavía no se ha publicado esa obra, no puedo decir que grado de confianza merece el trozo que se acaba de leer, y esto es lo que me determinó á no insertarlo en mi relacion de la abdicacion de Carlos Quinto.

cion que tomase Carlos de ceder desde entonces á su hijo un trono que quería abandonar. Pero su madre era la que oponia un obstáculo mas positivo á su abdicacion. Aunque hacia cincuenta años que aquella princesa vivia encerrada en el mismo estado de enagenacion mental en que la puso la muerte de su marido, sin embargo considerábase siempre que gobernaba la España en union con el emperador. Insertábase su nombre en todas las ordenanzas al lado del de su hijo, y sus vasallos le profesaban tan profundo respeto que hubiéranse mostrado muy escrupulosos en reconocer á Felipe por su soberano, á no ser que ella consintiese en asociarle al trono. ¿Mas en el deplorable estado en que se hallaba, como obtener de ella semejante consentimiento? Con su fallecimiento, que fué aquel mismo año, desaparecieron todos los obstáculos, dejando á Carlos único señor de la corona de España y libre de disponer de ella á favor de su hijo. Y como la guerra contra la Francia podia aun retardar semejante abdicacion, sin duda deseabá poner término á las hostilidades para dejar sus estados en completa paz antes de bajar del trono. Mas nó mostrándose Enrique dispuesto á ninguna composicion, y habiendo recibido proposiciones de paz justas y razonables con un tono que anunciaba un firme propósito de continuar la guerra; conoció Carlos que seria inútil esperar por mas tiempo un acontecimiento demasiado incierto. Año 1555.

Así, luego que creyó haber hallado el momento favorable para la ejecucion de su gran designio, quiso verificarlo con toda la solemnidad que requerian las circunstancias é ilustrar su último acto de soberanía con un esplendor y magnificencia que dejase profunda impresion en el corazon de sus vasallos y de su sucesor. Formalidades con verificar su renuncia.

Año 1555. Mandó pues á Felipe que saliese de Inglaterra, donde era víctima del desigual carácter de la reina, agriado aun mas por el pesar de no tener hijos, mientras por otra parte el odio y envidia de los ingleses le quitaban toda esperanza de poder gobernarles algun dia despues de haber convocado los estados de los Paises Bajos en Bruselas para el 25 de octubre, acudió allí el emperador á sentarse por la vez postrera en su trono, teniendo á su derecha su hijo, á su izquierda su hermana la reina de Hungría y regente de los Paises Bajos, y detras de sí un brillante séquito de grandes de España y príncipes del imperio. El presidente del consejo de Flandes esplicó en breves palabras con que intencion el soberano habia mandado la convocacion estraordinaria de aquella asamblea. Leyó en seguida el acta de renuncia por la cual cedia el emperador á su hijo Felipe todos sus dominios, su jurisdiccion y su autoridad en los Paises Bajos, declarando á sus vasallos libres de la obediencia que le debian, traspasándola á Felipe su legítimo heredero, paraque le sirviesen con el zelo y fidelidad que siempre le manifestáran en el decurso de tantos años que les gobernó.

Entonces, apoyándose Carlos en el hombro del príncipe de Orange, que tan débil estaba, levantóse de su asiento, y dirigiéndose á la asamblea, teniendo en su mano un papel para ayudar á su memoria, recordó con dignidad y sin ostentacion todas sus grandes empresas que habia acometido y ejecutado desde el principio de su reinado. Dijo que, habiéndose dedicado enteramente á los desvelos de su gobierno desde la edad de diez y siete años, no habia jamas conocido el reposo y menos los placeres; que ya en el seno de la paz,

ya en medio de la guerra habia atravesado nueve veces la Alemania, seis la España, cuatro la Francia, siete la Italia, diez los Paises Bajos, dos la Inglaterra, otras tantas el África, y surcado once veces el mar; que mientras su salud le habia permitido cumplir con sus deberes, mientras habian bastado sus fuerzas para el penoso gobierno de sus vastos estados, nunca le arredró el trabajo ni se quejó de la fatiga; pero que agotado su vigor por las dolorosas crísis de una enfermedad incurable, sus dolencias que cada dia iban en aumento le advertian que abandonase el mundo; que no tenia tantos deseos de reinar que quisiese empuñar el cetro con débil mano, cuando ya no podia ni proteger á sus vasallos ni velar para su felicidad; que en vez de un soberano que sucumbia al rigor del mal y á quien solo le quedaba un soplo de vida, les daba un príncipe que hermanaba la fuerza de la juventud, la esperiencia y madurez; que si en el decurso de su larga administracion habia cometido alguna falta, si en la confusion y complicacion de los grandes negocios que absorviéran toda su atencion habia sido injusto para con alguno de sus vasallos, les pedia perdon; que siempre conservaria viva gratitud á su fidelidad; que llevaria este recuerdo á su retiro como su mas dulce consuelo y como la mas lisongera recompensa de sus trabajos, y que sus últimos votos solo pedirian al Todopoderoso la felicidad de sus pueblos. Año 1555.

Luego, dirigiéndose á Felipe, que se pusiéra de rodillas y besaba la mano de su padre: « Si solo por « mi muerte, le dijo, os dejase esta rica herencia que « tanto he aumentado, ciertamente deberiais pagar al« gun tributo á mi memoria; mas cuando os cedo lo que « yo podria conservar todavía, tengo derecho de espe-

Año 1555. « rar de vos la gratitud mas profunda. Os dispenso con « todo de ella, y vuestro amor á vuestros vasallos y « vuestros desvelos para hacerlos felices serán para « mí las mayores pruebas de vuestro reconocimiento. A « vos toca justificar el estraordinario testimonio que de « mi afecto paternal os doy en este dia, y mostra« ros digno de la confianza que vuestra sabiduría me « merece. Tened inviolable respeto á la religion; man« tened la fé católica en toda su pureza; sean sagradas « para vos las leyes de vuestro pais; no atenteis ni á « los derechos, ni á los privilegios de vuestros súbdi« tos; y si algun dia deseareis como yo gozar de la « tranquilidad de una vida privada, ojalá tengais un « hijo que por sus virtudes merezca que le cedais el ce« tro con tanta satisfaccion como yo os lo cedo ahora. »

Acabado este discurso, echóse Carlos en su asiento, pronto á desmayarse por la fatiga de tan grande esfuerzo. Mientras hablaba, todos los asistentes deshacíanse en llanto, unos admirando su grandeza de ánimo, otros enternecidos por las vivas espresiones de su amor á su hijo y á sus pueblos, y todos con profundo sentimiento de perder un soberano que siempre habia distinguido su pais natal con muestras de particular afecto.

Púsose en pie Felipe, que permaneciéra á los pies de su padre, y con voz baja y sumisa le dió gracias de la merced que le hacia su bondad sin igual; luego, dirigiéndose á la asamblea y manifestándole cuanto sentia no poder hablar el flamenco con bastante facilidad para espresar en tan interesante ocasion todo lo que creía deber á sus fieles vasallos de los Paises Bajos, suplicó que permitiesen que hablase en su nombre Granvele, obispo de Arras, quien en un largo discurso ponderó el zelo de Felipe por el bien de sus súbditos,

su resolucion de consagrar todo su tiempo y talentos á labrar su felicidad y á imitar el ejemplo de su padre, tratando á los flamencos con la mayor distincion. Maës, abogado muy elocuente, contestó en nombre de los estados con protestas de fidelidad y adhesion á su nuevo soberano. Año 1555.

Entonces Maria, reina viuda de Hungría, renunció la regencia que por encargo de su hermano ejerciéra durante veinte y cinco años. El dia siguiente, en presencia de los estados prestó Felipe el acostumbrado juramento de mantener los derechos y privilegios de sus vasallos; y todos los miembros de la asamblea, ya en su propio nombre, ya en los de sus representados, le juraron obediencia (1). 6 de enero de 1556.

Algunas semanas despues, en una asamblea menos solemne, abdicó Carlos á favor de su hijo la corona de España con todos los territorios que de ella dependian en el antiguo y nuevo mundo. De tantas y tan vastas posesiones no se reservó mas que una pension anual de cien mil escudos para los gastos de su casa y para distribuirlos en actos de beneficencia y caridad (2).

(1) Godleveus, *Relatio abdicationis Car. V, ap. Goldast. Polit. imper. p.* 377. Strada, *de Bello Belgico, lib. I, p.* 5.

(2) Aunque debiéra esperarse que todos los historiadores guardarian la mayor exactitud acerca de la fecha precisa de un acontecimiento tan memorable é importante como la abdicacion del emperador; sin embargo todos difieren en este punto de un modo inconcebible. Convienen todos en que el acta con que Carlos traspasó á su hijo sus estados de los Paises Bajos data de Bruselas á 25 de octubre. Sandoval, que se halló presente á la transaccion, pretende que las ceremonias de la sesion se verificaron el 28 del mismo mes (*tom. II p.* 295). Godleveus, que publicó un tratado de la abdicacion de Carlos Quinto, fija la ceremonia pública y la fecha del acta de la renuncia á 25 de octubre. El P. Barre, no sé con que fundamento, la coloca á 24 de noviembre (*Hist. d'Allemagne, VII,* 976). Herrera es del mismo parecer que Godleveus (*tom I,* 155) y tambien

Año 1556. Carlos escoge la España para fijar en ella su morada.

Escogió la Esdaña para su residencia, esperando que la salubridad del aire y el calor del clima calmarian su gota que habian irritado la humedad y los crudos inviernos de los Paises Bajos aunque estaba impaciente por embarcarse como que conocia la imposibilidad de deshacerse enteramente de los negocios mientras permaneciese en Bruselas; representáronle con tanto ahinco sus médicos el peligro que corria navegando en la estacion mas fria y tempestuosa del año, que aunque á su despecho, consintió en diferir por algunos meses su viage.

Tiene que permanecer algun tiempo en los Paises Bajos.

Negociaciones para la paz.

Antes de partir, tuvo la satisfaccion de hacer una feliz tentativa para concluir la paz con la Francia; acontecimiento que deseaba con fervor, no solo por el

Pallavicini, cuya autoridad es de mucho peso en las fechas y en todo cuanto exige una exactitud escrupulosa (*Hist. lib. XVI, p.* 168). No están mas acordes los historiadores en cuanto al dia en que renunció Carlos á la corona de España en su hijo. Segun Mr. de Thou fué un mes despues de haberle cedido sus estados en los Paises Bajos, esto es, á 25 de noviembre (Thuan, *lib. XVI. p.* 571). Sandoval dice que fué el 16 de enero de 1556 (Sand. *II,* 603), y de su parecer es Antonio de Vera (*Epitome de la vida de Car. V, p.* 110). Pallavicini señala el 17 (Pal. *lib. XVI, p.* 168), lo mismo que Herrera (*Vida de don Felipe, tom. I, p* 233). Pero Ferreras lo pone en el 1° de enero. (*Hist. gen. tom. IX, p.* 371), y M. de Beaucaire supone que la renuncia de la corona de España hízose algunos dias despues de la de los dominios de los Paises Bajos (*Com. de Reb Gall.* p. 879). Aunque Carlos cedió todos sus estados á su hijo algunas semanas antes de la conclusion de la tregua de Vancelles, es de notar que todas las estipulaciones de aquel tratado hiciéronse en nombre del emperador y que en ellas Felipe únicamente está designado como rey de Inglaterra y de Nápoles. Es cierto que este no fué proclamado rey de Castilla, etc. en Valladolid hasta el 24 de marzo (Sand. II, p. 606); y que antes de esta ceremonia no quiso sin duda tomar el titulo de rey de todas las Españas, ni ningun acto de real autoridad. En un documento adjunto al tratado de la tregua y fecha del 19 de abril usa del título de rey de Castilla, etc. como acostumbraban los monarcas españoles de aquel siglo. (*Corps. diplom. tom. IV, apend. p.* 85).

interés de su hijo, sino aun para tener la gloria, al dejar al mundo, de volver á la Europa la tranquilidad de que la habia privado casi desde el principio de su reinado. Poco antes de su abdicacion, el rey de Francia y Carlos nombraron comisarios para tratar de un cange de prisioneros. En las conferencias que para ello se tuvieron en la abadía de Vancelles, cerca de Cambray, la casualidad proporcionó un espediente apto para poner término á las hostilidades, y fué proponer una larga tregua, durante la cual, sin averiguar las pretensiones de los dos partidos, cada uno conservaria lo que entonces estaba poseyendo. Viendo Carlos aniquilados sus reinos por las contínuas y peligrosas guerras á que le habia precipitado su ambicion, y conociendo ademas que su hijo necesitaba de la paz para afirmarse en el trono; declaróse decididamente á favor de la tregua, apesar de las humillantes y perjudiciales condiciones que le proponian. Respetábase tanto su sabiduría y esperiencia que Felipe no se atrevió á oponerse al dictámen de su padre, aunque en su interior le repugnase comprar la paz á costa de tan grandes concesiones. Año 1556.

No hubiéra Enrique vacilado un instante en aceptar una tregua cuyas condiciones le dejaban tranquilo poseesor de la mayor parte del ducado de Saboya y de las importantes conquistas que hiciéra en las fronteras de la Alemania; pero no era fácil conciliar aquella nueva obligacion con alianza del papa. Sin embargo aprovechando el condestable de Montmorency de la ausencia del cardenal de Lorena, que fué quien impulsó á Enrique á unirse con los Caraffas, hizo presente al rey con tanta viveza el peligro que corria de sacrificar los verdaderos intereses del reino á promesas im- Conclúyese una tregua.

Año 1556.

16 de febrero.

prudentes, que aquel príncipe, ya de suyo indeciso y siempre pronto á seguir el último consejo que se le daba, autorizó á sus embajadores para firmar una tregua por cinco años con las condiciones propuestas. Pero á fin de calmar un tanto el enojo del papa, que ya conocia habia ofendido con semejante accion, insistió paraque tambien fuese comprendido espresamente en la tregua (1).

Ratificanla ambos monarcas.

Pasó á Blois el conde de Lalain, y el almirante de Coligny á Bruselas, ambos para asistir, cada uno por su parte, á la ratificacion del tratado y al juramento por el cual el emperador y el rey de Francia obligábanse á observar todas sus condiciones (2). Cuando se recibió en Roma la primera noticia de las conferencias de Vancelles y se supieron las condiciones que á la tregua se ponian, no concibió el pontífice inquietud alguna. Confiaba mucho en el honor de Enrique para creerle capaz de violar las promesas de una reciente alianza; y como ademas la opinion que de la prudencia del emperador tenia no le permitia imaginar que pudiese consentir en tan desventajoso tratado, no vaciló en decir que aquellas negociaciones quedarian sin efecto como las precedentes. Pero es mal raciocinar en política el inferir que no sucederá un acontecimiento de su poca probabilidad. Pronto estuvo de esto conven-

Dificil situacion del papa.

(1) *Mem. de* Ribier, *II*, 626. *Corps. diplom. tom. IV*, *ap.* 81.

(2) Escribiendo un indivíduo del séquito del almirante de Coligny á la corte de Francia algunos detalles acerca de lo ocurrido en Bruselas mientras allí residia aquel ministro, como un ejemplo de la indiscrecion de Felipe que citó que recibió al embajador de Enrique en un aposento cuyos tapices representaban la batalla de Pavia, el modo con que cayó prisionero Francisco I, su viage á España, con todas las circunstancias de su detencion en Madrid. (*Mem. de* Ribier, *II*, 634).

cido el papa, y supo á la par con sorpresa y dolor la conclusion de la tregua. No atreviéndose el cardenal de Lorena á presentarse ante un pontífice orgulloso é indignado, que tantos motivos tenia para quejarse, partió de Roma bruscamente, dejando al cardenal Tournon el encargo de calmar aquella borrasca. Conocieron el papa y sus sobrinos el riesgo que les amenazaba; pues habiendo Felipe manifestado su enojo por una liga que no pudo permanecer mucho tiempo oculta, temian la violencia de su carácter implacable, y ademas el duque de Alba, que por sus talentos y natural severidad era el mas apto para ejecutar las venganzas de su rey, marchaba de Milan á Nápoles, y empezaba á reunir sus tropas en las fronteras del estado eclesiástico. En semejante situacion, si la Francia les abandonaba, era preciso renunciar á cuantas esperanzas les hiciéra concebir su ambicion, y quedar espuestes al resentimiento de Felipo, sin que ningun aliado viniese á socorrer sus débiles fuerzas contra tan poderoso enemigo. Año 1556

Procura volver á encender la guerra.

En aquella ocasion, valióse Pablo de todos los artificios é intrigas que tan bien sabe emplear siempre la corte de Roma, para parar los golpes que la amenazaban. Fingió que aprobaba altamente la tregua, como un medio feliz de evitar la efusion de sangre cristiana, y protestó que ardientemente deseaba que fuese la precursora de una sólida paz. Exortó á los príncipes rivales á que aprovechasen aquel momento de descanso para trabajar por ella, y como padre comun se ofreció á servir de mediador, bajo cuyo pretesto envió en clase de nuncios á la corte de Bruselas el cardenal Rebiba, y su sobrino el cardenal Caraffa á la de Francia. Unas fueron las instrucciones públicas de aquellos dos

Año 1556. ministros; mandábaseles hacer los mayores esfuerzos para lograr que ambos monarcas aceptasen la mediacion del pontífice, á fin de que restablecida la paz pudiese tratarse de la convocacion de un concilio general. Pero aquellas demostraciones de un zelo que tan adecuado era á la importancia del objeto de las negociaciones y al carácter de un gefe de la iglesia, solo llevaban por objeto ocultar intenciones bien diferentes del fin que servia de pretesto á todos aquellos actos. Habia Caraffa recibido el secreto encargo de incitar al rey de Francia á romper la tregua, no perdonando súplicas, promesas ni dádivas para lograr que se renovase el tratado con la santa sede. Este era el verdadero objeto de la embajada, mientras las apariencias servian para divertir el vulgo y engañar á Carlos y á su hijo. Partió al punto el cardenal para Paris donde llegó en breve tiempo; pero Rebiba detúvose en Roma algunas semanas; y cuando se tuvo por conveniente que se pusiese en camino, recibió la órden secreta de prolongar su viage, á fin de que hubiese tiempo de saber el éxito de la negociacion de Caraffa antes de su llegada á Bruselas, y para prescribirle el modo con que debian esplicarse con el emperador y Felipe (1).

Sus negociaciones para este objeto. Hizo Caraffa su entrada en Paris con pompa estraordinaria. Despues de haber ofrecido á Enrique una espada bendita, como al defensor cuya asistencia esperaba el papa en tan urgente necesidad, suplicóle que no desechase los ruegos de un padre angustiado, y que desnudase aquel acero en su ayuda, lo cual era, decia él, no solo un deber de piedad filial, sino tambien un acto de justicia. Ya que el papa, confiando demasiado

(1) Pallav. *lib. XIII*, *p.* 169. Burnet, *Hist. of reform. II*, *ap.* 309.

en su tratado con el rey, habíase obligado con hechos que acarrearon el resentimiento de la Francia sobre Pablo y sus sobrinos; suplicaban á Enrique que no consintiese fuesen víctimas de su adhesion á la Francia. A tan fina manera de mover la generosidad del rey añadió Caraffa motivos capaces de encender su ambicion. Aseguróle que era aquella ocasion favorable para atacar con ventaja los estados de Felipe en Italia; que la flor de sus veteranos tercios españoles habian perecido en las guerras de Hungría, Alemania, y Paises-Bajos; que el emperador solo dejaba á su hijo reinos sin hombres y sin dinero; en fin que ya no se trataba de luchar contra la habilidad, la esperiencia y la fortuna de Carlos, sino contra un príncipe que acababa de sentarse en el trono, no acostumbrado al mando, aborrecido de la mayor parte de los estados de Italia y temido de todos. Añadió que el papa habia ya alistado bastantes soldados para poner en campaña un ejército considerable que con una division francesa podria por medio de un vigoroso esfuerzo echar de Nápoles á los españoles y poner en mano del rey de Francia una conquista que, durante cincuenta años, habia escitado la ambicion de sus predecesores y sido el objeto de todas sus espediciones en Italia. Año 1556.

Cada palabra de Caraffa hacia profunda impresion en el ánimo de Enrique. Conocia que el pontífice tenia derecho de echarle en cara el haber faltado á las leyes del honor y de la generosidad rompiendo su alianza para firmar la tregua de Vancelles; y por otra parte deseaba ardientemente hacer célebre su reinado con una conquista que en vano habian intentado tres reyes de Francia, y que formaria un establecimiento considerable para uno de sus hijos. Con todo estuvo algun Su efecto. 31 de julio.

Año 1556. tiempo indeciso; pues el recuerdo del juramento con que acababa de ratificar su último tratado, la vejez del pontífice, cuya muerte podia ocasionar una completa revolucion en el sistema político de Italia, en fin las nuevas instancias de Montmorency que no cesaba de esponerle los peligros de la liga y las ventajas de la tregua; todas estas consideraciones opusiéronse poderosamente á las proposiciones de Caraffa. Mas conociendo este todos los rodeos y mañas de las negociaciones, no le faltaron nunca medios para desviar ó vencer aquellos obstáculos. Manifestó los poderes que le diéra el papa para absolver al rey de su juramento; y en cuanto al peligro que podia resultar de la muerte de su tio, podia prevenirse nombrando al punto el mismo pontífice nuevos cardenales, con lo que quedase Enrique dueño absoluto de los votos en la próxima eleccion, y hallándose así en estado de hacer elegir un papa enteramente adicto á sus intereses.

Pero para contrarestar el influjo de los consejos del condestable, empleó Caraffa la actividad del duque de Guisa, la elocuencia del cardenál de Lorena, y la sagacidad de la reina apoyada por los artificios mas poderosos aun de Diana de Poitiers que, desgraciadamente para la Francia, estuvo acorde con Catalina en aquel punto, aunque en cualquiera otra ocasion afectase ponerla estorbos y mortificarla. Fácilmente las instancias de aquel complot lograron que el rey adoptase un partido al cual ya se sentia vivamente inclinado. Ya no se hizo caso de las reflexiones de Montmorency, y despues de haber el nuncio declarado á Enrique libre de su juramento, hízole firmar con el papa una nueva liga que volvió á encender la guerra en Italia y en los Paises Bajos.

Año 1556. Violentas disposiciones del papa contra Felipe.

Así que supo Pablo que su sobrino tenia fundadas esperanzas de llevar á cabo su negociacion, mandó un espreso á Rebiba por el camino de Bruselas ordenándole que regresase á Roma. Como ya no necesitaba usar el tono de moderacion que fingiéra disfrazado con el carácter de mediador ni contener su indignacion contra Felipe, arrojó la máscara con osadía y cometió violencias que hacian inevitable el rompimiento. Hizo arrestar y encarcelar al enviado de España; escomulgó á los Colonnas, y despues de haber despojado del ducado de Paliana á Maria Antonio, gefe de aquella familia, dió aquel principado y los territorios que de él dependian á su sobrino el conde de Montorio. En seguida hizo entablar contra Felipe una acusacion jurídica en pleno consistorio, por la cual aparecia que aquel príncipe, menospreciando la fidelidad y sumision qué habia jurado á la santa sede de la cual recibiéra la investidura del reino de Nápoles, no contento con conceder un asilo en sus estados á los Colonnas escomulgados y declarados rebeldes, les proporcionaba aun armas y se disponia á reunírseles para invadir el patrimonio de San Pedro; que semejante conducta de un vasallo era una traicion á su señor feudal y debia castigarse con la confiscacion del feudo. Por estos motivos el abogado del consistorio requirió al papa que tomase conocimiento de aquel asunto y señalase dia para oir las pruebas de la acusacion, esperando que su santidad haria justicia con una sentencia proporcionada á la enormidad del delito. Orgulloso Pablo con citar ante su tribunal á tal rey, consintió en la peticion del abogado; y como si le hubiese sido tan fácil ejecutar una sentencia penal como pronunciarla, declaró que se pondria de acuerdo con los cardenales acerca de las

27 de julio.

Año 1556. fórmulas que se requerian para un proceso de tanta importancia (1).

Supersticiosos escrúpulos de Felipe.

Pero mientras dejábase el papa llevar de la impetuosidad de su rencor, mostraba Felipe una moderacion estraordinaria. Enseñado á profesar profunda veneracion á la santa sede por los eclesiásticos españoles que tuvieron el encargo de dirigir su educacion, la edad habia robustecido aquel sentimiento en un ánimo sombrío, melancólico y naturalmente supersticioso. Luego que previó su rompimiento con el papa, la idea de tener que tomar las armas contra el vicario de Cristo, padre comun de los fieles, dióle tan violentos escrúpulos que consultó acerca de la legitimidad de aquella guerra á varios casuistas de España, los cuales acomodando con su ordinaria destreza la respuesta á las circunstancias, le aseguraron que habiendo usado de súplicas y reflexiones para hacer entrar en razon al pontífice, las leyes divinas y humanas le autorizaban, no solo para defenderse si le atacaban, sino aun para atacar cuando no hubiese otro medio de oponerse á los efectos de la violencia é injusticia de Pablo. Apesar de esta decision aun vacilaba Felipe, mirando como el mayor infortunio dar principio á su reinado con una guerra contra un pontífice cuya dignidad y sagrado carácter reverenciaba (2).

El duque de Alba abre la campaña contra el papa.

Entretanto el duque de Alba, que por consideracion á los escrúpulos de su señor hasta entonces negociára en vez de obrar, viendo por fin que Pablo estaba inexorable, y que todas las negociaciones y hasta las dilaciones solo servian para darle mas arrogancia, comenzó las hostilidades entrando en el territorio del es-

(1) Pallav. *lib. XIII*, 171.
(2) Ferrer. *Hist. d'Ep. IX*, 373. Herrera, *I*. 308.

tado eclesiástico. No pasaba su ejército de doce mil hombres, pero componíase de antiguos soldados, y lo mandaban los barones romanos que Pablo habia desterrado, de modo que suplió al número el valor de las tropas y la animosidad de los gefes que combatian por su propia causa y para recobrar sus bienes. Entretanto no llegaba de Francia socorro alguno. Se rindieron varias plazas por la cobardía de sus guarniciones, cuyos soldados eran tan indisciplinados como inespertos sus oficiales; y los habitantes de otras, abrieron por sí mismos las puertas á sus antigúos señores. Así el duque de Alba pronto se halló dueño de la campaña de Roma; pero, temiendo que recayese sobre él la acusacion de impiedad por invadir el patrimonio de la iglesia, tomó posesion de todas las plazas en nombre del sacro colegio, declarando que las abandonaria luego que se procediese á la eleccion de otro pontífice.

Año 1556.

5 de setiembre

Tregua entre el papa y Felipe.

Los rápidos progresos de los españoles, cuyas tropas ligeras hacian frecuentes correrías hasta las mismas puertas de Roma, llenaron á la ciudad de consternacion; y apesar de su dureza y obstinacion tuvo Pablo que ceder á los temores é instancias de los cardenales, y envió diputados al duque de Alba para proponerle un armisticio. Mas al resolverse á semejante partido, esperaba sacar doble ventaja: calmar primero el terror de los habitantes de Roma, y ganar tiempo paraque le llegasen los socorros que de la Francia esperaba. Admitió Alba las proposiciones del pontífice, pues sabia que Felipe deseaba ver terminada una guerra que solo con repugnancia emprendiéra, al paso que disminuido su ejército con todas las guarniciones que dejára en las ciudades, no se hallaba en estado de sostener la campaña sin nuevas levas. Firmóse pues una



Año 1556. tregua, primero por diez y luego por cuarenta dias; en cuyo tiempo una y otra parte hicieron proposiciones de paz, y continuaron las negociaciones, que eran muy poco sínceras por parte del pontífice. Con la vuelta del cardenal sobrino á Roma, con una considerable suma que enviaba Enrique, la llegada de una division francesa y la esperanza de ser reforzado por otras que estaban en camino, mostróse Pablo mas inflexible que nunca, y su corazon solo respiró guerra y venganza (1).

(1) Pallavic. *lib. XIII*, 177. Thuan, *lib. XVII*, 588. *Mem. de* Ribier, *II*, 664.

FIN DEL LIBRO UNDÉCIMO.

HISTORIA

DEL

REINADO DEL EMPERADOR

CARLOS V.

LIBRO DUODÉCIMO.

Mientras estas operaciones, ó por mejor decir estas intrigas traían ocupados al papa y á Felipe, deshízose en fin el emperador de los lazos que aun le unian á este mundo, y marchó al lugar de su retiro. Hasta entonces conservára la dignidad imperial, no porque no estuviese dispuesto á renunciarla, pues habiéndose despojado de la autoridad efectiva y casi absoluta de que gozaba en sus estados hereditarios, no era para él gran sacrificio abandonar la jurisdiccion limitada y muchas veces ideal que es inherente á una corona electiva. Con aquella dilacion solo procurára ganar algunos meses para probar con otra tentativa si podria ejecutar el proyecto que formára á favor de su hijo, y cuyo logro tanto ansiaba. Cuando mas convencido parecia estar Carlos de la vanidad de las cosas del mundo, renunciándolas no solo con indiferencia, sino tambien con desprecio; pensaba todavía su alma en aquellos vastos

Año 1556. Nueva tentativa de Carlos para cambiar la sucesion del imperio.

Año 1556. proyectos de ambicion que tanto tiempo absorviéran toda su atencion y su actividad. No podia resignarse á consentir que su hijo ocupase entre los príncipes de Europa un rango inferior al que él habia gozado. Ya algunos años antes habia hecho un esfuerzo inútil para asegurar á su hijo la corona imperial, esperando que la reunion de los reinos de España y de los dominios de la casa de Borgoña tal vez poadria á Felipe en estado de preseguir con mas ventaja los vastos planes cuya ejecucion le habian procisado á abandonar sus achaques: idea seductora que sin cesar alhagaba su imaginacion, y cuya ejecucion no podia resolverse sin pena á mirar como quimérica.

Frústrase sú proyecto.

Apesar de la negativa que anteriormente le diéra Fernando repitió sus instancias, y alegó cuantas razones creyó mas poderosas para lograr que aquel príncipe cediese á Felipe la corona imperial, recibiendo como en equivalente la investidura de algunas provincias de Italia ó de los Paises Bajos (1). Mas habiéndose Fernando manifestado inflexible entonces cuando las solicitaciones del emperador iban apoyadas con toda la autoridad que acompaña al poder supremo, recibió con mas indiferencia y orgullo las proposiciones que le hacia su hermano en el voluntario abatimiento á que se habia reducido. Avergonzóse Carlos de haber tenido la debilidad de imaginarse que en su actual estado podria lograr lo que ya antes habia procurado en vano, y desistió por fin de su quimérico proyecto.

27 de agosto.

Dejó entonces el gobierno del imperio; y transfiriendo á su hermano el rey de romanos todos sus derechos de soberanía, en el cuerpo germánico, firmó para ello

(1) *Ambassades de Noaillès, tom V, p.* 356.

un acta revestida con todas las formalidades que tal acción exigia, y la puso en manos de Guillermo, príncipe de Orange, autorizándole paraque la presentase al colegio de los electores (1). Año 1556.

Ya no quedaba ningun obstáculo que pudiese retardar la partida de Carlos al retiro que tanto anhelaba, y haciendo ya algun tiempo que todo estaba dispuesto para su viage, marchó á Zuitburgo en Zeelanda, lugar donde se debia reunir la escuadra. Pasó por Gante, donde se detuvo algunos dias, entregándose á esa dulce y tierna melancolía que sienten todos los hombres en sus últimos años al encontrarse en el lugar de su nacimiento, y al volver á ver los objetos que en su juventud fuéran el objeto de su interés. Prosiguió su camino acompañado de Felipe su hijo, de su hija la archiduquesa, de sus hermanas las reinas viudas de Francia y de Hungría, de su yerno Maximiliano y de un numeroso séquito de cortesanos flamencos. Antes de embarcarse, despidióse de toda su comitiva, dando á cada uno repetidas muestras de su estimacion y afecto. Abrazó á Felipe con toda la ternura de un padre que ve á su hijo por la vez postrera, y se hizo á la vela el 17 de setiembre escoltado por una flota considerable compuesta de buques españoles, flamencos é ingleses. Pidióle encarecidamente la reina de Inglaterra que desembarcase en algun punto de sus estados para tomar descanso y darle el consuelo de verle aun una vez; pero negóse Carlos constantemente á semejante invitacion: « No puede ser, dijo, cosa agradable á una « reina recibir la visita de un suegro que ya no es mas « que un gentil hombre particular. » Carlos parte á España.

(1) Goldast. *Constit. imper. pars.* 1, *p.* 576.

Año 1556. Llega á España.

Fué su viage feliz y agradable, y llegó á Laredo en Vizcaya el onceno dia de su partida de Zeelanda. Así que puso el pie en tierra arrodillóse en la playa, y considerándose ya muerto para el mundo besó la tierra diciendo: « Madre comun de los hombres! desnudo « nací del seno de mi madre, desnudo volveré á entrar « en él. » De Laredo pasó á Búrgos, ya llevado en una litera, ya conducido por sus criados en una silla, adelantando con mucho trabajo y sufriendo á cada paso agudísimos dolores. Acudieron á Búrgos para obsequiarle algunos nobles españoles, pero eran tan pocos y tan frios y forzados sus homenages, que Cárlos lo notó, y por primera vez conoció que ya no era soberano. Acostumbrado desde su juventud á las distinciones sumisas y respetuosas que inspira el poder supremo, recibiéralas con la credulidad propia de todos los príncipes, y tuvo la flaqueza de ofenderse al ver que solo á su rango habíase tributado los honores que él creyéra se debian á sus calidades personales. Con todo pronto supo perdonar la inconstancia de sus vasallos y despreciar su negligencia; pero afligiólе profundamente la ingratitud de Felipe que, olvidando ya cuanto debia á las bondades de su padre, le obligó á permanecer algunas semanas en Búrgos, antes de recibir la primera mitad de una módica pension, que era todo lo que de tantos reinos se habia reservado aquel príncipe. Como sin la cantidad que esperaba no podia dar á sus criados las recompensas que sus servicios merecian ó que les destinára su generosidad; no pudo abstenerse de manifestar su sorpresa y descontento (1). Pero pagóse enfin la pension, y Carlos despachó mu-

(1) Strada, *de Bell. Belg lib.* 6, *p.* 9.

chos de sus criados cuyo servicio le era inútil ó gravoso en su retiro, y pasó á Valladolid. Despidióse allí tiernamente de sus dos hermanas; pero no permitió que le acompañasen en su soledad, aunque ellas se lo pedian llorando, para tener el consuelo, decian, de aliviar con sus desvelos sus dolencias, y sobre todo para recoger una útil instruccion uniéndose á él en los piadosos ejercicios á que queria consagrar los últimos dias de su vida. Año 1556.

De Valladolid continuó su camino hácia Plasencia en Estremadura. Pasando en otro tiempo por aquella ciudad, gustárale en gran manera la hermosa situacion del monasterio de Yuste, perteneciente al órden de San Gerónimo, y distante algunas millas de la plaza; dijéra á algunas personas de su séquito que era aquel un lugar donde Diocleciano hubiérase retirado gustoso, y se habia grabado aquella impresion tan profundamente en su alma, que resolvió fijar allí su retiro. Estaba aquel convento situado en un valle de poca estension, regado por un pequeño arroyo, cercado de colinas, y sombreado por altos y frondosos árboles. Por la condicion del terreno y la temperatura del clima era la situacion mas saludable y deliciosa de la España. Algunos meses antes de su abdicacion habia Carlos enviado allí un arquitecto por edificar una habitacion para su uso; pero mandára espresamente que el gusto y estilo de aquella nueva fábrica fuese adecuado, no á su antigua dignidad, sino al obscuro estado que queria tomar. Se construyeron solamente seis aposentos, de los cuales cuatro tenian la forma de celdas, con las paredes desnudas; los dos restantes de veinte pies cuadrados, estaban entapizados de una estofa obscura y amueblados con mucha sencillez. Este pequeño edificio, al Lugar de su retiro.

Año 1556. nivel del suelo, comunicaba á un jardin cuyo plan trazára el mismo Carlos, llenándolo de varios vegetales que queria cultivar con sus propias manos. Al otro lado habia otra comunicacion con la capilla del monasterio, en la cual proponíase hacer sus ejercicios de devocion. En tal humilde morada, que apenas bastaria para alojar con comodidad un mero particular, entró Carlos acompañado solamente de doce criados. Allí enterró en la soledad y el silencio su ambicion y todos aquellos vastos proyectos que mas de medio siglo habian sembrado por la Europa la agitacion y la inquietud, infundiendo sucesivamente á todos los pueblos el terror de sus armas y el temor de verse subyugados por su poder (1).

Año 1557. 24 de febrero.

Contraste entre el proceder de Carlos y el del papa.

El contraste que ofrecia entonces el proceder de Carlos y el del papa era tan palpable que lo echaron de ver los observadores ménos atentos y perspicaces, y no era tan favorable á Pablo el cortejo. Veían en el primero á un conquistador nacido para reinar, acostumbrado de mucho tiempo al esplendor que acompaña al poder supremo y á los grandes intereses en que le empeñára una ambicion activa, dejar de repente el mundo en una edad no muy avanzada todavía, cuando sin descender del trono podia pasar en tranquilidad el resto de su vida, reservándose algun intérvalo para dar descanso á su ánimo y recoger sus pensamientos. Pablo, al contrario, era un sacerdote que pasára los primeros años de su vida á la sombra de las escuelas y en el estudio de las ciencias especulativas, y que pareciéra tan separado y enemigo del mundo como que voluntariamente habíase encerrado por muchos años en la so-

(1) Sandov. *lib.* II, *p.* 607. Zuñiga, 120. Thuan, *lib.* XVII, *p.* 609.

ledad de un claustro, no siendo elevado al trono papal hasta una vejez estremada; y sin embargo este hombre habia manifestado de repente toda la impetuosidad de la ambicion de la juventud, y metiéndose en vastas empresas, para cuya ejecucion no habia temido sembrar las semillas de la discordia y atizar el fuego de la guerra en todos los ángulos de la Europa. Mas Pablo, sin hacer caso de la opinion y censura de los hombres, llevaba adelante sus designios con la arrogancia propia de su carácter, y aunque parecia que ya habia este traspasado los límites de la razon, con todo creció su violencia á la llegada del duque de Guisa á Italia. Año 1557.

El duque de Guisa obtiene el mando del ejército francés en Italia.

Los dos príncipes de Lorena vieron cumplidos sus deseos y previsiones. El duque de Guisa obtuvo el mando del ejército destinado á marchar al socorro del papa y compuesto de veinte mil hombres de las mejores tropas que estaban al servicio de la Francia. Gozando de gran reputacion militar, nadie dudó que desplegaria de un modo brillante su valor y su pericia en una guerra á que él precipitaba su pais casi con el solo objeto de abrirse una carrera de gloria, y era tan general aquella opinion que quisieron servir á sus órdenes en clase de voluntarios muchos nobles franceses que ningun mando tenian en el ejército. Pasó este los Alpes en una estacion rigurosa, y avanzó hácia Roma sin hallar oposicion en los españoles que, no siendo bastantes para dispersarse en diferentes puntos á la vez, habian reunido todas sus fuerzas en un solo cuerpo en las fronteras de Nápoles para defender aquel reino.

El papa vuelve á empezar las hostilidades contra Felipe.

12 de febrero.

Cobrando ánimo con la venida de los franceses, soltó el papa las riendas á su rencor contra Felipe que, apesar de la natural violencia de su carácter, razones de prudencia le obligaron hasta entonces á contener en

Año 1557. ciertos límites. Nombró comisarios autorizados para fallar en el proceso que empezára contra Felipe el abogado del consistorio, á fin de probar que habia perdido sus derechos á la corona de Nápoles al tomar las armas contra la santa sede de quien era vasallo. Llamó
9 de abril. á todos los nuncios residentes en las cortes de Carlos Quinto, de Felipe y de sus aliados, accion cuyo principal objeto era mortificar al cardenal de La Pole, legado suyo en la de Inglaterra. Ni el distinguido mérito de aquel prelado que con buen efecto trabajára por reconciliar la Inglaterra con la iglesia romana, ni la esperanza de los servicios que aun podia prestar pudieron librarle del resentimiento que escitára por su zelo y esfuerzos en restablecer la paz entre la casa de Austria y la Francia. Mandó Pablo se hiciese una adicion á los anatemas que todos los años se lanzaban en Roma el jueves santo contra los enemigos de la iglesia, y promulgó la censura de escomunion contra los autores de la última invasion de los dominios eclesiásticos, cualesquiera que fuesen su rango y dignidad; y de consiguiente ya al siguiente suprimiéronse en la capilla papal las ordinarias rogativas por el emperador (1).

Pero mientras se entregaba el pontífice á semejantes demostraciones de su furor por cierto estrañas y pueriles, descuidaba ó quizás no se hallaba en estado de tomar disposiciones capaces de hacer su rencor positivamente temible y funesto á sus enemigos. Al entrar en Roma fué el duque de Guisa recibido con una pompa triunfal que mas propia hubiese sido de la vuelta de una campaña gloriosa que del principio de una espedicion cuyo éxito era todavía bien incierto; pero no en-

(1) Pallav. *lib.* XIII, 180. *Mem. de* Ribier, II, 678.

contró aquel general tan adelantados los preparativos de guerra como lo esperaba y se lo habia prometido Caraffa. Eran las tropas pontificias muy inferiores en número á lo que se estipulára, no habia suficientes almacenes para asegurar su manutencion, y el erario carecia de fondos para pagar su sueldo. Fieles á la prudente máxima que las desgracias de su república les hiciéra adoptar en otro tiempo, y que habia llegado á ser un principio fundamental de su política, declararon los venecianos resueltamente que observarian la mas exacta neutralidad, y no tomarian parte en las querellas de príncipes que tanto les escedian en poder. Los demas estados de Italia ó formaron una liga manifiesta á favor de Felipe, ó en secreto procuraron el triunfo de sus armas contra un pontífice cuya ambicion inconsiderada habia otra vez convertido á la Italia en campo de batalla. Año 1557.

Operaciones del duque de Guisa.

Viendo el duque de Guisa que cargaria sobre él todo el peso de la empresa, aunque tarde conoció cuán imprudente era contar con el socorro de débiles aliados para el cumplimiento de sus vastos designios. Impulsado sin embargo por la activa impaciencia del papa y por el deseo de llevar á cabo lo que con tanta confianza comenzára, marchó á Nápoles y principió sus operaciones. Pero el éxito de sus primeros hechos no fué cual de su celebridad se aguardaba, ni cual correspondia á las esperanzas que de su pericia se concibiéran, ni á lo que él mismo habia prometido. Abrió la campaña con el sitio de Civitella, ciudad de bastante consideracion en la frontera del reino de Nápoles, pero el obstinado brio con que defendió la plaza el gobernador español frustró todos los impetuosos esfuerzos del valor francés, y obligó al duque de Guisa á reti-

Año 1557. rarse vergonzosamente tras un sitio de tres semanas. Procuró borrar semejante mancha avanzando denodadamente hácia el campo del duque de Alba, á quien presentó batalla; pero conociendo este prudente general cuán ventajoso es permanecer en la defensiva contra un enemigo invasor, evitó el combate y se mantuvo en sus atrincheramientos, siguiendo este plan con la constancia de un castellano, y eludiendo con mucha habilidad todas las estratagemas de que se valió el de Guisa para empeñarle en una accion general (1). Entretanto las enfermedades diezmaban el ejército francés; habíanse suscitado violentas disputas entre el general y el gefe que mandaba las tropas romanas; los españoles renovaban sus correrias en el estado eclesiástico, y viendo el papa que en vez de las conquistas y triunfos que esperaba ni aun en su territorio podia librarse del saqueo é incursiones enemigas, comenzó á quejarse y hablar de paz. Desesperado el duque de Guisa de desempeñar un papel tan indigno de su persona, no solo pidió á la corte que reformase su ejército ó lo mandase retirar, sino que tambien requirió al papa que llenase sus obligaciones al paso que, ya llenándole de reproches, ya amenazándole, instó al cardenal Caraffa á que cumpliese sus magníficas promesas, en las cuales confiado habia incitado al rey su señor á romper la tregua de Vancelles y aliarse con el papa (2).

Hostilidades en los Paises Bajos. Mientras tomaban tan mal aspecto los asuntos de los franceses en Italia, pasó en los Paises Bajos un suceso inesperado que sacó al duque de Guisa de un lugar en que podia adquirir gloria alguna, elevándole al

(1) Herrera, *Vida de Felipe*, 181.

(2) Thuan, *lib. XXVIII, p.* 614. Pallavic *lib. XIII, p.* 181. Burnet, *lib II, app* 317.

cargo mas importante y honroso de que pudiéra revestirse á un vasallo. Luego que manifestaron los franceses su intencion de romper la tregua de Vancelles no solamente enviando un ejército á Italia, sino tambien procurando sorprender algunas ciudades fronterizas de Flandes, aunque dispuesto á evitar un rompimiento resolvió Felipe proseguir la guerra con vigor, y probar á sus enemigos que no se habia engañado su padre Carlos al juzgarle digno de empuñar las riendas del gobierno. Como sabia que Enrique hiciéra grandes gastos para levantar el ejército del duque de Guisa, y que todos los recursos de su hacienda apenas bastarian para cubrir las contínuas y enormes atenciones de una guerra lejana; conoció que todas las operaciones de los franceses en los Paises Bajos serian por necesidad flojas, y no se considerarian sino como inferiores á las de Italia. Tomó pues la sabia resolucion de dirigir sus principales esfuerzos contra la parte donde siendo los mas débiles los franceses podrian ser atacados con mas ventaja. A este fin reunió en los Paises Bajos un ejército de unos sesenta mil hombres, y en aquella ocasion secundaron los flamencos todas sus miras con el zelo solícito y activo que demuestran ordinariamente los pueblos para ejecutar las voluntades de un nuevo soberano. Pero Felipe, que ya en su mocedad mostraba gran prudencia y sagacidad, para el logro de su plan no se fió únicamente en la fuerza de ejército tan formidable.

Año 1557.

Hacia algun tiempo que discurria en los medios de lograr que el rey de Inglaterra abrazase su partido. Aunque aquel monarca hallábase claramente interesado en guardar exacta neutralidad, aunque la misma nacion conociese todas las ventajas que aquella le acarrearia, y apesar de saber Felipe que su nombre era

Procura Felipe empeñar á los ingleses en aquella guerra.

a

Año 1557. odioso á los ingleses y que manifestarian estremada repugnancia á ayudarle en la ejecucion de una empresa cualquiera que fuese, no desesperó sin embargo de su proyecto. Contaba con la ternura que le profesaba la reina y no se habia menguado con la frialdad y descuido de su proceder, pues estaba seguro de la ciega confianza que tendria en sus opiniones aquella princesa, y de la solicitud en que procuraria satisfacerle. Para poner en ejecucion estos medios con mas facilidad y efecto, partió al punto á Inglaterra.

La reina, que durante la ausencia de su marido habíase solo consumido en el mayor abatimiento, cobró aliento al volverle á ver, y sin consultar ni el interés ni la opinion de sus pueblos aprobó con fervor cuantos proyectos le propuso. En vano su consejo privado le espuso cuán imprudente y arriesgado era comprometer á la nacion en una nueva guerra; en vano le recordaron los solemnes tratados que unian á la Inglaterra con la Francia y no podian violarse por ningun pretesto; seducida María por las caricias de Felipe, ó tal vez intimidada por las amenazas, valido de su ascendiente usaba á veces con ella su esposo, fué insensible á cuanto pudo oponerse á su resolucion, é insistió con la mayor firmeza en declarar al punto la guerra á la Francia aunque habia Felipe echado mano de toda su astucia y Maria de su autoridad para ganar ó imponer al consejo privado, este resistió por mucho tiempo, y si al fin cedió no fué por conviccion sino por pura deferencia á la voluntad de la
20 de junio. reina. Declaróse pues la guerra á la Francia, y es quizás la única que los ingleses hayan emprendido con repugnancia. No ignorando María cuán opuesta estaba la nacion á semejante paso, no se atrevió á convo-

car un parlamento para obtener subsidios, y supliéndolos con un abuso de sus prerogativas, de su propia autoridad impuso fuertes contribuciones á sus vasallos. Con semejante socorro hallóse en estado de reunir una division considerable y de enviar ocho mil hombres mandados por el conde de Pembroke para juntarse con el ejército de Felipe (1). Año 1557.

Operaciones del ejército de Felipe en los Paises Bajos.

Como no ambicionaba este gloria militar, dió el mando de su ejército á Manuel Filiberto, duque de Saboya, y fijó su residencia en Cambray, para poder saber con mas prontitud todos sus movimientos y ayudarle con sus consejos. Abrió el duque la campaña con un rasgo de pericia que justificó la eleccion de Felipe, y manifestó un talento tan superior á los generales franceses que casi ya no se dudó de su victoria en sus posteriores operaciones. Señaló para punto general de reunion de las tropas un parage muy distante del pais en que se proponia hacer la guerra; y despues de haber tenido inciertos por algun tiempo á sus enemigos acerca de sus intenciones, engañóles al fin tan completamente con la indecision de sus marchas y contramarchas, que juzgaron que su proyecto era atacar la provincia de Champaña y procurar por aquel lado penetrar en Francia. Así el ejército francés se dirigió hácia aquella provincia: reforzáronse las guarniciones disminuyendo las de las otras plazas fronterizas hasta el estremo de no dejar en ellas suficientes tropas para defenderlas en caso de verse atacadas.

Viendo Manuel el buen éxito de sus maniobras, torció de repente hácia la derecha, avanzó á marchas rápidas á la Picardía, destacó á delante su caballería

(1) *Carte, vol. III, p.* 337.

Año 1557. que era numerosa, y puso sitio á San Quintin. Aquella plaza, que se consideraba fortísima, era de mucha importancia porque entre ella y Paris habia muy pocas ciudades fortificadas. Sin embargo habíanse descuidado sus obras; la guarnicion, de la cual parte habia sido destacada á la Champaña, no contaba el número de soldados necesario para sostener un sitio, y el gobernador, aunque valiente y de mucha esperiencia, no tenia ni el rango ni la autoridad que requeria el mando de una ciudad tan considerable atacada por tan temible ejército. Algunos dias hubiéran bastado al duque de Saboya para apoderarse de San Quintin, si el almirante de Coligny, que creía importaba á su honor el conservar á su pais una plaza situada en la provincia que mandaba, no hubiese tomado la valerosa resolucion de echarse dentro de ella en persona con cuantas tropas pudo reunir; y efectivamente aunque parte de su destacamento fué interceptado pasó á través del ejército enemigo, y entró en la ciudad. Debió sin duda de reanimar á los soldados la inesperada llegada de un oficial tan distinguido por su rango y celebridad, y que se habia espuesto á tan inminente riesgo para reunirse á la guarnicion. Empleáronse cuantos medios pudieron sugerirle á Coligny sus talentos y su esperiencia en el arte de la guerra, ya para fatigar á los sitiadores, ya para ponèr á la plaza en estado de defenderse vigorosamente. Uniéronse los habitantes á los soldados y secundando con igual entusiasmo los esfuerzos de Coligny, parecia estaban resueltos á sostenerse hasta el último apuro, y á sacrificarse por el honor y la salvacion del reino (1).

(1) Thuan, *lib. XIX*, *p.* 647.

Año 1557. Los franceses socorren á San Quintin.

Reunido el duque de Saboya con los ingleses mandados por el conde de Pembroke, proseguia el sitio con el mayor vigor, y los ataques de ejército tan numeroso y bien provisto, por necesidad eran terribles y ventajosos contra una guarnicion harto corta paraque ni siquiera se atreviese á intentar turbar ó retardar con salidas las operaciones de los sitiadores. Conociendo el almirante el urgente riesgo que á la ciudad amenazaba, y la imposibilidad de defenderse por mas tiempo, participólo al condestable de Montmorency su tio, que mandaba el ejército francés, indicándole al mismo tiempo un medio de socorrer á los sitiados. Convencido el condestable de la importancia de una plaza, cuya pérdida abriria á los enemigos un camino para el corazon del reino, y deseando vivamente sacar á su sobrino de la peligrosa situacion en que le pusiéra su zelo por el bien público, resolvió probar lo que le proponia Coligny arrostrando cuantos riesgos á ello se opusiesen. A este objeto avanzó de la Fere á San Quintin al frente de su ejército que no llegaba á la mitad del español; confió el mando de una division escogida á Andelot, hermano de Coligny y coronel general de la infantería francesa, y le mandó que entrase en la plaza por un camino que el almirante habia presentado como muy practicable, mientras él á la cabeza del grueso del ejército atacaria por otro lado el campo de los enemigos. y procuraria llamar allí toda su atencion. Ejecutó Andelot su comision con mas valor que prudencia; precipitáronse sus soldados sobre el enemigo con ciega impetuosidad, y aunque desbaratáran á la primera division que se opuso á su paso, pronto se introdujo la confusion en sus filas, y cayendo sobre ellos nuevas tropas que les cercaban por todos lados, la mayor parte

Año 1555. ron destrozados, pero Andelot con unos quinientos de los mas intrépidos y afortunados logró entrar en la ciudad.

Batalla de San Quintin.

Sin embargo habiéndose el condestable visto obligado para la ejecucion de su plan á avanzar tan cerca del campo de los sitiadores, que se halló en la imposibilidad de retirarse con seguridad delante de un enemigo tan superior en número; pronto notó el duque de Saboya la falta de Montmorency, y con la pericia y presencia de ánimo de un gran capitan preparóse para aprovecharse de ella. Al punto formó su ejército en órden de batalla, y espiando el momento en que empezarian los franceses á desfilar hácia la Fere, destacó toda su caballería á las órdenes del conde de Egmont paraque se echare sobre su retaguardia, mientras él avanzaria al frente de la infantería para sostener el ataque. Principiaron los franceses su retirada con el mejor órden y continente; pero luego que vieron que avanzaba contra ellos el conde de Egmont con una formidable division de caballería cuyo choque no podian sostener, cundió general consternacion en el ejército al aspecto de tan inminente peligro y con la poca confianza que les inspiraba su general, cuya imprudencia conocia entonces hasta el último soldado. Empezaron los franceses á apresurar el paso, y las tropas de la retaguardia tanto empujaron á las que les precedian, que pronto su marcha mas bien pareció derrota que retirada. Observando Egmont aquel desórden, cargólos con la mayor furia, y en un momento cejó y huyó precipitadamente toda la gendarmería que era entonces el orgúllo y la fuerza de los ejércitos franceses. Entretanto continuaba en buen órden su retirada la infantería á quien mantenia al rededor de sus banderas la presencia y la

autoridad del condestable; pero haciendo Egmont avanzar algunos cañones que dirigió contra su centro, introdujo en sus filas el desórden y la confusion, de manera que volviendo entonces la caballería á la carga, rompió los batallones y se hizo general la derrota. Quedaron en el campo de batalla unos cuatro mil franceses, entre los cuales contóse al duque de Enghien, príncipe de la sangre real, y seiscientos nobles. Viendo el condestable que no habia ninguna esperanza de evitar aquella desgracia, resolvió no sobrevivir á tan funesto desastre que motivó su imprudencia; precipitóse á lo mas espeso de los batallones enemigos para perecer lidiando, y recibió una peligrosa herida; debilitado por la pérdida de su sangre, rodeáronle algunos oficiales flamencos que le conocian, y salvándole del furor de los soldados le obligaron á rendirse. Cayeron tambien prisioneros los duques de Montpensier y de Longueville, el mariscal de Saint-André, muchos oficiales distinguidos, trescientos caballeros y unos cuatro mil soldados, quedando en poder de los vencedores todas las banderas de infantería, todas las municiones de guerra y toda la artillería, escepto dos cañones, al paso que su pérdida no pasó de unos ochenta hombres (1). Año 1557.

Aquella victoria, no menos fatal á la Francia que las antiguas batallas de Crecy y de Azincourt ganadas por los ingleses en el mismo sitio, se parecia tambien á estas por la prontitud de la derrota, por la imprudencia del general, por el gran número de gefes muertos ó prisioneros, por la ligera pérdida de los vencedores, y por la consternacion que esparció por toda la

Primeros efectos de aquella batalla.

(1) Thuan, 650. Haresi *Annal. Brabant. II*, *p.* 692. Herrera, 291.

Año 1557. Francia. Retiráronse precipitadamente al interior del reino muchos habitantes de Paris, tan espantados como si el enemigo estuviese á las puertas de la ciudad. Con sus exortaciones y presencia procuró el rey consolar y animar á los restantes, y haciendo reparar con la mayor actividad las arruinadas fortificaciones de la plaza, preparóse para defenderla contra el ataque que esperaba. Felizmente para la Francia la timidez de Felipe y la fatal empresa del almirante de Coligny concurrieron no solo á librar á la capital del peligro que la amenazaba, sino tambien á dar á los franceses un corto intérvalo, durante el cual pudieron reponerse del espanto y abatimiento en que los puso tan funesto é inesperado contratiempo, al paso que aprovechólo Enrique para proveer á la seguridad de su reino con disposiciones enérgicas y dignas del soberano de una nacion guerrera y poderosa.

Felipe preséntase al ejército. Inmediatamente despues de la batalla acudió Felipe al campo delante de San Quintin donde le recibieron con toda la pompa de un triunfo militar. Tales fueron los transportes de júbilo que le ocasionó aquella victoria, que tanto esplendor daba al principio de su reinado, que suavizóse por algun tiempo su carácter orgulloso y severo, y vióse en sus maneras una cortesanía que no le era propia. Acercándosele el duque de Saboya, y queriendo ponerse de rodillas para besarle la mano, recibióle Felipe en sus brazos, y estrechándole con ternura: « Yo soy quien debo, le dijo, besar « vuestras manos, que han ganado una victoria tan glo« riosa y que tan poca sangre nos cuesta. »

Sus deliberaciones acerca de continuarla guerra. Terminados los regocijos y felicitaciones por la llegada de Felipe, celebróse un consejo de guerra donde se deliberó lo que se debia hacer para sacar de la vic-

toria el mejor partido. Apoyado por los gefes mas hábiles que se formaron en la escuela de Carlos V, fué el duque de Saboya de opinion que al punto se levantase el sitio de San Quintin, cuya rendicion no era un objeto digno de ocupar al ejército, y se marchase á Paris, fundando su dictámen en que no habia division alguna que pudiese oponerse á su marcha ni plaza fuerte que la retardase, y en que podian aprovecharse del pasmo y terror que inspirára á la poblacion la derrota del ejército francés para llegar sin obstáculo á la capital y apoderarse de ella sin resistencia. Menos osado ó mas prudente que sus generales, prefirió Felipe una ventaja moderada pero cierta, á una espedicion mas brillante y de mas dudoso resultado. Espuso á su consejo los inmensos recursos de la Francia, el valor y espíritu belicoso de la nobleza de aquel reino y su amor á sus monarcas, la prodigiosa ventaja que tendrian peleando en su propia patria, y la inevitable ruina á que se esponia el ejército español internándose temerariamente en un pais enemigo, antes de haberse asegurado una comunicacion que facilitase y protegiese su retirada si un contratiempo le obligaba á retroceder. Por estas consideraciones fué su dictámen que se continuase el sitio de San Quintin, y sus generales defirieron á su parecer como que ademas creían verse dueños de la ciudad en pocos dias, mirando aquel retardo como una pérdida de tiempo no transcendental para la ejecucion de su proyecto y fácil de reparar redoblando la actividad (1). Año 1557.

Efectivamente parecia que justificaba los cálculos de los generales de Felipe el mal estado de las fortifica- Defensa de San Quintin por el almirante de Coligny.

(1) Belcar. *Comment. de reb. Gallic.* 901.

Año 1557. ciones y el escaso número de tropas que componian la guarnicion, y que no debian esperar ni socorro ni refuerzo; mas al hacer sus combinaciones no habian parado su atencion en el carácter del almirante de Coligny que mandaba la plaza. Valor intrépido y sereno en medio de los mayores peligros, imaginacion fecunda en recursos, genio que parecia elevarse y adquirir nueva fuerza con los infortunios, talento de subyugar los ánimos y de conservar su ascendiente aun en las mas delicadas y apuradas circunstancias; he aquí las prendas que distinguian á Coligny y lo hacian superior á todos los generales de su siglo. Convenian estas calidades á la situacion en que se hallaba; y como conocia la importancia infinita de cada minuto para su pais en tan crítica coyuntura, con toda la actividad de que era capaz prócuró prolongar el sitio é impedir que el enemigo acometiese alguna empresa mas peligrosa para la Francia. En efecto, defendió la plaza con tanta perseverancia y habilidad, supo infundir á la guarnicion tanta paciencia y valor, que duró el sitio diez y siete dias, apesar de que lo estrechaban con el mayor vigor, españoles, flamencos é ingleses reunidos, cuyo ardor crecia con los estímulos de la emulacion nacional.

La plaza es tomada por asalto. Tomóse enfin la ciudad por asalto, y Coligny, cediendo al número, fué hecho prisionero en la brecha.

2 de agosto. Disposiciones de Enrique para defender el reino. Supo Enrique sacar partido del intérvalo que le proporcionó la obstinada defensa del almirante. Nombró oficiales que recogiesen los diseminados restos del ejército del condestable; espidió órdenes paraque se hiciesen levas en todos los puntos de la Francia; llamó á las armas toda la nobleza de las provincias fronterizas y le mandó que se reuniéra al duque de Nevers en Picardia; hizo venir la mayor parte de las

aguerridas tropas que servian en el Piamonte á las órdenes del mariscal de Brissac; despachó contínuos correos al duque de Guisa instándole que al punto viniese con todo su ejército á defender el reino; envió un comisionado al Gran Señor solicitando la cooperacion de la escuadra otomana y un empréstito; espidió otro á Escocia escitando á los escoceses á probar una invasion en el norte de la Inglaterra, paraque precisada Maria á fijar su atencion en aquella parte no pudiese dar refuerzos al ejército de Felipe; y en fin en el entusiasmo de sus vasallos halló poderosos socorros que secundaron sus proyectos. La ciudad de Paris le concedió un don gratuito de trescientas mil libras; todas las grandes plazas del reino imitaron la generosidad de la capital y contribuyeron con proporcion á sus facultades, y muchos caballeros de distincion ofrecieron defender á sus costas las que mas espuestas se hallaban á los ataques del enemigo. Y no se limitó á las solas corporaciones aquel zelo por el bien público, sino que cundió por todas las clases de la sociedad, y cada indivíduo apareció dispuesto á desplegar tanta energía como si el honor del rey y de la seguridad del estado dependiesen de sus esfuerzos personales (1). Año 1557.

No ignoró Felipe ni las sabias disposiciones que tomaba el rey de Francia para la seguridad de sus estados, ni el entusiasmo que manifestaban los franceses para defenderse; y conoció, aunque tarde, que dejó pasar una ocasion que ya no volveria á presentarse, al paso que ya no se debia pensar en penetrar hasta el corazon de aquel reino. Abandonó pues, un plan que por demasiado atrevido y peligroso no se adoptaba á

Felipe saca poco fruto de la victoria de San Quintin.

(1) *Mém. de* Ribier, II, *p.* 701, 703.

Año 1557. la circunspeccion de su carácter, y durante el resto de la campaña empleó su ejército en los sitios de Ham y de Catelet, de que pronto se apoderó. La conquista de aquellas dos pequeñas plazas y la adquisicion de San Quintin fueron los únicos frutos que sacó de una de las mas decisivas victorias que se hubiesen ganado en aquel siglo. Sin embargo pareció que continuaba Felipe embriagado por su triunfo; y como todos sus sentimientos encaminábanse siempre á la supersticion, en memoria de la batalla de San Quintin que se ganó el dia de la festividad de San Lorenzo, hizo voto de edificar una iglesia, un monasterio y un convento consagrados á aquel santo. Antes de que espirase el año, en el Escorial, parage cercano á Madrid, echó los cimientos de un edificio que reunia los tres objetos de su voto; y el mismo principio que lo dictára presidió en su ejecucion, pues construyóse la fábrica en forma de unas parrillas, que, segun el legendario, fueron el instrumento del martirio de San Lorenzo. Apesar de ser tantos los vastos y costosos proyectos á que arrastró à Felipe su ambicion, trabajó con tanta perseverancia por espacio de veinte y dos años en concluir aquel edificio, sacrificó tanto dinero á aquel monumento de su vanidad y devocion; que dejó en fin á los soberanos de España una casa real que ciertamente, sino la mas elegante, es alomenos la mas suntuosa y magnífica de Europa (1).

El ejército francés deja la Italia. El correo que Enrique despachó al duque de Guisa fué quien trajo la primera noticia del funesto revés que sufrieron los franceses en San Quintin. Como aun con el ausilio de las tropas francesas apenas podia el

(1) Colmenar, *Annales d' Espagne*, tom. II, p. 136.

papa contener los progresos de las armas españolas, fácil le fué conocer que cuando careciese de la proteccion de sus ausiliares al punto serian invadidos sus dominios. Por consiguiente hizo las mas energicas esposiciones contra la partida del ejército francés; echó en cara al duque de Guisa las faltas que le ponian en tal infeliz situacion, y se quejó amargamente de que con tan poca generosidad le abandonase Enrique en tal peligro. Mas eran terminantes las órdenes que recibiéra el de Guisa, y apesar de su carácter inflexible tuvo Pablo que obrar conforme al estado de sus cosas, empleando la mediacion de los venecianos y de Cosme de Médicis para obtener la paz. Felipe, que apesar suyo habíase visto obligado á romper con el papa, y que aun en medio de sus victorias dudaba tanto de la justicia de su causa que hizo frecuentes proposiciones de paz, acogió solícito las primeras declaraciones de Pablo, y manifestó en sus demandas una moderacion que no se debiéra esperar de un príncipe tan orgulloso en sus triunfos. Año 1557.

Tratado de paz entre el papa y Felipe.

Avistáronse en Cavi el duque de Alba, plenipotenciario de Felipe, y el cardenal Caraffa, encargado de los poderes de Pablo; y como ambos estaban igualmente dispuestos á la paz, tras una corta conferencia terminaron sus cuestiones con un tratado cuya base eran las condiciones siguientes: Pablo rompia su liga con la Francia, y se obligaba en lo sucesivo á observar la neutralidad que convenia al padre comun de los cristianos; prometia Felipe restituir al punto todas las plazas del estado eclesiástico de que se habia apoderado; debian someterse á la decision de la república de Venecia las pretensiones que tenia Caraffa al ducado de Paliano y á los demas dominios de los Colonnas; finalmente el

Año 1557. duque de Alba pasaria á Roma en persona, y despues de pedir perdon á Pablo en nombre de su rey y en el suyo de haber invadido el patrimonio de la iglesia, recibiria la absolucion de aquel crímen. De este modo por la escrupulosa timidez de Felipe puso Pablo fin á una guerra fatal para él sin que resultase perjudicada la santa sede. Humillóse el conquistador y reconoció su falta, al paso que el vencido, conservando su acostumbrado orgullo fué tratado con todas las demostraciones de superioridad (1).

Felipe devuelve Plasencia á Octavio Farnesio.

Conforme á las condiciones del tratado fué el duque de Alba á Roma, y en la postura de un suplicante besó los pies é imploró la misericordia de aquel á quien sus armas redujeron á los últimos apuros. Tanta era la veneracion escrupulosa que profesaban los españoles al carácter papal, que aunque era el duque el hombre mas orgulloso de su siglo, y estaba desde su niñez acostumbrado á vivir familiarmente con los príncipes, confesó que al acercarse al pontífice hallóse tan intimidado que le faltó la voz y le abandonó su presencia de ánimo (2).

Aunque aquella guerra terminárase sin ocasionar cambio alguno en los estados que fuéran su inmediato objeto, y que en su orígen tanto prometia, tuvo con todo muy importantes consecuencias en otras partes de la Italia. Deseando vivamente Felipe acabar lo mas pronto posible su querella con Pablo, estaba pronto á hacer todos los sacrificios necesarios para atraer á su partido los príncipes que uniendo sus tropas á las del papa y de los franceses, pudiesen prolongarla. A este fin entabló una negociacion con Octavio Farnesio du-

(1) Pallav. *lib. XIII, p.* 183. Fra-Paolo, 380. Herrera, *vol. I, p.* 310.

(2) Pallav. *lib. XIII, p.* 185. Summonte, *Istoria di Napoli, t. V, p.* 286.

que de Parma; y para lograr que rompiese su alianza con los franceses, devolvióle la ciudad de Plasencia y su territorio, pais de que se apoderára Carlos Quinto en 1547, conservándolo desde entonces y transmitiéndolo á su hijo con sus demas posesiones. Año 1557.

Medios de que se vale Cosme de Médicis para obtener la posesion de Siena.

Con semejante accion dejó Felipe que trasluciese su carácter y sus miras Cosme de Médicis, el mas intrigante y el mas hábil de todos los príncipes de Italia, que supo aprovechar semejante descubrimiento y concibió la esperanza de ver en fin realizado su plan favorito, reunir Siena con su territorio á los dominios que poseía en Toscana. Como el éxito de semejante empresa dependia enteramente de la sagacidad con que se dirigiese, empleó todos los artificios de la política en la negociacion que para ello entabló. Comenzó pidiendo á Felipe, cuyo erario sabia muy bien se hallaba agotado con los gastos de la guerra, el reembolso de las crecidas sumas que habia prestado al emperador durante el sitio de Siena; y procurando aquel eludir una demanda que no podia satisfacer, mostróse Cosme muy descontento, y sin ocultar su disgusto envió á su embajador en Roma instrucciones para entablar con el papa una negociacion que parecia consecuencia de la negativa de Felipe. Cumplió el embajador aquella comision con tanta destreza, que creyendo el pontífice que Cosme estaba absolutamente separado de los intereses de la España, le propuso una alianza con la Francia, que podria cimentarse casando su primogénito con una de las hijas de Enrique. Recibió Cosme semejante declaracion aparentando una satisfaccion verdadera y con tantas protestas de agradecimiento á la honorífica distincion que se le ofrecia, que no solo los ministros del papa, sino aun el enviado de

Año 1557. Francia residente en Roma hablaban ya sin reserva de la adquisicion de tan importante aliado como de asunto cierto y concluido. Pronto lo supo Felipe; y Cosme que ya habia previsto cuanta inquietud le causaria á este monarca, enviára á los Paises Bajos su sobrino Luis de Toledo paraque pudiese observar su consternacion, y sacar partido de ella antes que pasase la impresion primera. Acertado anduvo tambien en la eleccion del que para aquel objeto empleaba. Luis de Toledo esperó con paciencia tener pruebas seguras de que habian ya llegado los detalles de lás negociaciones de Cosme en Roma; y convencido de que semejante noticia llenaria de temor y envidia el ánimo suspicaz de Felipe, pidió una audiencia, y en términos los mas precisos y enérgicos requirió el reembolso del dinero prestado al emperador. Insistiendo en esta reclamacion, soltò adrede algunas palabras obscuras y declaraciones equívocas acerca de lo que tal vez haria Cosme, si á tantos motivos que de quejarse tenia, se agregaba la negativa de tan justa demanda.

Feliz resultado de sus negociaciones.

Pasmado Felipe del tono que usaba con él un príncipe de tan poca consideracion como un duque de Toscana, y comparando lo que oía con las noticias que recibia de Italia infirió al punto que no se hubiéra atrevido Cosme á aventurar una proposicion tan estraña y audaz, á no alentarle la esperanza de su union con la Francia. Para impedir que el papa y Enrique adquiriesen un aliado que por sus talentos y por la situacion de sus estados daria á su confederacion mas consideracion y fuerza, ofreció que concederia á Cosme la investidura de Siena, si queria recibirla como un equivalente de las cantidades que se le debian, obligándose al mismo tiempo á levantar una division para defender los do-

minios del rey de España en Italia contra cualquier potencia que quisiese atacarlos. Luego que hubo Cosme conducido á Felipe á tan importante punto, objeto de todas sus intrigas y artificios, no cuidó de prolongar la negociacion con detalles inútiles ó con un esceso de habilidad; sino que aceptó solícito la proposicion de Felipe que, apesar de las representaciones de sus mas hábiles consejeros al punto firmó el tratado (1). Año 1557.

Como nunca hubo príncipe mas zeloso de sus derechos que Felipe, y menos dispuesto á despojarse de un territorio que estuviese poseyendo, cualquiera que fuese el título de semejante posesion; es por cierto estraño que tan gratuitamente cediese á los duques de Parma y Toscana provincias, para cuya adquisicion ó conservacion empleó su padre tantos años, hizo derramar tanta sangre y gastó tanto dinero, al paso que tan estraordinarias concesiones solo pueden esplicarse atribuyéndolas á un supersticioso deseo de libertarse de una guerra que con pesar suyo sostenia contra el papa. Con estos tratados quedó establecido el equilibrio de poder entre los príncipes de la Italia con mas solidez é igualdad que nunca tuviéra todavía desde el violento golpe que sufrió con la invasion de Carlos VIII. Aquel fué el período en que la Italia cesó de ser el gran teatro donde los soberanos de España, Francia y Alemania disputábanse á porfía la preeminencia de la gloria y la pujanza. No que sus querellas y sus hostilidades no fuesen entanto tan frecuentes y encarnizadas como antes; pero, como las promovian nuevos objetos, hicieron correr la sangre en otras regiones de

(1) [illegible]uan, *lib. XVIII, p.* 624. Herrera, 1, 203, 375. Pallav. *lib. XIII, p.* 180.

Año 1557. la Europa, que á su vez sufriese todo el rigor y desgracia de la guerra.

29 de setiembre.

Acogida del duque de Guisa en Francia.

Salió de Roma el duque de Guisa el mismo dia en que su adversario el de Alba tan bajamente se humilló al pontífice. Fué en Francia recibido como el salvador del reino, y parecia que se olvidáran enteramente sus últimos reveses en Italia, al paso que afectadamente se exageraban sus antiguos servicios, en particular la defensa de Metz. Todas las ciudades por donde pasó acogiéronlo como restaurador de la pública seguridad, que despues de haber con su prudencia y valor detenido las victoriosas armas de Carlos Quinto regresaba á la voz de la patria para atajar los temibles progresos del poder de Felipe. Tambien Enrique le recibió de un modo el mas lisongero y honroso, inventó nuevos títulos y creó nuevas dignidades para distinguirle y recompensarle. Fué nombrado lugarteniente general en gefe en el interior y esterior del reino con autoridad casi ilimitada y poco inferior á la que podia ejercer el mismo rey. Así por una felicidad singular que asistia á la fortuna de los príncipes de Lorena, aun el mal éxito en sus empresas contribuyó á su engrandecimiento; y así por las desgracias de la Francia y errado proceder del condestable su rival vióse el duque de Guisa elevado á un grado de gloria y poderío que no hubiese podido esperar del éxito mas feliz y completo en sus ambiciosos proyectos.

Toma el mando del ejército.

Avido de satisfacer con alguna accion brillante las esperanzas que de sus talentos concibiéran sus compatriotas y de corresponder á la estraordinaria confianza que el rey le dispensaba, hizo marchar á Compiegne cuantas tropas pudo reunir, y aunque se hallaba muy adelantado el invierno, cuyo rigor era escesivo, pú-

mose á su cabeza y entró en campaña. Con suma actividad y secundado por el entusiasmo de sus vasallos levantára Enrique en su reino bastantes reclutas, al paso que sacó de la Alemania y Suiza considerables refuerzos para formar un ejército respetable aun para un enemigo victorioso. Alarmado Felipe al ver que se ponía en movimiento en tan cruda estacion, comenzó á temer por sus nuevas conquistas, sobre todo por San Quintin, cuyas fortificaciones solo imperfectamente se repararan. Año 1557.

Pero mas importante era la empresa que meditaba el duque de Guisa; despues de haber entretenido á su enemigo con amenazas sucesivamente dirigidas contra ciudades de las fronteras flamencas, torció de repente á la izquierda y puso cerco á Calais con todo su ejército. En el reinado de Eduardo III apoderáronse los ingleses de Calais tras la gloriosa victoria de Crecy, y era la única plaza que conservaban de los vastos territorios que antiguamente poseyeron en Francia, al paso que les abria en toda ocasion camino seguro y fácil para el corazon del reino; así es que la posesion de aquella ciudad alhagaba tanto el orgullo de los ingleses cuanto heria al de los franceses. Era tan fuerte por naturaleza su situacion y tan generalmente considerábanse inespugnables sus fortificaciones, que ningun rey de Francia atreviérase á atacarla. Hasta en la época misma en que las largas y sangrientas querellas de las casas de Yorck y de Lancastre habian como agotado las fuerzas interiores de la Inglaterra y enteramente desviado su atencion de todo objeto estrangero, permaneciéran los ingleses pacíficos posesores de Calais. Maria y su consejo, que especialmente componíase de eclesiásticos de todo punto ignorantes en lo concerniente á la

Pone sitio á Calais. 1º enero de 1558.

Año 1558. guerra y únicamente ocupados en estirpar del reino la heregía, descuidáran absolutamente la seguridad de tan importante plaza, persuadidos de que bastaba para su defensa la sola reputacion de su fuerza. Así confiados, aun despues de declarada la guerra, se atrevieron á continuar una costumbre que el mal estado del tesoro real habia introducido en tiempo de paz. Como el pais vecino á Calais estaba inundado durante el invierno, de manera que los pantanos que rodeaban la ciudad hacíanse intransitables, escepto por una sola avenida dominada por los fuertes de Santa Agueda y de Newnham-Bridge; solian los ingleses sacar de la plaza la mayor parte de la guarnicion á fin de otoño y volverla á enviar por primavera. En vano lord Wentworth, su gobernador, clamó contra importuna economía, y espuso la posibilidad de un ataque imprevisto en un momento en que no tendria suficientes hombres para el servicio; el consejo privado despreció semejantes reflexiones como si fuesen hijas de la cobardía, y algunos de sus miembros, llenos de la ciega confianza que ordinariamente es inseparable compañera de la ignorancia, jactáronse de que defenderian á Calais con sus varillas blancas contra el que osase atacarla durante el invierno (1). En vano tambien advirtió á la reina el peligro que corria la plaza Felipe, que al regresar de Inglaterra pasára por Calais, é indicándole lo que era menester para ponerla en seguridad, ofrecióle reforzar durante el invierno la guarnicion con un destacamento de sus propias tropas; los consejeros de Maria, aunque sumisos á su voluntad en todo lo que concernia á la religion, desconfiaban como todos los ingleses de

(1) Carte, *vol. III*, *p.* 345.

toda proposicion emanada de Felipe, y sospechando que tal vez era un ardid de este para apoderarse de la ciudad; no hicieron caso del aviso, desecharon su oferta, y dejaron en Calais la cuarta parte de los soldados que necesitáran para defenderla. Año 1558.

El conocimiento de todas estas circunstancias fué lo que animó al duque de Guisa á probar una empresa que tanta sorpresa causó á sus propios compatriotas como á sus mismos enemigos. No ignorando que para asegurarse el triunfo debia adelantar sus operaciones con tal celeridad que no tuviesen los ingleses tiempo para introducir por mar socorro en la plaza, ni á Felipe para hostigarle por tierra; estrechó el ataque con vigor é ímpetu no comun entonces en la prosecucion de los sitios. El de Guisa estrecha el sitio.

En el primer asalto desalojó á los ingleses del fuerte de Santa Agueda, y tras una resistencia de tres dias les obligó á abandonar el de Newnham-Bridge; ganó á viva fuerza el castillo que dominaba al puerto; en fin, al octavo dia de su llegada á delante de Calais, la guarnicion, que solo constaba de quinientos hombres hallóse de tal manera disminuida y quebrantada por las fatigas que sufriéra sosteniendo tan reiterados ataques y defendiendo tantos fuertes á la vez, que el gobernador se vió precisado á capitular. Toma la ciudad.

No dió el duque de Guisa tiempo á los ingleses para reponerse de la consternacion que les causó tan inesperado golpe, sino que al punto fué á poner sitio á Guines, cuya guarnicion, aunque mas numerosa que la de Calais, defendióse con menos vigor y se rindió despues de haber sostenido un solo asalto. Las tropas que estaban en el castillo de Ham se retiraron sin esperar la llegada de los franceses. Se apodera de Cambray y del castillo de Ham.

Año 1558 Así, en el espacio de algunos dias, en medio de los rumores del invierno, cuando la funesta batalla de San Quintin habia de tal modo abatido el valor de los franceses que, léjos de intentar conquistas contra sus enemigos, solo pensaban en la defensa de su propío pais, el ánimo audaz de un solo hombre logró echar de Calais á los ingleses, que la poseían 210 años hacia, y arrebatarles el único territorio que les quedaba en un reino donde algun dia tuvieron tan vastas posesiones. Aquella brillante espedicion, al paso que hizo que toda la Europa concibiese la mas alta idea del poder y recursos de la Francia, en la opinion de sus compatriotas elevó al duque de Guisa sobre todos los generales de su siglo. Celebraron sus triunfos con escesivos transportes de júbilo, mientras los ingleses se entregaban á todos los sentimientos que animan á un pueblo libre y fiero, cuando una gran calamidad nacional les parece evidentemente efecto de la ignorancia de los que le gobiernan. De odiosos solamente, que eran antes, hiciéronse Maria y sus ministros despreciables á los ojos de todos los ingleses; y todo el terror de su administracion arbitraria y rigurosa no pudo impedir que prorumpiesen en maldiciones y amenazas con los que, despues de haber comprometido á la nacion en una querella que nada le importaba, con su descuido é incapacidad acababan de llenarla de oprobio, causando la pérdida de la posesion mas preciosa de cuantas hubiese adquirido la corona de Inglaterra.

El rey de Francía siguió respecto de Calais el ejemplo del primer vencedor de esta plaza, Eduardo III. Mandó que se retirasen todos los ingleses que en ella moraban; y dió sus casas á franceses, á quienes incitó á establecerse allí concediéndoles varios privilegios, y

al mismo tiempo dejó para su defensa una numerosa guarnicion á las órdenes de un hábil gobernador. Tras estas disposiciones, su ejército victorioso retiróse á sus cuarteles para rehacerse, y á todas aquellas operaciones sucedió la ordinaria inaccion que produce el invierno. Año 1558.

Entretanto convocó Fernando en Francfort el colegio de electores para participarles el acta en que Carlos renunciára la corona imperial á su favor. Dilatárase hasta entonces semejante declaracion por algunas dificultades que se suscitaron acerca de las formalidades que se requerian para llenar una vaçante ocasionada por un acontecimiento de que no ofrecian ejemplo los anales del imperio. Pero en fin arreglado todo, el príncipe de Orange ejecutó la comision que Carlos le encargára. Aceptaron los electores la renuncia, declararon á Fernando legítimo sucesor de Carlos, y le revistieron de todos los distintivos de la dignidad imperial. 24 de febrero. Renuncia de la corona imperial á favor de Fernando.

Al punto el nuevo emperador despachó su canciller Guzman paraque informase al papa de aquel suceso, atestiguándole su respeto á la santa sede, y anunciándole que, segun se acostumbraba, pronto enviaria un embajador estraordinario encargado de tratar de su coronacion con su santidad; mas Pablo, á quien ni la esperiencia ni los infortunios enseñaron á cambiar las exageradas ideas que del poder papal se formára por el tono moderado que exigian las circunstancias, no quiso recibir al enviado de Fernando, y declaró nulo é irregular cuanto se hizo en Francfort. Pretendia que en calidad de vicario de Jesucristo, tenia él papa depositadas en su poder las llaves del gobierno temporal y espiritual; que la jurisdiccion imperial dimanaba de No quiere el papa reconocer emperador á Fernando.

Año 1558. la santa sede; que si sus predecesores habian autorizado á los electores para nombrar un emperador que luego confirmaba el papa, solo se estendia aquel privilegio á cuando la vacante era ocasionada por el fallecimiento del príncipe reinante; que el acta de la renuncia de Carlos habíase presentado á un tribunal incompetente, pues solo el papa tenia derecho para aceptarla ó no admitirla y nombrar una persona que ocupase el trono; que aun dejando á un lado esas objeciones, adolecia la eleccion de Fernando de dos vicios de forma que la hacian nula, pues habian sido admitidos á votar los electores protestantes, apesar de que abandonando la fé católica habian perdido sus derechos á todos los privilegios de su rango de electores; en fin que ratificando las concesiones de varias dietas á favor de los hereges, hiciérase Fernando incapaz de poseer la dignidad imperial instituida para proteger la iglesia y no para destruirla. Pero, despues de haber con el mayor calor espuesto tan estravagantes máximas, añadió con cierta condescendencia que si renunciase Fernando todos los derechos á la corona imperial fundados en la eleccion de Francfort, manifestase públicamente estar arrepentido de su pasada conducta, y con la conveniente humildad le suplicase que confirmára la renuncia de Carlos y su elevacion al imperio, no habia pruebas ni señales de favor y aprecio que no pudiese entonces esperar de su bondad paternal. Como ni siquiera pensaba Guzman ver resucitadas tan estrañas y rancias pretensiones, cuya manifestacion admiróle tanto que hallóse confuso acerca el tono en que debia contestar; evitó prudentemente entrar en ningun detalle sobre la naturaleza y estension de la jurisdiccion papal; y limitándose á las consideraciones políticas por las cuales

debia el pontífice reconocer á un emperador que ya se hallaba en posesion del trono, procuró presentárselas bajo el aspecto que creyó mas propio para causar impresion á Pablo, á no ser que desconociese absolutamente sus propios intereses. Para hacer mas poderosas las razones de Guzman, envió Felipe á Roma un embajador encargado de suplicar al papa desistiese de sus pretensiones tan inoportunas entonces, que no solo alarmarian é irritarian á Fernando y á los príncipes del imperio, sino que tambien darian quizás á los enemigos de la santa sede nuevo motivo para atacar la jurisdiccion pontificia como incompatible con los derechos de los príncipes y destructiva de toda autoridad civil. Pero Pablo, que hubiéra mirado como un crímen el pararse en consideraciones de prudencia ó de humana política entonces cuando se trataba de defender las prerogativas de la tiara, mantúvose inexorable, y durante su pontificado la corte de Roma no reconoció emperador á Fernando (1). Año 1558.

Mientras hacia Enrique estos preparativos para la siguiente campaña, recibia noticias de sus negociaciones en Escocia. A favor de una larga esperiencia conocieron por fin los escoceses cuán imprudente era para ellos comprometerse en todas las querellas que se suscitaban entre la Francia y la Inglaterra; y así ni las solicitaciones del embajador de Enrique, ni la astucia y autoridad de la reina regente pudieron determinarles á tomar las armas contra una potencia con que estaban en paz. El ardor de una nobleza belicosa y de un pueblo turbulento cedió entonces á la consideracion del interés y pública tranquilidad, consideraciones que has-

Procura Enrique que los escoceses se subleven contra la Inglaterra.

(1) Godleveus, *de Abdicat. Car. V*, *ap. Goldast. Polit. imper.* 392. Pallav. *lib. XIII*, 189. Ribier, *tom. II*, *p.* 746, 749.

Año 1558. ta aquel tiempo poco valieron con aquel pueblo siempre pronto á lanzarse en nuevas guerras. Mas aunque insistian los escoceses en su sistema pacífico, manifestáronse muy dispuestos á satisfacer al rey de Francia en cuanto á otro objeto cuya negociacion habia cometido á su embajador.

Casamiento del delfin con la reina de Escocia.

En 1548 la jóven reina de Escocia fué prometida al delfin, y educándose desde entonces en la corte de Francia, llegó á ser la princesa mas amable y mas cumplida de su siglo. Pidió Enrique á los escoceses su consentimiento para celebrar el enlace; y para ello convocóse un parlamento, que nombró ocho comisarios encargados de representar en aquella ceremonia al cuerpo de la nacion, con poder para firmar cuantas actas se requiriesen antes de la conclusion del matrimonio. En la disposicion de los artículos tomaron los escoceses cuantas precauciones les dictó su prudencia, á fin de conservar la libertad é independencia de su pais, al paso que por su parte los franceses valiéronse de todos los medios posibles para asegurar al delfin la administracion de los negocios durante la vida de la reina y la sucesion á la corona si muriese antes que él. Celebráronse las bodas con toda la pompa que correspondia al rango de los esposos y á la magnificencia de una corte que entonces era la mas brillante de Europa (1). De este modo en el espacio de pocos meses tuvo Enrique la gloria de recobrar una posesion importante que perteneciéra antiguamente á su corona y de reunir á esta la adquisicion de un gran reino. Semejante acontecimiento aumentó sobremanera la consideracion y autoridad del duque de Guisa, y con el enlace de su

14 de abril

(1) Keith. *Hist of Scotland, p.* 73, *append.* 13. *Corps diplom. tom. V, p.* 21.

sobrina con el presunto heredero de la corona pareció que cobraba tanta solidez cuanto brillo ya tenia el crédito que le mereciéran sus grandes hechos, al paso que se elevaba sobre la clase de mero vasallo. Año 1558.

Abriéndose la campaña poco despues del casamiento del delfin, el duque de Guisa recibió el mando del ejército con poderes tan ilimitados como los que recibiéra anteriormente. Habia Enrique recibido de sus súbditos contribuciones bastante considerables para tener á sus órdenes un ejército numeroso y bien mantenido; al paso que aniquilado Felipe por los estraordinarios esfuerzos que exigió la precedente campaña, tuvo que licenciar durante el invierno parte de sus tropas, y carecia de un ejército que se hallase en estado de hacer frente al de los franceses. Aprovechó el duque de Guisa la favorable ocasion que le ofrecia su superioridad, y puso sitio á Thionville en el ducado de Luxemburgo, plaza muy fuerte en las fronteras de los Paises Bajos y muy importante á la Francia por su vecindad á Metz, que apesar del obstinado valor de los sitiados tuvo que capitular tras un sitio de tres semanas (1). Ábrese la campaña. 22 de abril.

Pero esta victoria, que parecia debia acarrear otras conquistas, pronto fué ofuscada por un suceso que pasó en otra parte de los Paises Bajos. Habiendo el mariscal de Termes, gobernador de Calais, invadido la Flandes sin hallar oposicion cercó á Dunquerque con un ejército de quince mil hombres y tomó la plaza por asalto á los cinco dias de sitio. De alli avanzó hasta Niewport, de que pronto se hubiéra apoderado si no le hubiese obligado á retirarse la llegada del conde de El ejército francés es derrotado en Gravelines.

(1) Thuan, *lib. XX, p.* 695.

Año 1558. Egmont á la cabeza de un ejército superior. Cargadas las tropas francesas con el botin pillado en Dunquerque ó en el saqueo del pais, no podian moverse sino con mucha lentitud, al paso que Egmont, que dejára tras sí sus bagages y artillería, marchaba con tanta celeridad que alcanzó á los franceses cerca de Gravelines y los atacó con el mayor ímpetu. Como habia Termes podido escoger el terreno y colocado ventajosamente sus tropas en el ángulo que forma el mar y la embocadura del rio Aa, recibió al enemigo con mucho vigor, y tanto que estuvo algun tiempo indecisa la victoria. Conociendo los franceses que inevitablemente serian aniquilados si eran batidos en aquel pais enemigo, defendíanse con un valor que rayaba en desesperacion y que contrarestó la superioridad numérica; pero uno de aquellos accidentes que no puede prevenir la humana prudencia, decidió por fin la victoria á favor de los flamencos. Una escuadra inglesa que cruzaba en aquellas costas acudió al ruido de la mosquetería al lugar de la accion hasta el rio Aa, y asestando su gruesa artillería contra el ala derecha de los franceses, pronto la rompió y esparció el terror y confusion en todo el ejército. Cobrando los flamencos nuevo brio con un socorro tan inesperado y poderoso, redoblaron sus esfuerzos para no perder la ventaja que les ofrecia la fortuna, y no dieron tiempo al enemigo para reponerse de su primera consternacion. Poco tardó en hacerse general la derrota de los franceses; quedaron en el campo de batalla unos dos mil hombres, y murieron aun muchos mas á manos de los campesinos que, para vengarse de los escesos cometidos en su pais, perseguian y asesinaban sin piedad á los fugitivos. Cayeron prisioneros todos los que se escaparon de

semejante carnicería entre los cuales contóse Termes su general y muchos distinguidos oficiales (1). Año 1558.

El duque de Guisa marcha contra el ejército vencedor.

Aquella célebre victoria, que despues tan mal recompensó Felipe al conde de Egmont, obligó al duque de Guisa á abandonar sus primeros proyectos y á marchar á toda prisa hácia la frontera de la Picardía para atajar los progresos del enemigo. El desastre que acababan de sufrir las tropas francesas dió nuevo lustre á su reputacion y lo hizo por segunda vez centro de las esperanzas de todos sus compatriotas, como el único general á cuyas armas siempre acompañaba la victoria, pues sus talentos y su fortuna les devolvian la seguridad en las mas apuradas circunstancias Reforzó Enrique el ejército del duque de Guisa con destacamentos sacados de las guarniciones vecinas, con lo cual ascendió á cuarenta mil hombres; pero despues de la reunion de Egmont con el duque de Saboya no le era inferior el enemigo. Camparon á pocas leguas de distancia uno de otro; y habiendo entrambos reyes puéstose al frente de sus tropas, esperábase que tras tantas vicisitudes sufridas por una y otra parte en esta y la precedente campaña, una batalla decisiva decidiria finalmente cual de los dos rivales debia tomar el ascendiente y dar la ley á la Europa. Pero aunque ambos podian terminar la guerra de aquel modo, no se determinaron á confiar tan importante objeto á los azares de una sola batalla. Las funestas jornadas de San Quintin y de Gravelinas eran harto recientes para ser olvidadas, y el riesgo de venir á las manos con las mismas tropas, mandadas por los mismos generales que dos veces triunfáran de las armas francesas, infundia á

(1) Thuan, *lib. XX, p.* 694.

Año 1558. Llega á España.

Enrique una prudencia y reserva que era agena de su carácter. Por otra parte, enemigo suyo Felipe de toda operacion militar que exigiese osadía, inclinábase siempre á las medidas mas prudentes, y nada queria aventurar contra tan afortunado general como era el duque de Guisa. Por este mútuo acuerdo ambos monarcas mantuviéronse en la defensiva, y fortificándose con actividad en sus campos evitaron toda especie de escaramuza ó empeño que pudiese motivar una accion general.

Ambos monarcas empiezan á desear la paz.

Mientras así permanecian en la inaccion los ejércitos, ambos campos deseaban la paz, al paso que Enrique y Felipe parecian dispuestos á recibir cuantas proposiciones tendiesen á restablecerla. Cincuenta años habia que estaban los reinos de Francia y España comprometidos en guerras casi contínuas, que costaron sumas inmensas sin acarrear ventaja alguna considerable á ninguna de las partes. Tras tantos esfuerzos estraordinarios y contínuos, muy superiores á los que solian hacer los pueblos antes de la rivalidad de Carlos Quinto y Francisco I, aniquiladas entrambas naciones sentian vivamente la necesidad de un intérvalo de descanso para reponer sus fuerzas, y ya solo con mucho trabajo daban á sus soberanos los subsidios necesarios para continuar las hostilidades. Las disposiciones personales de los dos monarcas estaban acordes con las de sus vasallos. Deseaba Felipe la paz, porque ansiaba regresar á España; acostumbrado desde su niñez al clima y á las costumbres de aquel pais, amábalos con tan fuerte prediteccion que no se tenia por feliz en ninguna otra parte de sus estados. Mas, como ni el decoro ni su propia seguridad le permitian abandonar los Paises Bajos y arriesgar un viage á España duran-

te la guerra, debia por precision serle grata la idea de una paz que le facilitase á satisfacer aquel deseo. No menos impaciente estaba Enrique por verse libre del peso y dificultades de la guerra, á fin de poder fijar toda su atencion y emplear toda la energía de su gobierno en combatir las opiniones de los reformistas, que tan rápidamente se propagaban en Paris y en las otras grandes ciudades de Francia que sus progresos ya empezaban á ser temibles para la iglesia establecida. Año 1558.

Dejando á un lado esas consideraciones públicas y notorias que se desprendian del estado de las dos enemigas naciones ó de las disposiciones particulares de sus respectivos soberanos, formárase en la corte de Enrique una intriga secreta, que tanto como otro cualquier motivo contribuyó á acelerar y facilitar la negociacion de la paz. Durante su cautiverio, veía el condestable de Montmorency con la envidiosa inquietud propia de un rival, los rápidos triunfos y el siempre creciente favor del duque de Guisa; y al paso que miraba como una herida hecha á su propia reputacion cada victoria que aquel conseguia, sabia con cuanta astucia procurarian valerse de aquellas ventajas para desacreditarle con el rey y solidar el valimiento del duque. Temia que aquellos artificios causasen bastante impresion en el fácil y débil espíritu de Enrique para borrar hasta los restos del antiguo afecto que le profesára; pero no veía medio alguno de prevenir semejante accidente, á no ser que se le permitiese regresar á la corte, para probar si con su presencia podria frustrar los proyectos de sus enemigos y hacer que renaciesen los tiernos sentimientos que tanto tiempo le habian unido á Enrique, sentimientos á los cuales acompañaba tan entera confianza que mas parecian intimidad de una amistad particular

Una intriga de la corte de Francia facilita la paz.

Año 1558. que relaciones frias é interesadas entre un rey y un cortesano.

Mientras Montmorency formaba planes y votos para volver á Francia con mucha inquietud y actividad, pero con poca esperanza de seguro éxito, un imprevisto incidente secundó sus deseos. El cardenal de Lorena, que partia con su hermano el favor del rey y la autoridad que de ello dimanaba, no sostuvo su prosperidad con tanta discrecion como el duque de Guisa: fascinado por su feliz suerte, olvidóse de cuán deudores, tanto él como su hermano eran de su elevacion á la duquesa de Valentinois, y con ridícula vanidad pareció que solo la atribuía á la importancia y á los servicios de su casa. Llevó la ingratitud hasta el estremo no solo de despreciar á su bienhechora, sino aun de contrariar sus proyectos y de hablar con la mas injuriosa libertad de su persona y de su carácter.

Aquella estraordinaria muger que, si hemos de dar crédito á sus contemporáneos, conservó hasta la edad de sesenta años la belleza y los atractivos de la juventud, era siempre el ídolo del rey; así es que sintió vivamente semejante afrenta, y se dispuso á vengarse. No viendo mejor medio de derribar los príncipes de Lorena que asociando sus intereses á los de Montmorency, en prenda de esta union propuso dar por esposa una de sus hijas á un hijo del condestable, quien aceptó gustoso la proposicion. Cimentada esta alianza, echó mano la duquesa de todo el imperio que ejercia sobre el rey para aumentar sus disposiciones á la paz y sugerirle las medidas mas conducentes para obtenerla. Insinuóle que convendria que el condestable hiciese las primeras proposiciones, y que cometiendo á su prudencia aquella negociacion tendria el éxito que se deseaba.

Año 1558. Enrique confia á Montmorency la negociacion de la paz.

Acostumbrado Enrique á confiar al talento del condestable los mas importantes negocios, no necesitaba de semejante impulso para recobrar sus antiguos hábitos: escribióle al punto con su ordinario tono familiar y amistoso, y al mismo tiempo autorizóle á que aprovechase la primera ocasion para sondear las disposiciones de Felipe y de sus ministros respeto de la paz. Tomó Montmorency el mas propio camino para lograrlo: abrióse con el duque de Saboya. Apesar de las grandes dignidades á que ascendiéra y de la gloria militar que adquirió al servicio de la España, estaba aquel príncipe cansado de su destierro; ardia en deseos de regresar á sus estados, y no teniendo esperanza alguna de recobrarlos por las armas, consideraba un tratado definitivo entre la Francia y la España como el único acontecimiento que pudiese devolverle los dominios de que le despojáran. Como conocia á fondo los sentimientos particulares por los cuales inclinábase Felipe á la paz, poco le costó incitarle no solo á escuchar proposiciones de ajuste, sino tambien á permitir que el condestable regresase á Francia bajo su palabra para afirmar á su soberano en sus pacíficas disposiciones. Recibió Enrique á Montmorency con las mas lisongeras muestras de estimacion; la ausencia, en vez de apagar ó disminuir su amistad, parecia que le habia dado nueva fuerza, y luego que volvió á parecer en la corte el condestable, tomó mas imperio sobre el corazon del rey que nunca ejerciéra hasta entonces. El cardenal de Lorena y el duque de Guisa cedieron prudentemente á aquel torrente de favor, á que en vano hubiéran intentado oponerse; ciñéronse á los objetós de sus departamentos y dejaron que el condestable y la duquesa de Valentinois gobernasen á su voluntad los

Año 1558. negocios del reino. Pronto estos favoritos decidieron á Enrique á nombrar plenipotenciarios para tratar de la paz, al paso que tambien nombró los suyos Felipe. Señalòse para el congreso la abadía de Cercamp, y al mismo tiempo convínose que se pusiese fin con un armisticio á todas las operaciones militares.

Mientras estos preliminares preparaban la conclusion de un tratado que debia restituir la tranquilidad á toda la Europa; terminó su carrera en el monasterio de San Justo, Carlos Quinto, cuya ambicion por tanto tiempo la habia perturbado. Al entrar en aquel retiro, sometiérase Carlos á un género de vida propio de un nuevo gentil-hombre de escasa fortuna. Era su mesa servida con decoro, pero con sencillez; y tenia muy pocos criados, con quienes vivia familiarmente. Tocante al servicio de su persona aboliéra toda especie de etiqueta y de ceremonia, como incompatibles con el bienestar y reposo en que queria pasar el resto de sus dias. La suavidad del clima y la falta de los negocios y cargos del gobierno calmaron bastante la violencia de su gota y suspendieron los agudos dolores que por tanto tiempo le habian atormentado; de manera que en aquella humilde soledad gozó quizás de una satisfaccion mas pura y perfecta que nunca le dió toda su pasada grandeza. Borráranse enteramente de su espíritu las ideas y ambiciosos proyectos que tanto le ocupáran y agitáran; léjos de tomar parte en los acontecimientos políticos de la Europa, ni siquiera tenia la curiosidad de informarse de ellos, y dijérase que miraba aquella turbulenta escena de que se separára, con todo el desprecio é indiferencia de un hombre que habia reconocido su vanidad y frivolidad, y que disfrutaba del placer de verse libre de sus lazos.

Operaciones del duque de Guisa.

Año 1558. Sus diversiones en su retiro.

Otros eran los pasatiempos y objetos á que se daba en su retiro. A veces con sus propias manos cultivaba las plantas de su jardin; otras, acompañado de un solo criado que iba á pie, paseábase por un vecino bosque montado en un pequeño caballo, el único que conservára. Como á menudo sus dolencias le detenian en su habitacion, privándole de aquellos activos recreos; recibia las visitas de algunos nobles que moraban cerca del convento, á quienes admitia familiarmente en su mesa, ó dedicábase á obras de mecánica, cuyos principios estudiaba y para cuya ciencia habia siempre manifestado mucha disposicion y gusto. Habiendo logrado que le acompañase á su soledad Turiano, uno de los mas ingeniosos mecánicos de su siglo; trabajaba con él en la construccion de modelos de las máquinas mas útiles y en hacer esperimentos acerca de sus propiedades, y no pocas veces las ideas del monarca perfeccionaban las invenciones del artífice. Deleitábase frecuentémente en obras de mecánica meramente curiosas y singulares; y componia figuras que, por medio de resortes interiores, incitaban los movimientos y gestos humanos, con gran sorpresa de los ignorantes religiosos, que al ver efectos que no podian comprender, desconfiaban de sus propios sentidos, si ya no sospechaban que Carlos y Turiano mantenian relaciones con potencias invisibles. Gustaba mucho de fabricar relojes; y habiéndole manifestado sus muchísimas pruebas que era imposible hacer andar dos con entera exactitud é igualdad, dícese que con sorpresa y pesar reflexionó en su locura, recordando el tiempo y los afanes que en vano empleó para infundir á los hombres una rigurosa uniformidad de opinion acerca de los complicados y misteriosos dogmas de la religion.

Año 1558.
Sus mas serias ocupaciones.

Ademas de las restantes ocupaciones que consumian el tiempo que le quedaba, siempre reservaba buena parte de este para los ejercicios piadosos. Mañana y tarde asistia regularmente al servicio divino en la iglesia del monasterio; era muy aficionado á la lectura de libros de devocion, particularmente de las obras de San Agustin y de San Bernardo, y tenia frecuentes conversaciones sobre puntos de religion con su confesor y con el prior del convento.

Causa de su muerte.

Semejante género de vida era digno de un hombre enteramente libre de todos los cuidados de este mundo y dispuesto á pasar al otro; y pasó el primer año de su retiro en inocentes diversiones, que suavizaban sus penas y recreaban su espíritu fatigado por una larga y escesiva aplicacion á los negocios, ó en piadosas ocupaciones que consideraba esenciales para disponerse á otro estado. Pero, unos seis meses antes de su fallecimiento, volvióse á declarar mas violenta la gota, que le habia dado un intérvalo de reposo mas largo que lo acostumbrado. Aniquilada su constitucion, apenas tuvo fuerzas para sufrir tan crudo ataque, que á la par de su cuerpo debilitó su alma, y desde entonces apenas se encuentran en él algunos restos de aquel sano y robusto entendimiento que distinguió á Carlos de sus contemporáneos. Apoderóse de su ánimo tímida y servil supersticion, disgustóse de toda especie de recreo, y procuró sujetarse á toda la austeridad de la vida monástica. No queria mas compañía que la de los frailes, y pasaba todo el tiempo en cantar con ellos los himnos sagrados. En espiacion de sus pecados, disciplinábase en secreto con tan escesivo rigor, que despues de su muerte halláronse teñidas en su sangre las cuerdas de que se servia. Y como si no fuesen bastantes esos

actos de mortificacion, que aunque severos no carecen de ejemplo, perturbando cada dia mas su espíritu la inquietud, la desconfianza y el temor que siempre acompañan á la superticion y disminuyendo á sus ojos el mérito de lo que hiciéra, buscaba algun acto de piedad estraordinario y nuevo que manifestase su zelo y le atrajese el favor del cielo. La idea que concibió es una de las mas originales y estrañas que haya jamas producido la supersticion en una imaginacion débil y desordenada. Resolvió celebrar sus funerales antes de su muerte; de consiguiente hizo erigir un túmulo en la iglesia del convento, á donde acudieron sus criados en procesion funeraria con cirios negros, siguiéndolos él envuelto en una mortaja. Tendiéronlo con mucha solemnidad en un féretro, y cantóse el oficio de difuntos: Carlos unia su voz á las preces que se rezaban para el reposo de su alma, y mezclaba sus lágrimas con las que derramaban los circunstantes, como si fuesen verdaderos los funerales que celebraban. Terminóse la ceremonia rociando, segun costumbre, el féretro con agua bendita, y retirándose todos, cerraron las puertas de la iglesia. Entonces salió Carlos de su féretro, y regresó á su habitacion lleno de las lúgubres ideas que por precision debia inspirar acto tan solemne. Sea que le fatigase la larga duracion de la ceremonia, sea que aquel espectáculo de muerte causase profunda impresion en su alma, acometiéle calentura al dia siguiente á cuyo ataque no podia resistir su estremado cuerpo, espirando á 21 de setiembre, á la edad de cincuenta y ocho años, seis meses y veinte y cinco dias (1).

Año 1558.

21 de setiembre.

(1) Strada, *de Bell. Belg. lib. I, p.* 11. Thuan, 723. Sandov. *II, p.* 609, *etc.* Miñana, *Continuat. Marian. vol. IV, p.* 216. Vera y Zuñiga, *Vida de Carlos, p.* 111.

Año 1558. Su carácter.

Como por su rango y dignidad fué Carlos el primer soberano de su siglo; la parte que en los acontecimientos tuvo fué la mas brillante, si en algo se consideran la grandeza, la vanidad y la fortuna de sus empresas. Solo observando con atencion su conducta, y no consultando los exagerados elogios de los españoles ó las parciales críticas de los franceses, puede formarse justa idea del genio y talentos de aquel príncipe. Tenia calidades particulares que marcan su carácter, y que no solo le distinguen de los demas príncipes contemporáneos, sino que aun esplican aquella superioridad que por algun tiempo conservó sobre ellos. En todos los planes que ideó, manifestó siempre una prudencia y reserva que debia á la naturaleza tanto como al hábito. Dotado de talentos que se desarrollaron lentamente y llegaron tarde á su madurez, acostumbrárase á pesar todos los asuntos que le importaban con atencion exacta y meditada. En ellos empleaba toda su actividad, precipitábalos con la mas seria aplicacion, sin distraerse con el placer ni relajarse con diversion alguna, y en silencio resolvia su proyecto en su ánimo. En seguida comunicaba el asunto á sus ministros, y despues de escuchar sus opiniones, tomaba su resolucion con una fuerza que raras veces acompaña á la lentitud de las deliberaciones. Así todas las operaciones de Carlos, muy diferentes de los bruscos é inconvenientes arranques de Enrique VIII y de Francisco I, parecian un sistema seguido, cuyas partes todas estaban combinadas, previstos los efectos, y supuestos los accidentes. No menos notable era su celeridad en la ejecucion, que su calma en el deliberar. Si consultaba con flema, obraba con actividad, y en la eleccion de sus disposiciones manifestaba tanta sagacidad

como fecundidad de ingenio en la invencion de los medios propios para asegurar el éxito. Naturaleza nególe espíritu belicoso, pues permaneció en inaccion en la edad en que mas ardiente é impetuoso es el carácter; pero cuando en fin resolvió ponerse al frente de sus ejércitos, vióse que tan propio era su genio para ejercer con ventaja cuanto abrazase, que pronto dió pruebas de un conocimiento del arte de la guerra que le igualó con los mas hábiles generales de su siglo. Mas poseía en grado supremo la ciencia mas importante para un rey, la de conocer los hombres y aplicar sus talentos á los diversos cargos que les confiaba. Desde la muerte de Chievres hasta el fin de su reinado, no empleó un solo general, ministro, embajador ó gobernador de provincia, cuyo talento no fuere proporcionado al servicio que de él se exigia. Aunque carecia de aquella seductora afabilidad que distinguia á Francisco I y que le grangeaba el afecto de cuantos se le acercaban, no se hallaba Carlos falto de las virtudes que inspiran adhesion y fidelidad. Tenia confianza sin límites en sus generales, recompensaba con magnificencia sus servicios, no envidiaba su gloria, y no se manifestaba receloso de su influjo. Casi todos los generales que mandaron sus ejércitos pueden ponerse en la clase de los mas ilustres capitanes. Las ventajas que consiguió contra sus rivales dimanaron evidentemente del superior talento de los gefes que les opuso; circunstancia que en cierto modo podria rebajar su mérito y su gloria, si el arte de descubrir y emplear los mejores instrumentos no fuese la mas convincente prueba del talento de gobernar. Año 1558.

Nótanse sin embargo en el caráter político de Carlos defectos que disminuyen un tanto la admiracion que

Año 1558. escitan sus estraordinarias calidades. Devorábale insaciable ambicion; y aunque es algo infundada la opinion generalmente adoptada en cuanto á su época, de que habia formado el quimérico proyecto de establecer en Europa una monarquía universal, es con todo cierto que el deseo de distinguirse como conquistador le precipitó en contínuas guerras que arruinaron y aniquilaron á sus vasallos, y no le dejaron tiempo para dedicarse á perfeccionar en sus estados la policía interior y las artes, objetos los mas dignos del cuidado de un príncipe que en su gobierno solo se propone la felicidad de sus pueblos. Reuniendo Carlos desde su juventud la corona imperial á los reinos de España y á sus dominios hereditarios de la casas de Austria y de Borgoña, tantos títulos y poderío abrieron tan vasto campo á sus ambiciosos planes y le comprometieron en empresas tan árduas y complicadas, que frecuentemente conoció que su ejecucion escedia á sus fuerzas; y entonces echó mano de viles artificios, indignos de un genio superior, desviándose á veces de las reglas de la probidad de una manera indecorosa para un gran príncipe. Su política insidiosa y pérfida haciase aun mas odiosa con el contraste de la conducta recta y franca de sus dos contemporáneos Francisco I y Enrique VIII. Aunque semejante diferencia fuese particularmente efecto de la diversidad de sus caractéres, débese tambien en parte atribuir á alguna oposicion en los principios políticos de aquellos príncipes, que bajo ciertos respetos pueden escusar aquel defecto de Carlos sin justificarlo con todo enteramente. Casi siempre arrastrados por el impulso de sus pasiones, Enrique y Francisco precipitábanse con violencia á su objeto; pero las acciones de Carlos, como que eran resultado de una reflexion fria y

tranquila, estaban combinadas con arte y formaban un sistema regular. Los hombres de carácter igual al de aquellos caminaban naturalmente al objeto de sus deseos sin buscar disfraz alguno ni emplear la astucia; los del carácter de Carlos, ya concertando ya ejecutando sus proyectos, son inclinados á valerse de sutilezas y ardides que siempre conducen al artificio y á menudo degeneran en falsedad. Año 1558.

La tradicion nos ha dejado acerca de la vida privada y de la conducta doméstica de Carlos detalles no tan circunstanciados é interesantes cual debiéran esperarse al considerar la multitud de autores que trataron de su historia; pero semejantes particularidades no son el objeto de esta obra, en que me propuse esplicar los acontecimientos del reinado de aquel príncipe, y no pintar virtudes ó defectos privados.

Conferencia relativa á la paz.

Entretanto los plenipotenciarios de Francia, España é Inglaterra continuaban sus conferencias en Cercamp, y cada uno en nombre de su corte hizo al principio exageradas demandas conforme la costumbre de los diplomáticos; mas como todos deseaban la paz, estaban dispuestos á aflojar mútuamente en sus pretensiones para quitar cuantos obstáculos se opusiesen á un tratado. El fallecimiento de Carlos Quinto era para Felipe nueva razon para apresurar su conclusion, pues aumentaba su impaciencia por volver á España, donde ya no conocia superior. Con todo, apesar de los acordes deseos de todas las partes interesadas en la paz sobrevino un suceso que ocasionó una dilacion inevitable en las negociaciones. Un mes despues de abiertas las conferencias de Cercamp, murió Maria de Inglaterra tras un reinado breve y sin gloria, y su hermana Isabel fué proclamada reina con demostraciones de ge-

Muerte de Maria, reina de Inglaterra, á quien sucede Isabel.

Año 1559. 17 de noviembre.

neral regocijo. Viendo los plenipotenciarios que con el fallecimiento de Maria espiraban tambien sus poderes, no pudieron continuar sus negociaciones sin tener comision é instrucciones de su nueva soberana.

Enrique y Felipe procuran atraer Isabel á su partido.

Igual fué la inquietud con que miraron Enrique y Felipe la elevacion de Isabel al trono de Inglaterra. Como durante la administracion suspicaz de Maria habíase Isabel portado con una prudencia y sagacidad superiores á sus años en la difícil y delicada situacion en que se hallaba; ambos príncipes formáran el mas alto concepto de sus talentos, esperando ver un reinado muy diferente del de su hermana. A la par conocieron cuanto les importaba hacérsela propicia, y á porfía valiéronse de los medios mas propios para ganar su confianza, y cada uno tenia en su favor una circunstancia capaz de interesar á Isabel; Enrique le ofreciéra un asilo en sus estados, cuando las violencias de Maria la pusieren en la necesidad de buscar su seguridad fuera de Inglaterra; y con su crédito habia Felipe logrado que no usase Maria de los estremos del rigor contra su hermana; circunstancias de que ambos procuraron valerse. Enrique escribió á Isabel, haciéndole las mas vivas protestas de estimacion; representóle la guerra que se encendiéra entre los dos reinos, no como querella nacional, sino como efecto de la ciega condescendencia de Maria á los deseos de su marido, y le suplicó que rompiese una alianza que tan funesta habia sido á la Inglaterra, y firmase con él una paz particular, sin mezclar sus intereses con los de la España, de que debia absolutamente separarse. Por otra parte, temeroso Felipe de que cesase su amistad con la Inglaterra, cuya importancia habia conocido hace poco en su rompimiento con la Francia, no se limitó á dar á

Año 1559.

Isabel las mas positivas promesas de su afecto y de su resolucion de continuar siendo su mas fiel amigo; sino que, á fin de robustecer y perpetuar su union, le ofreció su mano, y se obligó á lograr que el papa les diese dispensa para aquel matrimonio.

Deliberaciones de Isabel acerca de la conducta que debe observar.

Pesó Isabel las proposiciones de entrambos reyes con la atencion mas seria y con aquel discernimiento de sus verdaderos intereses que siempre se observó en sus deliberaciones. Recibió de un modo bastante favorable la proposicion de una negociacion separada que le hacia Enrique, pues era este un medio de entablar con la Francia una correspondencia muy ventajosa para ella si Felipe no se mostraba bastante zeloso y activo en asegurarle las condiciones que se proponia lograr de un tratado comun. Sin embargo solo con mucha reserva y circunspeccion admitió la proposicion de Enrique, temerosa de alarmar el suspicaz carácter de Felipe y de perder un aliado por querer ganar á un enemigo (1). El mismo Enrique con una indiscrecion difícil de escusar estorbó que Isabel empeñase con él su correspondencia lo suficiente para ofender y enemistarse con Felipe. Mientras procuraba con la mayor asiduidad conciliarse la amistad de Isabel, cedió con imprudente facilidad á las solicitaciones de los príncipes de Lorena, y permitió que su nuera la reina de Escocia tomase el título y armas de la de Inglaterra. Tan inoportuna pretension, que fué el orígen de los infortunios de Maria Estuarda, disipó de repente la confianza que empezaba á restablecerse entre Enrique é Isabel, y en su lugar engendró la desconfianza, el resentimiento y el

(1) Forbes, *tom I, p.* 4.

Año 1559. odio. Desde entonces juzgó la reina de Inglaterra que debia enlazar íntimamente sus intereses con los de Felipe y no esperar la paz mas que de las negociaciones que junto con él prosiguiese (1).

Autoriza á sus plenipotenciarios para tratar de la paz

Como luego de su ascenso al trono diéra poderes á los mismos embajadores nombrados por su hermana, les mandó que en todo obrasen de acuerdo con los plenipotenciarios de España y que no diesen paso alguno sin consultárselo antes (2). Pero aunque juzgaba prudente aparentar semejante confianza en el rey de España, supo estenderla hasta cierto punto y no manifestó ninguna inclinacion á aceptar la estraordinaria proposicion de casamiento que le hiciéra Felipe. Era tan público el vituperio con que miraron los ingleses la preferencia que pareció daba María á aquel príncipe, que fuéra muy arriesgado irritarles renovando tan odiosa union. Conocia harto á fondo el carácter duro é impetuoso de Felipe para pensar en enlazarse con él; ademas no creía que una dispensa del papa pudiese autorizarla á verificar semejante matrimonio, como que con esto mismo habria condenado al divorcio de su padre con Catalina de Aragon y reconocido que el casamiento de su madre Ana Bolena con Enrique VIII era nulo y por consiguiente ilegítimo su nacimiento. Pero, no obstante de estar bien resuelta á no acceder á la propuesta de Felipe, tampoco podia desecharla positivamente en atencion á la situacion de sus cosas. Así es que dió una contestacion vaga, es verdad, pero con la cual afectábase tanta estimacion á Felipe que, ya que no pudiese inferir nada tocante al logro de sus

(1) Strype, *Annals of the reformation*, t. I, p. 11. Carte, *Hist. of England*, t. III, p. 375.
(2) Forbes, *full view*, I, p. 37, 40.

deseos, no le quitaba al menos la esperanza. Año 1559.

Este ardid y la prudencia con que por algun tiempo supo Isabel ocultar sus sentimientos é intenciones en lo concerniente á la religion, fascinaron de tal manera á Felipe que abrazó con el mayor ardor los intereses de aquella reina en las conferencias que volvieron á abrirse en Cercamp y se continuaron luego en Cateau-Cambresis. Para llevar á cabo un tratado definitivo que conciliase los derechos y pretensiones de todos aquellos príncipes, habia tantos puntos obscuros y complicados que aclarar, tantos minuciosos detalles que discutir, que creíase seria muy prolongada la negociacion pero pasando contínuamente el condestable de Montmorency á las cortes de Paris y de Bruselas para prevenir ó quitar todas las dificultades, mostró tanta actividad é inteligencia en sus acciones, que todos los objetos de la disputa se conciliaron al fin de un modo á la par satisfactorio para Enrique y Felipe, y dispúsose todo para concluir el tratado que debian pactar entre sí. El único obstáculo que retardaba su ejecucion procedia de las pretensiones de la Inglaterra: Isabel en tono el mas absoluto pedia la restitucion de Calais como condicion esencial de su consentimiento á la paz; no queria Enrique ceder tan importante conquista, y parecia que ambos habian, respeto de aquel asunto, tomado una resolucion que ya nada podia variar. Apoyaba vivamente Felipe la demanda de Isabel; pero no lo hacia por un motivo de equidad respeto de los ingleses, ni para contribuir á que recobrasen lo que perdieron al abrazar su causa, ni con el solo fin de complacer á Isabel con semejante prueba de zelo por sus intereses: el objeto de Felipe era hacer menos formidable la Francia, devolviendo á sus antiguos adversarios

Negociaciones en Cateau-Cambresis.

Dificultades relativas á las pretensiones de la Inglaterra.

Año 1559. una plaza que les proporcionaba fácil entrada en el corazon del reino. Entretanto fué menguando gradualmente el ardor con que secundaba las instancias de los plenipotenciarios ingleses. Conociendo Isabel que estaba bien solidada en su trono, en el curso de la negociacion comenzára á tomar abiertamente vigorosas medidas, no solo para destruir cuanto habia hecho su hermano á favor del papismo, si que tambien para restablecer sobre bases sólidas la religion protestante. Desde entonces convencióse Felipe de que fuéra quimérico su proyecto de desposarse con la reina de Inglaterra, y que no debia pensar en él; fueron mas vagas y frias sus instancias á favor de aquella princesa, y solo las continuó por decencia y por algunas remotas consideraciones políticas. Ya debia Isabel de esperar semejante cambio de conducta, que pronto notó, pero como nada era tan contrario á los intereses de su pueblo y tan incompatible con sus planes administrativos que la duracion de una guerra con la Francia, conoció cuán necesario le era resignarse á las condiciones que le imponia la situacion de sus negocios, preparándose á verse abandonada de un aliado unido á ella solo por un débil lazo, y no reducir al punto sus pretensiones á moderadas y razonables demandas. De consiguiente dió nuevas instrucciones á sus embajadores; y obrando los plenipotenciarios de Felipe como mediadores entre los de la Francia y la Inglaterra (1), hallóse un espediente que al parecer autorizaba á Isabel á rebajar sus primeras pretensiones relativamente á Calais. Fácilmente y sin demora arregláronse todos los menos importantes artículos; y

(1) Forbes, *I*, *p*. 59.

temiendo Felipe que pareciese habia abandonado á los ingleses, quiso que el tratado de paz entre Enrique é Isabel se concluyese formalmente antes que el que estaba negociando con aquel mismo monarca; así firmóse el primero á 2 de abril, y el segundo al dia siguiente. Año 1559.

Artículos del tratado entre la Francia y la Inglaterra.

El solo artículo importante que contenia el tratado entre la Francia y la Inglaterra era el concerniente á Calais. Estipulóse que Enrique continuaria poseyendo aquella plaza con todas sus dependencias por ocho años, y que al espirar este término la devolveria á la Inglaterra; que en caso de negarse á esta restitucion, daria quinientas mil coronas, para cuyo pago presentarian suficientes fianzas siete ú ocho ricos negociantes que no fuesen vasallos suyos; que cinco distinguidos franceses serian entregados en rehenes hasta que se obtuviesen aquellas fianzas; que aun despues de pagadas las quinientas mil coronas, permaneceria íntegro el derecho de los ingleses á Calais; que serian comprendidos en el tratado el rey y la reina de Escocia; que si Enrique ó sus aliados violasen la paz con algun acto de hostilidad estaria aquel obligado á devolver al punto Calais; y que por otra parte si fuese Isabel quien la infringiese, Enrique, el rey y la reina de Escocia quedarian libres de todas las obligaciones que contrajéran por aquel tratado.

Miras de ambas partes en aquel tratado.

Apesar de la meditada atencion que parece dictó todas estas precauciones, es evidente que no era la intencion de Enrique restituir Calais, así como no es probable que Isabel esperase ver realizada semejante restitucion: era muy dificil que durante el decurso de aquellos ocho años viviese aquella reina en union bastante perfecta

Año 1559. con la Francia y con la Escocia para no proporcionar á Enrique algun pretesto de acusarle de haber violado el tratado; y aun suponiendo que pasase todo aquel tiempo sin que ni de una ni de otra parte hubiese motivo de queja, Enrique tenia la libre eleccion de pagar la cantidad estipulada, al paso que á Isabel no le quedaba otro medio que el de las armas para sostener sus derechos. Sin embargo al redactar en aquella forma los artículos del tratado concernientes á Calais, contentaba Isabel á todos sus vasallos, daba á los políticos una prueba de su habilidad, disfrazando con un especioso pretesto lo que no podia evitar, y entretenia á la muchedumbre con la esperanza de recobrar pronto aquella plaza cuyo total abandono tal vez se hubiese mirado con cobardía.

El medio de que se valió Montmorency para facilitar la conclusion de la paz entre la Francia y la España consistió en negociar dos tratados de matrimonio, el uno entre Isabel, la mayor de las hijas de Enrique, y Felipe, que ocupó el lugar del desventurado Carlos su hijo, á quien fué prometida aquella princesa en las primeras conferencias de Cercamp; y el otro entre Margarita, hermana de Enrique, y el duque de Saboya. Por débiles que sean entre los príncipes los vínculos de la sangre, y por poca consideracion que les merezcan cuando solo les animan ambiciosas miras, con todo á veces quieren parecer obligados por esas domésticas afecciones, y aléganlas para justificar acciones que reputan necesarias y que conocen son contrarias á la política ó al honor. Tal fué el uso que hizo Enrique de las dos proposiciones de matrimonio á que dió su consentimiento: aseguró una colocacion honrosa á su hermana y á su hija, y en consi-

deracion de semejante concordia consintió, á favor de Felipe y del duque de Saboya, en condiciones que sin aquel pretesto nunca hubiéra osado aprobar. Año 1559.

Consistieron los principales artículos del tratado entre la Francia y España en que reinaria síncera y perpétua amistad entre ambas coronas y sus respectivos aliados; que los dos monarcas procurarian de comun acuerdo lograr la convocacion de un concilio general para contener los progresos de la heregía y restablecer la unidad y la concordia en la iglesia cristiana; que se abandonaria recíprocamente todo lo que uno y otro partido hubiesen conquistado desde el principio de la guerra en 1551 de este lado de los Alpes; que el ducado de Saboya, el principado del Piamonte, el pais de Bresse, y todos los demas territorios que antes estuviéran bajo el dominio de los duques de Saboya serian devueltos á Manuel Filiberto luego de celebrado su enlace con Margarita de Francia, escepto las ciudades de Turin, Guiers, Pignerol, Chivas y Villanova, que continuaria poseyendo Enrique hasta que fuesen discutidas y juzgadas en arreglada justicia sus pretensiones á aquellas plazas por parte de su abuela; que mientras Enrique las retendria podria Felipe poner guarnicion en las ciudades de Verceil y de Asti; que al punto evacuaria el rey de Francia todas las plazas que ocupaba en Toscana y en el territorio de Siena, y renunciaria todas sus pretensiones á ellas; que devolveria al duque de Mantua el marquesado de Montferrato; que perdonaria á los genoveses, y les cederia las ciudades que habia conquistado en la isla de Córcega; que los príncipes y estados á quienes se hiciesen estas cesiones no pedirian á sus vasallos cuenta alguna de la conducta que hubiesen

Artículos del tratado de paz.

Año 1559. observado bajo el mando de una potencia estrangera, y que se entregaria al olvido de todo lo pasado. En aquel tratado de paz, en clase de aliados, ó de Enrique ó de Felipe, fueron comprendidos el papa, el emperador, los reyes de Dinamarca, de Suecia, de Polonia, de Portugal, el rey y la reina de Escocia, y casi todos los príncipes y estados de la cristiandad (1).

La tranquilidad se restablece en Europa.

De esta manera vióse restablecida la tranquilidad de Europa, al paso que pareció quedaban enteramente destruidas las causas de discordia que por tanto tiempo tuviéran divididos á los poderosos monarcas de Francia y España, transmitiendo las querellas hereditarias de Carlos á Felipe y de Francisco á Enrique. Solo los franceses se quejaron de las desiguales condiciones de un tratado que aceptó con harta facilidad su soberano seducido por un ambicioso ministro que queria recobrar su libertad, y por una querida intrigante que deseaba satisfacer su resentimiento. Altamente clamaron contra la locura de ceder á los enemigos de la Francia ciento ochenta y nueve ciudades fortificadas tanto en los Paises Bajos como en Italia, en cambio de las tres pequeñas plazas de San-Quintin, de Ham y de Catelet. Miraban como una afrenta indeleble para el honor nacional el renunciar aquellos vastos territorios, cuya defensa era tan fácil, que aun tras muchos años de victorias no se hubiéra atrevido el enemigo á esperar arrancarlos de sus manos.

Ratificacion de la paz entre Francia y España.

Mas sin consideracion á los sentimientos de su pueblo ni á las representaciones de su consejo ratificó Enrique el tratado y con la mayor fidelidad cumplió cuantas obligaciones contrajéra. Trasladóse á Paris el du-

(1) *Recueil des traités, t. II, p.* 287.

que de Saboya seguido de numerosa comitiva para celebrar su enlace con la hermana de Enrique, y á la misma corte fué enviado el duque de Alba al frente de una espléndida embajada para desposarse con Isabel en nombre de su señor. Fueron ambos recibidos con la mayor magnificencia; y en medio de los regocijos y de las fiestas que se hicieron en aquella ocasion, perdió Enrique la vida por un accidente estraordinario y ya sabido. Ascendió al trono su hijo Francisco II, príncipe aun niño, de débil complexion y de espíritu mas débil todavía. Poco despues terminó Pablo su imperioso y violento reinado, enemigo de todo el mundo y descontento de sus mismos sobrinos, que perseguidos por Felipe y abandonados por el sucesor de Pablo, á quien con su crédito elevaron al trono pontificio, fueron condenados al suplicio que merecian su ambicion y sus maldades, siendo tan infame su muerte como criminal fué su vida. Así casi á un mismo tiempo desaparecieron todos los personages que desempeñáran los principales papeles en el gran teatro de la Europa. En esta época ábrese un nuevo período de historia; otros actores pasan por la escena, animados por otras miras y otras pasiones; nuevas querellas suscítanse entre los príncipes, y nuevos sistemas de ambicion van á ocupar y agitar al mundo.

Año 1559.

Muerte de Enrique.

18 de agosto.

Al reflexionar acerca de las épocas de la historia mas fecundas en revoluciones, obsérvase que hay gran desproporcion entre los cambios que de ellas resultaron y los esfuerzos que lo produjeron. Las conquistas solo son rápidas y estensas en naciones cuyos progresos en el arte de gobernar son muy desiguales. Cuando Alejandro Magno, á la cabeza de un pueblo valiente, de sencillas costumbres, preparado á la guerra por ad-

Ojeada general sobre el reinado de Carlos Quinto.

Año 1559. mirables instituciones, subyugó un estado enervado por el esceso del lujo y de la molicie; cuando Gengiskan y Tamerlan, capitaneando ejércitos de robustos bárbaros, desplomáronse sobre naciones debilitadas por el clima, el comercio y las artes; semejantes á torrentes impetuosos aquellos conquistadores destruyeron cuanto encontraron á su paso, sojuzgando los reinos y las provincias en el tiempo que necesitaban para atravesarlos. Pero no así hállanse espuestos á las calamidades de una inesperada conquista los pueblos iguales en civilizacion é instruccion. Como casi están en un mismo grado sus conocimientos, sus progresos en el arte de la guerra y su habilidad en política; entonces el destino del estado no depende de una sola batalla, pues en su constitucion interior tiene variados recursos. Un estado no es ademas el solo interesado en su defensa y conservacion; otras potencias intervienen en sus querellas, y con sus ausilios contrarestan las momentáneas ventajas que tal vez obtuvo uno de los dos partidos. Tras largas y sangrientas guerras hállanse aniquiladas todas las naciones rivales, ninguna vencida, y en fin hay que concluir una paz que deja á cada una á poca diferencia el mismo poder y el mismo territorio.

Tal fué el estado de la Europa durante el reinado de Carlos Quinto. Ningun príncipe era bastante superior á los demas en fuerzas para no encontrar resistencia alguna á sus esfuerzos, y obstáculos á sus conquistas. Ninguna nacion aventajaba á las otras en la ciencia de gobernar en términos de haber adquirido sobre ellas una superioridad muy marcada. Por su situacion y por su clima cada estado tenia sus ventajas y sus inconvenientes, y distinguíanse todos por algun carácter particular, ya en el espíritu del pueblo, ya en la

forma de su constitucion. Las ventajas que uno poseía eran equilibradas por circunstancias favorables á otros, combinacion de que resultaba nadie gozase de una preponderancia que pudiese ser fatal á todos. En aquel siglo como ahora las naciones de la Europa formaban una gran familia, tenian rasgos comunes, que las asemejaban entre sí, y en cada una habia notorias diferencias que las distinguian; mas no se veía entre ellas esa gran diversidad de carácter y de genio que, en casi todos los períodos de la historia, ha hecho á los europeos tan superiores á los demas habitantes del globo, y parece destinó á los unos para mandar y á los otros para obedecer. Año 1559.

Mas aunque esa semejanza, esa casi entera igualdad en el estado de las varias naciones de la Europa impidió que el reinado de Carlos Quinto se señalase con conquistas tan vastas y rápidas como las que se leen en otras épocas de la historia; sin embargo durante su administracion los tres grandes reinos de esta parte del mundo sufrieron muy notable cambio en su política, y estuvieron sometidos al influjo de ciertos sucesos que aun hoy no han perdido toda su actividad y continuan ejerciendo su influencia mas ó menos poderosa. En el reinado de Carlos Quinto y por medio de una serie de contínuos esfuerzos que su audaz ambicion precisó á hacer á varios reinos de la Europa, adquirieron mas vigor en su constitucion interior, aprendieron á conocer sus recursos, su fuerza, y á hacerse temibles á los demas. Tambien durante aquel reinado fué cuando los diversos estados de la Europa, antes aislados y divididos, uniéronse tan íntimamente unos á otros, que no formaron mas que un gran sistema político, colocándose cada cual en un rango en que se ha mantenido des-

Cambio notable en el estado de la Europa bajo el reinado de Carlos Quinto.

Año 1559. pues con una constancia que no debiéra esperarse tras los muchos acontecimientos de dos siglos tan agitados.

Progresos de la casa de Austria.

Con todo los progresos y adquisiciones de la casa de Austria fueron mas considerables y al mismo tiempo mas marcados que los de las demas potencias. Ya en otra parte enumeré los vastos dominios que Carlos Quinto heredó de sus antepasados, así austríacos como burguiñones y españoles (1); aumentólos con la corona imperial, y como si no bastase todavía, ensancháronse los límites del universo y sometióse á su autoridad un nuevo mundo. Con su abdicacion las provincias de la Borgoña y el reino de España con todas sus dependencias en el nuevo y en el antiguo hemisferio pasaron á Felipe; pero Carlos cedió estos estados á su hijo en bien diferente estado de aquel en que los recibiéra. Habíanse aumentado con la adquisicion de nuevas provincias, y acostumbráronse los pueblos á obedecer á una administracion firme y vigorosa, y á esfuerzos tan costosos como contínuos, casi no conocidos en Europa antes del siglo décimo sesto, y los cuales habíanse hecho necesarios para sostener la guerra entre naciones civilizadas. Las provincias de Frisia, Utrecht y Overyssel, que comprára á sus antiguos propietarios, y el ducado de Gueldres, de que se apoderára, ya con las armas ya con los artificios de la negociacion, formaban aumentos muy importantes de los dominios de la casa de Borgoña. Dejáranle Fernando é Isabel todas las provincias de España, desde el fondo de los Pirineos hasta las fronteras de Portugal; pero como siempre estuvo en paz con este reino, no hizo ninguna adquisicion por aquella parte.

(1) *Vol. II, p. 1, 2.*

Año 1559. Particularmente en España.

Pero no habia dejado de estenderse el poder de Carlos en aquella porcion de sus estados. Triunfando en la guerra contra las comunidades de Castilla, elevó sus prerogativas reales sobre las ruinas de los privilegios del pueblo. Es verdad que dejó subsistir el nombre de Córtes y las formas de sus asambleas; pero aniquiló casi enteramente su autoridad y jurisdiccion, y dióles nueva forma que las convirtió en consejo de servidores de la corona mas bien que en asamblea de los representantes del pueblo. Así mutilado uno de los miembros de la constitucion, era imposible que el mismo golpe no alcanzase al otro y no le arrebatase algo de su vigor. Con la destruccion del poder popular fué menos temible la fuerza aristocrática; y llevados los grandes por el espíritu guerrero de su siglo, ó fascinados con los honores que obtuvieron en la corte, agotaron sus caudales en el servicio militar ó siguiendo á la persona del soberano. Y no se recelaron, ó quizás no observaron los peligrosos progresos de la autoridad real que, dejándoles la vana distincion de cubrirse en presencia de su señor, les iba despojando del poder efectivo de que gozaban cuando formaban un solo cuerpo y obraban concertados con el pueblo. El afortunado éxito de Carlos en abolir los privilegios de las comunidades y en reprimir el poder de los nobles de Castilla, alentó á Felipe para atacar los derechos del reino de Aragon mas estensos todavía. Acostumbrados ya á la sujecion, prestáronle los castellanos su ayuda para imponer el mismo yugo á sus vecinos mas dichosos é independientes. La voluntad del soberano llegó á ser la ley suprema en todos los reinos de España: entonces aquellos príncipes á quienes ya no contenia en la combinacion de sus planes el recelo del pueblo ni con-

Año 1559. trariaba en su ejecucion el póder de los nobles, halláronse en estado de formar grandes empresas y de reunir todas las fuerzas del estado para lograr su objeto.

Y en las demas provincias de Europa.

Mientras ensanchando las prerogativas reales trabajaba Carlos para hacer á los monarcas de España señores absolutos en el interior, con sus adquisiciones esteriores aumentaba la dignidad y pujanza de su corona. Aseguró á la España la tranquila posesion del reino de Nápoles, que usurpára Fernando con artificio y conservára con trabajo. Reunió á la corona española el ducado de Milan, una de las provincias mas fértiles y pobladas de la Italia; y sin contar sus demas dominios sus sucesores quedaron los príncipes mas potentes de aquella region, que por tanto tiempo fué el teatro donde los poderosos de la Europa disputábanse á porfía la superioridad. Cuando á consecuencia del tratado de Cateau-Cambresis hubieron los franceses retirado sus tropas de la Italia y renunciado á sus planes de conquista á la otra parte de los Alpes, creció el poder de los españoles, y mientras conservó algun vigor la monarquía pudieron sus soberanos ejercer el principal influjo en todos los acontecimientos de aquella parte de la Europa. Mas todos esos aumentos de autoridad fuera y dentro de los dominios, de que los reyes de España son deudóres á Carlos Quinto, son poco considerables cotejados con sus adquisiciones en el Nuevo Mundo. No fueron provincias sino imperios lo que reunió á su corona. Los inmensos territorios que allí conquistó, los inagotables manantiales de riqueza que descubrió, y la ilimitada perspectiva que ófrecia en todos géneros tan grande descubrimiento, por precision debian escitar la actividad de su sucesór, aunque hubiese sido

menos ambicioso que Felipe, y hacerle mas emprendedor á la par que mas temible. Año 1559

Progresos de la rama alemana de la casa de Austria.

Mientras la primera rama de la casa de Austria elevábase á aquel grado de superioridad en España, la segunda, cuyo gefe era Fernando, adquiria tambien mucha importancia en Alemania. Formaban una potencia muy respetable los dominios hereditarios que hacia tiempo poseía aquella casa en Alemania, reunidos á los reinos de Hungría y de Bohemia que Fernando adquiriéra con su enlace; y añadiéndoles la corona imperial, hallóse aquel príncipe dueño de sus estensos estados que no poseyéra de muchos siglos ningun emperador, escepto Carlos Quinto. Felizmente para la Europa, el descontento que tuvo Felipe cuando su tio se negó á cederle la corona imperial, estorbó por algun tiempo que obrasen de concertados los príncipes de la casa de Austria, escitando entre ellos la envidia y algun odio. Pero su mútuo interés calmó gradualmente una rivalidad tan poco política; renació entre ellos la confianza, y fué el objeto de todas sus acciones el engrandecimiento de su casa; dieron y recibieron alternativamente los socorros que necesitaban para la ejecucion de sus planes, y los triunfos de cada uno acrecieron la consideracion é importancia de todos. Tan poderosa y ambiciosa familia hízose el blanco de la general envidia y temor; de modo que durante un siglo entero el objeto de todas las fuerzas y política de la Europa solo fué abatirla y contrariarla. Nada puede dar mejor idea del ascendiente que tomára en Europa la casa de Austria y del terror que inspiraba, que el considerar cuán formidable era todavía, cuando despues de haberse aniquilado con esfuerzos estraordinarios y escesivos no fué la España mas que la sombra de un

Año 1559. gran nombre, y cayeron sus reyes en la molicie é imbecilidad. Tan á menudo aprendieron las naciones europeas á conocer la superioridad de sus fuerzas, y tan constantemente tuvieron que estar prevenidas contra ella, que el temor á aquella potencia habíase convertido en una especie de sentimiento habitual, cuya influencia duraba aun cuando ya no existian las causas que lo engendraron.

Adquisiciones de los reyes de Francia durante el reinado de Carlos V.

Mientras con tanta fortuna estendia la casa de Austria sus dominios, pocos territorios adquiria la Francia: frustráronse todos sus proyectos de conquista en Italia; ningun establecimiento de consideracion formára en el Nuevo Mundo, y tras los poderosos y contínuos esfuerzos de cuatro reinados sucesivos, los límites del reino eran á poca diferencia los mismos del tiempo de Luis XI. Mas, ya que no fuesen tan rápidos como los de la casa de Austria los progresos de la Francia en el aumento de su territorio, eran quizás mas seguros por la misma razon que menos bruscos y notables. La conquista de Calais quitó á los ingleses el poder de invadir la Francia sin esponerse á mayor riesgo, y libertó á los franceses del terror de un antiguo enemigo, que hasta entonces podia penetrar en todo tiempo en el reino y retardar ó frustrar la ejecucion de sus mas concertadas empresas contra las demas potencias. La importante adquisicion de Metz cubria aquella parte de su frontera, antes muy débil y espuesta á un ataque. De esta manera, desde que obtuvo esas nuevas seguridades contra las tentativas esteriores, debióse reputar la Francia, reino el mas poderoso de la Europa. Y efectivamente de todos los estados del continente es el mejor situado tanto para atacar como defenderse. Desde las estremidades del Artois hasta el fondo de los

Pirineos, y del canal Británico hasta las fronteras de Saboya y á las costas del Mediterráneo, están unidos sus dominios y no se mezclan con los de ninguna potencia. Muchas de sus principales provincias, antes sometidas á grandes vasallos de la corona que frecuentamente estaban en guerra con su señor feudal, acostumbráronse entonces á reconocer la autoridad del rey y á obedecerle; y al hacerse miembros de la monarquía, sus habitantes tomaron los sentimientos de la nacion á que habíanse incorporado, concurriendo con zelo á cuanto importaba á su honor y poder. Pasára entero á la corona la autoridad y el crédito de que fuéran despojados los nobles: despojo en que es cierto no fué admitido el pueblo, pues ningun nuevo privilegio obtuvo ni adquirió mas estensa porcion en la legislacion. Al procurar abatir sus grandes vasallos, no habian los reyes franceses consultado el interés del pueblo, sino únicamente pensado en ensanchar sus prerogativas, y contentos con haberlos enteramente sometido á la autoridad de la corona, no cuidaron de librar á las municipalidades de la antigua dependencia en que les tenian los nobles á quienes estaban sometidas. Año 1559.

Al frente de un pueblo tan unido en su interior y tan fuerte contra los ataques esteriores, tenia un monarca derecho para concebir grandes empresas, y poder para ejecutarlas. Las guerras estrangeras, que casi sin interrupcion duraron desde el ascenso de Carlos VIII al trono, no solo habian mantenido y aumentado el espíritu belicoso de la nacion, habituando á las tropas á las fatigas del servicio militar y acostumbrándolas al mismo tiempo á la obediencia; sino que tambien á su natural bravura añadieron la fuerza de la disciplina. Una nobleza valiente y activa, que se con-

Año 1559. sideraba ociosa é inútil cuando no se hallaba en campaña, que casi no conocia otros recreos que los ejercicios y los juegos militares, que no veía otro camino que la guerra para subir al poder, á la gloria ó á la opulencia, no podia sufrir que estuviese mucho tiempo inactivo su soberano. Ignorante el pueblo en las artes de la paz, siempre estaba pronto á tomar las armas á la primera señal de sus superiores; al paso que los gastos que exigian guerras muy largas y sostenidas en paises lejanos, le acostumbráran á suportar impuestos que quizás parezcan leves si se comparan con la enorme carga de los tributos modernos, pero que se consideráran exorbitantes cotejándolos con los que se cobraban en Francia ó en cualquier otro estado de Europa antes del reinado de Luis XI. De este modo, hallándose los franceses de todas clases igualmente impacientes por ejercer su actividad y en estado de hacer grandes esfuerzos, las empresas y operaciones de la Francia debieron de ser tan formidables en Europa como las de la España. Las superiores ventajas de su situacion, la union y compacta masa de su territorio, el particular estado de su constitucion política, todo concurriria para hacerlas mas alarmantes y decisivas. Ejercia el rey absoluta autoridad sobre sus súbditos; el pueblo no conocia ni las ocupaciones ni las costumbres que engendran la aversion ó ineptitud para la guerra; y los nobles, aunque sometidos al grado de subordinacion necesaria en un gobierno regular, todavía conservaban fiereza y valor, efecto de su antigua independencia. Habia subsistido el vigor propio de los tiempos del feudalismo, pero sin la anarquía que era su consecuencia; y los reyes de Francia podian valerse ventajosamente del guerrero ardimiento que aquella

antigua y singular institucion encendiéra y mantenia todavía, sin esponerse á ninguno de los peligros ó inconvenientes inseparables de aquel sistema de política cuando estaba en toda su validez. Año 1559.

Circunstancias que atacan los inmediatos efectos del poder de la Francia.

En el estado que acabamos de describir es un reino capaz tal vez de mayores esfuerzos militares que en una época en que haya adelantado la civilizacion; pero por muy temible y aun funesta que pudiese ser á las demas naciones semejante pujanza, las guerras civiles que estallaron entonces en aquella monarquía libraron á la Europa de las consecuencias que con razon hubiese temido. Mas de medio siglo turbaron la Francia aquellas intestinas querellas cuyo pretesto fué la religion, y la ambicion su causa, y en las cuales los gefes de las varias facciones hicieron á porfía alarde de grandes talentos, pero de cuyas resultas no manifestó el gobierno ni firmeza ni habilidad en una serie de mezquinos reinados. Aquellas turbulencias gastaron la fuerza interior del reino, cundió el espíritu de anarquía entre los nobles, que estaban tan familiarizados con el espíritu de rebelion como eran enemigos de la sumision á las leyes; necesitóse luego un largo intérvalo no solo para volver alguna energía á la nacion, sino tambien para solidar la autoridad del príncipe; y mucho tiempo transcurrió antes que pudiese la Francia dirigir toda su atencion á los negocios esteriores y sostener con todos sus recursos una guerra estrangera. Mucho distaba todavía de recobrar en Europa ese ascendiente que ha alcanzado despues de la administracion del cardenal de Richelieu, y cuya conservacion le aseguran la situacion y la estension de sus dominios, la naturaleza de su gobierno y el carácter de su pueblo.

Año 1519
Progresos de la Inglaterra en cuanto á su situacion interior.

Mientras los estados del continente dilataban su poder y su influjo, por su parte trabajaba la Inglaterra con igual fortuna en acrecentar su fuerza interior y en perfeccionar su gobierno. Tal vez sin llevar semejante intencion y seguramente sin plan fijo, prosiguió Enrique VIII el proyecto de abatir la nobleza, cuya ejecucion ya principiára la política de su padre Enrique VII. El orgullo y el capricho, calidades dominantes de su carácter, hicieron que emplease en la administracion de los negocios públicos con preferencia hombres nuevos, porque los hallaba mas dóciles ó menos escrupulosos; confióles la mas amplia autoridad, y aun los elevó á los puestos mas distinguidos en dignidad, con cuyo medio necesariamente debia ofender y degradar la antigua nobleza. Enagenando ó haciendo vender los bienes eclesiásticos, cuyo producto disipóse con profusion igual á la codicia con que fuéran invadidos, y concediendo á los antiguos propietarios de tierras el privilegio de vender sus bienes y de disponer de ellos por testamento, puso en circulacion un fondo de inmensas riquezas que antes estaban inactivas, y escitó así el espíritu de la industria y del comercio, á quienes dió favorable impulso. Abrióse á las personas de todos estados la senda del crédito y de la riqueza. El súbito y escesivo aumento de la masa de dinero, que ocasionó en España el descubrimiento de la América, perjudicó en gran manera la industria nacional, al paso que el moderado acrecentamiento de la masa de las riquezas que circulaban en Inglaterra dió la vida al comercio, despertó la industria de la nacion, y la animó á útiles empresas. En Francia ganó la corona lo que perdió la nobleza; en Inglaterra los comunes partieron con el rey el despojo de los nobles; al

adquirir propiedades, tuvieron al mismo tiempo poder y consideracion, principiaron á conocer su propia importancia, aumentaron por grados su influjo en el cuerpo legislativo, y sin que nadie, ni tal vez ellos, previese el efecto de sus pretensiones, alcanzaron al fin esa poderosa autoridad á que debe y deberá la constitucion británica la conservacion de su libertad. Año 1559.

Al mismo tiempo que caminaba el gobierno inglés á su perfeccion, muchas eran las circunstancias que concurrian para variar su antiguo sistema político respecto á las potencias estrangeras y para introducir otro mas ventajoso al estado. No reconociendo la supremacía y jurisdiccion de la corte pontificia, ahorró la nacion considerables sumas que cada año se enviaban á Roma ya por dispensas é indulgencias, ya por costear las peregrinaciones á paises estraños (1), ya para pagar las anualidades, las primicias y cien otros tributos que aquella ávida y artificiosa corte imponia á la credulidad de los pueblos. La idea de una jurisdiccion distinta del poder civil, y que no solo pretendia ser independiente de este sino aun superior; era por cierto un estraño absurdo en gobierno, propio para inquietar á los espíritus mezquinos y únicamente dirigido á perturbar la sociedad; pero enteramente abolida aquella heregía política, el gobierno quedó mas sencillo y res-

(1) Muy considerable debia de ser la pérdida que ocasionaban á la Inglaterra aquellos varios gastos, y las peregrinaciones por sí solas ya eran un objeto de consecuencia. En 1428 fueron novecientas diez y seis las personas que pidieron licencia para visitar el templo de Santiago de Compostela en España (*Rymer, vol. X*). En 1454 el número de peregrinos que pasaban al mismo lugar ascendió á dos mil cuatrocientos sesenta; en 1445 fueron dos mil y ciento (*Rymer, vol. XI*).

Año 1559. petable cuando ya no hubo rango ni estado que esceptuase algunos ciudadanos de comparecer á los mismos tribunales y de ser juzgados por las mismas leyes que los demas.

Tocante á los asuntos del continente.

Con la pérdida de Calais fueron los ingleses echados del continente, y los proyectos de invadir la Francia quedaron tan quiméricos como perjudiciales habian sido. Primero por necesidad y despues por eleccion encerráronse las miras de la Inglaterra en los límites de su isla. Desvanecióse por fin aquel furor de conquista, que durante muchos siglos agitára la nacion y gastára sus fuerzas en guerras contínuas é infructuosas, y aquellos ánimos, que hasta entonces no conociéran ni siquiera otra profesion que la guerra, aprendieron á buscar ocupacion en las artes de la paz, en lo que ganó tambien el estado. Debilitada la nacion por sus frecuentes espediciones al continente, cobró nuevas fuerzas; y cuando estraordinarias circunstancias la obligaron en lo sucesivo á tomar parte en guerras estrangeras, el vigor de sus esfuerzos fué tanto mayor como que estos mismos no eran mas que accidentes y de corta duracion.

Relativamente á la Escocia.

El mismo principio que movió á los ingleses á adoptar aquel nuevo sistema relativamente á las potencias del continente hízoles tambien variar su plan de conducta respecto de la Escocia, único estado estrangero que por su situacion local tenia con los ingleses tan íntimo enlace que reclamaba de su parte atencion casi contínua. Renunciaron á su antiguo sistema, esto es, al proyecto de conquistar aquel reino, pues la naturaleza del país y el valor de sus robustos habitantes hacíanlo, si no impracticable, muy peligroso alomenos; y parecióles preferible procurar asegurarse en Escocia influjo suficiente para libertar la Inglaterra

Año 1559.

de todo temor por aquel lado. Con la pobreza nacional de los escoceses y la violencia de sus facciones era fácil aquel plan á un pueblo tan superior en fuerza y en riqueza. Fueron seducidos sus mas populares gefes, corrompidos los ministros y favoritos de la corona, y tomaron los ingleses tanto ascendiente en sus consejos que pronto las operaciones de la Escocia quedaron en su mayor parte sujetas á los intereses de la Inglaterra. Tan perfecta seguridad respeto de las potencias estrañas, unida á las ventajas interiores de que gozaba aquel reino aumentó sobremanera su crédito y consideracion, al paso que el largo reinado de Isabel, á la par célebre por su sabiduría y firmeza, aceleró sus progresos y lo elevó rápidamente á ese grado de preponderancia que siempre ha conservado despues entre los estados de la Europa.

Cambio en la situacion politica de las potencias inferiores de Europa.

En el período, durante el cual sufrió tantas revoluciones la situacion política de las grandes monarquías, verificáronse tambien en los estados inferiores muy importantes cambios, de los cuales son ciertamente los mas notables los que efectuáronse en la corte de Roma, al mismo tiempo que sus consecuencias son muy serias y trascendentales.

La mas considerable revolucion del siglo XV en la corte de Roma.

En mi *Introduccion* ya espuse el orígen de esa jurisdiccion espiritual que se arrogaron los papas como vicarios de Jesucristo, y conté los progresos de su autoridad como príncipes temporales. Antes del reinado de Carlos Quinto nada tendia á limitar ó moderar su poderío como la literatura y la filosofía, que empezaban entonces á renacer y cultivarse. No eran de mucha consideracion los adelantos de las ciencias, pues siempre es lenta su marcha, y es menester el transcurso del tiempo antes que se estienda su influjo sobre el

Año 1559. pueblo y produzca efectos notables: no que la ilustracion no pueda por grados y tras larga serie de años hacer bambolear un sistema de falsa religion, pero no hay un solo ejemplo de que haya destruido enteramente uno solo. Es un instrumento harto endeble para demoler esos grandes edificios que alza la supersticion sobre profundos cimientos, y que sabe fortalecer con el arte mas refinado.

Rebelion general contra la doctrina de la iglesia romana y el poder de los papas.

Otras eran las armas y mas formidable el ímpetu con que atacó Lutero la supremacía del pontífice, y á su empresa concurrieron el tiempo y la forma de su acontecimiento, y una multitud de circunstancias que ya hemos mencionado. Desvaneciése de repente el encanto que durante tantos siglos habia fascinado á los hombres. El espíritu humano que por tanto tiempo estuviéra tan ciegamente sumiso como si solo hubiese sido creado para creer lo que le enseñaban y hacer lo que le prescribian, súbitamente dispertó de su letargo; antes de creer quiso examinar, sintió todo el peso de sus grillos y pronto rompió el yugo que hasta entonces suportára. Esa fermentacion, tan estraordinaria inquietud de los ánimos, que mirada en la lontananza de los siglos parece inesplicable sino estravagante, era tan general que necesariamente deben de haberla producido causas naturales y poderosamente activas. Los reinos de Dinamarca, Inglaterra y Escocia, y casi la mitad de Alemania sacudieron el yugo de la dominacion pontificia, abolieron su jurisdiccion en sus dominios, y dieron fuerza de ley á formas de culto y á sistemas de doctrina, no solo independientes de la iglesia romana, sino aun contrarios á sus dogmas.

No se redujo ese espíritu de innovacion á los pueblos que abiertamente habíanse revelado contra el pa-

pa, sino que cundió por toda la Europa y estalló en todos los paises con mas ó menos violencia. Pronto penetró en Francia, donde hizo muy rápidos progresos, y en aquel reino era tal el número de los que abrazaron las opiniones de los reformistas, tan ardiente su zelo, y tan eminente el talento de sus gefes, que poco despues osaron disputar la superioridad á la iglesia establecida y estuvieron á punto de conseguir la victoria. En todas las provincias de Alemania que continuaron reconociendo la supremacía papal, y en los Paises Bajos enseñábase en secreto la doctrina del protestantismo é hiciéra tantos prosélitos, que estaban prontos á sublevarse y á los cuales solo el temor de la severidad del gobierno impidió que siguiesen el ejemplo de sus vecinos y se declarasen independientes. Tambien en España y en Italia notóse igual disposicion para romper las cadenas; muchos sugetos distinguidos por su saber y talento atacaron con tanta fuerza y desprecio las pretensiones que tenia el papa á la infalibilidad y al poder supremo, que fué menester toda la vigilancia de los magistrados civiles, todo el aparato de la autoridad pontificia y todo el rigor del tribunal de la inquisicion para reprimir y ahogar semejantes disposiciones.

Año 1559.

Con la desercion de tantos estados ricos y poderosos sufrió un funesto revés la grandeza y fuerza de la sede romana, pues perdiendo los pontífices una parte de sus dominios y de sus rentas, tuvieron menos recompensas para repartir á los eclesiásticos de aquellos varios territorios, que les eran adictos así por sus votos de obediencia como por los vínculos del interés, y á quienes empleaban como instrumentos para establecer ó sostener sus usurpaciones en todas las partes

Disminucion de los dominios del papa.

Año 1559. de Europa. Y precisamente las mismas naciones que rebelábanse entonces contra la jurisdiccion de los papas eran las que antiguamente le fueron mas fieles y sumisas. El imperio de la supersticion se diferencía de toda otra especie de dominio; su poder es mayor y halla mas ciega obediencia en los paises mas distantes de la residencia del gobierno, mientras los que á ella están vecinos pueden ver mejor las imposturas en que se funda y las artificios de que se vale para sostenerse. No podian ocultarse á los italianos los vicios ó defectos personales de los pontífices, los errores y corrupcion de su gobierno, la ambicion y la venalidad que reinaban en sus cortes, al paso que necesariamente disminuían aquel respeto que engendra la sumision. Mas en Alemania, en Inglaterra y en los paises mas distantes de Roma ignorábanse absolutamente todas aquellas cosas, ó sabiéndose únicamente por tradicion eran muy leves las impresiones que producian. Así pues crecia en razon de la distancia la veneracion á la dignidad pontificia. y con esta consideracion, sostenida por una grosera ignorancia, eran los pueblos tan crédulos como obedientes. Examinando los progresos de la dominacion de los papas, vése que en Alemania y en los demas paises distantes de la Italia fué donde acometieron con mas fortuna las mas atrevidas empresas, impusieron tributos los mas onerosos, y ejercieron las mas odiosas vejaciones; de manera que para calcular el poder que ha perdido la corte de Roma á consecuencia de la reforma es preciso poner en cuenta no solo el número, sino tambien el carácter de los pueblos que sacudieron el yugo; es menester que se considere no solo la gran estension de territorio de que se le ha despojado, sino aun la estraordinaria sumi-

sion de los súbditos que ha perdido. Año 1559.

La desercion de tantos estados y reinos no fué lo único con que contribuyó la reforma á menoscabar la pujanza de los pontífices romanos; sino que obligándoles á seguir un nuevo plan de conducta, aun respecto de las naciones que continuaron reconociendo su jurisdiccion, conocieron la necesidad de gobernarlas con mas dulzura y con nuevas máximas. Con un terrible ejemplo manifestóles la reforma que se puede agotar y llevar al estremo la paciencia y credulidad de los hombres, cosa que ignoráran hasta entonces. Al paso que temieron valerse de nuevo de su autoridad de un modo capaz de alarmar ó irritar los súbditos que les quedaban y escitarlos á la rebelion, vieron establecida en muchas regiones de la Europa una iglesia rival, atenta en acechar todas las faltas que tal vez cometiesen en su administracion y ardiente en publicarlas. Sabian que las opiniones contrarias á su poder y usurpaciones no eran únicamente las de sus enemigos, sino que tambien habian cundido por los pueblos que aun les permanecian fieles. En vista de tales consideraciones, ya no podian los pontífices de Roma regir y dominar á sus sectarios como lo habian practicado en los tiempos de paz é ignorancia, en que era ciega la fé é ilimitada la sumision, en que los pueblos cual dóciles rebaños obedecian sin resistencia la voz del pastor. Desde la reforma, los papas han gobernado mas bien con la astucia y la intriga que con la autoridad, y aunque es el mismo el estilo de sus decretos, diferentes son sus resultados. Los mas inferiores reyezuelos se han burlado desde aquella época de esas bulas y entredichos que antes de la revolucion hacian temblar á los mas poderosos monarcas, y aquellas atrevidas decisiones, aque-

Los papas tienen que variar el espíritu de su gobierno.

Año 1559. llos actos de jurisdiccion, que durante muchos siglos no solo se recibieron sin contradiccion alguna, sino que aun se veneraron como fallos de un tribunal sagrado, despues de la insurreccion de Lutero hubiéran sido despreciados por una parte de la Europa como hijos de la necedad y arrogancia, y detestados por otra como escesos de impiedad y justicia. Los papas han tenido que conformarse en administracion con los principios de sus parciales y respetar las preocupaciones de su contrario. Raras veces se arriesgan á apropiarse nuevos derechos ó á defender con demasiada obstinacion sus antiguos privilegios, que á causa de su temor en irritar á sus mismos amigos; y evitan con sumo cuidado cuantas acciones pudiesen encender la indignacion ó escitar la burla de sus enemigos. La política de la corte romana se ha vuelto circunspecta, tímida y cautelosa tanto como era antes temeraria y violenta; y aunque por razon de sus pretensiones á la infalibilidad, en las cuales estriba toda la autoridad de los papas, no pueden despojarse nunca de una jurisdiccion que reclamaron y ejercieron, tiene alomenos la prúdencia de dejar en inaccion muchos de sus privilegios, temerosos de inoportunas tentativas para resucitarlos les arrebaten el resto del poder que aun disfrutan. Antes del siglo décimo sesto, no se formaba empresa alguna de consideracion de que no fuesen los papas los motores y los gefes, dirigian todas las grandes alianzas, eran reputados árbitros de los negocios de la cristiandad, y la corte de Roma era el centro de las intrigas y de las negociaciones políticas. Mas desde aquella época se han verificado las mayores operaciones sin que interviniesen los papas, que han caido casi al nivel de los demas reyezuelos de Italia, y aunque continuan arroján-

dose la misma jurisdiccion espiritual, no se atreven á ejercerla, y apenas conservan la sombra del poder temporal que antiguamente poseían. Año 1559.

La reforma contribuye á perfeccionar en la iglesia la moral y las ciencias.

Por muy fatal que haya sido á la pujanza de los pontífices la reforma, sirvió alomenos para introducir en la iglesia romana el estudio de las letras y de la moral. Animados por el deseo de igualar á los reformistas en las calidades que mereciéran á estos el aprecio de los hombres; por la necesidad de adquirir los conocimientos necesarios para ponerse en estado de defender sus propias opiniones ó refutar las objeciones de sus adversarios, y por la emulacion natural entre dos iglesias rivales, aplicáronse los eclesiásticos romanos al estudio de las ciencias útiles, y cultiváronlas con tanta constancia y acierto que poco á poco lograron hacerse tan célebres por sus progresos en la literatura cuanto por mucho tiempo se distinguiéran por su ignorancia. El mismo principio ocasionó una revolucion no menos notable en la conducta del clero de la iglesia romana. Varias causas, que ya se enumeraron, concurrieron á introducir entre aquellos eclesiásticos una escandalosa irregularidad, ó por mejor decir, una disolucion de costumbres. Lutero y sus sectarios comenzaron sus ataques contra la iglesia de Roma por medio de violentísimas invectivas contra aquel escándalo; de manera que para acallar semejantes escritos, vióse el clero obligado á portarse con mas decencia y reserva. Los reformistas distinguíanse no solo por la pureza, sino tambien por la austeridad de sus costumbres, y en este particular gozaban de tan bien sentada reputacion, que pronto hubiéran los eclesiásticos romanos perdido toda especie de crédito, si no hubiesen procurado conformarse á su ejemplo en lo posible. No ignoraban que todas sus ac-

Añ. 1559. ciones hallarian en los protestantes, á la par animados por la enemistad y emulacion, observadores atentos y severos, que no perderian de vista ninguna de sus faltas, las juzgarian sin indulgencia y las proclamarian sin consideracion. Por esto cuidaron tanto no solo de evitar todos los escesos que pudiesen merecer reprension, si que tambien de adquirir virtudes dignas de estimacion y elogio. En España y Portugal, donde el tiránico mando de la inquisicion ahogó en su orígen la doctrina protestante, ha sido invariable el espíritu del papismo, ha progresado muy poco la literatura, y se ha conservado casi igual el carácter de los eclesiásticos. Mas en los paises, donde han vivido juntos los partidarios de ambas doctrinas ó han mantenido entre sí libre y no interrumpida comunicacion acerca puntos de comercio ó literatura, vése claramente que se operó una gran revolucion así en las ideas como en las conductas de los eclesiásticos papistas. Las costumbres del alto clero y de los eclesiásticos seculares de Francia se han revestido de ejemplar decencia, y muchos de ellos se han distinguido con virtudes y calidades que pueden honrar á su estado.

Efectos de la reforma en el carácter de los papas.

No solo los miembros inferiores de la iglesia romana esperimentaron el influjo de la reforma, pues se estendió hasta la misma sede y los soberanos pontífices. En aquel tiempo en que no conocian límites el poder de los papas y la veneracion de los pueblos á su carácter, en que no tenian adversarios atentos en observar sus costumbres y ardientes en publicarlas, húbolos que ultrajaron el decoro y la misma moral, sin que osase levantarse contra ellos la voz pública; pero hoy aquellos escesos serian censurados con la mayor severidad y escitarian universal horror é indignacion. En vez de

afanarse en imitar la elegancia y esplendor de las cortes de los príncipes temporales y en escederlas en licencia, procuran los pontífices revestirse de costumbres austeras y adecuadas á la dignidad sacerdotal. Dos siglos hace que no ha manchado la silla de San Pedro ningun pontífice semejante al infame Alejandro VI ó á muchos de sus predecesores, que con sus vicios deshonraron la religion y la humana naturaleza. En esta larga serie de papas ha reinado en la corte de Roma una decencia y gravedad desconocida en los siglos anteriores, al paso que muchos de estos pontífices se han hecho recomendables por las virtudes á su estado convenientes, y algunos con su beneficencia, moderacion y aficion á las letras en cierto modo han indemnizado á la humanidad de los crímenes y vicios de sus antecesores. Así las ventajas que produjo la reforma fueron mas vastas que lo que tal vez se juzgaria si se mirase este asunto de una manera superficial; y aquella gran revolucion en la iglesia cristiana sirvió en gran parte para purificar las costumbres, generalizar la aficion al estudio é inspirar amor á la humanidad. La historia ha conservado la memoria de tantos acaecimientos vergonzosos ocasionados por querellas religiosas, que se siente un agradable placer al ver que brotan algunos efectos útiles y saludables de un manantial que tantas horribles calamidades produjo. Año 1559.

La república de Venecia, que á principios del siglo décimo sesto pareció tan formidable que se unieron para destruirla casi todas las potencias europeas, cada dia veía menguar su esplendor y su pujanza. No solo perdió la mayor parte de su territorio en la guerra que motivó la liga de Cambray, sino que tambien habíanse agotado sus rentas y recursos con los estraordinarios

Estado de la república de Venecia.



Año 1509. y prolongados esfuerzos que tuvo que hacer para defenderse; y ademas el comercio, que fuéra el manantial de su poder y riqueza, comenzaba á decaer sin esperanza de realzarse nunca. No se ocultaron á la sagacidad del senado de Venecia, pero no pudo prevenirlas, todas las funestas consecuencias que debian resultar á la república del descubrimiento de un paso á las Indias orientales por el cabo de Buena Esperanza; y queriendo impedir que los portugueses se estableciesen allí, aquella república no solo escitó á los soldanes de Egipto y á los emperadores otomanos contra tan peligrosos aventureros, sino (1) que hasta dió en secreto ausilios á los infieles para favorecer su empresa, esfuerzos que quedaron sin efecto. Vencieron esos obstáculos el valor y la actividad de los portugueses, que se establecieron sólidamente en las fértiles regiones de la India, y adquirieron allí á la par vastos territorios y crédito mas estenso. Lisboa reemplazó á Venecia y se convirtió en mercado de las preciosas producciones del Oriente, y los venecianos, despues de haber ejercido por muchos años el monopolio de aquel rico tráfico, viéronse de repente casi del todo escluidos de él. No menos funestos á los ramos inferiores del comercio de Venecia fueron los descubrimientos de los españoles en el mundo occidental. No se habian corregido los capitales defectos de la constitucion de aquella república, que ya se observaron, y en vez de disminuir aumentábanse cada dia los obstáculos que tenia que superar en todas sus empresas. Exhaustas las fuentes de donde sacára sus tesoros y su poder, perdió el estado su fuerza interior, y por consiguiente fueron menos te-

(1) Freher. *Script. Rer. Germanic vol II, p.* 529.

mibles sus operaciones esteriores. Mucho antes de mediados del siglo décimo sesto cesó Venecia de ser una de las principales potencias de la Europa, quedando reducida á un estado subalterno; pero como el senado supo ocultar aquel menoscabo de su poder aparentando prudencia y precaucion, como no hizo ninguna tentativa temeraria que pudiese manifestar su impotencia; como las señales de la decadencia política de un estado solo lentamente se notan, y raras veces las echan de ver los estados vecinos bastante pronto para ocasionar un repentino cambio en su conducta respecto de aquel, Venecia continuó por mucho tiempo considerada y respetada, y todavía se la trataba no segun su actual situacion, sino conforme al rango que antes ocupára. En todas sus empresas, Carlos Quinto y sus rivales los reyes de Francia solicitaban con ahinco la asistencia de aquella república; y hasta últimos del mismo siglo fué no solo objeto de atencion, si que tambien uno de los principales focos de las intrigas políticas y de las negociaciones. Año .559.

La autoridad que el primer Cosme de Médicis y su nieto Lorenzo habian adquirido en la república de Florencia con su magnificencia y talento, inspiró á sus descendientes la ambicion de usurpar la soberanía de su patria, y al mismo tiempo les abrió el camino. Habiendo Carlos puesto á Alejandro de Médicis al frente de la república, los intereses y el poder de aquella familia solidáronse con la validez y crédito de la proteccion imperial. Supo valerse de semejantes ventajas su sucesor Cosme, que estableció su autoridad suprema sobre las ruinas de la antigua constitucion republicana, y la traspasó á sus descendientes con el título de grandes duques de Toscana; y sus dominios se De la Toscana.

Año 1559. compusieron de los territorios que habian pertenecido á las tres repúblicas de Florencia, Pisa y Siena, formando uno de los mas respetables estados de la Italia.

De los duques de Saboya. A principios de aquel siglo, los duques de Saboya poseían algunos territorios que ni eran considerables por su estension ni por su importancia; y habiéndose los franceses apoderado de parte de ellos, obligaron al duque reinante á buscar un asilo en la fortaleza de Niza, donde permaneció encerrado muchos años, mientras su hijo, el príncipe del Piamonte, procuraba realzar su fortuna sirviendo en clase de voluntario en los ejércitos de España. El tratado de Cateau-Cambresis le devolvió sus estados paternos que por todas partes estaban circuidos de poderosos vecinos, cuyos movimientos debian con la mayor atencion observar los duques de Saboya, ya para evitar el riesgo de que los sorprendiese ó arruinase alguno de ellos, ya tambien para hallarse en estado de elegir con discrecion el partido que les convenia adoptar en las querellas en que necesariamente deben comprometerse. Parece que tan singular situacion ha influido en gran manera en el carácter de los duques de Saboya. La necesidad de vigilar insesantemente á su alrededor, de tener en movimiento los resortes de su poder y de permanecer en contínua actividad ha hecho que, entre todos los príncipes conocidos en la historia, sean los que mas sagacidad han manifestado en discernir sus verdaderos intereses, mas firmeza en sus resoluciones y mas habilidad en aprovechar todas las circunstancias. Por medio de sucesivas adquisiciones han sabido estos príncipes ensanchar su dominio y dilatar su poder; aspirando al fin al título de rey, hace medio siglo que lo han obtenido, y hoy ocupan un distinguido lugar entre los soberanos de la Europa.

Durante el primer período del siglo décimo sesto los territorios que forman la república de las Provincias Unidas confundíanse con las numerosas provincias sometidas á la casa de Austria, y eran de tan poca consideracion, que apenas se ofreció una sola ocasion de hablar de ellas en todo el activo período que es el asunto de esta historia; pero, despues del tratado de Cateau-Cambresis, las violentas y supersticiosas máximas de la administracion de Felipe, puestas en práctica por el duque de Alba con desapiadado rigor, de tal modo irritaron á los pueblos libres de los Paises Bajos, que sacudieron el yugo español y restablecieron las leyes y la libertad de que gozaban antiguamente; defendiéronlas con tan infatigable zelo que, ocupando durante medio siglo las armas de España, agotó las fuerzas y obscureció la gloria de aquella monarquía, y obligaron finalmente á sus antiguos señores á reconocerles y tratarles como nacion libre é independiente. Fundado en la libertad y sostenido por la industria y economía, aumentaba aquel estado su reputacion ya mientras luchaba por su existencia; mas cuando á favor de la paz y de la seguridad pudo ensanchar sus miras y su comercio, llegó á ser una de las mas respetables é intrépidas potencias de la Europa.

Año 1559. De las Provincias Unidas.

Poco es el lugar que han ocupado en el curso de esta historia los acontecimientos concernientes á los reinos del norte de la Europa.

La Rusia estaba aun sumergida en la obscuridad y la barbarie, de que no ha salido sino hasta principios del presente siglo, gracias al genio creador de Pedro el Grande que ha hecho que el resto de la Europa conociese y temiese á su reino.

De la Rusia.

Durante el reinado de Carlos Quinto Dinamarca y

De Dinamar-

Año 1559 ca y de la Suecia.

Suecia esperimentaron grandes revoluciones en la constitucion civil y eclesiástica de su gobierno. En Dinamarca fué destronado y echado del reino un tirano, y la voz del pueblo llamó al trono un nuevo príncipe. Vióse en Suecia un pueblo belicoso, escitado por la crueldad y la tiranía á tomar las armas, sacudir el yugo de los daneses, y conferir la dignidad real á su libertador Gustavo Ericson que tenia todas las virtudes de un héroe y de un ciudadano.

La Dinamarca aniquilada por guerras estrangeras, debilitada por las disensiones que se suscitáran entre el rey y los nobles, se halla incapaz de los esfuerzos necesarios para recobrar el ascendiente que mucho tiempo ha perdió en el norte de la Europa.

Apenas se vió la Suecia libre de una dominacion estrangera comenzó á reparar sus fuerzas, y adquirió en breve tal energía en su constitucion interior, que ha llegado á ser el primer estado del norte. Desde principios del siglo décimo séptimo se ha elevado á uno de los primeros rangos entre las potencias de Europa, al paso que ha desempeñado la parte principal en la formacion y prosecucion de esa poderosa alianza que protegió no solo la religion protestante, sino tambien la libertad de la Alemania contra la supersticion y ambicion de la casa de Austria.

FIN.

ÍNDICE DE LAS MATERIAS

CONTENIDAS

EN ESTE TOMO PRIMERO.

A.

C.

D.

F.

G.

H.

I.

J.

L.

M.

N.

O.

P.

R.

S.

T.

U.

V.

W.

X.

Z.

FIN DEL ÍNDICE.

